

Entre lo ordinario y lo extraordinario

Estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera

Marcela Meneses Reyes

Marcela Amaro Rosales

Compiladoras



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales

Comité Editorial de Libros
Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México

Presidenta

Yvon Angulo Reyes • IISUNAM

Secretaria

Fiorella Mancini • IISUNAM

Miembros

Virginia Careaga Covarrubias • IISUNAM

Marcos Agustín Cueva Perus • IISUNAM

Bruno Felipe de Souza e Miranda • IISUNAM

Matilde Luna Ledesma • IISUNAM

Karolina Monika Gilas • FCPYS, UNAM

Adriana Murguía Lores • FCPYS, UNAM

Eduardo Nivón Bolán • UAM-I

Adriana Olvera Hernández • IISUNAM

Entre lo ordinario y lo extraordinario

Estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera
Marcela Meneses Reyes
Marcela Amaro Rosales
Compiladoras



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad de México, 2024



Forma sugerida de citar: Montes de Oca Barrera, L. B., Meneses Reyes, M., Amaro Rosales, M., Bárcenas Barajas, K., Palacios, R., Palma Irarrázaval, F., Pozo Sierralta, S. del, Rodríguez Cecchi, S., Elisa Sued, G., Pérez Ramírez, T., Moncrieff Zabaleta, H., Galhardi, R. de A. A. & Giglia Ciotta, A. (2024). Entre lo ordinario y lo extraordinario: estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales. <https://ru.iis.sociales.unam.mx/>

Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Catalogación en la publicación UNAM.

Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Montes de Oca Barrera, Laura Beatriz, editor. | Meneses Reyes, Marcela, editor. | Amaro Rosales, Marcela, editor.

Título: Entre lo ordinario y lo extraordinario : estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa / Laura Beatriz Montes de Oca Barrera, Marcela Meneses Reyes, Marcela Amaro Rosales, compiladoras.

Descripción: Primera edición electrónica. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2024.

Identificadores: LIBRUNAM 2232230 (libro electrónico) | ISBN 9786073088206 (libro electrónico) (pdf).

Temas: Investigación cualitativa -- Metodología. | Ciencias sociales -- Investigación -- Metodología.

Clasificación: LCC H62 (libro electrónico) | DDC 300.72—dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, de acuerdo con las normas establecidas por el Comité Editorial de Libros del Instituto.

Primera edición electrónica en PDF: marzo de 2024

D.R.© 2024, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México
<https://ru.iis.sociales.unam.mx/>
Correo electrónico: repositorio.iis@sociales.unam.mx

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias
Cuidado de la edición: Cynthia Salazar
Diseño de portada y tratamiento de imágenes: Cynthia Trigos Suzán
Formación de textos: Ignacio Cortés Santiago
Diseño editorial y adaptación a PDF interactivo: Óscar Quintana Ángeles

Hecho en México

ISBN: 978-607-30-8820-6

Sobre este libro

Entre lo ordinario y lo extraordinario: Estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa es una obra colectiva que presenta una amplia diversidad de aproximaciones y experiencias metodológicas atravesadas por una misma pregunta: ¿cómo investigar en situaciones adversas? Estas situaciones pueden ir desde la imposibilidad de salir de casa por una pandemia hasta encontrarse en contextos socialmente peligrosos, desconocidos o signados por distintas injusticias sociales.

El objetivo del libro es proporcionar una caja de herramientas que incluye desde la etnografía virtual hasta la minería de datos, pasando por los diarios de campo, la fotografía, el trabajo de archivo y la receptividad afectiva, para así promover entre sus lectoras y lectores la apropiación y adaptación de estas estrategias al momento de hacer investigación en situaciones extraordinarias. La obra invita a preguntarnos ¿cómo influyen los contextos sociales en la investigación que realizamos? y ¿cómo impacta nuestra presencia en esos contextos? De manera incluyente y didáctica, las autoras y los autores del libro comparten sus experiencias en dos grandes vertientes: 1) cómo han encarado sus procesos de investigación en situaciones críticas o contingentes, y 2) qué retos enfrentaron al irrumpir en espacios violentos, inseguros o peligrosos.

Sin pretensiones de convertirse en un manual, este libro busca promover la reflexión propia y colectiva sobre las posibilidades de afrontar la investigación con metodologías cualitativas variadas y complementarias, con enfoques interdisciplinarios y en constante transformación.

Contenido

Introducción. Entre los vaivenes de la investigación y las mareas de las realidades sociales

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera, Marcela Meneses Reyes

y Marcela Amaro Rosales 12

PRIMERA SECCIÓN

¿CÓMO SIGO HACIENDO INVESTIGACIÓN

SI NO PUEDO “SALIR DE CASA”?

1. Etnografía digital: revisar un método desde una genealogía hacia los fundamentos clásicos

Karina Bárcenas Barajas 33

ENTRE LA DISCIPLINA Y EL MÉTODO

DOS GIROS IMPORTANTES PARA LA ETNOGRAFÍA DIGITAL 35

CONSTRUIR LA MIRADA ETNOGRÁFICA: UN DISPOSITIVO

PARA OBSERVAR PRÁCTICAS SOCIALES A PARTIR DE INTERNET 39

■ *Viñeta didáctica 1. El punto de partida para emprender
una etnografía digital: construir una mirada* 43

CONSTRUIR EL CAMPO ETNOGRÁFICO: CARTOGRAFIAR RELACIONES DE PODER 44

■ *Viñeta didáctica 2. El campo etnográfico: un espacio para cartografiar* 46

PRODUCIR UN TRABAJO DE CAMPO SISTEMÁTICO PARA LA CONSTRUCCIÓN

DEL DATO ETNOGRÁFICO 47

■ *Viñeta didáctica 3: La construcción del dato etnográfico:
interpretar y teorizar* 51

A MANERA DE CIERRE 52

2. Paisajes afectivos de la pandemia en Chile: reflexiones a partir de una etnografía digital	
Rosario Palacios	55
LA ZONA DE CONTACTO	56
UNA METODOLOGÍA AFECTIVA	58
■ <i>Viñeta didáctica 1. Perspectivas Emic y Etic</i>	60
PAISAJES EN TENSIÓN	61
■ <i>Viñeta didáctica 2. Cápsulas afectivas</i>	62
HORIZONTES DE SALIDA	68
NOTAS AL CIERRE	70
 3. Cartografía de la crisis. Observación multi-situada y construcción de archivos digitales colaborativos	
Felipe Palma Irrarázaval, Sofía del Pozo Sierralta y Sofía Rodríguez Cecchi	75
LA REVUELTA SOCIAL EN CHILE: NO SON 30 PESOS, SON 30 AÑOS	76
CARTOGRAFÍAS DE LAS CRISIS: UN PROYECTO DE ARCHIVOS DIGITALES COLABORATIVOS Y MULTISITUADOS	78
■ <i>Viñeta didáctica 1. Ficha de observación multimedial del proyecto</i>	80
■ <i>Viñeta didáctica 2. Georreferenciación de los registros</i>	81
■ <i>Viñeta didáctica 3. Archivo digital colaborativo</i>	83
CRISIS SARS-CoV-2	85
■ <i>Viñeta didáctica 4. Micro observaciones domésticas</i>	87
■ <i>Viñeta didáctica 5. Ejemplo de ficha Pandemia</i>	88
REFLEXIONES CONCEPTUALES Y METODOLÓGICAS	90
■ <i>Viñeta didáctica 6. La investigación-creación desde la antropología</i>	91
■ <i>Viñeta didáctica 7. La agencia de las imágenes y la vida pública de los artefactos</i>	95
ANTROPOLOGÍA, MUNDOS VIRTUALES Y ARCHIVOS DIGITALES	96
■ <i>Viñeta didáctica 8. Ejemplos de procesos de investigación-creación</i>	98
CONCLUSIONES	100

4. Datos y sociedad: de la vida digital a la investigación social	
<i>Gabriela Elisa Sued</i>	103
INVESTIGAR CON DATOS	103
¿QUÉ ES UN DATO?	105
■ <i>Viñeta didáctica 1. Los datos nos rodean</i>	106
TIPOS DE DATOS	107
■ <i>Viñeta didáctica 2. Datos abiertos para investigar el robo de hidrocarburos</i>	110
LOS DATOS COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL. DEL BIG DATA A LA DATIFICACIÓN CRÍTICA	111
■ <i>Viñeta didáctica 3. Datos sociales y minería de textos</i>	113
■ <i>Viñeta didáctica 4. Visualidad y feminismo de datos</i>	116
MÉTODOS COMPUTACIONALES	117
■ <i>Viñeta didáctica 5. Limitaciones a la recolección de datos sociales</i>	119
■ <i>Viñeta didáctica 6. Una herramienta de interfaz para visualizar datos textuales</i>	122
■ <i>Viñeta didáctica 7. Análisis de redes: desinformación sobre las vacunas contra la Covid-19</i>	124
A MODO DE CIERRE	125

SEGUNDA SECCIÓN

¿CÓMO PUEDO HACER INVESTIGACIÓN SOCIAL SI DEBO ENTRAR EN “OTRAS CASAS”?

5. Fulgor del pasado en el presente: pautas teóricas y metodológicas para acercarnos a la historia de los pueblos	
<i>Tatiana Pérez Ramírez</i>	131
UNA HISTORIA VIVA: EL CRUCE DEL PRESENTE Y DEL PASADO EN ACAMISTLI	134
■ <i>Viñeta didáctica 1. Archivo. “Carta del agente municipal al jefe político”. Fragmento del documento fechado el 18 de diciembre de 1863</i>	135
■ <i>Viñeta didáctica 2. Nota del diario de campo. Agosto de 2014</i>	139
EL ARCHIVO Y LA MEMORIA	141
■ <i>Viñeta didáctica 3. Referentes teóricos. Las tres fases de la operación historiográfica de Paul Ricoeur</i>	142

AVATARES METODOLÓGICOS O DE CÓMO REPENSAR LA HISTORIA DE LOS PUEBLOS	148
■ <i>Viñeta didáctica 4. Experiencia de campo.</i> <i>El trabajo en los archivos municipales</i>	152
CONSIDERACIONES FINALES	153
 6. Violencia etnográfica. Sobre la visualidad de los jóvenes en barrios “peligrosos”	
Henry Moncrieff Zabaleta	158
¿PODEMOS VER LA VIOLENCIA?	158
■ <i>Viñeta didáctica 1. “Te falta barrio”</i>	161
■ <i>Viñeta didáctica 2. Ventana etnográfica</i>	164
■ <i>Viñeta didáctica 3. Evitar la “pornografía de la violencia”</i>	164
Y YO, ¿TENGO BARRIO? DILEMAS Y MIRADAS SOBRE LA VIOLENCIA	165
■ <i>Viñeta didáctica 4. Ethnographicness (etnograficidad)</i>	166
■ <i>Viñeta didáctica 5. Pacto etnográfico</i>	169
EL MERCADO DE LA VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA	170
■ <i>Viñeta didáctica 6. El mercado de violencia</i>	173
CONCLUYENDO: ÉTICA DEL DOLOR Y VIOLENCIA ETNOGRÁFICA	179
■ <i>Viñeta didáctica 7. Pacto etnográfico</i>	183
 7. Estudiando la fenomenología de la experiencia migratoria. Reflexiones desde el trabajo de campo con hombres mexicanos deportados en Tijuana	
Renato de Almeida Araújo Galhardi	189
VER, SENTIR Y MIRAR: EL PROBLEMA DE LA OBJETIVIDAD Y LOS CONOCIMIENTOS SITUADOS	194

BUSCANDO LA FENOMENOLOGÍA DE LA MIGRACIÓN EN TIJUANA	197
■ <i>Viñeta didáctica 1. Escribiendo el dolor de la observación.</i> <i>Extracto del diario de campo. 9 de septiembre de 2021</i>	201
■ <i>Viñeta didáctica 2. Fragmento del diario de campo.</i> <i>Jueves, 24 de marzo de 2022. Entre la vida y la muerte</i> <i>en las calles de Tijuana</i>	203
■ <i>Viñeta didáctica 3. Fragmento del diario de campo.</i> <i>Sábado, 26 de marzo de 2022. La somática relación</i> <i>del hostigamiento</i>	207
REFLEXIONES FINALES	209
 8. Epílogo. ¿Habitar la vivienda-deshabitar la metrópoli?	
<i>Angela Giglia Ciotta</i>	213
 9. Sobre las autoras y los autores	223

Introducción

Entre los vaivenes de la investigación y las mareas de las realidades sociales

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera

Marcela Meneses Reyes

Marcela Amaro Rosales

¿CÓMO SIGO HACIENDO MI INVESTIGACIÓN SI NO PUEDO SALIR DE CASA?

La pregunta con la que iniciamos este apartado introductorio fue una interrogante que las tres colegas que coordinamos esta publicación escuchamos más de una vez en nuestros espacios docentes frente a la pandemia por Covid-19, y que nosotras mismas nos hicimos para continuar con nuestras investigaciones. Y es que, así como en otros aspectos de la vida, la investigación social y la docencia que la acompaña se vieron trastocadas por las medidas contingentes para evitar contagios. Frente a la imposibilidad de salir de casa y asistir a clases presenciales, la parálisis fue la primera respuesta de estudiantes, profesoras, profesores, investigadores, investigadoras y autoridades. Dejamos de hacer investigación en interacción con las personas, dejamos de dar clase en las aulas; nos volcamos en las labores de cuidado. Pero este “tiempo fuera” no duró mucho. Tuvimos que retomar las actividades académicas semanas después de que se declarara la emergencia global, por lo que, quienes contamos con las condiciones personales y materiales para hacerlo, recurrimos a las tecnologías de la información y la comunicación para dar continuidad a nuestras labores. A partir de entonces, las redes

sociodigitales y las plataformas de comunicación se convirtieron en nuestros escenarios de interacción.

Cada una de nosotras buscó alternativas para seguir haciendo investigación y construir conocimiento que acompañara los procesos formativos de las y los estudiantes. Es por eso que, a mediados de 2020, Laura Montes de Oca emprendió el proyecto Etnografía en Tiempos de Covid-19, donde entrevistó a colegas de América Latina a fin de conocer la forma en que estaban desarrollando sus investigaciones de campo a pesar de la pandemia. Ahí conoció, entre otros, a Rosario Palacios, Felipe Palma y su equipo de investigación de la Universidad Católica de Chile, a quienes después invitó a participar en el presente libro. En 2021, Montes de Oca construyó un proyecto didáctico-colaborativo con estudiantes de posgrado que atendían un curso en línea para hacer investigación desde la “nueva normalidad”. En él, sus participantes crearon escenas de *reapropiaciones del espacio público* a manera de *postales sonoras*. En ese mismo año, Montes de Oca desarrolló el proyecto QSR Lab, destinado a construir contenidos didácticos que complementan lo publicado en libros y manuales, así como lo impartido en las aulas.¹

Por su lado, en el primer semestre de 2021, Marcela Amaro Rosales y Marcela Meneses Reyes impartieron el *Laboratorio de investigación en tiempos y contextos extraordinarios* como parte de los cursos del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En él participaron como ponentes dos de los autores de este libro, Henry Moncrieff y Renato Galhardi, quienes estaban terminando sus investigaciones doctorales en aquel momento y compartieron las complicaciones que enfrentaron para realizar trabajo de campo durante el confinamiento, así como sus estrategias para resolverlo, lo que produjo mucho interés entre las y los estudiantes del curso; por lo que consideramos que era importante publicar su trabajo. Sumado a esto, como una de las formas alternativas para desarrollar investigación en medio de las problemáticas sociales que eviden-

¹ Las entrevistas del proyecto Etnografía en tiempos de Covid-19 están publicadas en el blog del IIS-UNAM Etnografía en tiempos de Covid-19 – Resonancias. Los videos captados por estudiantes están disponibles en Postales en movimiento – Resonancias. Por su parte, los contenidos didácticos están disponibles en el Canal QSR Lab – YouTube.

ció la crisis sanitaria en 2020, Meneses y Amaro organizaron, como parte de las actividades de Educación Continua del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la UNAM, el curso “Acercamientos desde las ciencias sociales a las desigualdades pre y post pandemia”, en el que, entre otras y otros colegas, invitaron a la antropóloga urbana Angela Giglia para desarrollar el tema “¿Habitar la vivienda-deshabitar la metrópoli?”, cuya exposición mostraba una importante reflexión metodológica sobre su experiencia para desarrollar investigación durante la pandemia.

Lamentablemente, meses después de su presentación, Angela falleció. Sin embargo, a pesar de su ausencia, no quisimos dejar fuera la reflexión que ella hizo en aquel espacio, razón por la cual decidimos incluirla como epílogo de nuestro libro. Su texto nos remite a la pregunta con la que iniciamos esta introducción: ¿cómo sigo haciendo mi investigación si no puedo salir de casa?, y a partir de dicha pregunta nos ofrece un ejemplo claro de cómo adaptó su metodología a las circunstancias que vivimos como investigadoras confinadas, aunque, sin duda, su aporte permite pensar en mecanismos de adaptación más allá de la pandemia.

Porque la pandemia evidenció y profundizó las desigualdades sociales preexistentes y creó nuevas, y porque nos obligó a trasladar al ámbito doméstico nuestras actividades públicas (laborales y escolares), tuvimos que adaptar algún espacio de nuestras viviendas, por muy adecuado o inadecuado que fuera, como un lugar dónde seguir enseñando, aprendiendo e investigando. Estudiantes de grado y posgrado en ciencias sociales, así como quienes realizamos estudios en interacción cara a cara con las personas, tuvimos que continuar nuestras investigaciones, pero ahora desde casa. ¿Cómo lo hicimos? ¿Qué retos enfrentamos y de qué manera buscamos soluciones y estrategias para solventarlos? Éstas fueron las primeras preguntas que guiaron nuestro interés para desarrollar esta publicación; pues si bien el confinamiento terminó, sabemos que en el futuro podemos enfrentar cualquier tipo de fenómeno contingente que nos obligue a buscar alternativas metodológicas, por lo que este libro está pensado como una herramienta que permita imaginar nuevos caminos de investigación con base en el trabajo de campo.

Fue por ello por lo que invitamos al conjunto de autoras y autores que componen la presente obra a reflexionar con nosotras sobre las estrategias

metodológicas que implementaron —y en algunos casos crearon— para darle continuidad a sus investigaciones, a pesar de la imposibilidad de salir de casa o de los riesgos que implicaba hacerlo o ante los retos que implica adentrarse en los espacios cotidianos de los sujetos de nuestras indagaciones. Gracias a sus reflexiones y al trabajo conjunto construimos este libro de apoyo a la investigación dirigido a estudiantes de grado y posgrado, así como a docentes y a científicos sociales.

El objetivo de la obra es contribuir a la reflexión y el diseño de investigaciones sociales que se adapten a tiempos y contextos no-ordinarios —como lo fue la pandemia por Covid-19—. La intención es construir una mirada crítica sobre las implicaciones que tiene la presencia (y/o la ausencia) de la persona investigadora en el escenario de estudio, así como reflexionar sobre las situaciones ordinarias, poco ordinarias o hasta extraordinarias para desarrollar investigación social mediante diversas modalidades de interacción con las personas que habitan las realidades analizadas.

Entre lo ordinario y lo extraordinario. Estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa busca que sus lectores se pregunten, a partir de la pandemia pero más allá de ella, ¿de qué manera los contextos de nuestras sociedades latinoamericanas marcan, definen, constriñen nuestras investigaciones sociales? ¿De qué manera nuestra presencia en las realidades que analizamos irrumpe como algo poco ordinario para las personas que las habitan? Este libro permite volcar la mirada hacia contextos de violencia e injusticia social en los que emergen estallidos sociales; pero también invita a reflexionar sobre nuestro impacto, compromiso y responsabilidad en esas realidades. ¿Cómo podemos hacer investigación social cualitativa, en interacción con las personas, ahí donde no se respeta al otro a causa de los distintos tipos de violencia imperantes, donde las realidades están marcadas por injusticias e inequidades de poder, donde los movimientos sociales cuestionan las aparentes normalidades y donde, tal vez sin quererlo, reproducimos esas situaciones desiguales con base en nuestro interés académico?

Desde diversas propuestas analíticas, los capítulos que conforman el libro buscan responder cómo hacer investigación social ante la imposibilidad de salir de casa, al tiempo que fomentan la reflexión sobre las implicaciones que tiene hacer investigación social si debemos entrar en la casa de los de-

más, donde nosotras y nosotros somos los extraños. Las autoras y los autores del libro comparten estrategias metodológicas innovadoras para desarrollar investigaciones en tiempos y contextos que transitan en un *continuum* que va de lo ordinario a lo extraordinario.

UN CONTINUUM QUE VA DE LO ORDINARIO A LO EXTRAORDINARIO

Lo ordinario (Berger y Luckmann, 2003) es lo que conocemos, actuamos, sentimos o vivimos cotidianamente como despertar —contentos, motivados, con tedio—, levantarnos de la cama —con prisa o con calma—, bañarnos —o no—, desayunar —algo ligero o fuerte—, salir de casa —en medio del frío o el calor— y transitar por la ciudad —o los campos— para ir a la escuela, el trabajo, el tianguis o el supermercado. Sin embargo, cuando sucede un imprevisto, cuando un acontecimiento inesperado se impone rompiendo la rutina a la que estamos habituados, consideramos que algo poco ordinario o no-ordinario está pasando. Esa situación crítica, inesperada, contingente —pero pasajera— nos impide cumplir con nuestras actividades cotidianas, ordinarias. En la antípoda de lo ordinario situamos lo extraordinario; es decir, aquello que está marcado por “eventos” que no sólo son severos, sino que están fuera del rango normal de experiencia en cuestión (Bier, 2017), los cuales transforman de manera prolongada y abrupta la rutina de la vida cotidiana.

De esta forma es como definimos el *continuum* que va de lo ordinario a lo extraordinario (figura 1). Esto nos permite entender cómo la rutina y la vida cotidiana se pueden ver afectadas por una situación crítica, inesperada y contingente; ya sea de índole climática (como un huracán o un terremoto), sanitaria (como una pandemia) o social (como un movimiento o estallido social). Pero también la cotidianidad de la vida en sociedad se puede ver trastocada de manera severa y prolongada por eventos extremos caracterizados por la violación de derechos humanos ahí donde hay guerras, guerrillas, crimen organizado o de lesa humanidad, desplazamientos forzados o deportaciones masivas (Nordstrom y Robben, 1995; Meneses Reyes, 2020).



Figura 1. Continuum de lo ordinario a lo extraordinario
Fuente: elaboración de las autoras.

Este *continuum* nos puede servir también para pensar lo que sucede con los procesos de investigación social. Generalmente, estamos especializadas en cierto campo de estudio, dialogamos y debatimos con grupos específicos de colegas; refinamos nuestra mirada y argumentos bajo la óptica de determinadas corrientes teóricas; y practicamos más constantemente ciertos métodos y técnicas de investigación que otros. Empero, también ocurren acontecimientos que, sin preverlo, nos obligan a replantear nuestros temas, preguntas, perspectivas teórico-conceptuales, temporalidades, metodologías y técnicas, todo con el fin de dar continuidad a nuestra labor y mantenernos en el afán de comprender la realidad.

Esos imprevistos pueden ser causados por situaciones críticas o contingentes en los contextos donde investigamos; o bien, pueden ser provocados por nuestra presencia en esas realidades. También nuestras investigaciones pueden situarse en aquellos eventos extremos de lo extraordinario. En este libro buscamos reflexionar frente a posibles situaciones críticas e inesperadas, o bien ante eventos extremos del contexto que pueden afectar los procesos investigativos; así como a las posibles consecuencias imprevistas que

tiene la presencia del investigador o investigadora en las realidades sociales, las cuales pueden generar circunstancias no-ordinarias e, incluso, recrudecer la severidad de aquellas que son extraordinarias. Ante ello, las y los autores de esta obra comparten estrategias metodológicas para dar continuidad a sus investigaciones, en lugar de abandonarlas o paralizarse frente a condiciones imprevistas y/o extraordinarias.

Entre lo ordinario y lo extraordinario. Estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa está organizado en dos secciones. En la primera buscamos delinear algunas estrategias para hacer investigación cuando lo ordinario es trastocado por situaciones críticas, contingentes e inesperadas; en otras palabras, cuando no podemos salir de casa. En cuatro capítulos se reflexiona en torno a este tipo de situaciones (por un lado, la pandemia por Covid-19 y, por otro lado, el movimiento social de 2019 en Chile) y la forma en que sus autoras y autor siguieron haciendo investigación social aún “sin salir de casa”. En la segunda sección se muestran estrategias metodológicas que ayudan, desde un recurso reflexivo, a enfrentar los imprevistos que genera la presencia del investigador o investigadora en circunstancias ordinarias y extraordinarias. Ahí, la reflexión está en cómo hacer investigación cuando tenemos que entrar en “la casa” —espacios, cotidianidad— de las demás personas. Un capítulo se sitúa en el extremo de lo ordinario de nuestro *continuum*, donde la presencia de la investigadora es la que provoca una situación poco ordinaria o imprevista. Los otros dos capítulos presentan las estrategias que sus autores siguieron cuando “irrumpieron” en dos contextos marcados por la violencia y el sufrimiento.

Con una mirada reflexiva, incluyente y didáctica, desde diversas disciplinas sociales —sociología, comunicación, antropología, historia y urbanismo—, autoras y autores muestran sus procedimientos en tiempos y contextos ordinarios, no-ordinarios y extraordinarios: ahí donde el tiempo y la vida social son repentinamente alterados por un estallido social, una pandemia o alguna situación de violencia; y donde la misma presencia del analista incomoda la normalidad social, las y los autores nos invitan a pensar y utilizar alternativas metodológicas de carácter cualitativo frente a situaciones inciertas, a fin de adaptar y llevar a buen puerto el trabajo de investigación pese a la adversidad.

En siete capítulos y un epílogo, *Entre lo ordinario y lo extraordinario. Estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa* busca responder: ¿qué recursos metodológicos, qué técnicas innovadoras y qué herramientas alternativas pueden ayudarnos a construir información bajo condiciones que nos dificultan, por ejemplo, estar presentes o movernos con seguridad para nosotras y para las demás personas? ¿Qué estrategias implementar cuando la presencia de la investigadora o investigador implica una situación extraordinaria para las personas que están siendo investigadas? En otras palabras, las y los autores nos ayudan a navegar por la ardua labor profesional y formativa de hacer investigación social aun cuando las circunstancias no son las más favorables o deseables: ¿cómo hacemos observación si no podemos salir de casa? ¿De qué manera debemos modificar las preguntas de investigación para responder o adaptarlas a un contexto atípico? ¿Cómo podemos hacer trabajo de campo en espacios marcados por condiciones y eventos extremos? ¿Qué precauciones (éticas, metodológicas y epistemológicas) debemos tomar al considerar que nuestra investigación puede desencadenar situaciones no-ordinarias o recrudecer las situaciones extraordinarias? ¿De qué manera podemos entender y adaptarnos a las constricciones contextuales de los procesos de investigación? Todo ello como parte del proceder metodológico cualitativo.

¿POR QUÉ CENTRARNOS EN LA METODOLOGÍA CUALITATIVA?

La forma en que se construye y analiza la información es el elemento central de nuestro libro; es decir, la metodología desde la que se hace investigación en tiempos y contextos extraordinarios. Para quienes hacemos el tipo de investigación social que requiere estar en los escenarios sociales a fin de interactuar con las personas que los habitan, las constricciones del contexto, tanto de las propias realidades analizadas como las que vivimos como analistas, son elementos de reflexión para llevar a buen término nuestros procesos investigativos. En contextos de crisis (no-ordinarias), como la pandemia y las protestas sociales, o en procesos extremos de violencia, conflicto y sufrimiento social, la presencia de la persona investigadora en los escenarios sociales y en interacción con quienes los habitan —elementos imprescindibles para

entender las realidades sociales desde adentro— tiene ciertas restricciones, por lo que el proceder metodológico debe adecuarse. Ahí, la investigación que sigue una lógica cualitativa debe redoblar la vigilancia epistemológica, metodológica, ontológica y axiológica.

El proceso de investigación científica en ciencias sociales adquiere una serie de particularidades según la disciplina, el fenómeno o los sujetos de estudio. Las ciencias sociales son un gran mosaico de disciplinas que incluyen, por mencionar algunas, sociología, comunicación, economía, antropología, psicología y derecho. Además, cada ciencia refiere en su interior diversos enfoques, teorías, estilos de investigar, así como preocupaciones epistemológicas, axiológicas y ontológicas, las cuales dependen del paradigma de investigación social al cual nos adscribimos (positivista, constructivista, reflexivo). Dada la complejidad de objetivos, problemas y teorías, se han generado diversos tipos de respuestas metodológicas, lo que ha generado impacto no sólo en las ciencias sociales, sino en la construcción de conocimiento científico (Sautu *et al.*, 2005).

No sin disputas al respecto (Bassi, 2014), en ciencias sociales existe una tradición (Tarrés, 2013) desde la cual suelen distinguirse —u oponerse— dos metodologías: la cuantitativa y la cualitativa (aunque vale la pena mencionar que, cada vez más, la investigación apela al uso de métodos mixtos). A su vez, éstas tienen otras subdivisiones que incluyen técnicas muy variadas. Dado el interés de este libro, concentramos nuestra atención en la metodología de investigación cualitativa. Es decir, aquella que busca enfocar el lente analítico en comprender la perspectiva de los actores o sujetos sociales a fin de interpretar, desde adentro o contextualmente, los significados, las prácticas y las interacciones que acontecen en las realidades estudiadas. En esta tradición metodológica —y en sus muy diversos métodos— se entrecruzan interpretación, subjetividad, intersubjetividad y creatividad (Denzin y Lincoln, 2012; Knoblauch, 2005; Montes de Oca, 2016).

Con los métodos cualitativos se busca comprender esas realidades mediante técnicas que favorecen la cercanía —de manera directa o mediada— entre la persona investigadora y quienes habitan los mundos sociales. Así, técnicas como la observación, la entrevista, los grupos focales, los sondeos de opinión, además del análisis de contenidos audiovisuales, gráficos o de

archivo, constituyen la caja de herramientas de estudiantes, investigadoras e investigadores en ciencias sociales. La selección de un método o alguna técnica y su posible triangulación suele estar en función de las preguntas que nos hacemos sobre la realidad; es decir, de la formulación de nuestros problemas de investigación. Ya sea que hablemos de variables o componentes de los hechos sociales que interesa estudiar y que identifiquemos sus correlaciones, causalidades o interdependencias, el método y las técnicas (dimensión metodológica) se alinean con nuestra mirada sobre la realidad (dimensión ontológica), así como con las teorías que debatimos, el conocimiento que construimos (dimensión epistemológica) y los principios éticos desde los cuales desarrollamos nuestros estudios (dimensión axiológica).

Los manuales y libros de texto sobre metodología suelen plantearnos una serie de pasos que, si seguimos de manera más o menos ordenada, suponen que lograremos establecer de forma adecuada los objetivos de la investigación, una pregunta significativa en términos analíticos y una hipótesis que contrastar con los resultados obtenidos. Pero en realidad este camino no es de ninguna manera secuencial, lineal, ni mucho menos sencillo. Está por demás repetir lo que ya sabemos: no hay recetas para hacer investigación social cualitativa. Los procesos investigativos requieren de elementos que salen del guion establecido y que en la mayoría de las ocasiones suelen depender también del contexto del o la estudiante y del investigador o investigadora, de su pericia para lograr integrar coherentemente su esquema o protocolo con la metodología y el marco o referente teórico y, ¿por qué no?, algo de suerte para que todo fluya como lo hemos planeado.

Pero, a veces, no todo ocurre conforme a los planes: cosas inesperadas que afectan nuestra “normalidad” también afectan nuestros procedimientos investigativos. La pandemia por Covid-19 fue un triste recordatorio. Este libro busca aportar en ese sentido. Estudiantes e investigadores no controlamos el ambiente en el que llevamos a cabo nuestros estudios; el proceso no es lineal: en el camino de la investigación hay contratiempos, además de avances y retrocesos con los que reformulamos planteamientos y estrategias, que también implican flexibilidad y adaptación. Este libro busca ser un faro para navegar en los vaivenes de los diseños flexibles de investigación cualitativa (Mendoza y Amaro, en prensa; Maxwell, 2022; Mendizábal, 2006), así como

las mareas que recubren las realidades sociales donde cohabitan, por decirlo rápido, analistas e informantes.

Quienes comunican sus experiencias en este libro parten de la idea de que la investigación social cualitativa es un rompecabezas cuyas piezas (información) han de ser ensambladas (relacionadas) paso a paso (Durán, 2014: 261). En este sentido, cada uno puede desarrollar habilidades de forma individual para resolverlo, pero también existen estrategias comprobadas por otros, las cuales pueden ser de utilidad en nuestros procesos de investigación, ya que nos ahorran tiempo y esfuerzo. Esto suele ser el objetivo de un manual de metodología, pero ¿qué sucede cuándo no encontramos la estrategia adecuada? o ¿qué hacemos cuándo surge una situación poco ordinaria o extraordinaria que nos obliga a replantearnos la estrategia metodológica? Es de esas preocupaciones que surge este libro, el cual no pretende ser un manual de metodología y tampoco logra plantear todas las discusiones que nos interesa retomar a nivel epistemológico, axiológico, metodológico y ontológico; frente a ello, nuestra empresa es de menor alcance, pero no menos importante. Consideramos que compartir la experiencia y estrategias que hemos desarrollado en nuestros procesos de investigación ofrece pistas para armar distintos tipos de rompecabezas.

ESTRUCTURA Y CONTENIDO

¿CÓMO LEER ESTE LIBRO DE APOYO A LA INVESTIGACIÓN?

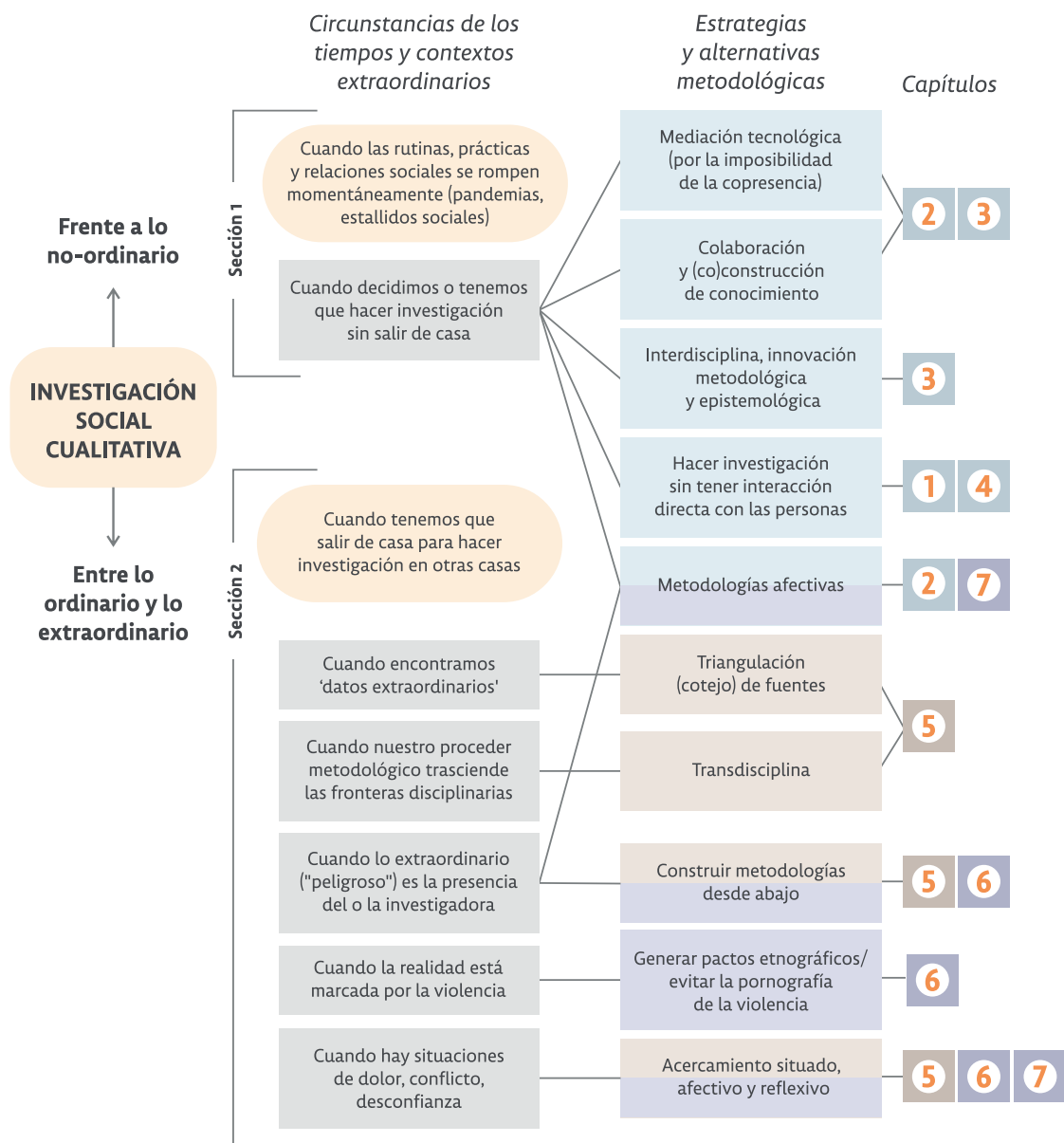
Entre lo ordinario y lo extraordinario. Estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa es un libro de apoyo a la investigación que busca acompañar los procesos formativos y reflexivos al integrar aportaciones novedosas sobre técnicas y métodos que se han desarrollado de forma emergente, reflexiva, crítica y creativa frente a dos eventualidades:

1. Una provocada por situaciones críticas, contingentes, inesperadas (lo no-ordinario) de orden climático (terremotos, ciclones o huracanes), sanitario (enfermedades o pandemias, como la Covid-19) o social (movimientos o estallidos sociales, conflictos de diversa índole); así como eventos extremos (por el alto grado de violencia, peligrosidad o

- sufrimiento) que conforman lo extraordinario (violación de derechos humanos en torno a guerras, guerrillas, crimen organizado y de lesa humanidad, terrorismo, pobreza, desplazamientos y deportaciones).
2. Otra provocada por la presencia del o la investigadora en el campo de estudio. En este caso, la irrupción de lo ordinario lo hace quien, buscando construir evidencia empírica para responder sus preguntas de investigación, entra en esas realidades generando mayor o menor irrupción si están o no marcadas por lo no-ordinario o lo extraordinario.

La primera eventualidad responde a la pregunta con la que iniciamos esta introducción: ¿cómo sigo haciendo investigación si no puedo salir de casa? La segunda atiende la interrogante que complementa nuestro planteamiento: ¿cómo puedo hacer investigación social si debo entrar en la casa de otras personas? Organizamos este libro a partir de estas eventualidades —y sus situaciones o eventos situados en el *continuum* de lo ordinario-extraordinario—. Pretendemos que se pueda convertir en una guía práctica de consulta que motive a la reflexión sobre cómo las técnicas y los métodos evolucionan y se adaptan a los diversos contextos que enfrentamos, y cómo es que la presencia de las y los investigadores puede desarticular lo ordinario de las realidades analizadas, así como la forma en que podemos acercarnos a realidades caracterizadas por las circunstancias extraordinarias de los tiempos y contextos vividos.

El objetivo de este libro es presentar un panorama actual que recopila aportaciones útiles para estudiantes de grado, posgrado e investigadores que buscan fuentes de inspiración para sus propios procesos analíticos o bien para acompañar la enseñanza-aprendizaje en las aulas y sobre terreno. A fin de cubrir este carácter reflexivo y pedagógico, el texto contiene viñetas didácticas en cada uno de los capítulos, las cuales ilustran la estrategia metodológica o la reflexión analítica que el autor o la autora está proponiendo. Este libro puede ser leído —al igual que la *Rayuela* de Cortázar— de tres formas: según el orden de los capítulos, de manera lineal-cronológica; siguiendo el mapa interactivo que presentamos a continuación ([esquema 1](#)); o como el lector lo decida, lo cual incluye no tener que leer todo el libro, sino escoger alguno de los capítulos, ya sea siguiendo la guía del mapa interactivo o la intuición e intereses propios.



Esquema 1. Mapa interactivo del contenido del libro de apoyo a la investigación
Fuente: elaboración de las autoras.

A partir del *continuum* que va de lo ordinario a lo extraordinario, los capítulos del libro se sitúan en escenarios donde sus autores y autoras hicieron investigación a pesar de las constricciones del contexto (cuando no pudieron o no quisieron “salir de casa”) o porque al entrar en las realidades de estudio (las “otras casas”) su presencia irrumpió de alguna manera la cotidianidad vivida o bien porque esas realidades están marcadas por circunstancias extraordinarias o eventos extremos.

Chile 2019-2020 y México 2020-2021 son los contextos y tiempos donde se sitúan las circunstancias no-ordinarias que llegaron primero con la movilización y el estallido social chileno y luego con la pandemia por Covid-19. En la primera sección, con cuatro capítulos, sus autoras y autor nos trasladan a los escenarios de observación y nos invitan a reflexionar sobre las estrategias que siguieron para desarrollar sus indagaciones. Karina Bárcenas, desde las locaciones de sus experiencias de pesquisa reciente sobre los movimientos antigénero (*online* y *offline* en México y Brasil), nos invita a reflexionar sobre la construcción de “la mirada” y “el campo” cuando se hace etnografía digital. Rosario Palacios nos permite recorrer, mediante la descripción de imágenes sonoras y relatos íntimos, las vivencias y emociones de dos mujeres chilenas y sus familias, quienes habitan en una isla sureña, en los márgenes de una ciudad. Felipe Palma, Sofía del Pozo y Sofía Rodríguez nos llevan también al hemisferio austral del continente americano para adentrarnos en la forma en que llevaron a cabo un proyecto colaborativo para construir micro-observaciones de dos momentos no-ordinarios de la vida chilena: el estallido social de 2019 y la pandemia coronavírica. Gabriela Sued nos comparte sus reflexiones acerca de cómo enfrentó el reto de hacer investigación con los datos disponibles en la red y cómo construyó preguntas de investigación y acercamientos metodológicos junto con sus estudiantes. El epílogo también se remite al contexto de la pandemia, cuando Angela Giglia recurrió a sus propios contactos de Facebook para sondear de qué manera adaptaron sus espacios domésticos para hacerlos habitables en el contexto del confinamiento.

La Sierra Juárez de Oaxaca, en 2014; Iztapalapa, Ciudad de México, en 2020; y Tijuana, Baja California, entre 2020 y 2021, son los tiempos y contextos donde nos trasladan la autora y los autores de los capítulos que integran la segunda sección del libro para compartir sus retos y experiencias de

investigación cuando entraron en “las otras casas”. Es decir, cuando Tatiana Pérez llegó a Santa María Acamistli y su presencia e interés investigativo despertó, entre los habitantes del pueblo, primero desconfianza y temor, y luego deseo de venganza, por un evento que habría ocurrido 150 años antes. Cuando Henry Moncrieff se acercó, con cámara fotográfica en mano, a una de las alcaldías “más peligrosas” de la capital mexicana; y, finalmente, cuando Renato Galhardi llegó a Tijuana, ciudad fronteriza con Estados Unidos, para hacer trabajo de campo durante la pandemia en albergues para migrantes deportados.

Los capítulos de la primera sección y el epílogo presentan estrategias, retos y alternativas metodológicas para hacer investigación social cualitativa “sin salir de casa”. Ahí donde, por las condiciones —no-ordinarias o extraordinarias— del contexto, o por decisión de quien investiga, no hay interacción cara-a-cara con los sujetos sociales. Frente a constricciones del contexto, se buscan mediaciones tecnológicas con la colaboración de quienes forman parte del objeto de estudio: desde audios grabados por sus protagonistas en la intimidad de sus hogares (capítulo 2), con relatos escritos y fotografías para construir cartografías digitales, echando mano de redes interdisciplinarias (capítulo 3), o con las respuestas a la pregunta lanzada por la investigadora a sus propios contactos de Facebook (epílogo). Desde la creatividad e innovación, se experimenta y se buscan nuevos abordajes teóricos e interpretaciones con una metodología afectiva (capítulo 2) o con la investigación-creación (capítulo 3). También en esta sección encontramos estrategias que, más allá de las circunstancias no-ordinarias, se decide no salir de casa para hacer investigación. Ahí, el mundo digital “se convierte” en el escenario de observación e interacción *online*, pero también la arena donde se indagan fenómenos sociales que, mediados por la tecnología, pueden o no tener comportamientos distintos a los *offline*, como los movimientos antigénero (capítulo 1) o de la minería de datos, que permite identificar y analizar cómo la mediatización digital modifica las prácticas socioculturales gracias a la omnipresencia de diversos dispositivos tecnológicos en nuestra vida diaria (capítulo 4).

Los capítulos que integran la segunda sección nos comparten estrategias, retos y alternativas metodológicas de cuando la autora y los autores entraron en “la casa” de otras personas. Es decir, cuando la historiadora acudió

a la transdisciplina, “tomó prestado” el método etnográfico para hacer una microhistoria de lo local y en su trabajo de campo encontró un dato con gran riqueza heurística que, para las personas del pueblo, implicó despertar la rivalidad con otras localidades; y cuando, desde la mirada historiográfica, tuvo que escudriñar ese dato “extraordinario” desde el cotejo y la triangulación de fuentes (capítulo 5). También, cuando el antropólogo —otrora fotoperiodista— cuestionó la peligrosidad del contexto y buscó formas distintas de interacción con los jóvenes del barrio a fin de no reproducir con ellos relaciones violentas y de poder; en su lugar, buscó construir pactos etnográficos (capítulo 6). Finalmente, cuando el investigador, desde su “cuerpo-mundo”, desde sus emociones y desde su caminar las calles, se acercó a la vida de hombres deportados, primero en la distancia de la pandemia y luego desde la cercanía del trabajo de campo, a fin de “sentir-pensar” desde sus experiencias el dolor y la violencia padecida en los distintos momentos de su travesía migratoria (capítulo 7).

En suma, los siete capítulos que integran este libro de apoyo a la investigación, así como su epílogo, nos muestran alternativas para la investigación social cualitativa en medio de tiempos y contextos cuyas circunstancias recorren el *continuum* que va de lo ordinario a lo extraordinario. Desde la mediación tecnológica podemos analizar otras formas de interacción (capítulo 1), podemos propiciar nuevas formas de co-construir conocimiento (capítulos 2 y 3); podemos aprovechar el potencial informativo de los entornos digitales (capítulo 4 y epílogo); además de utilizar la tecnología como un dispositivo para devolver y diseminar el conocimiento (capítulos 2 y 3). Asimismo, al mantener una actitud reflexiva (capítulos 5 y 6), receptiva y afectiva (capítulos 3 y 7) durante el trabajo de campo, en interacción con las personas, podemos evitar el extractivismo de conocimiento (capítulos 5 y 6) y, en su lugar, podemos situar el conocimiento desde las propias realidades para “contar mejores historias” (capítulo 7).

Los capítulos también evidencian los retos que podemos enfrentar en circunstancias particulares. Los retos que implica la interacción mediada por la tecnología (primera sección); los retos de la colaboración desde la interdisciplina, con especialistas que no necesariamente siguen los mismos códigos y prácticas que los investigadores sociales (capítulo 3); los retos que

implica convencer a colegas de recurrir a otras disciplinas, a sus métodos y epistemologías, a fin de abarcar de mejor manera las realidades que interesa analizar (capítulo 5); y, finalmente, los retos ontológicos, metodológicos, epistemológicos y éticos que debemos atender cuando decidimos hacer investigación social desde “las otras casas” (segunda sección): ¿por qué, para qué, cómo y desde dónde hacemos investigación?

Como hemos mencionado previamente, este libro busca recuperar una serie de experiencias y reflexiones en torno a las implicaciones que tuvo en primera instancia la pandemia por Covid-19 en nuestras actividades de investigación y cómo sorteamos la forma de hacernos de información a través de distintas estrategias metodológicas. Ello nos llevó a cuestionarnos qué significa lo extraordinario y lo no-ordinario y, en ese sentido, observamos que investigadoras e investigadores asumen de muy diversas formas los retos que nos plantean los fenómenos contingentes. En algún momento, la pandemia dejó de ser parte de la coyuntura para convertirse en la denominada “nueva normalidad”; pero ¿qué implicaciones tiene para las y los investigadores, para las y los estudiantes a propósito de nuestras preguntas de investigación y las estrategias metodológicas con las que les damos cauce? Sin duda, este libro, resultado del esfuerzo colectivo por reflexionar acerca del tema, no logra captar a cabalidad todos los claroscuros que nos planteó la crisis sanitaria global. Si bien en los capítulos de este libro se da cuenta de la capacidad de adaptación de las y los participantes, existen muchos otros casos donde las estrategias metodológicas no pudieron sobrevivir y las investigaciones se vieron completamente interrumpidas o abandonadas. Nuestra propuesta adolece de la contracara y de los fallos que enfrentamos constantemente al querer llevar a buen término nuestras investigaciones.

La digitalización de muchos ámbitos de la vida social, como el trabajo, la educación y la convivencia, entre otros aspectos, nos permitió dos cosas. Por un lado, convertir el espacio digital en nuestro espacio de observación o interacción y, por otro lado, hacer uso de diversas herramientas tecnológicas para observar y analizar otros fenómenos. Sin embargo, la tecnología también trae consigo una serie de problemas de los que no logramos dar cuenta en este libro, como la desigualdad y las brechas tecnológicas en el uso y acceso a dispositivos, herramientas, infraestructura, lo que sin duda pone en

desventaja a estudiantes, investigadoras e investigadores que no cuentan ni contaron con dichas condiciones para poder utilizar este tipo de estrategias metodológicas. La recurrencia a las tecnologías y a las redes sociales se volvió respuesta común para quienes pudieron adaptarse a ello, pero lo cierto es que no alcanzó para solventar investigaciones que sí o sí requieren de la presencialidad física y la interacción cara a cara.

Por último, vale la pena abrir la discusión sobre lo que aquí hemos planteado como extraordinario y no-ordinario, ya que en muchos contextos regionales y nacionales los hechos de inseguridad, violencia, marginación y peligro se han normalizado al grado de ser lo ordinario para poblaciones enteras. En consecuencia, habrá que preguntarnos en qué sentido pensamos los tiempos y contextos extraordinarios: desde la óptica del campo académico, de las disciplinas a las que nos adscribimos y desde la mirada de quien investiga, o desde la experiencia de los sujetos de nuestras indagaciones. Las estrategias metodológicas implementadas dependen de este cruce de miradas, experiencias y cuestionamientos sobre el ser investigador o investigadora, y sobre quién es el sujeto de nuestras indagaciones, pues habrá que asumir que lo extraordinario de ciertos contextos, desde la óptica de la persona que investiga, puede ser lo no-ordinario o lo ordinario para quienes los habitan.

En suma, en esta obra compartimos algunas estrategias metodológicas de las que echamos mano autoras, autores y quienes coordinamos; todas ellas innovadoras, dadas las condiciones del contexto en que se investiga y que recorre el *continuum* de lo ordinario a lo extraordinario. No son respuestas únicas ni acabadas, sino impulsos creativos de quienes hacemos investigación por dar continuidad a nuestra labor y, con ello, acompañar la formación del estudiantado, a quien invitamos a pensar creativamente y a imaginar otras formas —que no se encuentran en los manuales de metodología— de investigar, algunas veces a pesar de todo.

REFERENCIAS

- Bassi, Javier (2014). "Cuali/Cuanti: La distinción paleozoica". En *FQS Forum: Qualitative Social Research* 5 (2): artículo 7 [en línea]. Disponible en: <<https://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1993/3658>> (consulta: 31 de mayo de 2022).
- Berger, Peter, y Thomas Luckmann (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones.
- Bier, Vicki M. (2017). *Risk in Extreme Environments: Preparing, Avoiding, Mitigating, and Managing* [en línea]. Nueva York: Routledge. Disponible en: <<https://doi-org.ezproxy.lib.ualgary.ca/10.4324/9781315557540>> (consulta: 31 de mayo de 2022).
- Denzin, Norman K., e Yvonna Lincoln (2012). "The discipline and practice of Qualitative Research". En *Handbook of Qualitative Research*, editado por Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln, 1-28. Thousand Oaks, California: Sage.
- Durán, Jorge (2014). "Coordenadas metodológicas. De cómo armar el rompecabezas". En *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales*, editado por Cristina Oehmichen. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Greckhamer, Thomas; Mirka Koro-Ljungberg; Sebnem Cilesiz; y Sharon Hayes (2008). "Demystifying interdisciplinary qualitative research". *Qualitative Inquiry* 14 (2): 307-331.
- Knoblauch, Hubert (2005). "Focused Ethnography". En *Forum: Qualitative Social Research*, 6 (3): artículo 44 [en línea]. Disponible en: <<https://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/20>> (consulta: 20 de septiembre de 2020).
- Maxwell, Joseph A. (2022). "Qualitative Research Design". En *Research Methods Foundations*, editado por Paul Atkinson, Sara Delamont, Alexandru Cernat, Joseph W. Sakshaug y Richard A. Williams. London: Sage.
- Mendizábal, Nora (2006). "Los componentes del diseño flexible en la investigación cualitativa". En *Estrategias de investigación cualitativa*, coordinado por Irene Vasilachis. Barcelona: Gedisa.
- Mendoza, Elena, y Marcela Amaro (en prensa). "Uso de diseños flexibles de investigación para el análisis de procesos de ciencia, tecnología, innovación y sociedad en América Latina". En *Métodos para el análisis de los procesos de ciencia, tecnología e innovación: herramientas para el estudio del desarrollo de América Latina*, coordinado por Diana Suarez y José Miguel Natera. Ciudad de México: Universidad Nacional de General Sarmiento/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Meneses Reyes, Marcela (2020). "Empatizar con el victimario. Dilemas metodológicos de la investigación etnográfica en contextos de violencia". En *Perspectivas contemporáneas de la investigación en ciencias sociales*, coordinado por Miguel Armando López Leyva, 213-242. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Montes de Oca, Laura (2016). "Una ventana epistémica a la (inter)subjetividad. Las potencialidades del método etnográfico". En *Forum Qualitative Social Research* 17 (1): artículo 8 [en línea]. Disponible en <<http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/viewFile/2227/3929>> (consulta: 7 de agosto de 2019).
- Nordstrom, Carolyn, y Antonius G. C. M. Robben (1995). *Fieldwork under fire. Contemporary studies of violence and survival*. Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press.
- Sautu, Ruth; Paula Boniolo, Pablo Dalle, y Rodolfo Elbert (2005). *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Tarrés, María Luisa (2013). "Lo cualitativo como tradición". En *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, coordinado por María Luisa Tarrés, 13-36. Ciudad de México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México.

PRIMERA SECCIÓN

¿CÓMO SIGO HACIENDO INVESTIGACIÓN SI NO PUEDO “SALIR DE CASA”?



1

Etnografía digital: revisitar un método desde una genealogía hacia los fundamentos clásicos

Karina Bárcenas Barajas

INTRODUCCIÓN

Como la matemática o la música, la etnografía constituye una de esas raras vocaciones auténticas. Uno puede descubrirla en sí mismo, aunque no se la hayan enseñado

Claude Lévi-Strauss (2006 [1995]: 67)

Las palabras de Claude Lévi-Strauss resultan oportunas para situar un punto de partida en la revisión genealógica que propongo en este capítulo, ya que develan el doble carácter de la etnografía. Por una parte, su implementación implica una vocación para delinear un campo, habitarlo y construir un conjunto de datos. Pero, por otra, la comparación con la matemática o la música remite a un conjunto de procedimientos, de articulaciones, que en este caso dan forma a un método de investigación; el cual, aun cuando no se conforma por pasos exactos y replicables para todos los casos, se caracteriza por un conjunto de principios que desde las etnografías clásicas le han dado forma.

Durante los años de confinamiento por la Covid-19 en los que permaneció gran parte de la población en el mundo, la etnografía digital tomó una notoriedad no vista. Si bien se trata de un método surgido desde mediados de la década de 1990, para algunos y algunas científicas sociales, de diversas disci-

plinas, representó una manera novedosa para acercarse a sus interlocutores en el trabajo de campo, así como una oportunidad para posicionarse desde otras coordenadas etnográficas.

Sin embargo, las restricciones de movilidad por la pandemia también revelaron la necesidad de problematizar el término “digital” en relación con la etnografía, ya que en ocasiones únicamente tuvo un fin instrumental, lo que llevó a que se nombrara “etnografía digital” a cualquier intervención en el trabajo de campo mediada por las tecnologías de la información y la comunicación; en otras ocasiones, en nombre de la flexibilidad del método, también se le llamó así a cualquier proceso de producción de datos. En ambos casos, se utilizó el término sin mostrar una aproximación teórico-metodológica con anclajes etnográficos, tampoco una reflexividad en torno a la configuración y ensamblaje de las prácticas sociales.

Estos acercamientos me llevaron a cuestionar ¿qué implica realizar una etnografía digital? Si la primera palabra remite a un método de gran tradición en las ciencias sociales y la segunda alude a transformaciones paradigmáticas para el mundo contemporáneo, ¿cuáles son sus características? A partir de dichas interrogantes inicié un recorrido genealógico hacia algunos de sus fundamentos clásicos, ya que, como lo señala Augé, “toda reflexión sobre la renovación de la antropología [y también sobre su método: la etnografía] se sitúa paradójicamente dentro de una tradición” (1995: 61).

En este contexto, y reconociendo la implicación metodológica de situarse en la intersección o ensamblaje de escenarios de investigación en línea y fuera de línea, es que este capítulo tiene el propósito de revisar el método de la etnografía digital, a partir de la perspectiva de los fundamentos clásicos, para problematizar la centralidad de: 1) la construcción de una mirada etnográfica, 2) la construcción del campo etnográfico, y 3) la producción de un trabajo de campo sistemático. En consecuencia, ello permitirá deconstruir posturas maniqueas que califican como “buenas” o “verdaderas” únicamente a aquellas etnografías realizadas fuera de línea.

ENTRE LA DISCIPLINA Y EL MÉTODO

DOS GIROS IMPORTANTES PARA LA ETNOGRAFÍA DIGITAL

Siguiendo su composición etimológica, la antropología se define como la ciencia encargada del estudio del hombre: *anthropos* significa hombre; *logos*, estudio o ciencia (Schneider, 2008: 17). Esta aproximación —que también es necesario problematizar desde una mirada feminista— ha llevado a colocar a la historia y la cultura al centro de la reflexión antropológica, ya que por medio de ellas es posible entender las formas de acción y significación que se desarrollan en coordenadas espaciotemporales diferenciadas.

La antropología surgió como disciplina en el siglo XVIII para estudiar a las personas como seres culturales (Schneider, 2008: 22). Desde entonces, se han desarrollado distintas teorías antropológicas dentro de diferentes corrientes, como el evolucionismo, el difusionismo, el historicismo, el funcionalismo, el estructuralismo (Schneider, 2008: 23) y también la antropología simbólica, la cual, como se mostrará más adelante, representa una herencia fundamental para la etnografía digital.

Por su parte, la definición etimológica de la etnografía remite a la escritura sobre los pueblos o razas: *ethos* significa pueblo o raza, y *grapho*, escribir (Hirai, 2015: 83). Sin embargo, en nuestros días, las etnografías ya no se realizan sólo en torno a estas dos entidades que originalmente marcaban una distancia entre el investigador y las poblaciones investigadas. Actualmente, las etnografías se emplazan en diferentes proximidades intersubjetivas —incluso desde una perspectiva autoetnográfica— y en distintas coordenadas de espacio y tiempo. En el caso de la etnografía digital, éstas se configuran en un *continuum* en línea y fuera de línea; es decir, *onlife*, siguiendo el término propuesto por Floridi (2015).

De los postulados constitutivos de este método de investigación, predominantemente cualitativo, en su etapa clásica, es importante recuperar el punto de llegada en el trabajo etnográfico establecido por Malinowski (1986 [1922]: 41), el cual consiste en captar el punto de vista de nuestros interlocutores o colaboradores etnográficos, su posición en la vida, su visión del mundo; lo cual, desde la mirada de Clifford Geertz (2003 [1973]), implica desentrañar estructuras de significación por medio de una descripción densa de la cultura.

Aun cuando en este capítulo me remito a los fundamentos clásicos de la etnografía para vislumbrar sus alcances en la investigación a partir de Internet, es importante considerar que ni la antropología ni su método han permanecido estáticas, más bien han protagonizado distintos procesos de reinención que además adquieren ciertas particularidades que dependen de los territorios en los que se ubican. Gracias a diversos momentos de revisión y crisis, en el marco de transformaciones económicas, sociales y culturales, como la revolución de la información (Castells, 1997), la globalización (Beck, 1999) y la mundialización de la cultura (Ortiz, 2004), fue que surgieron propuestas como la etnografía multilocal o del sistema mundo (Marcuse, 2001), y la etnografía digital (Hine, 2015), así como su antecesora, la etnografía virtual, las cuales, han mostrado tanto la diversificación de los objetos de estudio de la antropología como el uso del método etnográfico fuera de esta disciplina.

Por ello, es importante profundizar en dos giros que son fundamentales para la puesta en práctica de la etnografía en contextos digitales: la antropología simbólica y la teoría de la práctica.

La antropología simbólica dota a la etnografía digital de una perspectiva para comprender la cultura a partir de los procesos de creación de sentido y significado que guían la acción. Ello es fundamental si consideramos que el etnógrafo o etnógrafa digital transita entre los símbolos que articulan formas de enunciación que se generan por medio de interacciones en texto e imágenes —fijas o en movimiento— que dan cuenta de prácticas sociales.

Dos figuras emblemáticas de esta corriente antropológica son Clifford Geertz y Victor Turner. El primero propuso un concepto semiótico de cultura, que le otorgó un lugar relativamente fijo y un grado de objetividad que no tenía (Ortner, 1984: 129). Para Geertz (2003 [1973]: 20), la cultura es una trama de significaciones que el hombre ha tejido y en la cual está inmerso, por lo que el análisis de la cultura no corresponde con una ciencia experimental en busca de leyes, sino con una ciencia interpretativa en busca de significaciones. De acuerdo con Sherry Ortner (1984: 129):

(...) el movimiento teórico más radical de Geertz fue argumentar que la cultura no es algo encerrado en la cabeza de las personas, sino que está encarnada en símbolos públicos, símbolos a través de los cuales los miembros de una sociedad comunican su visión del mundo, orientaciones de valores, *ethos*.

Por otra parte, la perspectiva de Victor Turner se diferencia de aquellas en las que la dimensión simbólica se separa de la acción. Por el contrario, para él, “los símbolos instigan la acción social. En un contexto de campo podríamos incluso llamarlos ‘fuerzas’, en la medida en que son influencias determinables que inducen a las personas y a los grupos a la acción” (Turner, 2007 [1967]: 39-40).

Lo dicho hasta este momento permite destacar que, para el método etnográfico, en especial para la etnografía digital, la construcción del dato etnográfico se genera a partir de la descripción densa de las prácticas sociales, es decir, de los procesos simbólicos que guían la acción. Pero ¿cuál es la importancia de la teoría de la práctica?

De acuerdo con Sherry Ortner (1984: 149), el estudio de la práctica es el estudio de todas las formas de acción desde un ángulo político particular; por lo tanto, la teoría de la práctica es “una teoría general de la producción de sujetos sociales a través de la práctica en el mundo [pero también] de la producción del mundo a través de la práctica”, por lo que proporciona “una síntesis dialéctica de la oposición entre ‘estructura’ (o el mundo social tal como está constituido) y ‘agencia’ (o las prácticas de personas)” (Ortner, 2006: 16).

Esta manera de concebir las prácticas se originó a finales de la década de 1970, cuando:

(...) el panorama teórico estaba dominado por tres paradigmas principales: la antropología interpretativa o “simbólica”, iniciada por el trabajo de Clifford Geertz; la economía política marxista, cuyo principal practicante fue probablemente Eric Wolf; y una u otra forma de estructuralismo francés, lanzado por Claude Lévi-Strauss, pero que en ese momento comenzaba a ser reemplazado por varios postestructuralismos (Ortner, 2006: 1).

Estos tres paradigmas tenían en común el hecho de ser teorías de la restricción, por lo que un primer desafío a esta tendencia fue el interaccionismo simbólico, el cual se posicionó desde el otro extremo al dejar de lado las restricciones estructurales para centrarse en una microsociología de la interacción personal (Ortner, 2006: 1-2). Propuestas como las de Pierre Bourdieu, Anthony Giddens y Marshall Sahlins lograron conceptualizar las maneras en que las estructuras restringen pero también habilitan la acción social, ofreciendo una solución a los problemas que habían plagado a la disciplina antropológica desde el funcionalismo, así como en las escuelas teóricas de las décadas de 1960 y 1970 (Ortner, 2006: 2-3).

Este movimiento en la teoría antropológica resulta fundamental para el método etnográfico digital, ya que también amalgama las dimensiones simbólicas y de la acción social. Como lo enuncia Sherry Ortner (2006: 3), la teoría de la práctica “‘conectó a tierra’ el proceso cultural —discursos, representaciones, que solíamos llamar ‘sistemas simbólicos’— en las relaciones sociales de las personas ‘en el terreno’”.

Otras perspectivas que ofrecieron correctivos y mejoras a las propuestas sobre la teoría de la práctica básica fueron aquellas que colocaban en un lugar central al poder (como lo planteó Michel Foucault), a la historia (como lo hizo Marshall Sahlins) y a una concepción de cultura más completa, que problematizara su rol en el proceso social, así como las narrativas de poder y desigualdad (como sucedió con Sherry Ortner) (Ortner, 2006: 3-4, 9, 11, 14).

De esta manera, es posible plantear que la etnografía digital es resultado de grandes transformaciones en el mundo contemporáneo, como la revolución de la información, la globalización y la mundialización de la cultura, pero también al interior de la propia disciplina antropológica por medio de corrientes como la antropología simbólica, la teoría de la práctica y la etnografía multilocal o del sistema mundo.

Por ello, la etnografía digital requiere de la construcción de una mirada que sea capaz de observar y problematizar tanto el ensamblaje como la complejidad de las prácticas sociales en las que estamos inmersos.

CONSTRUIR LA MIRADA ETNOGRÁFICA: UN DISPOSITIVO PARA OBSERVAR PRÁCTICAS SOCIALES A PARTIR DE INTERNET

La observación constituye la técnica más importante del método etnográfico. Sin embargo, su proceso no implica solamente situarse en distintas coordenadas espaciales para ver, participar y describir. Antes de todo ello, es necesaria la construcción de una mirada etnográfica que, a la manera de un dispositivo, permita observar prácticas sociales a partir de Internet.

Para Deleuze (1990), los dispositivos son máquinas para hacer ver y para hacer hablar. Están conformados por: 1) regímenes de luz, que distribuyen lo visible y lo invisible; 2) regímenes de enunciación, que distribuyen las posiciones diferenciales de sus elementos; y 3) líneas de fuerza, que corresponden a la dimensión del poder; 4) líneas de subjetivación relacionadas con un proceso de individuación; y 5) líneas de ruptura, de fisura.

En consecuencia, para emprender una etnografía digital, es necesario construir una mirada que, a la manera de un dispositivo, sea capaz de:

1. Visibilizar las prácticas sociales por medio de formas de interacción que se configuran principalmente en textos e imágenes —fijas o en movimiento—, las cuales revelan regímenes de enunciación con posiciones que remiten de manera diferenciada a la dimensión del poder.
2. Redimensionar el rol de las tecnologías de la información y las redes sociodigitales en la configuración y ensamblaje —en línea y fuera de línea— de las prácticas sociales cotidianas.
3. Encontrar diversas formas de participación, las cuales no siempre son sinónimo de interacción.
4. Posicionarse desde la propia subjetividad en el proceso de investigación.

A diferencia de la observación etnográfica fuera de línea, donde las prácticas se observan *in situ*, en la observación etnográfica en línea, por lo general, se parte de formas de interacción plasmadas en un texto y/o un recurso gráfico, como una fotografía o video. Ello demanda al etnógrafo o etnógrafa la capacidad de “ver” un conjunto de prácticas sociales a partir de las formas de in-

teracción que median estos recursos. Las descripciones que se originan en este proceso son el punto de partida para la construcción del dato etnográfico.

Asimismo, es necesario reconocer que en los espacios en línea, que se generan gracias a las tecnologías de la información y de la comunicación, también se han implantado algunos de los problemas estructurales más importantes para las sociedades contemporáneas, como la violencia contra las mujeres y poblaciones marginadas o estigmatizadas, el arraigo de determinados prejuicios gracias a ciertos patrones que forjan las grandes cantidades de datos, discursos de odio, fascismos, populismos y neoconservadurismos.

También se sabe que las tecnologías de la información y la comunicación desempeñan un rol central para formas de acción, como las que implican ciertas prácticas de gobernanza, el impulso a formas de participación cívica y ciudadana, prácticas de denuncia digital, la creación de entornos de aprendizaje, formas de participación comunitaria para evitar el desperdicio de comida y, dada la realidad de un país con altos índices de violencia como México, la creación de redes de solidaridad y apoyo para la búsqueda de personas desaparecidas.

Reconocer estas complejidades más allá de ciertos usos que identificamos en nuestra persona o contexto, permitirá la construcción de una mirada etnográfica que evitará caer en reduccionismos en torno al método de la etnografía digital, pero también en relación con los requerimientos y demandas del trabajo etnográfico, las cuales, para muchos, se asocian con mayor facilidad o rapidez en comparación con aquellas que suceden fuera de línea. Asimismo, llevará a descubrir que prácticamente cualquier objeto de estudio se puede pesquisar desde sus articulaciones o ensamblajes en línea o fuera de línea.

La etnografía digital también ha permitido problematizar un fundamento metodológico común para cualquier modalidad etnográfica: la participación del etnógrafo o etnógrafa.

Para dar cuenta de ello, es necesario considerar que, en la observación de prácticas sociales a partir de Internet, es posible asumir dos modalidades que se expresan como participante y no participante en los términos más tradicionales. La investigación etnográfica digital las ha nombrado como “experimentador/a participante” (*participant experienter*) e “investigador/a al acecho” (*lurking researcher*) (véase García *et al.*, 2009). Sin embargo, conside-

rar el trabajo etnográfico donde no hay interacción con los interlocutores o actores de la investigación como una forma de acecho representa una contradicción con los principios éticos y metodológicos de la investigación social.

Por ello, es más adecuada la propuesta de Urbanik y Rocks (2020), quienes denominan al trabajo de observación sin interacción con los colaboradores o actores de la investigación como “enfoque de espejo unidireccional” (*one way mirror approach*), y la observación que implica formas de participación que parten del encuentro y diálogo con los colaboradores etnográficos como “enfoque de la ventana de cristal” (*glass window approach*).

Sin embargo, lo más significativo frente a estas dos modalidades en el trabajo de observación etnográfica radica, como lo plantea De Seta (2020: 86, 88), en encontrar otras modalidades de participación del etnógrafo que se extienden hacia actividades muy personales, como navegar, seguir enlaces, moverse entre plataformas, ignorar, dar “me gusta”, compartir, editar y vincular.

Asimismo, si asumimos que el cuerpo se convierte en el medio para la participación etnográfica, ya que la etnografía “siempre ha significado el intento de comprender otro mundo de vida utilizando el yo —tanto como sea posible— como instrumento de conocimiento” (Ortner, 2006: 42), resulta fundamental reconocer el cuerpo más allá de su materialidad; es decir, considerando también la perspectiva simbólica y las emociones de quien investiga, las cuales, de igual manera, median el trabajo de campo y se convierten en la vía para generar formas de participación.

Por ello, las emociones y sentimientos que experimenta el etnógrafo o etnógrafa abren diversas posibilidades para dar cuenta en la descripción etnográfica del “estar ahí” (Geertz, 2003 [1973]), ya que la postura etnográfica es tanto una posición intelectual (y moral) —un modo constructivo e interpretativo— como un proceso corporal en el espacio y el tiempo (Ortner, 2006: 42).

Por ejemplo, consideremos la investigación feminista en contextos digitales en torno a formas de acción colectiva, que se articulan y ensamblan desde espacios en línea, para denunciar distintas violencias que se ejercen contra las mujeres. En algunos casos, dichas prácticas no se observan en el momento en que ocurren, sino días, semanas o meses después. Sin embargo, la empatía y la indignación experimentadas por las etnógrafas o etnógrafos

en el trabajo de campo jugará un rol importante en las descripciones que se plasmen en el diario de campo.

Asimismo, en otros casos, la decisión de no interactuar con los actores de la investigación puede ser parte del posicionamiento ético de quien investiga, tal como sucedió con la investigación que realicé en torno a los movimientos antigénero en México y Brasil (véase Bárcenas Barajas, 2020). Después de dedicar más de una década a investigaciones sobre temáticas relacionadas con la diversidad sexual en ambos países, en mi trabajo de campo fuera de línea tomé la decisión de no participar en las marchas organizadas por dichos movimientos gritando consignas antigénero o portando pancartas, pero sí participé con mi cuerpo al recorrer el mismo trayecto que quienes formaban parte del contingente; lo cual, sin duda, intervino en lo que enfoqué con la cámara fotográfica.

En el trabajo de campo en línea tampoco interactué con las y los actores de la investigación, porque los objetivos no lo demandaban, pero sí participé siguiendo sus cuentas en redes sociodigitales desde mis perfiles personales. En consecuencia, los dos ejemplos mencionados revelan que la decisión del etnógrafo o etnógrafa de no interactuar es la vía para hacer visibles otras formas de participar en el trabajo etnográfico.

Por lo tanto, si bien resulta prácticamente imposible realizar una etnografía sin la participación del etnógrafo o etnógrafa, es necesario establecer una ruptura frente al límite que representa la interacción como la única o más importante modalidad de participación, así como con la idea de que es la materialidad del cuerpo del etnógrafo o etnógrafa la vía más directa para llegar a ella.

El reconocimiento de las distintas formas de participación en el trabajo etnográfico, por medio de una actitud reflexiva, contribuye a que quien investiga se posicione desde su propia subjetividad en el proceso que demanda su pesquisa, ya que, como se ha mencionado, el etnógrafo o etnógrafa inquiere por medio de su cuerpo, tanto en su dimensión material como simbólica. Ello, más que representar un atentado contra las pretensiones de objetividad en la investigación cualitativa, contribuye al rigor metodológico que demanda transparentar desde qué posición y mirada se genera el conocimiento, ya que como lo señala Renato Rosaldo:

El punto de partida para emprender una etnografía digital: construir una mirada

La construcción de una mirada etnográfica se asemeja con la fabricación de un dispositivo que, en este caso, sea capaz de:

1.

Visibilizar las prácticas sociales que se configuran por medio de interacciones en textos e imágenes

2.

Redimensionar el rol de las tecnologías de la información y las redes sociodigitales en la configuración y ensamblaje *onlife* de las practicas sociales

3.

Encontrar formas de participación que no siempre son sinónimo de interacción

4.

Posicionarse desde la propia subjetividad en el proceso de investigación

Los científicos sociales a duras penas pueden convertirse en observadores imparciales, si es que en efecto pueden hacerlo. No hay un punto de Arquímedes desde donde sustraerse al condicionamiento mutuo de las relaciones sociales y el conocimiento humano. Las culturas y sus “sujetos posicionados” se refuerzan con poder, y el poder, a su vez se moldea con las formas culturales. Como la forma y el sentimiento, la cultura y el poder se entrelazan inextricablemente. Al exponer las formas de conocimiento social, tanto de los científicos como de los actores humanos, debemos considerar sus posiciones sociales (Rosaldo, 2000 [1989]: 196).

A manera de síntesis, en la siguiente viñeta se destaca la centralidad de la construcción de una mirada etnográfica. Ello conducirá a una explicación sobre el rol del campo en el trabajo etnográfico, así como hacia una invitación para construirlo y transitarlo a la manera de una cartografía, ya que el desarrollo de la mirada etnográfica también se produce durante el trabajo de campo que conduce a la fabricación del dato etnográfico.

CONSTRUIR EL CAMPO ETNOGRÁFICO: CARTOGRAFIAR RELACIONES DE PODER

En nuestros días, el campo etnográfico es visto como una de las dimensiones constitutivas del método, pero ello no siempre fue así. De acuerdo con Ghasarian (2008 [2002]: 10), hasta finales del siglo XIX los materiales antropológicos fueron documentos, informes, cartas de viajeros, exploradores, misioneros, administradores coloniales, militares, miembros de expediciones científicas y cronistas que interpretaban lo desconocido.

Fue hasta el siglo XX que los antropólogos comenzaron a interactuar con lo que en aquel entonces se denominaba “informantes”. Franz Boas y Bronislaw Malinowski son considerados los fundadores del trabajo de campo en Gran Bretaña y los Estados Unidos, respectivamente (Guber, 2011: 26). Para la década de 1930:

(...) el trabajo de campo ya se había consolidado como una actividad eminentemente individual realizada en una sola cultura, un rito de paso a la profesión que correspondía a la etapa doctoral. La estadía prolongada y la interacción directa,

cara a cara, con los miembros de una cultura, se transformó en la experiencia más totalizadora y distintiva de los antropólogos, el lugar de producción de su saber y el medio para legitimarlo. Su propósito era suministrar una visión contextualizada de los datos culturales en la vida social tal como era vivida por los nativos (Guber, 2011: 32).

Sin embargo, el estudio de una cultura en un lugar determinado, característica fundamental de la etnografía clásica, también contribuyó a que el campo etnográfico se asociara con los desplazamientos a un espacio determinado. No obstante, los movimientos necesarios para el campo etnográfico responden sobre todo a los requerimientos de un proceso epistemológico, ya que como lo plantea Sánchez Parga, el trabajo de campo se refiere a una disposición particular en el modo de investigar, “es ante todo un itinerario interior, epistemológico (...) un proceso intelectual mucho más complejo, decisivo y productivo para el antropólogo”, que impacta en la manera de mirar, pensar, entender e interpretar a una cultura (Sánchez Parga, 2005: 67, 68, 70).

A partir de esta perspectiva, me parece central pensar la configuración del campo etnográfico a la manera de una cartografía, que coloca al poder como punto de partida de cualquier desplazamiento. Esta invitación me parece significativa si consideramos tres posicionamientos enclavados en la antropología y la comunicación, dos disciplinas en las cuales se sostiene la etnografía digital:

1. La corriente teórica identificada por Ortner (2006) en la que el poder se coloca como una perspectiva central para estudiar las prácticas sociales.
2. Las particularidades de nuestro mundo que se imprimen en el trabajo etnográfico y que ella misma define como una “antropología oscura” (*dark anthropology*), “que se centra en las dimensiones duras de la vida social (poder, dominación, desigualdad y opresión), así como en la experiencia subjetiva de estas dimensiones” (Ortner, 2016: 47).
3. La centralidad del poder que se ejerce por medio de la construcción de significados que guían la acción y que Castells (2009) sitúa en el marco de la revolución de la información.

El campo etnográfico: un espacio para cartografiar

El campo es una construcción del investigador, no una ciudad o localidad en la que se estudian algunas configuraciones culturales

Su configuración se asemeja con el diseño de una cartografía, es decir, se requiere concebir y producir el espacio por el que transitará el etnógrafo

Se construye a partir de los desplazamientos en los diferentes sitios de conexión que configuran la dimensión espacial de la etnografía digital

La dirección de dichos desplazamientos está orientada por las relaciones de poder que sitúan en posiciones diferenciadas a los actores o interlocutores de la investigación

Dicha construcción de campo permitirá fundamentar, de manera reflexiva, las decisiones hacia dónde avanzar en la investigación, en relación con las técnicas, los recortes espacio temporales, los actores o interlocutores y las etapas de la investigación

El campo etnográfico, como una cartografía que coloca al poder —a las relaciones de poder en sus variadas formas— como punto de partida de cualquier desplazamiento, permitirá trazar y complejizar rutas por donde transitar en torno a los escenarios de la investigación (en línea y fuera de línea), los tránsitos de los interlocutores o actores de la pesquisa, las formas de participación del etnógrafo. Además, posibilitará la visualización de todos estos elementos de manera relacional.

La construcción del campo desde una perspectiva como esta también contribuirá a fundar lo que Ortner (2006: 43-44) ha denominado una postura etnográfica que cumpla con el compromiso de lo que, a su vez, Geertz (2003 [1973]) llamó “densidad”, para lograr la comprensión de las prácticas sociales por medio de la riqueza, la textura y el detalle; lo cual, como se mostrará en el siguiente apartado, también es resultado de un trabajo de campo sistemático.

PRODUCIR UN TRABAJO DE CAMPO SISTEMÁTICO PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL DATO ETNOGRÁFICO

Ghasarian (2008 [2002]: 20) fue muy acertado al plantear que hacer una etnografía implica mucho más que “escribir” las notas de campo, y es que el dato etnográfico no se “recolecta”, tampoco se “produce”, sino que se construye a lo largo de la investigación por medio de una serie de actos interpretativos (Lahire, 2006: 42). De ahí la importancia de que éste sea sistemático, dando sentido a la larga duración que marca la tradición antropológica, la cual, en nuestros días, más que inscribir un periodo de tiempo determinado, implica situar el objeto de estudio en los diferentes momentos que demanda el análisis etnográfico para captar las diversas texturas de lo social que dan forma a una descripción densa.

La explicitación sobre las maneras como se produjo un trabajo de campo sistemático se convierte en el antídoto frente a lo que Malinowski (1986 [1922]: 33) denominó como “el problema de la honradez metodológica”. Desde su perspectiva, para evitar caer en él, es necesario que el etnógrafo o etnógrafa exponga de manera clara y consistente cuáles son las observaciones directas y cuáles son las informaciones indirectas que sostienen su descripción.

Siguiendo la perspectiva de Bernard Lahire (2006: 37), es posible plantear que un trabajo de campo sistemático es aquel que deriva de un corpus construido teórica y metodológicamente, en lugar de lo que denomina como “ejemplos fabricados a la medida”, los cuales sólo ejemplifican el esquema teórico del autor.

Un trabajo de campo sistemático implica una selección que puede ser empíricamente observada y verificada; por ello, desde la perspectiva de Lahire (2006: 40, 42), es necesario dar cuenta de los principios teóricos de selección y de los modos de producción de los materiales empíricos, designar los contextos espaciotemporales de la observación y explicitar los modos de fabricación de los resultados a partir de los materiales producidos.

Un trabajo de campo sistemático a partir de una etnografía fuera de línea es lo que muestra Roberto da Matta (2002 [1997]), en el libro *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*. En él, plantea la distinción entre individuo y persona en Brasil, por medio del estudio de un rito que identifica en el acto de habla, que da forma a la frase “¿Sabe con quién está hablando?”. Su aproximación al trabajo de campo fue por medio del estudio de cien casos y un marco teórico inspirado en la obra de Victor Turner, por medio de los conceptos de dramatización y drama.

Precisamente, al antropólogo escocés, Turner, un trabajo de campo sistemático y de larga duración le permitió estudiar con gran detalle el sistema ritual del pueblo ndembu del noroeste de Zambia, al sur de África Central, por medio de una clasificación en la que, por una parte, se encuentran los rituales de las crisis vitales (como las ceremonias de iniciación y las ceremonias funerarias) y, por otra, los rituales de aflicción (como los cultos de la caza, los cultos de fertilidad para las mujeres y los cultos curativos) (Turner, 2007 [1967]).

En el caso de la etnografía digital es importante destacar el trabajo de Rachel Ferguson (2017), quien realizó una investigación sobre mercados ilícitos de droga en la red oscura (*darknet*). Ella pasó más de cuatro años observando e interactuando en estos mercados y foros de chat, además de realizar observaciones fuera de línea en mercados criminales por medio de los cuales establecía comparaciones con los sitios de trabajo de campo de aplicaciones de teléfonos inteligentes. Las jornadas de observación en línea de las transaccio-

nes, interacciones y normas en estos espacios le demandaban de una a tres horas por día, aunque en ocasiones las jornadas se extendían de 12 a 14 horas.

La investigación de Catalina Echeverri Gallo (2021) sobre maternidades confinadas en contextos de pandemia también permite dar cuenta de un trabajo de campo sistemático por medio de una inmersión prolongada en los perfiles de siete madres blogueras, desde marzo de 2020 hasta enero de 2021. La autora implementó técnicas como la observación participante y entrevistas a profundidad con las actoras de la investigación. Por medio de la observación etnográfica conformó un corpus de 898 publicaciones que posteriormente fueron parte de un análisis narrativo.

Con el mosaico de casos presentado, pretendo que quienes dialoguen con estas páginas se separen de perspectivas en las que la etnografía digital se reduzca a: 1) un método útil sólo para el estudio de coyunturas, 2) un recurso para cuando no sea posible el trabajo de campo fuera de línea —tal como sucedió durante tiempos extraordinarios, como los que implicaron la pandemia provocada por la Covid-19—, y 3) un método complementario para la investigación. Este es el momento de considerar que por medio de la etnografía digital también es posible llevar a cabo trabajo de campo sistemático y de larga duración que, igualmente, aliente la consolidación de líneas de investigación de largo alcance.

Pero ¿cómo se construye el dato etnográfico? ¿Cuáles son las etapas del análisis etnográfico mencionadas anteriormente? Como se enunció al inicio de este apartado, el dato etnográfico se construye por medio de una serie de actos interpretativos (Lahire, 2006: 42) que dan forma a un relato etnográfico. La interpretación o explicación implica un proceso de teorización, una mirada teórica que guíe, vuelva pertinente (Lahire, 2006: 39) y dé coherencia —manteniendo el carácter de una hipótesis inductiva— (Augé, 2007: 52) a la descripción que resulta de la observación etnográfica, pero también a la información que es producto de otras técnicas y enfoques que se articulan en torno a este método, como las entrevistas, la perspectiva etnográfica en torno al *big data* o los anclajes etnográficos en el diseño de encuestas.

Siguiendo los aportes de un antropólogo clásico, como Victor Turner, y de un antropólogo de la contemporaneidad, como Marc Augé, es posible plantear que el proceso de teorización que va dando forma al dato etnográfico im-

plica situar el resultado de la observación etnográfica, y de otras técnicas o enfoques en torno al método, más allá de su particularidad. Si bien el método etnográfico no aspira a presentar datos generalizables, como bien lo plantea Turner (2007 [1967]: 48), es necesario situarlos en el contexto del sistema total. Turner llegó a esta conclusión por medio del estudio de los símbolos rituales, en el que se dio cuenta de que:

Para llegar a dar una explicación adecuada del sentido de un símbolo particular, lo primero necesario es examinar el contexto más amplio del campo de acción del que el mismo ritual es simplemente una fase [después] hay que estudiar los símbolos en el contexto concreto de ese ritual [luego] hay que atender a la conducta dirigida a cada símbolo, porque esta conducta es un importante componente de su significado social (Turner, 2007 [1967]: 50).

Por su parte, Augé (2007: 39) considera que:

(...) el etnógrafo debe convertirse en etnólogo (...) desde sus primeras observaciones, dedicadas a tal o cual actividad en particular, el etnógrafo se ve obligado a preocuparse como etnólogo por todas las dimensiones del grupo que estudia y a ubicar él mismo a ese grupo, bajo uno de sus aspectos o en su totalidad, en un contexto antropológico más amplio.

Siguiendo los planteamientos de Turner y Augé, así como las reflexiones de Ortner en torno a la centralidad de la teoría de la práctica para el método etnográfico, y las particularidades de la etnografía digital, es posible plantear los siguientes tres momentos del análisis antropológico que conducen a la construcción del dato etnográfico (ver viñeta didáctica 3):

1. Las prácticas sociales en sus contextos espacio temporales concretos.
2. Las prácticas sociales en relación con las dimensiones estructurales que las enmarcan.
3. Las prácticas sociales en relación con los procesos simbólicos que las orientan.

La construcción del dato etnográfico: interpretar y teorizar

El dato etnográfico
no consiste en las descripciones
plasmadas en el diario
de campo como resultado
de diversos itinerarios
de observación

Tampoco en lo que Lahire
(2006: 37) denomina como
“ejemplos fabricados
a la medida”

La construcción
del dato etnográfico es resultado
de un trabajo de campo sistemático
que se interpreta y teoriza a la luz de los
tres momentos del análisis
antropológico

La construcción del dato etnográfico
es inseparable de la explicitación
de los principios teóricos de selección
y de los modos de producción
de los materiales empíricos
(Lahire, 2006)

A MANERA DE CIERRE

Este capítulo surgió a partir de un conjunto de reflexiones en torno a los usos de la etnografía digital durante la pandemia provocada por la Covid-19. Las páginas que lo conforman son el resultado de un recorrido genealógico hacia algunos fundamentos clásicos, lo que permitió articular tres propósitos:

1. Reflexionar sobre las características de la etnografía digital, considerando que remite a un método de larga tradición para las ciencias sociales, pero también a las grandes transformaciones del mundo contemporáneo provocadas por la globalización, la mundialización de la cultura y la revolución de la información.
2. Situar a la antropología simbólica y a la teoría de la práctica como dos grandes “herencias” para la etnografía digital, en tanto permiten comprender la cultura a partir de los procesos de creación de sentido y significado que guían la acción.
3. Problematicar tres desafíos identificados en la implementación del método de la etnografía digital. Me refiero a la construcción de una mirada etnográfica, a la construcción del campo etnográfico y a la producción de un trabajo de campo sistemático.

Sin embargo, en este capítulo también traté de realizar una pequeña contribución sobre las implicaciones de investigar en “contextos extraordinarios”, como lo fue el confinamiento provocado por una pandemia mundial. En el caso de la etnografía digital, ello implica moverse del lugar convencional que constituye la posibilidad de realizar trabajo de campo a partir de Internet, el cual en algunos casos es visto como una segunda opción o un complemento al trabajo de campo fuera de línea.

A partir de ello, considero que el principal aprendizaje que podemos retomar de la implementación de la etnografía digital en un contexto extraordinario, como el que marcó la Covid-19, es vislumbrar la complejidad del ensamblaje de las prácticas sociales en línea y fuera de línea, ya que, a diferencia de la década de 1990, lo que ahora sucede en Internet no se queda en

Internet, sino que tiene impacto en distintas esferas de la vida social, en la configuración de las identidades y las subjetividades.

Por ello es por lo que, además de concebir otros objetos de estudio, estamos frente a la posibilidad de problematizar los mismos, pero desde otra mirada, de llevar a cabo trabajo de campo sistemático y de larga duración que consolide líneas de investigación y aproximaciones metodológicas por medio de la etnografía digital.

REFERENCIAS

- Augé, Marc (1995). *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Gedisa.
- Augé, Marc (2007). *El oficio de antropólogo*. Barcelona, España: Gedisa.
- Bárcenas Barajas, Karina (2020). "Tres anclajes antropológicos sobre la politización evangélica contra la 'ideología de género' en México y Brasil". En *Perspectivas contemporáneas de la investigación en Ciencias Sociales*, coordinado por Miguel Armando López Leyva, 247-280. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Beck, Ulrich (1999). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Castells, Manuel (1997). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*. Vol. 1. Madrid: Alianza.
- Castells, Manuel (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial.
- Deleuze, Gilles (1990). *Michel Foucault, filósofo*. Barcelona: Gedisa.
- Echeverri Gallo, Catalina (2021). "Maternidades atadas y confinadas: una etnografía digital en contextos de pandemia". En *Las ciencias sociales en épocas de crisis: escenarios, perspectivas y exigencias en tiempos de pandemia*, compilado por Natalia Andrea Salinas-Arango; Jaime Alberto Orozco-Toro, y Juan Felipe Mejía-Giraldo, 61-95. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Ferguson, Rachael-Heath (2017). "Offline 'stranger' and online lurker: methods for an ethnography of illicit transactions on the darknet". *Qualitative Research* 17 (6): 683-698.
- Floridi, Luciano (2015). *The onlife manifesto: Being human in a hyperconnected era*. Nueva York: Springer Nature.
- García, Ángela Cora; Alecea I. Standlee, y Yan Cui (2009). "Ethnographic Approaches to the Internet and Computer-Mediated Communication". *Journal of Contemporary Ethnography* 38 (1): 52-84.
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Editorial Gedisa [1973].

- Ghasarian, Christian (2008). "Por los caminos de la etnografía reflexiva". En *De la etnografía a la antropología reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas y nuevas apuestas*, dirigido por Christian Ghasarian, et al., 9-42. Buenos Aires: Ediciones del Sol [2002].
- Guber, Rosana (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hine, Christine (2015). *Ethnography for the Internet: Embedded, Embodied and Everyday*. Londres: Bloomsbury Publishing.
- Hirai, Shinji (2015). "“¿Sigue los símbolos del terruño!”: etnografía multilocal y migración transnacional". En *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, coordinado por Marina Ariza y Laura Velasco, 81-111. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Lahire, Bernard (2006). *El espíritu Sociológico*. Buenos Aires: Manantial.
- Lévi-Strauss, Claude (2006). *Tristes trópicos*. Barcelona: Paidós [1995].
- Malinowski, Bronislaw (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Planeta-Agostini [1922].
- Marcus, George (2001). "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal". *Alteridades* 11 (22): 111-127.
- Matta, Roberto da (2002). *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*. México: Fondo de Cultura Económica [1997].
- Ortiz, Renato (2004). *Mundialización y cultura*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Ortner, Sherry (1984). "Theory in Anthropology since the Sixties". *Comparative studies in society and history* 26 (1): 126-166.
- Ortner, Sherry (2006). *Anthropology and social theory. Culture, power and the acting subject*. Coppel: Duke University Press.
- Ortner, Sherry (2016). "Dark anthropology and its others: Theory since the eighties". *HAU: Journal of Ethnographic Theory* 6 (1): 47-73.
- Peña, Guillermo de la (2002). "Los debates y las búsquedas: ayer, hoy y mañana". En *La antropología sociocultural en el México del milenio. Búsquedas, encuentros y transiciones*, coordinado por Guillermo de la Peña y Luis Vázquez León, 21-49. Ciudad de México: Instituto Nacional Indigenista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo de Cultura Económica.
- Rosaldo Renato (2000). "Cultura y verdad. La reconstrucción del análisis social". Quito: Ediciones Abya-Yala [1989].
- Sánchez Parga, José (2005). *El oficio de antropólogo. Crítica de la razón (inter) cultural*. Quito: Centro Andino de Acción Popular.
- Schneider, Laíno Alberto (2008). *Teorías Antropológicas*. Curitiba: Editora IBPEX.
- Seta, Gabriele de (2020). "Three Lies of Digital Ethnography". *Journal of Digital Social Research* 2 (1): 77-97.
- Turner, Victor (2007). *La selva de los símbolos*. Ciudad de México: Siglo XXI [1967].
- Urbanik, Marta-Marika; y Robert Roks (2020). "GangstaLife: Fusing Urban Ethnography with Netnography in Gang Studies". *Qualitative Sociology* 43 (6): 213-233.



Paisajes afectivos de la pandemia en Chile

Reflexiones a partir de una etnografía digital¹

Rosario Palacios

INTRODUCCIÓN

El año 2020 fue el inicio de un tiempo extraordinario (Berger y Luckmann, 2003 [1966]), el tiempo de la pandemia que poco a poco se ha vuelto familiar. En este continuo en el que se ha transformado lo excepcional (Borden *et al.*, 1996), mirar hacia atrás en el tiempo permite reconocer cierto recorrido en el devenir de lo que se ha llamado nueva normalidad en tiempos de la Covid-19, e identificar momentos asociados a afectos particulares. Este capítulo trata del registro de historias vividas en el primer año de pandemia, el que se caracterizó por tiempos de encierro, y los afectos involucrados en ellas. Se escogen dos experiencias de la investigación para ser relatadas, las de dos familias a las que accedimos a través de la mujer y madre de cada una de ellas.

¹ Si bien este capítulo es de mi autoría y soy responsable de su contenido, es fruto del trabajo del equipo de Etnografías de la Pandemia, de Estudios Aplicados de la Escuela de Antropología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, del cual formé parte junto con los investigadores Alfonso Otaegui e Iniley Iturriaga, el antropólogo visual Felipe Cisternas, la coordinadora Josefina Iturriaga y el productor Jaime Coquelet. Agradezco a todos ellos el haber sido compañía, inspiración y buenos momentos durante el tiempo de la investigación. También agradezco enormemente los comentarios y reflexiones del escritor Alejandro Zambra, quien iluminó muchas de las ideas expresadas en el capítulo.

Por otra parte, nos detenemos en los desafíos y preguntas metodológicas que implicaron desarrollar nuevas formas de hacer etnografía a distancia en tiempos extraordinarios. El cambio forzoso de las metodologías nos empujó a explorar lenguajes para acceder y representar realidades también en tensión, lo que produjo una confluencia entre los caminos usados para establecer relaciones de confianza y cercanía con nuestros informantes, la imaginación de formatos de registro y la construcción material de la representación de nuestras descripciones y análisis; lo que se tradujo en una plataforma web (*Etnografías de la Pandemia*).

Las historias presentadas en este texto son parte de un grupo mayor de casos observados, y tienen la particularidad de adentrarnos de manera dramática a espacios muchas veces estereotipados: el campo y la ciudad, lo rural y lo urbano. Se espera quebrar esa mirada rígida y esquemática para describir la particularidad de dos experiencias que son diversas en su unicidad y no en cuanto a pertenecientes a una categoría. También se quiere entregar un relato centrado en la circulación de los afectos y las atmósferas afectivas (Anderson, 2009), donde el movimiento y las asociaciones de ellos producen diferentes materialidades.

El itinerario metodológico es central para entender cómo se desenvuelven las líneas de análisis que desarrollamos en torno a estas dos historias de manera particular, y respecto al tiempo extraordinario de pandemia en general. Profundizamos tanto en aspectos inherentes al quehacer etnográfico en el marco de la relación entre investigadora, informante y entorno, como en preguntas éticas y relativas a la representación de las experiencias.

Finalmente, el capítulo reflexiona sobre la pandemia en Chile como una forma de visualizar lo ordinario, pero por mucho tiempo invisibilizado y vuelto explícito de manera extraordinaria, desde la perspectiva del estallido social del país ocurrido en octubre de 2019.

LA ZONA DE CONTACTO

El giro afectivo (Clough y Jean, 2007; Gregg y Seigworth, 2010; Massumi, 2002) nos abre la mirada no sólo a una forma de hacer sentido de lo que observamos, sino también a la necesidad de desplegar otras maneras de acer-

carnos a lo elusivo, lo ambiguo y cambiante. Las emociones aparecen con intensidades variadas que afectan en distintos niveles y pueden experimentarse como algo extraño, ambiguo e incluso excesivo, a pesar de que están al centro de la configuración de las interacciones entre cuerpos humanos o no humanos, la experiencia del lugar y el desarrollo de los pensamientos. Las emociones producen cosas; su circulación empuja acciones, percepciones e ideas. Sarah Ahmed (2004) enfatiza el trabajo de las emociones en cuanto a que ellas asocian cuerpos de maneras particulares y recurrentes, lo que deviene en la creación de sujetos y cuerpos afectivos.

La emoción no reside originalmente en ellos, sino que se les adhiere como producto de la circulación y acumulación de emociones. A través del acompañamiento virtual a un grupo de personas durante el primer año de pandemia, pudimos reconocer cómo su experiencia del encierro y de las circunstancias configuradas por la Covid-19 estaban relacionadas con la circulación de los afectos y la generación de sentidos corporales que tienen la capacidad de afectar y ser afectados. Muchas veces son micro-percepciones (Massumi, 2009) que influyen en nuestras acciones, posibilidades y en la creación de nuevas alternativas. La forma en que los afectos trabajan no puede ser categorizada; todo lo contrario, son confusos, impredecibles, diversos, profundos e inatrapables (Thrift, 2008). Centrarnos en ellos nos permitió configurar una zona de contacto (Stewart, 2007) en la que pudimos reflexionar en los significados de la distancia, el futuro, el miedo, las cargas personales, la introspección, y otras experiencias de nuestras y nuestros informantes en tiempos de pandemia. Nos facilitó enfrentar el espacio existente *entre* elementos asociados de manera no trivial, y la forma en que reaccionan los cuerpos al ser empujados a estados inciertos e impredecibles. Los enlaces que emergen en esta zona de contacto refieren a entidades que no pertenecen a un mismo ámbito, las cuales son enlazadas a través de aquello que es variado y efímero —un suspiro, una temperatura, un sonido, un olor, un recuerdo—; fueron esas asociaciones las que constituyeron la experiencia cotidiana del encierro y los tiempos de enfermedad.

La aproximación afectiva, la cual emergió como perspectiva de análisis a partir de la metodología implementada para llevar a cabo una etnografía en tiempos de pandemia, facilitó una visión integrada entre lo material y lo so-

cial. Observamos cómo lo material y lo afectivo están íntimamente entrelazados en las experiencias cotidianas. Reconocimos la condición dinámica de los afectos, los que se asocian con materialidades, atmósferas, interacciones y percepciones, emergiendo de una manera relacional en este espacio “entre” (Deleuze y Guattari, 2004) y dando paso a nuevas significaciones.

UNA METODOLOGÍA AFECTIVA

La oportunidad analítica que reconocimos en el giro afectivo emergió durante nuestro trabajo de campo, a medida que fuimos configurando diversas formas de aproximación a nuestros informantes. Nuestra metodología, entonces, fue un proceso en permanente progreso. Iniciamos nuestra exploración sobre la experiencia cotidiana de la pandemia con algunos acuerdos que resultaron muy importantes en relación con los resultados que obtuvimos. El primero de ellos fue que nuestras y nuestros informantes serían personas ya conocidas por nosotros, las y los investigadores. Reconocíamos la necesidad de contar con un piso de confianza y cercanía para ahondar desde la distancia, de manera virtual, en experiencias íntimas, profundas y significativas, sin perturbar ni instrumentalizar a nuestros y nuestras informantes (Markham, 2005). Cada investigadora e investigador contactó a una o dos personas ya conocidas para proponerles participar en la investigación mientras continuara la pandemia, aunque no sabíamos que resultaría tan larga. La participación consistía en mantener una conversación semanal con la o el investigador sobre lo que se estaba viviendo a partir de un tema acordado. Por ejemplo, las estrategias de limpieza y desinfección, las formas de estudio y trabajo, las relaciones familiares en el contexto de encierro. Les pedimos que nos enviaran semanalmente audios, videos, y/o fotografías que hablaran sobre su experiencia. Ese material, sobre todo al comienzo, sirvió como punto de partida para la conversación.

La decisión de contactarnos con nuestras y nuestros informantes no sólo por medio de mensajes de audio, sino también a través de imágenes y videos, a manera de entrar en el lugar pandémico de cada persona (Pink, 2009), nos acercó a una co-construcción de la experiencia con nuestras y nuestros informantes. La circulación de fotos y videos por medio de WhatsApp confi-

rió fluidez a la comunicación y otorgó al relato un cuerpo sensorial, desde la vista y el oído (Merleau-Ponty, 2014 [1945]). La mera descripción fue nuestro primer objetivo, y el complemento audiovisual facilitó lograr una descripción densa (Geertz, 1973) de reflexiones, nuevas prácticas y problemáticas que las personas vivían en tiempos de pandemia. A medida que avanzamos en las semanas, las instrucciones sobre el tema a reportar fueron perdiendo protagonismo, dando paso a compartir reflexiones, angustias, deseos y expectativas de los integrantes de los hogares.

El carácter etnográfico de la investigación se desplegó en esta búsqueda de caminos a manera de co-construcción metodológica con los informantes. Nuestra exploración de su cotidianeidad en pandemia se configuró con conversaciones sobre su prácticas y pensamientos. Estos encuentros poco estructurados devinieron en acompañamientos y espacios de reflexión sobre lo que se estaba viviendo. A pesar de las limitaciones que implica establecer contactos telefónicos con los participantes, las y los investigadores entablaron relaciones de confianza y participación activa a través de las cuales compartieron significados y estrategias sobre y para la pandemia. La relación dialógica y recíproca entre investigador o investigadora y participante (García, 2018) fue central para una co-construcción de significados (Barad, 2007) respecto a la incertidumbre, el futuro, el miedo, la necesidad material, el espacio, las relaciones familiares, entre muchas otras temáticas.

La experiencia de las y los investigadores fue central en el análisis colectivo que dio paso a la construcción de una forma de representación de las vivencias en pandemia de las personas observadas (Beneito-Montagut *et al.*, 2017). La circulación de afectos en relación con ciertas descripciones, imágenes y sonidos configuró la forma y fondo de la publicación de la investigación. En esta línea, construimos una plataforma web en la que publicamos una serie de cápsulas de videos de cada caso estudiado, que fabricamos usando los audios enviados combinados con imágenes creadas por el equipo para cada uno de ellos. Las cápsulas afectivas se despliegan en dos órdenes: el primero asocia las cápsulas a cada persona dando cuenta de cinco momentos de su experiencia cotidiana en pandemia; el segundo agrupa las cápsulas en torno a un concepto, el cual devino afectivo. Este segundo orden es el que recoge de mejor manera nuestra perspectiva analítica, la que dialoga con la forma

Destacamos la perspectiva Emic de nuestras conversaciones, las que se introdujeron en las visiones internas de las y los estudiantes respecto a sus experiencias y opiniones; y el resultado Etic de las interpretaciones, las que sumaron nuestras experiencias como investigadoras en el campo — en esta investigación, siempre virtual (Markee, 2013; Whitaker, 2017; Beals *et al.*, 2019)—. Este complemento entre la mirada interna de las y los participantes y la que proviene del equipo del estudio relevó la visibilización del lugar de cada investigadora en las interacciones con los participantes y la apertura a los diversos caminos que tomó la indagación conjunta (Haraway, 1991; Barad, 2007; Sáez, 2018). Escuchar y sentir junto a las personas en medio de estas relaciones no sólo estimuló la confianza, más aún, permitió reconstruir e interpretar experiencias basadas en relatos profundos y detallados, reflexionando sobre sus conexiones afectivas en el marco de la pandemia (Barad, 2007; Díaz de Rada, 2010; García, 2018). Creemos que la forma en que la presencia e interacciones que las investigadoras y los investigadores mantienen con los informantes son parte de los eventos estudiados, haciendo hincapié en la elaboración de saberes situados inseparables de los procesos de investigar y ser investigado (Barad, 2007; Sáez, 2018).

visual de las cápsulas. Éstas pretenden apelar a lo sensorial, lo efímero y ambiguo (Abidin y de Seta, 2020). Refieren a texturas, sonidos y atmósferas que envuelven un extracto de narración de cada persona (ver viñeta didáctica 1).

La selección de audios, entre cuatro y cinco por cada informante, no pretende ser exhaustiva, sino que busca llevar al receptor del mensaje a la zona de contacto en la que se encuentran afectos, materialidades e interacciones. Intentan ser cápsulas poéticas que evocan distintos momentos de esas vidas y cotidianidades, con la dificultad que implica asomarnos a esas experiencias desde la distancia, estando nosotros, investigadoras e investigadores, también encerrados en nuestras casas. Queremos enfatizar la imposibilidad de aprehender esas experiencias de manera completa y, sin embargo, destacar el poder de ser capaces de “relacionarnos” con ellas (Coleman y Ringrose, 2013). Tomando esa posición, damos cuenta y estamos despiertas y despiertos a lo caótico del mundo (Law, 2004) y, en vez de intentar construir esquemas artificiales de orden, aspiramos a retratar lo afectivo (Coleman y Ringrose, 2013).

El formato íntimo de las cápsulas audiovisuales busca conectar a quien los vea con los espacios intermedios entre afectos confusos y tensionados, y crear un diálogo entre lo explícito y lo implícito, las palabras y el silencio, lo material y los afectos intangibles.

PAISAJES EN TENSIÓN

El análisis de dos de los casos observados en la investigación —primero, durante cuatro meses continuos; el segundo, después de un mes de receso, durante un periodo de seis semanas—, permite ver de manera explícita las constantes que enmarcan los temas contingentes relacionados con el coronavirus, como las medidas de higiene, el trabajo y estudio en casa, o las formas de interacción familiar en situación de encierro. Sin embargo, bajo esa primera descripción de prácticas cotidianas, circulan afectos que configuran significados profundos respecto a las vidas de las informantes y su manera de entender el mundo en crisis que están habitando. Los afectos son un elemento vital del cuerpo para aprehender el mundo y una parte central para la anticipación del momento (Thrift, 2008). El espacio-tiempo habitado por los afectos despegga desde su geometría para abrirse como un construc-

Las cápsulas afectivas permiten:

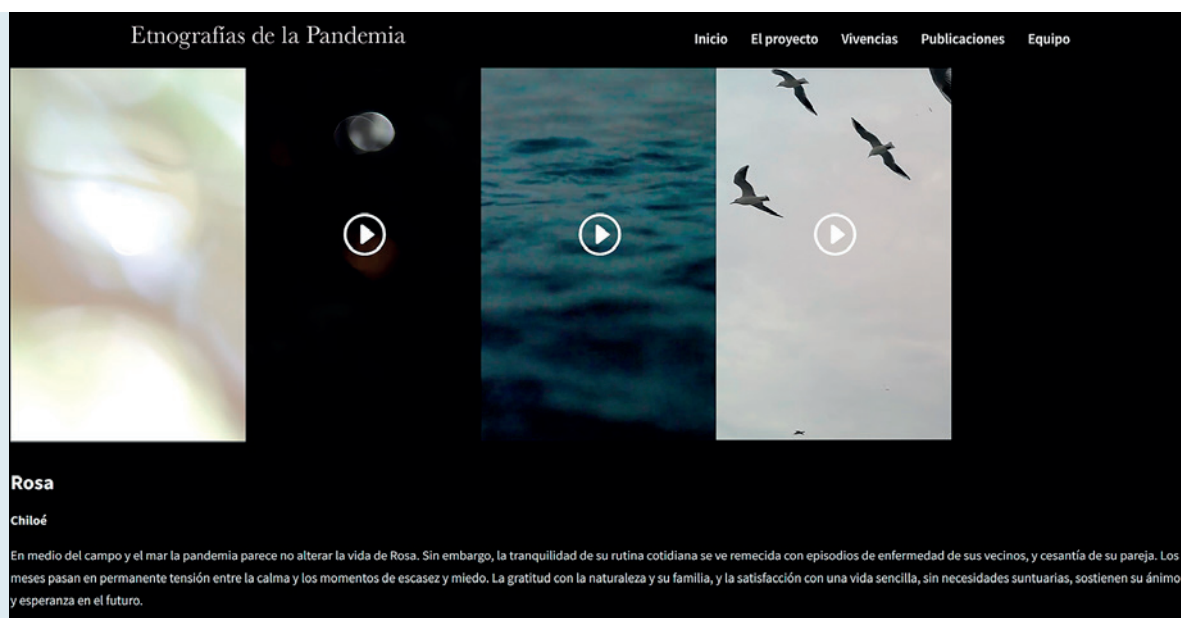
Seleccionar elementos del corpus de datos contenidos en audios asociados a los afectos: percepciones, sensaciones, descripciones elusivas, sensoriales, ambiguas

Construir visualidad para cada elemento: búsqueda de texturas e imágenes sugerentes, no definidas

Ensamblar elementos con líneas conductoras claras: personas y afectos

La elaboración de la plataforma web que contiene las cápsulas afectivas fue parte del análisis. Nuestros datos, al estar en forma de audios, fotografías y videos, demandaban un tratamiento especial. La plataforma web, entonces, emergió como un medio para profundizar en los datos y en la reflexión sobre el tiempo y contexto extraordinario que constituyó la pandemia.

Creemos que este modo de análisis y representación es favorable para datos audiovisuales, auditivos o visuales, ya que enfatiza su potencial sensorial. Asimismo, es un formato que dialoga beneficiosamente con el giro afectivo como marco teórico.



to, plegarse y desplegarse en diálogo con los afectos, constituyendo paisajes afectivos: ensamblajes de elementos diversos y dinámicos. A partir de estos paisajes afectivos, presentamos a continuación la experiencia de pandemia de dos mujeres chilenas.

Rosa

Rosa vive en una isla del sur de Chile, en un espacio rural. Es madre de una pequeña que aún no cumple un año y de un niño y una adolescente que intentan continuar su aprendizaje escolar a través de guías escritas que les envían sus profesores. Su pareja está desempleada y la ayuda a preparar algunos alimentos para la venta. Rosa ordena el día con las tareas cotidianas relacionadas con labores agrícolas, de recolección, de cocina. Y en ese contexto, si bien el coronavirus los remece, los asusta y detiene la educación de sus hijos, la vida continúa, el mar permanece, la cocina sigue prendida con la leña recogida en el cerro. El tiempo y el espacio siguen abiertos, marcados por eventos de contagio de los vecinos y el encierro, más por el clima del invierno que por el virus. Sin embargo, esta vida rural depende de un ingreso mínimo, que no existe por el desempleo y es reemplazado por subsidios estatales. Y entre los espacios, prácticas y pensamientos de cada día, circulan afectos creando atmósferas y asociando cuerpos y situaciones que tensionan lo cotidiano y conocido con lo incierto, lo inesperado y lo difícil.

Esta semana tuve sentimientos encontrados porque mi mamá igual estuvo de cumpleaños el día de las mamás; igual fue un año diferente porque... no pudimos ir a verla *poh*,² pero... gracias a Dios acá ya, en todos lados yo creo, existe el celular; acá nosotros vivimos en el campo, pero también tenemos la oportunidad de tener nuestros celulares, algunos con Internet, otros no. Y... bueno, esta semana solamente me tuve que conformar con... con llamar a mi mamá; o sea, como le digo, fue un año diferente, pero igual tranquila porque gracias a Dios ella está bien

² Modismo. *Poh* se usa en Chile como un ilativo para enfatizar una afirmación. Corresponde a un apócope de *pues*.

y eso es lo que importa, así que ya tendremos tiempo como para volvernos a ver. Y mis hermanos también, que igual los echo de menos hartos, mis hermanos, mis sobrinos, pero... igual ellos ya están grandecitos, así que igual hablan por teléfono, nos comunicamos por... por video llamada (mensaje de audio; Rosa, 2020).

El invierno enmarcó gran parte de la experiencia observada: el viento, el frío y la oscuridad de la isla se mezclaron con afectos de resignación e inseguridad, pero también de gratitud por estar en un lugar seguro y abastecido por la naturaleza. Así la tranquilidad —e incluso felicidad— en medio de la tormenta, centrada en la vida familiar y la fuerza emocional, se entremezclaron con la distancia y el miedo.

Entre líneas circula una cierta amargura que intenta resistirse. Aparece un discurso con contradicciones, y a la vez son esas contradicciones las que permiten a Rosa respirar, distinguir y reconocer momentos especialmente difíciles, que hacen que su voz tiemble en el audio, gima, y se la pueda sentir, casi tocar:

Hoy me siento muy triste, muy preocupada, con mucho miedo al saber que en nuestro barrio ya tenemos el virus, que hay personas contagiadas. Incluso ya falleció una persona ayer con el coronavirus. Me siento muy angustiada, tengo mucho miedo. Miedo por mis hijos. Yo me muero si a alguno de mis hijos les pasa algo. Mi hija, sobre todo, mi bebita, que tengo a mi bebita, chiquitita; tengo mucho miedo, mucha angustia, me siento muy mal. Ya hay comentarios que hay varias personas que están contagiadas. A poca distancia de mi casa, en nuestro barrio, y estábamos tan contentos porque acá todavía no pasaba nada, estábamos contentos, estábamos felices por ese lado. Bueno, ahora tomamos medidas con mi marido, así que llegamos a la solución que vamos a cerrar nuestras puertas de nuestra casa, así que si llega alguien atenderemos desde la ventana. Y también decidimos no salir a ninguna parte. Ni visitar a familiares ni nada (mensaje de audio; Rosa, 2020).

Hacia el final de nuestro seguimiento, cuando la pandemia daba algo de tregua, se pueden reconocer más claramente las diferencias en las percepciones de Rosa que conviven de manera contradictoria.

Estamos agradecidos nosotros acá porque vivir en el campo para nosotros es tener mucha suerte a comparación de la ciudad, porque, por ejemplo, a nosotros acá, si nos falta... la carne, acá tenemos animales; entonces, cuando ya nos falta algo que echar a la olla, se carnea un animal no más *poh*. En cambio, a diferencia de la ciudad... pucha, la ciudad, igual yo... no sé, a veces me da pena la gente que vive en la ciudad porque... si no tiene trabajo no tiene comida. Las papas, por ejemplo, acá se cosecha todo lo que es papa, verduras, se cosecha todo acá en el campo, es todo, dijera, como gratis, o sea, es gratis en el hecho de que no tenemos que estarlo comprando, pero igual hay que comprar la semilla y todo el cuento, los abonos; pero es un tremendo beneficio para la gente del campo. Eh... igual se puede andar afuera, sin ningún miedo porque acá, como le digo, nosotros acá no tenemos mucha gente alrededor, no hay muchos, muchos vecinos. Así es que, por ese lado, como yo le digo, estamos, estamos bien; nosotros estamos agradecidos de vivir en el campo. Por el otro lado, tenemos también la playa, que igual nos da hartos beneficios, se sacan las algas, el luche, con el tiempo del luche se va a mariscar; acá hay mareas, se va a sacar mariscos, se salen los pescaditos, que todas esas cosas nos beneficia a nosotros el mar (mensaje de audio; Rosa, 2020).

Se despliega un lenguaje en el encuentro de esa tensión pesimista y optimista que se recoge en cada cápsula de video. A través de la música sugerente de una mezcla de melancolía y calma, y la imagen texturada y ambigua, sin ser totalmente abstracta, se ambiciona lograr una expresión más completa que la declarada con palabras. Las decisiones de montaje pretenden mantener viva esa contradicción y el fluir de afectos que se transforman en el tiempo (McGlotten, 2013; Meikle, 2016).

Del contenido manifiesto se transita a imágenes que nos ponen en contacto con espacios sensoriales inmersos en una atmósfera afectiva de apego y esperanza; o que, siguiendo el flujo del tiempo y las emociones, nos llevan inesperadamente a un espacio teñido con afectos de angustia e impotencia.

Carmen

En otro lugar de Chile está Carmen, que se conecta con este paisaje lejano desde los márgenes de la gran ciudad, los que de manera estereotipada se asocian con la vulnerabilidad y la pobreza. Carmen está cercada en su casa, sin poder salir ni conectarse con otros espacios; su marido, sin posibilidades de encontrar trabajo ni ganas de buscarlo por las pocas probabilidades de encontrar uno. Están detenidos. Ella ya se acostumbró a esta detención, como si su vida se hubiera parado y ahora habitara una burbuja. La cotidianeidad de esta pecera incluye mirar, a través de ella, las noticias de lo que pasa afuera, los números de contagios, las comunicaciones con su familia a través de su celular. A la espera. Sólo la espera define sus días.

Las primeras semanas las tomé como bien, de descanso... luego ya se me empezó a hacer incómodo... tanto, no sé, físicamente y psicológicamente... acostumbrada a estar activa y trabajar, y de pronto estar todo el día en casa y tratando de buscar hacer cosas para no aburrirme. Eh... además de comer más de la cuenta [ríe] y hacer muchas cosas de comida que nunca había hecho, en realidad, y aprender a hacerlas para mi familia, cosas ricas; no sé, para compartir en familia y eso me ha hecho feliz (mensaje de audio; Carmen, 2020).

El aburrimiento, la inmovilidad e inactividad se van materializando en el cocinar, comer y engordar. El tema del sobrepeso de Carmen se cuela en las conversaciones con ella, en sus audios y videos. Su autoestima parece igual de importante que la cesantía de su marido. Su imagen es de total estancamiento, geográfico (encerrada en su casa pequeña de barrio periférico en Santiago), laboral, físico y anímico. Es como si la pandemia le hubiera detenido la vida y, en el primer año de pandemia en que aún no había vacunas, la amenaza que la acecha no es el contagio o la muerte, sino la inactividad y los problemas económicos asociados. La detención deviene en introspección. Hay días de llanto y desajuste, momentos en que el recuerdo de su padre muerto hace muchos años le desata una pena honda y desamparo en relación con su posición impotente frente a las adversidades. Carmen intenta resistir, y su día a día es una pequeña lucha por mantenerse entera.

Estoy tratando de comer lo más sano, de comer menos carbohidratos, más ensaladas y proteínas. Así que quedé en pesarme una vez por semana para ir viendo los logros... así que estoy bien incentivada en hacerlo, tanto por salud como para verme mejor, porque he subido demasiado aquí en la cuarentena y no me he sentido muy bien en ese sentido, anímicamente, porque, por lo tanto, al estar más subida de peso también uno siente más cansancio, menos ánimo, igual a uno le baja la autoestima. Estoy pensando en hacer un cambio de *look* también, cambiarme el color del pelo. Así que... de a poco hacer unos cambios que siento que los necesito para renovarme un poco y sentirme mejor y subir mi autoestima (mensaje de audio; Carmen, 2020).

Hay espacios de alegría y victoria en los relatos de Carmen. A pesar de estar inserta en un continuo que parece no tener fin, existe una mirada hacia adelante. Ella es parte del entramado urbano que experimentó la pandemia inmediatamente después de haber estado inmerso en las protestas del estallido social de Chile en 2019. Su relato desmenuza las circunstancias que configuran la vida no sólo de su familia, sino que de muchas chilenas y chilenos.

Eh... quiero contar [que] acá en mi hogar vivimos cinco personas. Mi marido, que tiene 47 años, que... ya hace dos semanas está con nosotros, la empresa donde él trabaja como chofer en el aeropuerto...eh... se acogieron a la suspensión laboral... eh... Yo, que tengo 49 años y que trabajo hace ya seis años en casa particular, y que mis jefes... eh... me han podido pagar mi sueldo. Eh...mi hijo, que tiene 24... eh... que está sin trabajo; mi hija, que tiene 20 años y estudia trabajo social en la universidad, en tercer año de carrera; y... la polola³ de mi hijo, que tiene 19 años y que también trabaja... eh...perdón, estudia trabajo social en la misma universidad. Eh... bueno, en este momento están sin clases... eh... porque están en paro⁴... eh... porque todos los compañeros eh... no tienen computador, así que ellos están solidarizando con ellos y... y todavía no han podido estudiar (mensaje de audio; Carmen, 2020).

³ Modismo. En Chile, *polola* significa novia.

⁴ Modismo. En Chile, *paro* significa huelga.

El estallido social y la pandemia se entrelazan en una búsqueda por una sociedad más solidaria. A pesar de las dificultades, Carmen reconoce valor en las luchas cotidianas. Las experiencias compartidas son íntimas; el lugar donde se vive a través de registro de video, el nivel socioeconómico con sus necesidades y bienes asociados, los afectos que se tienen y los que faltan. De alguna manera, se da cuenta de una vida refractada, distinta a una vida unidireccional, que lleva a compartir los caminos que cada persona arma, enfrentando sus dolores y luminosidades.

Estoy aquí entretenida, tejiendo después de almorzar. Eh... de repente hay momentos en que uno no sabe qué hacer, se aburre... eh... así que me ha servido mucho de terapia esto de... de tejer en algunos lapsos de tiempo. Ya he hecho... dos cosas ya, este es otro gorrito que estoy haciendo pa' mi hijo... eh... a mi marido le hice un... un gorrito y a mi perrita también le... le hice un chalequito, que lo tengo acá [lo toma de al lado de la perrita y lo muestra], que tiene su... sus hoyitos pa' meter las manos (mensaje de audio; Carmen, 2020).

HORIZONTES DE SALIDA

Tanto para Rosa como para Carmen llega el momento de mirar al futuro. La investigación se prolongó hasta un punto en que las cuarentenas cesaron y pudimos compartir y co-construir, siempre en línea, el futuro posible. Una de las certezas del futuro es que habrá una incertidumbre constante. Es un afecto que circula con más frecuencia cada día y que se hace conocido. Las personas se refugian en el presente para no pensar en cómo será una vuelta a la vida fuera de sus casas. No hay imaginario del futuro. No se sabe cómo se trasladarán sin contagiarse o cómo irán a trabajar o cómo volverán a interactuar con sus familias y amigos. En esa atmósfera, Rosa y Carmen enfrentan a tientas lo que viene, contradictoriamente, resistiendo después de haber esperado por mucho tiempo.

Él tenía una, le estaba saliendo una posibilidad de pega⁵ para irse a trabajar pa' una isla, igual me decía que si la toma ya va a ser, no sé *poh*, un mes y medio, dos meses que va a andar fuera de la casa, que no va a volver, y me decía que a mí qué me parecía, bueno, y yo le dije que me parecía que estaba bien *poh*, que si salió la pega que vaya no más porque, al final, con todo lo que está pasando acá, o sea, no solamente acá, a nivel mundial, yo le decía no hay pega, entonces no tiene que desaprovecharlo tampoco y que si tiene que estar dos meses fuera de la casa hay que esperar no más *poh*, que pase el tiempo (mensaje de audio; Rosa, 2020).

Rosa enfrenta un futuro de espera, una forma de existir que ya conoce luego de muchos meses en pandemia. Se entrelazan la esperanza con un viso de desencanto por lo que viene. La percepción de que no se vuelve al pasado como era antes de la pandemia resuena en las experiencias de muchas personas. La inclusión del momento de inicio de la post-pandemia en las cápsulas que integran la plataforma funciona como espejo para las múltiples vidas inciertas.

Eh... bueno, mi marido, por él... él está con toda la fe de que lo vuelvan a llamar en su trabajo porque él no está trabajando por lo... está con suspensión laboral, como les había contado, y está con esperanzas de que lo vuelvan a llamar en su mismo trabajo. Por el hecho de todo lo que pasó... él está en este momento en casa, así que está esperanzado en eso y, bueno, si no es así tendrá que buscar otro trabajo y... seguir, seguir no más en la lucha. Así que, por ese lado, yo creo que él también está con un poquito de miedo, recelo de que también se pueda contagiar él porque todo esto no ha parado, esto todavía no se ha normalizado. Por lo tanto, no sabemos qué pueda pasar todavía con respecto a eso, así que... eso (mensaje de audio; Carmen, 2020).

La mirada al futuro, que finalmente aparece en un presente que se había eternizado, se encuentra con la pregunta que muchas y muchos de nosotros nos hacíamos: ¿qué voy a hacer cuando termine la pandemia? Las nociones del

⁵ Modismo. En Chile, *pega* significa trabajo.

tiempo y de catástrofe se ven modificadas. ¿Terminó la pandemia? ¿Volvimos al tiempo ordinario? ¿Todavía no? Una catástrofe tranquila (Saint-Pol-Roux, 1893) es distinta a una catástrofe inmediata, rápida. El futuro aparecido nos sitúa en un nuevo estado de ánimo que se resiste y a la vez quiere creer que se ha vuelto a casa, a lo conocido, a lo cierto. El tiempo que queda atrás, lejano, en pandemia, acecha en un repunte frágil y no declarado. Las historias de Rosa y Carmen inspiran sensibilidad en otros por la experiencia colectiva. De lo particular se ofrece una entrada a lo compartido y viceversa, reconociendo las diferencias y centrándonos en lo común. Tal sensibilidad es la base para la solidaridad que, según el filósofo Richard Rorty (1989), debe ser construida a partir de pequeñas piezas.

NOTAS AL CIERRE

El inicio y desarrollo de la pandemia en Chile sucede de la mano del estallido social y del desencadenamiento de un proceso de transformación que, al igual que la Covid-19, se manifiesta como un continuo, como un presente permanente que no tiene un horizonte final ni definido temporalmente ni claro en cuanto a su configuración. La superposición de estos dos fenómenos implica la yuxtaposición de un movimiento de liberación y uno de repliegue. Tensiona el adentro y el afuera, el yo y el nosotros, y esa tensión abrumadora demanda de las personas una redefinición de lo que entendemos por lo individual y lo colectivo.

La tensión entre las demandas individuales, que se presentan como sociales en el torrente del estallido, y el grito por una sociedad más justa, solidaria y digna, vuelve a desplegarse en el contexto de pandemia. La pandemia lidia con la culpa por el otro, al que cuidó o no en el ámbito de la salud, el trabajo y la protección; se debate entre el egoísmo y la solidaridad. El tiempo de pandemia acentúa los problemas sociales que ya existían y que fueron explicitados en las demandas del estallido; la falta de pensiones para una vejez humana, la escasez y precariedad del trabajo, la cotidianeidad brutalizada por la falta de bienestar y calidad de vida.

Las estrategias individuales para resistir la pandemia confrontan las colectivas y ponen frente a frente la situación del yo y el nosotros. Nosotros,

como investigadoras e investigadores, nos acercamos a esas vidas como extranjeros, pero también como cercanos (Abidin, 2020). Desde lo próximo y el compartir el momento más álgido de encierro, y lo remoto y la imposibilidad de encontrarnos directamente a través de nuestros sentidos. De la misma manera, las demandas particulares se expresan en el proceso constituyente, nacido del estallido social e iniciado en pandemia, y encuentran los anhelos de lo colectivo. La necesidad y los deseos de una vida digna y la distancia obligada por la pandemia, por ser vivencias tan extendidas en el tiempo, nos acercan. De pronto, estar lejos es también estar cerca y la forma de transmitir las historias a través de cápsulas sensoriales, ambiguas y evocativas persigue representar esa doble posición espacial y afectiva.

Por otra parte, la pandemia significa volver a la escala de lo doméstico en distintos planos de la vida, prácticos y afectivos. En esa trayectoria, todas las historias presentan un punto de quiebre o inflexión en el que las urgencias estructurales buscan salidas tácticas (de Certeau, 1984), cercanas, a escala familiar. Es en este espacio donde aparece lo afectivo como medio para entender y ordenar el mundo, para sentirlo y apreciarlo. Se revaloriza la centralidad de las relaciones interpersonales, se entiende materialmente cuántos metros de espacio necesitamos para existir y la importancia de la conexión a Internet, que se vuelve nuestra forma de habitar el mundo con otros (Baym, 2010; Madianou, 2016).

Estas tácticas remiten a un espíritu de rebeldía que se torna creativo y construye nuevos tiempos y espacios. El pasar de los días, semanas y meses se registra de forma nueva en pandemia y las cápsulas de las historias narradas intentan dar cuenta de esa otra temporalidad. El ir y venir de las personas entre historias y al interior de ellas nos muestra un movimiento que tiene otro ritmo. Asimismo, metodológicamente, el espíritu de rebeldía crea un registro y representación que no tiene propósito ni plan definido (Cerwonka y Malkki, 2008). Los paisajes afectivos que logramos construir son dispositivos de resonancia, asomos a la vida de los otros que funcionan como un espejo y zona de contacto para significaciones colectivas.

El tedio y la incertidumbre experimentada por los informantes es compartida por las y los investigadores. Todos vivimos los momentos más duros de la pandemia juntos. Nosotros, las investigadoras y los investigadores,

seguimos los caminos de las personas que nos hablaban, y nuestras inquietudes y sistematicidad etnográficas mutaron para tratar de compartir esas vivencias. Lo que pudo haber sido un proyecto académico termina como una evocación, una representación digital ordenada por las personas y sus vivencias. Lo visual y lo sonoro funciona como una caja de resonancia que ayuda a recuperar el nosotros y a compartir la curva de emociones que intentamos registrar y comunicar.

Esta ofrenda ambigua pretende ser un lugar de encuentro. No impone una sola lectura de lo que pasa ni una solución exclusiva a ello. Al igual que ocurre en las etnografías presenciales, las investigadoras y los investigadores nos fuimos amoldando a los deseos y prioridades de nuestros informantes, a sus inquietudes y sorpresas. Avanzamos en nuestra disciplina con las reglas definidas por la pandemia, registrando con la urgencia de atrapar los momentos que, aunque permanentes, eran también elusivos por su sustrato afectivo. Intentamos una nueva forma de comunicación aceptando la tarea como una táctica de resistencia que explora otras alternativas de diálogo y el desafío de lo irrepresentable.

REFERENCIAS

- Abidin, Crystal (2020). "Somewhere between here and there". *Journal of Digital Social Research* 2 (1): 56-76.
- Abidin, Crystal, y Gabriele de Seta (editores) (2020). "Doing Digital Ethnography: Messages from the Field" (número especial). *Journal of Digital Social Research* 2 (1): 1-97.
- Ahmed, Sarah (2004). "Affective Economies". *Social Text* 79 (22) 2: 117-139.
- Anderson, Ben (2009). "Affective atmospheres". *Emotion, Space and Society* 2: 77-81.
- Barad, Karen (2007). *Meeting the Universe Halfway: Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Durham: Duke University Press.
- Baym, Nancy (2010). *Personal Connections in the Digital Age*. Cambridge: Polity Press.
- Beals, Fiona; Joanna Kidman, y Hine Funaki (2020). "Insider and Outsider Research: Negotiating Self at the Edge of the Emic/Etic Divide". *Qualitative Inquiry* 26 (6): 593-601.
- Beneito-Montagut, Roser; Arantza Begueria, y Nizaiá Cassián (2017). "Doing digital team ethnography: being there together and digital social data". *Qualitative Research* 17 (6): 664-682.
- Berger, Peter, y Thomas Luckmann (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones [1966].

- Borden, Iain; Joe Kerr, Alicia Pivaró, y Jane Rendell (1996). *Strangely Familiar: Narratives of Architecture in the City*. London: Routledge.
- Certeau, Michel de (1984). *The practice of everyday life*. Berkeley: University of California Press.
- Cerwonka, Allaine, y Liisa H. Malkki (2008). *Improvising theory: Process and temporality in ethnographic fieldwork*. Chicago: University of Chicago Press.
- Clough, Patricia, y Jean Halley (coordinadores) (2007). *The Affective Turn: Theorising the Social*. Nueva York: Duke University Press Books.
- Coleman, Rebecca, y Jessica Ringrose (coordinadores) (2013). *Deleuze and Research Methodologies*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Deleuze, Gilles, y Félix Guattari (2004). *A Thousand Plateaus*. London: Continuum.
- Díaz de Rada, Ángel (2010). *Cultura, antropología y otras tonterías*. Madrid: Trotta.
- García, Rocío (2018). "Las explicaciones antropológicas emic/etic para comprender la confrontación en investigación y escuela en el tratamiento de la diversidad cultural (segregación versus integración)". *Gazeta de Antropología* 34 (1): artículo 8.
- Geertz, Clifford (1973). "Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture". En *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, coordinado por Clifford Geertz. Nueva York: Basic Books.
- Gregg, Melissa, y Gregory J. Seigworth (2010). *The Affect Theory Reader*. Durham: Duke University Press.
- Haraway, Donna (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. London: Free Association Book.
- Law, John (2004). *After method: mess in social science research*. London: Routledge.
- Madianou, Mirca (2016). "Ambient co-presence: transnational family practices in poly-media environments". *Global Networks* 16 (2): 183-201.
- Markee, Numa (2013). "Emic and Etic in Qualitative Research". En *The Encyclopedia of Applied Linguistics*, coordinado por Carol A. Chapelle. London: Wiley Blackwell Publishing.
- Markham, Annette N. (2005). "The politics, ethics, and methods of representation in online ethnography". En *Handbook of Qualitative Research*, coordinado por Norman K. Denzin e Yvonna S. Thousand Oaks California: Sage.
- Massumi, Brian (2002). *Parables for the Virtual. Movement, Affect, Sensation*. Durham y London: Duke University Press.
- Massumi, Brian (2009). "Of microprecognition and micropolitics". *Inflexions: A Journal for Research Creation* 3: 1-20.
- McGlotten, Shaka (2013). *Virtual intimacies: Media, affect, and queer sociality*. Nueva York: State University of New York Press.
- Meikle, Graham (2016). *Social Media: Communication, Sharing and Visibility*. London: Routledge.
- Merleau-Ponty, Maurice (2014). *Phenomenology of Perception*. London: Routledge [1945].
- Pink, Sarah (2009). *Doing sensory ethnography*. London: Sage.

- Rorty, Richard (1989). *Contingency, irony, and solidarity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sáez, Begonya (2018). "Saberes situados". *Enraonar. An International Journal of Theoretical and Practical Reason* (60): 93-108.
- Saint-Pol-Roux [Pierre-Paul Roux] (1893). "Liminaire". En *Reposoirs de la procession*, coordinado por Saint-Pol-Roux, 1-24. París: Ediciones del Mercure de France.
- Stewart, Kathleen (2007). *Ordinary Affects*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press.
- Thrift, Nigel (2008). *Non-representational Theory: Space, Politics, Affect*. London: Routledge.
- Whitaker, Emilie M. (2017). Emic and Etic Analysis. *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Social Theory*. London: Wiley Blackwell Publishing.
- Zambra, Alejandro (2020). *Poeta Chileno*. Santiago: Anagrama.

3

Cartografía de las crisis. Observación multisituada y construcción de archivos digitales colaborativos

*Felipe Palma Irrázaval
Sofía del Pozo Sierralta
Sofía Rodríguez Cecchi*

INTRODUCCIÓN

El presente capítulo tiene por objetivo explorar el uso de medios digitales y multimediales para construir resultados de investigación colaborativos y de alcance público desde la antropología. Para ello, se presenta el proyecto Cartografías de las Crisis realizado desde el Laboratorio de Antropología y Arqueología Visual de la Pontificia Universidad Católica de Chile (LAAV UC). El proyecto tuvo dos llamados: la revuelta social en Chile y la crisis causada por la pandemia de Covid-19.

En cuanto al contexto de la revuelta social acontecida en octubre de 2019, el proyecto estuvo orientado a documentar y contribuir a la comprensión de estos hechos a partir de un trabajo colaborativo de observación y registros multimediales breves, los que luego fueron ensamblados en una plataforma digital.

En concreto, el proyecto consistió en la elaboración de una ficha estandarizada para ser llenada por participantes llamados a través de una convocatoria abierta, donde se les solicitó registrar, desde su punto de vista, algún evento durante la revuelta. Para ello debían georreferenciar y producir una

serie de materiales de corte etnográfico (una secuencia de imágenes o video, un paisaje sonoro, un texto crítico-poético y una selección de archivos personales encontrados en sus teléfonos móviles), que debían enviar digitalmente para componer una base de datos colaborativa.

A través del acopio y organización de estos registros multimediales, se propuso que su ensamblaje, combinación y, en definitiva, curatoría se realizara a través de una cartografía web.¹ Se optó por no modificar los materiales más allá de posicionarlos espacialmente en una interfaz digital, invitando a los usuarios a recorrer el sitio y producir sus propias conclusiones sobre el material presentado. Esta decisión buscó respetar el carácter colaborativo del proyecto, presentando los materiales “en bruto” y, de este modo, evitar construir un discurso de tipo autoral que buscase explicarlos y contenerlos dentro de una sola interpretación.

En este capítulo se busca presentar algunos lineamientos para la innovación metodológica dentro de la disciplina, abriéndose a la incorporación de nuevos medios, herramientas y formatos para producir materiales etnográficos en el trabajo de campo y para crear sus resultados más allá de lo textual, ampliando sus alcances y posibilidades de circulación.

LA REVUELTA SOCIAL EN CHILE: NO SON 30 PESOS, SON 30 AÑOS

El 18 de octubre de 2019, Chile —y particularmente Santiago— se despertó a remezones. Lo que parecía una seguidilla de aisladas evasiones del transporte público por parte de estudiantes secundarios, se transformó en un hito que marcaría la historia del país. Todo emergió con el incremento de treinta pesos² en la tarifa del metro, pero prontamente se destapó una gran olla de demandas sociales. El 18-O (18 de octubre) sería recordado como el *estallido social* que sacudió fuertemente a Chile y que se extendió por varios meses a lo largo de todas las regiones.

¹ Ver <<https://www.cartografiadelascrisis.com/>>.

² En moneda chilena, 30 pesos equivalen a 0.03 dólares.

El levantamiento de sectores populares y de clase media, principalmente, es resultado de la crisis múltiple que, aún, cruza la sociedad chilena desde hace décadas. Las causas analizadas abundan, sin embargo, pueden resumirse en un hastío generalizado de la población como producto de la profunda desigualdad socioeconómica, así como los emblemáticos casos de corrupción y colusión política. El malestar de las personas terminó por estallar, dando cuenta de cómo, desde hace años, venía amenazando con desbordarse y que, no obstante, fue pasado por alto gobierno tras gobierno, luego del retorno a la democracia en 1990. De aquí surge el lema “no son 30 pesos, son 30 años”,³ porque si bien el “reventón” que vivió la sociedad chilena fue suscitado por el alza del pasaje del transporte público, el malestar llevaba tres décadas acumulándose.

Las convulsionadas jornadas que se avecinaron pusieron en evidencia una crisis de legitimidad del sistema político y del modelo neoliberal instaurado desde la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990). Poco después del 18-O,⁴ comenzaron a escucharse en las calles las demandas por un cambio constitucional; por mejoras en los sistemas de salud, educación, vivienda; protección a la infancia y a los derechos de las mujeres, de los pueblos originarios, de las disidencias sexo-genéricas y el respeto a los derechos humanos. La retórica que enarbolaba a Chile como “el oasis de Latinoamérica” mostraba otro rostro, dejaba caer la máscara y permitía entrever las grietas de un sistema con profundas disparidades e injusticias socioeconómicas.

De acuerdo con cifras del Instituto de Derechos Humanos (INDH), Amnistía Internacional y la Fiscalía, entre noviembre y marzo de 2021 se registraron más de ocho mil víctimas de violencia estatal y más de cuatrocientos casos de trauma ocular con pérdidas parciales y totales de la vista; estos informes fueron rechazados por el gobierno y el ejército. Desde este punto en adelante, el descontento y las manifestaciones y desórdenes en las ciudades no sólo iban en aumento, sino también la esperanza de un posible cambio para el país. La confianza de la gente hacia el poder de la ciudadanía

³ La frase “No son 30 pesos, son 30 años” se vio reiteradamente escrita en muros y pancartas, frecuentemente dicha por los manifestantes y sus eventuales voceros.

⁴ 18-O es la sigla con que los medios de comunicación se refirieron al 18 de octubre de 2019, cuando empezaron las manifestaciones masivas.

(no partidos ni figuras políticas) tuvo su punto culminante el 25 de octubre del 2019, cuando se convocó la marcha más grande que se había visto en la historia del país, con más de un millón de personas en el centro de la capital, la Plaza Italia (renombrada posteriormente como Plaza Dignidad), y miles de personas más congregadas a lo largo del territorio nacional.

Finalmente, la presión social, la violencia y las demandas de la calle obligaron a las coaliciones a buscar acuerdos y ofrecer respuestas, iniciando así el proceso para instituir una nueva Constitución. El gobierno de aquel entonces y la oposición buscaron puntos de encuentro en un acto histórico para la realización de un plebiscito, en el que las y los ciudadanos decidirían si deseaban o no una nueva Carta Magna. Éste se llevó a cabo en abril de 2020: 78.28% votaron a favor de una nueva Constitución, mientras que 21.72% votó en contra. Al momento de redacción de este texto, el proceso continúa abierto.

En el marco del estallido, surge la pregunta por el papel de la disciplina antropológica frente a un hito social tan trascendental como éste. ¿Cómo responder a lo que está sucediendo? ¿Cómo movilizarnos y posicionarnos desde la antropología y las ciencias sociales? A partir de estos cuestionamientos surge la necesidad de hacernos cargo de lo que se estaba gestando, de alguna manera, y tomar una postura activa que reconociera la relevancia histórica y sociocultural del levantamiento social chileno.

CARTOGRAFÍAS DE LAS CRISIS: UN PROYECTO DE ARCHIVOS DIGITALES COLABORATIVOS Y MULTISITUADOS

En el contexto de estas manifestaciones y movilizaciones, las clases en la universidad se suspendieron. No podía pensarse en volver a la normalidad como si nada estuviese pasando, más aún con las serias dificultades de transporte y la constante represión policial frente a manifestaciones espontáneas, por lo que desde Rectoría de la Pontificia Universidad Católica de Chile se recomendó generar espacios de reflexión con las comunidades. En este contexto se realizó el primer encuentro de la Escuela de Antropología de la Universidad, posterior al estallido social, en el que participaron profesores y estudiantes. El encuentro fue diseñado por la coordinadora de asuntos estudiantiles,

basándose, en parte, en la metodología de los cabildos auto convocados que se estaban llevando a cabo en diferentes lugares del país.

Se realizó un trabajo grupal, con papelógrafos, plumones y lápices de colores, en los cuales se buscó reflexionar sobre las causas del estallido y de las necesidades de transformación que planteaba la crisis. Surgió la inquietud por vincular la disciplina con la contingencia como una cuestión muy relevante, principalmente desde los estudiantes, además de las vivencias personales de cada uno de ellos.

Al finalizar el encuentro surgió la idea, desde la coordinadora de asuntos estudiantiles, de trabajar una cartografía participativa junto al Laboratorio de Antropología y Arqueología Visual de la Universidad. En ella, se pretendía agrupar distintas contribuciones y puntos de vista en un solo espacio medial, construyendo un archivo digital colaborativo sobre los acontecimientos de aquellos días. En poco tiempo se construyó un modelo de ficha para recabar aportes y, con ella, arrancar el proyecto (ver *viñeta didáctica 1*).

En concreto, el proyecto consistió en la elaboración de esta ficha estandarizada para ser llenada, en un principio, por las y los estudiantes, y después ampliarla al público en general. Se les pidió registrar algún evento de la revuelta social desde sus puntos de vista. La mayoría hacía alusión a las ya cotidianas manifestaciones callejeras y, en menor medida, a los rayados de la calle y los cabildos ciudadanos.

La propuesta se basó en realizar una observación acotada a través de tres tipos de medios: sonoros, visuales y escritos. Éstos funcionaron en conjunto y debían remitir a un mismo espacio o punto geográfico. Además, se solicitó el envío de los archivos tomados en los dispositivos personales de cada autor o autora (como sus teléfonos móviles) a través de tres registros: la última fotografía tomada o recibida antes de la crisis, la primera fotografía tomada o recibida durante la crisis, y un tercer registro significativo desde el punto de vista del autor o autora para dar cuenta del momento vivido durante la revuelta social.

En un mapa se marcaron los puntos que georreferenciaron el lugar del registro. Los puntos se concentraron principalmente en la zona central de la ciudad de Santiago, donde se llevaban a cabo la mayor cantidad de manifestaciones, pero también llegaron aportes de diferentes lugares del país (*viñeta didáctica 2*).

Ficha de observación multimedial del proyecto

El presente proyecto busca construir una cartografía digital del conflicto social actual a partir del trabajo de investigación y creación de los estudiantes, profesionales y académicos de la Escuela de Antropología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Cada participante deberá completar la ficha que se presenta a continuación (integrando elementos visuales, sonoros, escritos y de archivo), para que sean procesados y montados en una plataforma diseñada para este propósito. El objetivo es crear una obra colaborativa de acceso público y que reúna a la comunidad de la Escuela en torno a un proyecto común sobre el conflicto chileno actual, poniendo al servicio nuestras habilidades como antropólogos

FICHA OBSERVACIÓN MULTIMEDIAL	
Autor/a:	
Lugar de Registro:	
CONSENTIMIENTO	
Por favor marque con una cruz (X) el recuadro azul	
	Autorizo que los registros enviados sean publicados y procesados en una plataforma web de libre acceso y otras piezas de similar formato, bajo la licencia de Creative Commons CC-NC, autorizando el libre uso y edición de los materiales siempre que: a) se nombre autor de los registros, y b) no sean comercializados.
Medio visual: Secuencia de cinco fotos o video de 1 minuto aprox. sobre algún aspecto del conflicto	
Tema:	
Fecha:	
Hora:	
Foto o video:	
Medio sonoro: Audio de 1 minuto aprox., que o bien registre un relato sobre el conflicto desde un punto de vista particular o bien registre algún aspecto del paisaje sonoro del mismo.	
Tema:	
Fecha:	
Hora:	
Relato o paisaje sonoro:	
Medio textual (300 palabras máx.): Texto breve (300 palabras máx.) sobre algún aspecto del conflicto escrito por el autor de la ficha. Puede emplear una prosa académica, narrativa, poética u otra.	
ARCHIVOS	
A partir de los archivos que posee en su teléfono móvil, enviar:	
La última fotografía con anterioridad al conflicto (donde aún no haya nada de este presente).	
La primera fotografía del conflicto.	
Seleccionar la fotografía de entre sus archivos que considere más relevante respecto al conflicto (marcha, meme, grafiti, rostro, etc.)	
Nota:	Estas fotografías no tienen que ser necesariamente tomadas por el autor de la ficha, sino que puede ser seleccionada de entre los archivos recibidos en su teléfono móvil.



Portada de la plataforma Cartografía de las crisis
Diseño web, Sofía del Pozo, marzo 2020



Cartografía colaborativa que muestra los aportes enviados por cada participante según su localización
Disponible en cartografiadelascrisis.com

Los aportes por lo general se centraron en imágenes con cierto impacto visual; mostrando la represión policial a los manifestantes, las barricadas instaladas en las calles, la bandera nacional pintada de negro y los famosos *encapuchados*,⁵ que se presentaron con cierto heroísmo para los manifestantes. Los textos que acompañaban los registros adoptaron un enfoque descriptivo. Si bien se recibieron textos poéticos y reflexivos, la mayor parte se enfocó en describir las imágenes. Por esta razón, consideramos necesario incorporar, más adelante, el concepto de *micro observaciones* (viñeta didáctica 3). El elemento de archivo que solicitamos fue el de menor alcance, ya que varias personas optaron por no hacer esta parte del ejercicio.

En total, se recibieron más de setenta contribuciones, tanto de miembros de la Universidad como de personas externas, componiendo un archivo digital colaborativo a partir de observaciones breves, multisituadas y multimediales. Este último elemento fue central, ya que permitió abordar la experiencia del estallido social chileno más allá de su descripción textual o logocéntrica, abriéndose a incorporar elementos sensoriales y visuales que, en conjunto, permitieron articular una plataforma digital de libre acceso.

Los materiales enviados no fueron procesados más allá de su combinación dentro de dicha plataforma, permitiendo que los usuarios pudiesen navegar el sitio y elaborar sus propias conclusiones o relaciones a partir de los materiales presentados. Del mismo modo, a lo largo de este capítulo, no se busca interpretar los aportes recibidos, sino presentar una muestra de ellos, destacando las directrices metodológicas del proyecto y su libre exploración por parte de los lectores.

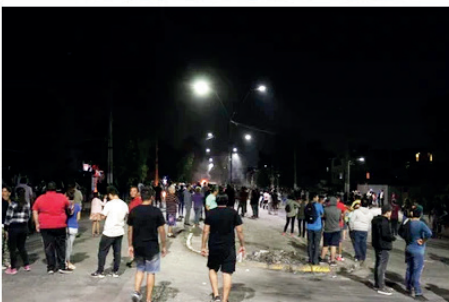
Con esto se busca evitar una explicación general que sintetice o intente dar una respuesta cerrada a un fenómeno caracterizado por su dispersión, divergencia y falta de narrativas fijas o globalizantes, para dar paso a la visualización del material “en bruto” y sin alteraciones de ningún tipo. El propósito, enmarcado dentro del quehacer antropológico, es rehuir de la interpretación autoral para dar paso a una libre exploración de los archivos digitales, enfa-

⁵ Manifestantes con el rostro cubierto, quienes con mayor frecuencia se enfrentan a las fuerzas policiales.

Ejemplo 1. Concentraciones y enfrentamientos frente a Subcomisaría Peñalolén, Santiago

Aporte enviado por Fernán Herrera, estudiante de Antropología

Medio visual



Subcomisaría Peñalolén.
Fernán Herrera, 11 de noviembre de 2019.
Disponible en cartografiadelascrisis.com

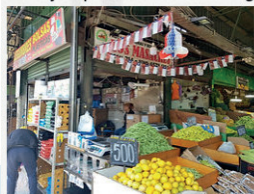
Medio textual

Durante la tarde del lunes 11 de noviembre, un grupo de pobladores de Lo Hermida* se tomaron terrenos en la Viña Cousiño Macul, exigiendo soluciones frente al problema habitacional. La respuesta policial fue de una brutal represión. Los registros surgidos durante ese día muestran a efectivos policiales ingresando a los blocks y departamentos a plena luz del día, golpeando y deteniendo a vecinos. A partir de ese momento, la Avenida Caracas, eje Lo Hermida, y en cuyo extremo se ubica la 43ª Subcomisaría de Peñalolén, se convirtió en punto de encuentro frente a la represión policial. Durante las tardes y noches del martes y miércoles, los vecinos se congregaron nuevamente de manera masiva frente a la Subcomisaría, aguantando y respondiendo a la represión con más fuerza. Música, cánticos y gritos se escuchaban por horas, y una vez que la concentración se dispersaba, producto de la represión policial, la madrugada se convertía en un concierto de disparos y helicópteros.

* Sector nororiente de Santiago, reconocido por su trayectoria de lucha popular.

Archivos móviles

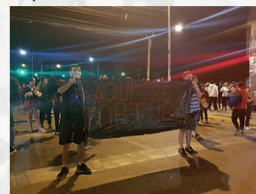
Antes y después de la crisis desde la galería personal



Última imagen antes de la crisis

Tarde de trabajo en Mercado Lo Valledor

17 de octubre del 2019, 14:58 hrs



Primera imagen de la crisis

Manifestación en Avenida Grecia esquina Sánchez Fontecilla

24 de octubre del 2019, 21:29 hrs



Imagen más significativa

Yuta KJ, Plaza Puente Alto

12 de noviembre del 2019, 14:09 hrs

Ejemplo 2. Concentraciones y enfrentamientos frente a Subcomisaría Peñaloén, Santiago

Aporte enviado por Constanza Monardes, estudiante de Antropología

Medio textual

Me siento vulnerable. Aquella institución en la que siempre busqué protección ya no me brinda la seguridad que creí tener en las calles. Hoy, son asesinos, son violadores, encubridores y no merecen el respeto que les tenía. Se han reído de nosotros y nosotras, han abusado de su poder sin vergüenza alguna. Mi amigo Nicolás ha sido impactado por seis perdigones este último mes, además de recibir en el pie una lacrimógena que ha irritado la piel de su cuerpo. Es duro darse cuenta de que en la tele sólo muestran una parte de los hechos, pero a Nicolás no, es invisibilizado, al igual que muchos manifestantes que hoy en día se encuentran, incluso, en riesgo vital. Es impactante la manera en que los medios de comunicación manipulan la información a favor del presidente y sus secuaces. Es impotencia la que siento, es rabia y angustia. Ya han pasado varios días, decidí apagar mi celular y respirar, decidí cuidarme. La violencia se ha vuelto sistemática, en las redes sociales hay mucha información importante, pero a la vez cruda.

Me siento un poco mejor, pero mi individualismo me hace padecer una culpabilidad acérrima.

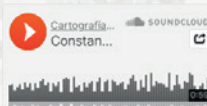
No es tiempo de ignorar, no es tiempo de evitar; es tiempo de luchar.

Medio sonoro

Relato de Nicolás, herido por perdigones

Aporte enviado por Constanza Monardes, estudiante de antropología

Incidente en Metro Salvador
Represión policial a manifestantes
Relato en Avenida Ossa 528, Ñuñoa



Hechos ocurridos el día lunes
9 de diciembre de 2019.

Registro del relato jueves 12
de diciembre de 2019.

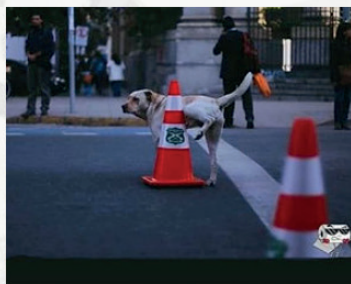
Archivos móviles

Antes y después de la crisis desde la galería personal



Última imagen antes de la cr...

En la feria
13 de octubre
8:35 hrs



Primera imagen de la crisis

Perro orinando cono con símbolo de
Carabineros
18 de octubre
20:47 hrs



Imagen más significativa

Meme de Angélica encapuchada
25 de octubre
14:57 hrs

tizando su carácter heterogéneo, multisituado y colaborativo, buscando contribuir a la comprensión y memoria del estallido social chileno a partir del ensamblaje de las diversas observaciones registrados en el campo.

CRISIS SARS-CoV-2

El 18 de marzo de 2020 el gobierno declaró estado de emergencia debido a la expansión de la pandemia por Covid-19 en el territorio nacional. Desde entonces, las fronteras permanecieron cerradas alrededor de un año, prohibiendo la congregación masiva de personas; se exhortó a la población a realizar cuarentenas sanitarias, obligatorias o voluntarias, ya que el distanciamiento social sería la clave para frenar la expansión del virus.

Cinco meses después de iniciadas las masivas movilizaciones en el contexto del estallido social chileno, el gobierno encontró la excusa perfecta para aislar a los ciudadanos, especialmente a los manifestantes, prohibiendo todo tipo de reunión pública y forzando al aislamiento dentro de los límites del hogar de cada uno. Si bien las razones sanitarias provocadas por la pandemia justificaban el aislamiento social y el cuidado mutuo, éstas fueron utilizadas en exceso como un arma biopolítica para desmovilizar a la población, recuperar el orden público y acallar la revuelta.

El contraste entre ambos estados de emergencia fue abismal. Desde el volcamiento masivo hacia las calles, en manifestaciones y protestas, que comenzaron a sentar las bases para la refundación del vínculo social y el inicio de un nuevo proceso constituyente, nos encontramos, en ese momento, ante el mandato imperioso de replegarse, donde la solidaridad ya no significa salir a las calles a luchar, sino que ahora es sinónimo de distanciamiento y aislamiento. Sin embargo, este nuevo estado de emergencia puso una vez más de manifiesto las tensiones que atraviesan a la sociedad chilena, actualizando los debates políticos que se encontraban en el trasfondo del estallido social.

El conocimiento y trabajo interdisciplinario acumulado durante la creación de la primera cartografía permitió elaborar este segundo llamado con aún más precisión, proyectando las enseñanzas y aprendizajes de la primera experiencia sobre la segunda. De este modo, se estabilizó un continuo

inesperado, donde se contaba con las herramientas suficientes para invitar a participar en una nueva cartografía digital colaborativa, multimedial y multisituada.

En este contexto, se abrió una segunda convocatoria para recibir registros multimediales que documentaran la experiencia del estado de emergencia sanitaria por la Covid-19, desde perspectivas diversas para aludir a diferentes dimensiones de esta crisis pandémica. Dichos registros fueron conceptualizados como “micro observaciones domésticas” (viñeta didáctica 4).

Los aportes enviados reflejaron un cambio abismal respecto a aquellos referidos al estallido social. Ya no se observaban masivas congregaciones en las calles, sino imágenes de los hogares de los participantes, de sus mascotas y del estrés causado por el encierro. A su vez, los textos enviados se tornaron más introspectivos y menos descriptivos, y las imágenes tenían menor impacto visual y resultaban más monótonas (viñeta didáctica 5).

Sin embargo, a medida que avanzaba el tiempo se tornó difícil saber en qué cartografía debía ir cada aporte, ya que lentamente las manifestaciones comenzaron a reavivarse como resultado de las exacerbadas desigualdades sociales que evidenció la pandemia, al tiempo que sucedían eventos políticos importantes en el país, como la instalación de la Convención Constitucional, las votaciones presidenciales, entre otras, que podían ser interpretadas como parte del estallido social o de la pandemia.

Como una forma de profundizar en el trabajo interdisciplinario y la creación de archivos digitales colaborativos, en esta etapa del proyecto solicitamos la participación de dos programadores para poder solucionar algunas limitaciones que estábamos teniendo con la plataforma Wix (para la creación de sitios web). El proceso, si bien fue de mucho aprendizaje, presentó varios desafíos; el principal fue ceder el control sobre el diseño de la web. Aun cuando el trabajo con los programadores nos permitió tener un mejor despliegue de cartografía, donde se pudieron incorporar diferentes filtros de búsqueda, no nos permitió el desarrollo estético que habíamos alcanzado en Wix. Además, una vez terminada la creación de la página web, hubo enormes dificultades para mantenerla actualizada con los nuevos aportes que llegaban, debido a la brecha de conocimiento que nos generó el lenguaje de programación tradicional.

Son *observaciones*, en tanto el ejercicio propuesto fue el de registrar a través de distintos medios los espacios de confinamiento; y son *micro* en tanto respondieron a un ejercicio breve y focalizado



CARTOGRAFÍA DE LA PANDEMIA

[QUIÉNES SOMOS](#)[MAPA](#)[ARCHIVO](#)[ENVÍA TU APOORTEAPORTE](#)[CONTACTO](#)

El archivo colaborativo de la Cartografía de las Crisis es una iniciativa de estudiantes y profesores de la Escuela de Antropología UC, que nació a partir de la crisis social de octubre del 2019. Se trata de un mapa asociado a un registro multimedial, orientado a documentar y contribuir a la comprensión global y contextual de las distintas crisis que ha vivido nuestro país. De momento invitamos a colaborar con material del Estallido Social y de la Pandemia Covid-19

[MAPA](#)

Corte de pelo

Aporte enviado por Constanza Córdova, estudiante de Antropología

Región Metropolitana

30 de junio de 2020.

Medio textual

Ya han pasado 108 días de cuarentena. Cuatro desde que salí al supermercado. Sesenta y siete desde que no veo a mi papá. Ciento diez desde que no voy a la Universidad. Doscientos veinticuatro desde mi última visita a la peluquería. No ha sido fácil llevar la cuenta y registrar todo lo que he hecho (y no he hecho) en este encierro. Sólo veo que mi pelo crece y crece; es como mi noción del tiempo. Siempre asocio recuerdos o momentos con el largo de mi pelo. En la mayoría de estos días he reusado buzos y poleras por más de una semana. En cuanto a mi pelo, lo llevo la mayoría del tiempo sujetado con algo para que no me moleste la visión. Mi mamá se sigue tiñendo el pelo y, a decir verdad, ahora yo soy su colorista. En este último tiempo, me ha estado llamando la atención el largo de mi pelo y hoy finalmente decidí cortármelo sola. Pensaba esperar hasta que terminara la cuarentena, pero todo es incierto. Lo más probable es que en noviembre exista alguna posibilidad de hacerlo.

Así que tomé unas tijeras, un peine y la máquina rasuradora de mi hermano y lo hice.

A mi mamá no le gustó, pero no importa, al menos me corté el pelo.

Medio visual



A lo largo del desarrollo y publicación de este proyecto, hemos podido evaluar algunos de los principales hallazgos y dificultades encontradas en el camino. En primer lugar, y en un nivel metodológico, la necesidad de utilizar y aprender a manejar herramientas de diseño y programación web nos impulsó al trabajo interdisciplinario. De este modo, desde nuestra práctica antropológica, buscamos en otros la asesoría y acompañamiento necesario para abrirnos a otros saberes que no se encuentran necesariamente dentro de la disciplina.

Si bien esto permitió ampliar el rango de recursos y medios utilizados por nuestra investigación colaborativa, también presentó algunas dificultades. Al contar con un equipo de programación y diseño web externo al proyecto en su segunda etapa (cartografía de la pandemia), el equipo de investigadores de algún modo perdió el control y autogestión de la plataforma, quedando en manos de personas que no estaban involucradas de la misma manera, más allá de proveer un servicio profesional específico.

Es decir, mientras que desde el trabajo antropológico se buscó la colaboración interdisciplinaria, desde el lado de la programación y diseño externos esto no se experimentó en los mismos términos. Al terminar el servicio solicitado, los programadores se desvincularon inmediatamente del proceso, sin tener una adecuada transferencia de recursos hacia el equipo de investigadores, restringiendo las oportunidades para seguir mejorando y optimizando el proyecto.

Ahora nos encontramos proyectando algunas actualizaciones para recuperar la plataforma web diseñada originalmente, dejando de lado la creada por el equipo externo, como una forma de darle continuidad e incorporar proyectos sobre eventuales crisis futuras. La propuesta consiste en volver a poner en marcha la página original en Wix, con algunas nuevas funcionalidades aprendidas, con la finalidad de integrar todos los aportes bajo el nombre “Cartografía de las Crisis”.

De este modo, no será necesario hacer una distinción tan taxativa entre los eventos ligados al estallido social y la pandemia, ya que son cada vez más los acontecimientos y registros que pertenecen a ambas categorías. Sin embargo, la propuesta también incorpora nuevos mecanismos de búsqueda dentro de la cartografía digital, facilitando la navegación a lo largo de este archivo co-

laborativo mediante el uso de etiquetas o filtros de búsqueda y análisis predefinidos que permitan distinguir la abundancia de información presentada.

REFLEXIONES CONCEPTUALES Y METODOLÓGICAS

Mirado en retrospectiva, el proyecto Cartografías de las Crisis nos ha permitido indagar en algunos lineamientos conceptuales y prácticos para la innovación metodológica dentro de la disciplina antropológica, abriéndonos a la incorporación de nuevos soportes, herramientas y formatos para producir observaciones sustantivas a partir del trabajo de campo. Lo anterior, en el horizonte de fabricar resultados de investigación que vayan más allá de lo exclusivamente textual, ampliando sus alcances, posibilidades de circulación e interacción con los fenómenos que estudia.

Las preguntas que surgieron durante el estallido social chileno y posterior pandemia respecto a ¿cómo contribuir desde el quehacer antropológico a lo que estaba sucediendo?, o bien, ¿cómo movilizarnos desde la descripción hacia la acción?, encontraron respuestas en dos conceptos que hemos trabajado desde hace algún tiempo en el Laboratorio de Antropología y Arqueología Visual (LAAV UC).

El primero de ellos surgió como una necesidad analítica frente a las transformaciones iniciadas en Chile desde el estallido social y reforzadas durante la posterior pandemia, y se refiere a la ya extensa discusión sobre los alcances, potencialidades y desafíos de la antropología y la construcción de archivos digitales. El segundo de ellos refiere a la idea de investigación-creación, el cual busca desplegar las capacidades creativas de la antropología a través de un diálogo interdisciplinario con las artes, el diseño y la cartografía, entre otros.

En el proyecto Cartografías de las Crisis, el trabajo de campo tomó una organización colaborativa y multisituada, donde a través de una ficha estandarizada se predefinieron los soportes de registro (visual, sonoro, escrito) de la observación. Dicha estandarización buscó, por una parte, guiar la multiplicidad y eventual dispersión de los registros y, por otra, permitir su combinación y superposición en una plataforma digital determinada. En definitiva, esta ficha tuvo por objetivo establecer un criterio transversal para la recolección de huellas en el trabajo de campo, proveyendo de las

La investigación-creación desde la antropología

Durante algunos años, el concepto de investigación-creación ha sido discutido dentro del quehacer académico, en tanto canalizador para la construcción de conocimiento a través de prácticas creativas e interdisciplinarias, sistematizando su capacidad para identificar, clasificar y complejizar dichos procesos.

Beltrán-Luengas y Villaneda (2020) abordan la pertinencia y los alcances del concepto de investigación-creación para el trabajo de campo y la fabricación de artefactos plástico-sensoriales como resultados válidos de investigación. Para ellos, equiparar distintas formas de saber —científicas y artísticas— se hace indispensable para desarrollar formas de trabajo según las transformaciones sociales contemporáneas, reemplazando la fragmentación de los saberes por su diálogo e influencia mutua en torno a preguntas comunes.

La investigación-creación se identifica con las capacidades performativas del trabajo de campo y la producción de nuevos conocimientos mediante figuras extra-textuales. Esto en el sentido de que no sólo es posible describir los fenómenos que se estudian, sino que también es deseable intervenir creativamente en ellos por medio de artefactos plástico-sensoriales, como la cartografía colaborativa. Por producción de nuevos conocimientos en el ámbito de la investigación-creación se entiende la inscripción de un significado en un plano material, es decir, la transformación mediante la cual un conocimiento abstracto toma una forma concreta en un dispositivo dado —objeto, cuerpo, texto, entre otros—. Este proceso implica la manipulación y operación de distintas materialidades con la intención de proponer un estímulo sensorial específico que es reconocido por un grupo social determinado.

En este sentido, para llevar adelante un proceso de investigación-creación desde la antropología, es necesario redirigir la mirada hacia las materialidades con que trabaja la disciplina. Durante el trabajo de campo la antropóloga o antropólogo registra, recopila y, en última instancia, provoca la emergencia de huellas como resultado de un encuentro etnográfico. Estas huellas son recopiladas a partir de dispositivos de inscripción (Latour y Woolgord, 2013) determinados, ya sean notas de campo, el registro sonoro de conversaciones, fotografías, documentos, etcétera; que sustraen o transforman ciertos aspectos del mundo sensible y lo desplazan a una nueva materialidad. Grafía sobre papel, en el caso de la libreta de campo; registro de la vibración aérea, en el caso de la grabadora de sonido; inscripción de la luz rebotada de los objetos, en el caso de la cámara fotográfica. Todos estos registros de campo se convierten en la materia prima con la que debe trabajar una investigación-creación, buscando formas de sistematizarlos, combinarlos y aglutinarlos hasta componer una figura o artefacto dado.

materias primas que permitieran llevar adelante un proceso de investigación-creación como el descrito.

Para profundizar en los aspectos metodológicos de este proyecto, hemos distinguido tres dimensiones interconectadas para dar forma a una investigación-creación desde la antropología (Palma, 2022): I. La recolección de materiales en el trabajo de campo; II. La combinación y procesamiento de dichos materiales dentro de los parámetros de un artefacto plástico-sensorial; y III. La vida pública de los resultados de investigación, ya sea en relación con el fenómeno mismo desde el que surge o bien en relación con otras audiencias más allá de los circuitos exclusivamente académicos.

La primera de estas dimensiones puede ser comprendida a la luz del trabajo titulado *La vida sensible de las imágenes* (Coccia, 2011). Allí, el autor describe la experiencia de lo viviente como un proceso de percepción; de este modo, la relación sensible entre quien percibe y lo percibido da lugar al mundo en que vivimos. Son las imágenes —visuales, auditivas, táctiles— las que nos conectan con lo que nos rodea, no en tanto esencias, sino desde lo fenomenológico, donde la experiencia sensible nos da la condición de vivientes.

Es allí también donde el trabajo de campo acontece. Es en este espacio medial donde la voz, la luz o el movimiento son susceptibles a la percepción y dispuestos a ser registrados. Es allí donde se recopilan las huellas o materias primas con las que se trabajará después, para lo cual es menester construir un cuerpo de datos abundante que posibilite un denso proceso de investigación-creación.

El proyecto Cartografías de las Crisis buscó ampliar el tipo de materiales recogidos durante la observación en el campo más allá de lo textual, promoviendo el registro de aspectos sensoriales, como la imagen (fotográfica o audiovisual), el sonido (en tanto entrevista o paisaje sonoro) y la recopilación de archivos personales desde los teléfonos móviles de los colaboradores. Esto permitió que cada observación localizada geográficamente pudiera abordar su recolección de campo desde una perspectiva multimedial, registrando ciertos aspectos sensoriales de fenómenos complejos, extensos y en permanente evolución. Fueron dichos registros los que se constituyeron como la materia prima para elaborar un artefacto plástico-sensorial bajo los parámetros de una cartografía digital, de libre acceso y de alcance público.

La colección de estos materiales diversos, aunque homologados mediante el uso de una ficha de registro estandarizada, nos dirige hacia la segunda dimensión involucrada en un proceso de investigación-creación desde el trabajo de campo en antropología. A esta dimensión la hemos denominado *curatorial*, tomando prestado un concepto proveniente de la museografía y que implica dos aspectos complementarios: primero, la necesidad de dar orden, coherencia y sistematización a una determinada colección y/o archivo; segundo, la exigencia de seleccionar, combinar y presentar dicha colección bajo una articulación que permita su comprensión y el establecimiento de relaciones entre sus partes.

En un sentido similar, el trabajo de campo multisituado propuesto a lo largo del proyecto resultó en el acopio de una gran cantidad de materiales diversos, el que exigió ser integrado y visualizado en una plataforma digital. En este proceso curatorial surgieron buena parte de los desafíos técnicos y creativos del trabajo colaborativo, los que fueron resueltos en gran medida al tener claro el tipo de artefacto final que cristalizaría la investigación (una cartografía digital), permitiendo guiar de forma coherente la recolección de materiales y su combinación a través de todas sus etapas.

El diseño de la ficha estandarizada, los distintos tipos de soportes empleados y sus aspectos multisituados fueron pensados con el fin de crear una cartografía digital y no otro tipo de artefacto plástico-sensorial. Si el propósito hubiese sido realizar una película documental de corte etnográfico, los materiales a reunir hubiesen sido otros, principalmente mediados por la imagen audiovisual. Si nos hubiésemos propuesto un texto escrito, los materiales estarían definidos por las notas de campo, la grafía sobre papel y su combinación dentro de los parámetros de un artículo académico.

La definición *a priori* de las características formales de un artefacto plástico-sensorial no es perentorio para cada caso, pudiendo emerger a partir del trabajo de campo y el contacto directo con los participantes. Sin embargo, también es correcto proponer que esta delimitación *a priori* permite guiar una investigación-creación con mayor claridad y eficiencia, estableciendo desde un principio los parámetros que contribuirán al desarrollo del artefacto imaginado. La elección de uno u otro camino dependerá de las características de la investigación misma y de los objetivos que en ella se persigan, pero

tiende a ser más frecuente idear de antemano qué tipo de artefacto se busca fabricar, ya que ello determinará el tipo de registros y materiales a recopilar durante el trabajo de campo.

Ahora bien, la comprensión de la investigación-creación en tanto proceso basado en la recolección de materiales y su posterior curaduría nos dirige a la tercera dimensión propuesta: la vida pública o agencia de los artefactos plástico-sensoriales.

Al poner la atención sobre la vida pública de estos artefactos, se presupone que la investigación antropológica puede involucrarse activamente con la sociedad, a la vez que lo social reacciona sobre sus métodos y procesos de investigación. Como sugiere Marsha Rosengarten (2018), la pregunta no versa sobre cómo describir correctamente los fenómenos que se estudian, sino cómo intervenimos creativamente los fenómenos que ya están en curso, que son parte del mundo, con la visión de que las cosas podrían ser de otra manera. La vida pública a la que nos referimos está en sintonía con los planteamientos de Gell sobre la agencia de las imágenes (viñeta didáctica 7).

En el ámbito de la creación desde el trabajo antropológico, estos artefactos plástico-sensoriales operan recursivamente sobre el fenómeno desde el cual se originan, aportando una representación más a su incesante cambio y movimiento, o bien siendo aceptado en tanto inscripción válida de conocimiento por parte de ciertas comunidades académicas y extra académicas.

A su vez, estos artefactos dependen en gran medida de sus propias materialidades para establecer sus campos de acción o agencia. Con esto nos referimos a que los aspectos formales que tome un cierto artefacto impactarán directamente sobre los circuitos y audiencias con los que dialogue. Una investigación que decante en un artículo académico circulará por espacios compuestos por expertos y contribuirá eventualmente a la acumulación de conocimiento científico. Por su parte, un trabajo audiovisual será más fácilmente incorporado y reutilizado por las comunidades o grupos a los que se refiere, y a la vez podrá entrar en diálogo con diversas audiencias más allá de los círculos de expertos. Del mismo modo, una instalación de sitio o una interfaz web no sólo se orienta hacia un público particular, sino que entra en diálogo con otros artefactos similares y con la tradición o parámetros culturales donde se inscriben.

La agencia de las imágenes y la vida pública de los artefactos

En su trabajo *Arte y Agencia* (1998), Alfred Gell lleva a cabo un análisis de la estética de los objetos materiales desde una perspectiva antropológica, enfatizando en la influencia que tienen dichos objetos en la creación de relaciones sociales entre individuos. Para ello, es fundamental enfocarse en el contexto social de producción, circulación y recepción del objeto, del mismo modo en que un artefacto plástico-sensorial que resulte de una investigación antropológica implica ciertos procedimientos de producción, circulación y recepción.

Las imágenes (plásticas, visuales, sonoras, performáticas, etcétera) no deben ser consideradas instrumentalmente, es decir, como un medio para influir en los pensamientos y actos de los demás. Por el contrario, son un mecanismo válido para la inscripción de conocimiento, materializando reflexiones complejas dentro de ciertos parámetros formales, lo que les posiciona en tanto entidades capaces de alterar y provocar lo social, desdibujando los límites entre persona, objeto y agencia.

En nuestro caso concreto, la vida pública de los resultados de la investigación-creación descrita buscó, por una parte, integrar a distintos actores en su fabricación, aportando cada uno su punto de vista y una observación acotada; por otra parte, constituyó un artefacto plástico-sensorial de alcance público y libre acceso, el que tuvo por objetivo ser un aporte a la comprensión, registro y memoria de los eventos históricos con los que estaba lidiando. Por último, esta vida pública se vio reforzada al dar pie al registro y comprensión de la pandemia bajo criterios similares, evento inmediatamente posterior al estallido social, pero fuertemente interconectado con éste.

En definitiva, la vida pública a la que hacemos referencia plantea que los aspectos materiales de un artefacto resultante de un proceso de investigación-creación son cruciales para potenciar sus alcances e interacciones con la sociedad donde se inscriben, y en relación con los fenómenos siempre en curso y movimiento que busca comprender.

ANTROPOLOGÍA, MUNDOS VIRTUALES Y ARCHIVOS DIGITALES

El concepto de investigación-creación y su foco hacia la fabricación de artefactos plástico-sensoriales puede ser igualmente útil para abordar algunos aspectos desarrollados en los campos de la antropología y etnografía digital.

Si bien nuestras primeras reflexiones al respecto surgieron inicialmente durante el estallido social chileno en octubre de 2019, éstas fueron profundizadas durante el confinamiento por la pandemia por el SARS-CoV-2 en los años inmediatamente posteriores. Dada esta coyuntura de salud pública global, nuestra vida social se vio restringida a las interacciones en plataformas digitales. Entonces, nuestra pregunta se redefinió en los siguientes términos: ¿cómo vincular teórica y prácticamente la investigación-creación con el campo de los estudios digitales?

Una primera distinción para abordar esta pregunta fue diferenciar, por un lado, el estudio de las interacciones sociales mediadas digitalmente (Miller y Horst: 2012; Pink: 2006) y, por otro, la posibilidad de utilizar estos medios como una forma de producir un mundo virtual subrogante a partir de una investigación de campo. Dentro de esta distinción analítica, nuestro proyec-

to buscó el segundo camino al emplear los medios digitales como una herramienta para producir y dar forma a un archivo digital colaborativo.

Para autores como Miller y Horst (2012), el estudio de las interacciones sociales mediadas digitalmente puede ser entendida al igual que toda cultura material, en el sentido de que lo digital es más que un sustrato, convirtiéndose en una parte constitutiva de lo que hacemos como humanos. Por ello, la antropología no puede dejar desatendida la emergencia de este nuevo campo de interacción social, expandiendo su exploración más allá del espacio físico, complementándolo con el mundo virtual.

Su foco está puesto en comprender las prácticas y dinámicas de los usuarios al interactuar con y a través del mundo digital, aproximándose metodológicamente a ellos mediante las relaciones o ensamblajes que se dan entre humanos y objetos tecnológicos. Bajo este foco surge la posibilidad de adaptar las herramientas tradicionales de la etnografía al estudio de los mundos digitales, con el fin de comprender la forma en que los usuarios las utilizan y significan, así como las interacciones sociales mediadas por ellas.

En sentido complementario, los medios digitales pueden, a su vez, ser adaptados para ampliar las herramientas propias del trabajo de campo tradicional, con el fin de enriquecer las formas en que una investigación recolecta materiales y visualiza sus resultados. Es decir, un trabajo de campo que acontece fuera del mundo virtual puede ampliar sus posibilidades al recolectar, organizar y publicar sus hallazgos a través de los medios que este mundo virtual ofrece.

La atención se dirige entonces hacia el uso práctico de dichas formas de interacción y ensamblaje entre humanos y objetos tecnológicos, lo que puede dar pie a procesos de investigación-creación que decanten en la fabricación de un mundo virtual específico (viñeta didáctica 8).

Al retomar nuestra pregunta sobre cómo vincular teórica y prácticamente la investigación-creación con el campo de los estudios digitales, surge como respuesta inicial que ésta puede volcarse hacia lo digital como una forma de expandir sus medios, procesos de recolección y consolidación de resultados a partir de la creación de mundos virtuales.

Al proponer un trabajo de investigación-creación a través de lo digital, lo que se intenta señalar es que la recolección de materiales de campo, su com-

Referentes relevantes en esta dirección son el proyecto Forensic Architecture (<<https://forensic-architecture.org/about/agency>>), agencia de investigación basada en una plataforma web multimedial que indaga en la violación de los derechos humanos a nivel global, incluyendo violencia cometida por el Estado, fuerzas policiales, militares y corporativas; el proyecto Refugee Republic (<<https://refugeerepublic.submarinechannel.com/>>), donde se explora la vida cotidiana de un campamento de refugiados en el norte de Irak a través de medios visuales, sonoros, gráficos y textuales, los que se articulan en un documental web interactivo; y el proyecto Khipu (<<https://interactive.quipu-project.com/#/en/quipu/intro>>), en el que se construye un archivo digital interactivo a partir de los relatos de mujeres víctimas de esterilización forzada en Perú durante los años noventa.

Todas estas iniciativas se caracterizan por la creación de un mundo virtual específico a partir de investigaciones de campo situadas, donde el foco del estudio se desplaza *sobre* lo digital al estudio *a través* de lo digital. Del mismo modo, el proyecto Cartografías de las Crisis busca insertarse en este ámbito de investigación-creación que combina observaciones de campo multisituadas con la creación de un mundo virtual dentro de los parámetros de una cartografía digital colaborativa. Es así como las observaciones fueron registradas y luego ensambladas digitalmente, dando paso a un artefacto plástico-sensorial que sólo existe en el mundo virtual.

binatoria y procesamiento pueden ser mediados digitalmente y dirigidos hacia la creación de un mundo virtual delimitado como resultado final de investigación. En este sentido, el conocimiento que se persigue en este tipo de investigación es de carácter práctico, porque es en contacto con las materialidades y medios que se descubren nuevas posibilidades y experiencias cognitivo-afectivas para indagar y comprender lo que nos rodea.

Dentro de las múltiples posibilidades que ofrece la creación de mundos virtuales a partir del trabajo de campo, nuestro proyecto se comprende como la creación de un archivo digital colaborativo sobre el estallido chileno y posterior pandemia. Con esto hacemos referencia a que el artefacto digital que se confeccionó buscó integrar las observaciones de campo realizadas por un gran número de participantes dentro de un mundo virtual común que facilitaba sus interrelaciones, visualización y análisis. Cartografías de las crisis se constituyó, entonces, como un archivo digital colaborativo que buscó, por una parte, dar cuenta de los fenómenos que estaban sucediendo a nivel colectivo y, por otra, crear un archivo de memoria colectiva sobre los mismos.

Para finalizar, consideramos pertinente esbozar algunas reflexiones breves sobre qué significa o cómo se ha pensado la construcción de archivos digitales dentro de la antropología. Siguiendo lo propuesto por Zeitlyn (2021), los archivos en general presentan una doble cara, ya que pueden ser concebidos como dispositivos de control hegemónico de la población —en un sentido foucaultiano—, o bien pueden ser interpretados subversivamente. Los archivos pueden dar voz a colectivos subalternos o a relatos contrahegemónicos que están más allá del discurso oficial. A la vez, estos archivos, en papel o digitales, pueden facilitar el acceso a los resultados de una investigación, fabricando archivos muy distintos a los concebidos por los archivos tradicionales.

En esta misma dirección, pero esta vez enfocado propiamente en el trabajo etnográfico, Taylor (2003) utiliza la idea de *subrogante* para comprender el trabajo etnográfico como *performance*. Con ello se refiere a que, para capturar el proceso activo de creación y recreación de la transmisión cultural, el trabajo etnográfico construye figuras subrogantes a partir de la creación de archivos, los que inscriben en un nuevo medio algunos aspectos observados y registrados en el trabajo de campo. Notas sobre papel, fotografías o video

son todas figuras subrogantes que reemplazan al referente original al inscribir sus manifestaciones dentro de un dispositivo dado, siendo estos el material con los que se organiza, sistematiza y produce un archivo determinado.

Actualmente, los medios digitales han incrementado significativamente diferentes tipos de materialidades al momento de producir archivos durante el trabajo de campo, así como también han complejizado la administración y organización de dichos archivos, sus posibilidades de interpretación, usos creativos e involucramiento de las comunidades.

En esta dirección, los archivos digitales pueden ir más allá de ser concebidos únicamente como sistemas para acopiar información, dando paso a la fabricación de mundos virtuales donde éstos se desplieguen creativamente, con el fin de articular discursos contrahegemónicos de alcance público y en diálogo con diversas audiencias.

CONCLUSIONES

El proyecto Cartografías de la Crisis buscó contribuir a la investigación en contextos y tiempos extraordinarios mediante la construcción de mundos virtuales a partir del trabajo de campo bajo la forma de archivo digital colaborativo, el que fue desplegado mediante una cartografía web. Al desplazar el foco desde el estudio de lo digital hacia un proceso de investigación-creación a través de lo digital, se propuso una observación multisituada y multimedial, cuyos registros permitieron el ensamblaje entre humanos y objetos tecnológicos con el fin de visualizar fenómenos contingentes y en curso de formas que no habían sido realizadas con anterioridad. De este modo, se buscó ofrecer un aporte práctico a la comprensión de dichos fenómenos, mientras se indagaba metodológicamente en la expansión de herramientas, formatos y construcción de resultados para el trabajo antropológico.

El desarrollo de una cartografía digital para procesar un conjunto de archivos digitales subrogantes y multisituados está en el centro de esta iniciativa de investigación-creación. Esto permitió explorar y retematizar los vínculos entre el trabajo de campo y su relación con lo digital a través de la creación de un mundo virtual específico, el que fue descrito como un artefacto plástico-sensorial mediado digitalmente.

De esta manera, la aproximación desde la antropología hacia lo digital fue establecida en términos de comprender a este último no tanto como un campo de estudios sobre interacciones sociales y objetos tecnológicos, sino como un medio para llevar a cabo un proceso de investigación que aconteció fuera de lo digital, pero en diálogo con él.

La investigación-creación a través de lo digital busca comprender este mundo como una plataforma donde se fabrican e inscriben artefactos plástico-sensoriales que, a su vez, son resultado de un proceso de investigación que no necesariamente acontece por completo dentro de lo digital, sino que se sujeta a éste con el fin de ampliar sus posibilidades de realización y publicación.

Bajo esta perspectiva, el trabajo de campo puede dirigirse hacia la creación de mundos virtuales como resultado (y proceso) de sus iniciativas de investigación. Para ello, la data recolectada puede dar paso a la construcción de un espacio o dispositivo en la red, los que pueden funcionar inicialmente como repositorios de datos, entendiéndose como archivos que organizan, procesan y visualizan la información. En una segunda fase, puede proponerse la creación de unidades más complejas y de alcance colaborativo, en el cual diversos participantes contribuyan a la creación de un espacio común mediado digitalmente, con el fin de desarrollar investigaciones multisituadas y sincrónicas.

Complementariamente, y desde un punto de vista interdisciplinario, la creación de estos mundos virtuales a partir de una investigación de campo puede convocar la participación de profesionales provenientes de otras disciplinas, como el diseño gráfico, la programación o la geografía, integrando saberes distintos en torno a preguntas comunes. Si bien esto puede aparejar algunas dificultades, tiene el potencial de elaborar mundos virtuales cada vez más complejos e indagar en el uso de recursos provenientes de otras disciplinas para expandir las capacidades metodológicas y expresivas de un proceso de investigación-creación desarrollado desde el trabajo antropológico.

REFERENCIAS

- Becker, Howard (2007). *Telling About Society*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Beltrán-Luengas, Elsa María, y Alejandro Villaneda Vázquez (2020). “La investigación-creación como producción de nuevo conocimiento: perspectivas, debates y definiciones” [en línea]. *Index* (10): 248-267. Disponible en <<https://doi.org/10.26807/cav.vi10.339>>.
- Chapman, Owen B., y Kim Sawchuk (2012). “Research-Creation: Interventions, Analysis and ‘Family Resemblances’” [en línea]. *Canadian Journal of Communication* 37 (1): 5-26. Disponible en <<https://doi.org/10.22230/cjc.2012v37n1a2489>>.
- Coccia, Emanuel (2011). *La vida sensible de las imágenes*. Buenos Aires: Editoriales Marea.
- Contreras, María José (2013). “La práctica como investigación: nuevas metodologías para la academia latinoamericana” [en línea]. *Poesis* 14 (21-22): 71-86. Disponible en <<https://doi.org/10.22409/poesis.1421-22.71-86>>.
- Gell, Alfred (1998). *Art y Agency. An anthropological Theory*. Oxford: Clarendon Press.
- Howes, David (2014). “El creciente campo de los estudios sensoriales” [en línea]. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 6 (15): 10-26. Disponible en <www.redalyc.org/articulo.oa?id=273231878002>.
- Latour, Bruno, y Steve Woolgar (2013). *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts*. Princeton: Princeton University Press.
- Marres, Norja; Michael Guggenheim y Alex Wilkie (editores) (2018). *Inventing the Social*. Manchester: Mattering Press.
- Miller, Daniel, y Heather A. Horst (2012). “The digital and the human: A prospectus for digital anthropology”. En *Digital Anthropology*, editado por Heather Horst y Daniel Miller, 3-38. Nueva York: Berg.
- Pink, Sarah (2006). *The Future of Visual Anthropology*. Londres: Routledge.
- Rosengarten, Marsha (2018). “The Sociality of Infectious Diseases”. En *Inventing the Social*, editado por Norja Marres, Michael Guggenheim y Alex Wilkie, 234-253. Manchester: Mattering Press.
- Palma, Felipe (2022). “La investigación-creación desde la antropología” [en línea]. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* (47): 119-140. Disponible en <<https://www.cartografiadelascrisis.com/>>.
- Taylor, David (2003). *The Archive and the Repertoire: Performing Cultural Memory in the Americas*. Durham, London: Duke University Press.
- Zeitlyn, David (2012). “Anthropology in and of the Archives: Possible Futures and contingent Pasts. Archives as Anthropological Surrogates”. *Annual Review of Anthropology* 41: 416-480.

4

Datos y sociedad: de la vida digital a la investigación social

Gabriela Elisa Sued

INVESTIGAR CON DATOS

En marzo de 2020, en plena cuarentena por una pandemia de la que no sabíamos aún su duración ni consecuencias, una colega y amiga me llamó para preguntarme si estaba estudiando lo que sucedía. Entonces advertí que la técnica de investigación social que venía usando desde hacía ya unos años, es decir, los métodos computacionales de análisis de datos, eran sumamente apropiados para, por un lado, recolectar cantidades de información necesaria para una investigación sistemática sin tener que desplazarse y, por otro lado, y tal vez más importante, para poder observar en tiempo real qué sucedía en el mundo, cómo se construían significados sobre una enfermedad que desconocíamos y cómo se estaban configurando esos tiempos y contextos tan extraordinarios que alteraban todos los órdenes de nuestra vida. Durante la cuarentena, primero comencé a estudiar las percepciones sobre la pandemia por Covid-19 con datos extraídos de la red social Twitter, y después estudié los alcances de la desinformación acerca de las vacunas contra el nuevo virus con datos recolectados de la plataforma YouTube. A finales de 2020 había completado tres estudios académicos sobre la pandemia sin haber salido de casa.

Lo que hizo posible esa investigación contemporánea y urgente fue la mediatización digital de las prácticas culturales y comunicativas de la vida

pública y privada, generalizada a través del uso de computadoras, teléfonos y redes sociales. El periódico que leemos por la mañana; la banca con la que nos conectamos para organizar nuestras finanzas; la tarjeta con la que tomamos el transporte público; las plataformas educativas en las que muchas veces debemos interactuar como alumnos, profesores o padres; y la aplicación que usamos para llegar a nuestros destinos sin grandes retrasos ni contratiempos, son digitales.

La materialidad digital otorga a todos estos quehaceres una característica particular: cada práctica deja una huella en un soporte digital que se encuentra muy alejado físicamente del mundo que nos rodea. Nuestro camino individual del trabajo a la casa tal vez tenga poca importancia en términos sociales o como objeto de indagación, pero si agregamos las rutinas de viaje de todos los habitantes de nuestra delegación tal vez podamos decir algo acerca de qué rutas y con qué medios de transporte se viaja en nuestra ciudad. Prácticamente, por cada acción que ejercemos mediada por la tecnología digital generamos un tipo de información llamada “dato”, la cual puede ser almacenada en formato electrónico, para luego ser localizada y recuperada con fines específicos. Si juntamos datos digitales a partir de un aspecto en común, podremos saber algo acerca de la vida en las sociedades actuales y de los modos en que se construyen las expresiones culturales contemporáneas.

Los datos nos facilitan el acceso a información disponible que se puede utilizar de múltiples modos: para producir nuevo conocimiento sobre prácticas y expresiones de la vida social contemporánea, para la toma de decisiones en las áreas gubernamentales, para el control de esas decisiones por parte de la sociedad civil y también para comprender los funcionamientos de las infraestructuras tecnológicas con las que convivimos diariamente. Incorporar el análisis de datos digitales a la investigación social supone toda una transformación en las prácticas de la investigación: requiere de estrategias, procedimientos y conocimientos diferentes a los tradicionales métodos cualitativos o cuantitativos de las ciencias sociales.

Este capítulo busca introducir al análisis de datos en las ciencias sociales a las personas interesadas en incorporar información digital en sus investigaciones, conocer en qué consiste y reflexionar en torno a su importancia. Abordaremos tres aspectos principales. Primero, en la definición, caracte-

rización y categorización de los datos digitales. Luego, nos detendremos en el carácter de verdad de estos datos, analizaremos sus alcances y presentaremos algunas perspectivas acerca del análisis de datos desarrolladas desde las ciencias sociales. Finalmente, daremos un panorama de los métodos y técnicas digitales que facilitará una mayor profundización sobre el tema.

¿QUÉ ES UN DATO?

Un dato consta de varios elementos y contiene la potencialidad de establecer múltiples relaciones. Asimismo, contiene información sobre un hecho externo y sobre sí mismo.

Los elementos que brindan información sobre sí mismos se llaman metadatos. Por ejemplo, el primer tuit de la historia fue el de Jack Dorsey, el fundador de Twitter, quien a las 14:50 horas del 21 de marzo de 2016 escribió simplemente: *“just setting up my twittr”*. Esta frase, de poco más de veinte caracteres, dio lugar a más de noventa metadatos. Algunos de ellos indican: quién es el autor, cuándo se emitió, a qué hora, su identificador URL (Localizador de Recursos Uniforme), cuántas reacciones de los usuarios obtuvo —en el caso del tuit de @jack, a la fecha, cuenta con más de ciento veintidós mil retuits y ciento ochenta mil “me gusta”—, cuántos usuarios le respondieron y cuáles fueron sus respuestas. En el análisis de datos, los metadatos pueden darnos cuantiosa información sobre el contexto en que se generan, sólo si los sabemos agrupar y leer (*viñeta didáctica 1*).

El verdadero valor de los datos no reside en su carácter individual, sino en su posibilidad de agruparse y contraer relaciones entre sí. Por eso, las bases de datos son aún más importantes que los datos, pues es donde éstos se almacenan y organizan, y a partir de las cuales podemos analizarlos. Toda base de datos se organiza de modo similar a una matriz contenida en una planilla de cálculo: en filas y columnas. A las filas las denominamos observaciones y a las columnas, variables. Cada fila contiene un dato y cada columna un metadato.

Los datos digitales no son nuevos, estuvieron presentes desde los inicios de la computación, en los años sesenta. Pero su notable expansión sí es contemporánea, pues se da con el surgimiento de las tecnologías digitales que

Según el sitio Internet Live Stats (s/f), cada día se publican alrededor de quinientos millones de tuits, se comparten cerca de cuarenta y cinco millones de fotografías en Instagram y unos setenta millones de entradas en Tumblr. Un informe de la Secretaría de Seguridad del Gobierno de México detalla que entre enero y junio de 2022 se recibieron alrededor de siete millones seiscientas mil llamadas al número de emergencias (911), de las cuales el sesenta por ciento corresponden al área de seguridad (Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, 2022). En cambio, es difícil conocer con exactitud cuántos feminicidios se cometen diariamente en México, ya que el modo de contarlos varía de estado en estado. Sin embargo, la geofísica María Salguero creó un mapa interactivo basado en reportes de prensa que presenta el registro de los feminicidios ocurridos en el país entre 2016 y 2021 (Salguero, 2021). Aunque procedentes de diferentes fuentes, todos estos son ejemplos de datos. Entenderemos por dato cualquier registro digital de información almacenada que puede recuperarse, agruparse con otros similares, y adquirir sentido en alguna situación o contexto particular.

actúan de modo sistémico y permiten la recolección y el registro masivo de datos, como teléfonos móviles, computadoras, sitios web, plataformas sociales, tecnologías de geolocalización, sensores, asistentes de voz, microchips, videocámaras, objetos conectados a Internet, entre otros (Marres, 2017).

TIPOS DE DATOS

Existen varios tipos y categorizaciones para los datos digitales. Es necesario conocerlas para saber cómo acceder a ellos y cómo procesarlos, ya que cada clase de datos requiere de diferentes modos de acceso y de diversas técnicas de procesamiento.

Una primera categorización de datos se relaciona con su fuente primaria. En este sentido, distinguiremos entre los datos sociales, los abiertos, los contruidos por la sociedad civil y los digitalizados. Los datos sociales son los que se producen a partir de interacciones y acciones sociales mediadas por tecnología en el ámbito digital, y que se pueden recopilar y analizar para modelar las interacciones sociales y conductas (Olshannikova *et al.*, 2017). Una característica fundamental de los datos sociales es que son almacenados y controlados por las compañías propietarias de las plataformas donde se producen, por lo que el acceso a las bases de datos que los contienen se encuentra sometido a los términos y condiciones de las empresas. Por ejemplo, Facebook no permite el acceso de investigadores a sus bases de datos, pero YouTube y Twitter son más accesibles, siempre teniendo en cuenta los alcances y las limitaciones que abordaremos más adelante.

En cambio, los datos son abiertos si cualquiera puede usarlos, reusarlos y distribuirlos libremente, bajo la única condición de citar la fuente (Kitchin, 2014). Los gobiernos, la investigación académica y la sociedad civil son actores principales en la generación de datos abiertos (Davies *et al.*, 2019). El movimiento hacia su apertura es un campo de estudio en sí mismo que excede las posibilidades de este capítulo, pero es necesario hacer notar la estrecha relación que existe entre la apertura de los datos de gobierno, ciencia y sociedad civil y las agendas políticas de estos actores. En suma, que existan o no datos abiertos acerca de un tópico determinado, o qué datos se abren públicamente o no, constituyen decisiones políticas. Por lo general, los datos abier-

tos se ponen a disposición de la ciudadanía en bases de datos almacenadas y resguardadas en portales gubernamentales y repositorios científicos. Deben cumplir ciertos requisitos de accesibilidad, transparencia y no discriminación (Durán, 2019).

A pesar de la proliferación de datos sociales y abiertos, existen vacíos de datos sobre ciertos temas. Muchas veces, cuando no existen datos recopilados y sistematizados por el gobierno u otras instituciones, la sociedad civil procura llenar ese vacío con bases de datos trabajosamente construidas. Este es el caso del antes mencionado Mapa de Feminicidios en México, y también de la Base Preliminar de Personas Desaparecidas en México, creada por la asociación Data Cívica a partir del análisis, cruce e integración de cinco bases de datos precedentes en las que se dispersaba la información disponible (Data Cívica, 2019).

Por último, mencionaremos a los datos digitalizados. Son los que, nacidos en un entorno analógico, se introducen al medio digital mediante técnicas de escaneo. La digitalización de imágenes, obras plásticas y textos escritos ha permitido generar nuevos modos de leer e interpretar obras, tarea central de las llamadas humanidades digitales.

La segunda categorización se basa en la posibilidad de estructurar los datos en modelos y bases de datos. Se dividen en estructurados, semiestructurados y no estructurados (Kitchin, 2014). Los datos estructurados son los que pueden ser fácilmente organizados, almacenados y transferidos a un archivo relacional o a una base de datos organizada en filas y columnas, con un formato consistente y legible por programas informáticos. Los datos abiertos gubernamentales, por ejemplo, deben presentarse como datos estructurados, organizados en filas y columnas. Los datos semiestructurados, en cambio, poseen una estructura limitada, dada por etiquetas semánticas que los codifican y permiten su búsqueda y recuperación, por ejemplo, en una interfaz de correo electrónico o en un buscador de Internet, pero no su almacenamiento en una base de datos. Los datos no estructurados, por último, no tienen un modelo de datos o una estructura claramente identificable. Esto sucede a menudo con los textos narrativos o las fotografías digitalizadas. Gran parte del trabajo de los métodos de análisis de datos, a los que nos dedicaremos

más adelante, consiste en convertir datos semiestructurados o no estructurados en datos estructurados.

La tercera categorización se centra en la materialidad de los datos. Existen múltiples tipos de datos. Los más habituales son los numéricos, textuales, visuales, audiovisuales y de geolocalización. Mientras que los datos numéricos pueden tratarse con métodos cuantitativos y estadísticos; los textos, imágenes y videos suelen tratarse con métodos cualitativos; y los de geolocalización, que indican localizaciones en términos de coordenadas de latitud y longitud, suelen representarse como mapas. Ahora bien, como se explicaba más arriba, las técnicas informáticas posibilitan la conversión de datos cualitativos y semi estructurados en datos cuantitativos y estructurados.

La cuarta y última distinción se basa en la cantidad de los datos. Es muy frecuente escuchar la expresión *big data* cuando se habla de datos digitales. Como veremos más adelante, *big data* no sólo es un atributo que refiere a la cantidad de datos, sino que es un concepto amplio que alude a un ciclo completo de recolección, procesamiento, análisis y reutilización de datos. Lo definiremos como vastas cantidades de datos digitales dinámicos que son agregados, compartidos y distribuidos a través de redes de información; y analizados por una nueva generación de análisis de datos, diseñada para manejar la abundancia de datos en oposición a su escasez (Kitchin, 2014). ¿Qué tan grande o pequeño puede ser un conjunto de datos? La consideración del tamaño de los datos es dinámica y varía según la evolución del equipo informático necesario para procesarlos. Los datos que hace diez años no podrían ser procesados en una computadora de escritorio ahora sí podrían serlo en una computadora portátil actual. Por tanto, parece que no es el tamaño lo que define el *big data*, sino su capacidad de tratarlos de modo flexible en combinaciones y reordenamientos que agregan significado a la información que contienen.

Para poder tornar operativa una comprensión de los datos basada en su materialidad y no en su cantidad, Rogers (2019) formula el concepto de *small data*. Éste considera un conjunto de datos que se encuentra al alcance de los investigadores sociales sin requerir equipamiento fuera de lo común para analizarlo con métodos digitales. Trabajar con *small data* implica el empleo de un conjunto de datos que el investigador social puede organizar por sus

Datos abiertos para investigar el robo de hidrocarburos

Una alumna de la maestría en el Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales (PCPYS, UNAM) realizó un ejercicio con datos abiertos para su tesis sobre el robo de hidrocarburos en Puebla. Para cumplir sus objetivos, primero, identificó fuentes de datos abiertos, lo que le ha llevado cierto tiempo, ya que éstos no se concentran en un único sitio. Cada dependencia estatal puede alojar datos abiertos en sus páginas. La alumna identificó varias dependencias nacionales: utilizó los datos provistos por el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, donde se ubica la información relacionada con los delitos que se enmarcan dentro de la Ley Federal para Prevenir y Sancionar los Delitos Cometidos en Materia de Hidrocarburos, así como el sistema de información de Pemex, donde se encuentra la información sobre el número de tomas clandestinas y los Informes de Seguridad del Gobierno Federal, mensuales y diarios, en los que se reporta, entre otros aspectos, el volumen de litros de combustible desviados por el mercado ilegal. Así pudo obtener datos fundamentales para su investigación, como la cantidad de combustible que se desvía en Puebla y la cantidad de bocas clandestinas existentes por año.

Además, la estudiante identificó fuentes de información de la entidad que le permitieran relacionar el robo de hidrocarburos con variables socioeconómicas características de la región. Para ello localizó un indicador denominado “índice de marginación” que elabora el Consejo Nacional de Población cada cinco años. También utilizó el índice de pobreza elaborado por el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social. Aunque no se puede establecer una causalidad entre robo de combustibles y pobreza, porque el fenómeno abarca una gran cantidad de actores, sí pudo verificar la correlación entre el aumento de la pobreza y marginalidad y al aumento en el robo de combustible.

propios medios, pero aplicando técnicas de procesamiento afines a las empleadas en los estudios de *big data*.

Frente al avance de los datos masivos en las ciencias sociales, se generaron algunas respuestas por parte de los investigadores que rescatan el valor de pocos datos cualitativamente relevantes opuestos a grandes cantidades de datos de relevancia heterogénea. Investigadores provenientes de la etnografía digital acuñaron el concepto de *thick data*, o datos densos (Bornakke y Due, 2018). Basada en el concepto etnográfico de descripción densa (Geertz, 1992 [1973]), la propuesta se basa en la triangulación o combinación entre métodos basados en datos y métodos cualitativos, como observaciones participantes, entrevistas y diarios de notas. A las dimensiones de los datos masivos, los datos densos agregan dos elementos fundamentales para la etnografía: datos basados en detalles e importancia del contexto para formular interpretaciones sobre datos. No busca repetir o confirmar lo que emerge del análisis de datos, sino enfocar hacia aquello que es difícil de cuantificar: emociones, narrativas y modelos del mundo. Dado que en el contexto latinoamericano las etnografías han sido metodologías importantes, los datos densos son una propuesta viable, ya que no sólo pone el acento en los objetos, sino también en los sujetos, y combina aproximaciones etnográficas con análisis de datos (viñeta didáctica 2).

LOS DATOS COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL BIG DATA A LA DATIFICACIÓN CRÍTICA

Desde hace poco más de una década existe una gran confianza en el poder de los datos en todos los sectores de la sociedad. La economía digital afirma que las transacciones basadas en datos dejan grandes márgenes de ganancias. El mercadeo garantiza que la granularidad y el detalle de los datos masivos aplicados a los datos generados por los consumidores creará experiencias de compra personalizadas y precisas que incrementarán las ventas de las empresas. En la investigación científica también existe la convicción de que grandes cantidades de datos es mejor que pequeñas cantidades (Manovich, 2012). Así, *el big data* ha intentado legitimarse como método válido no por las preguntas que intenta responder, sino por la escala de sus datos

y la sofisticación de sus herramientas, visión ideologizada de los datos a la que se ha denominado “dataísmo” (van Dijck, 2014). Pero ¿esto es realmente así? Como afirman boyd y Crawford, el *big data* construye la creencia ampliamente difundida de que grandes conjuntos de datos ofrecerán una forma más alta de inteligencia y conocimiento que puedan generar hallazgos que anteriormente eran imposibles de obtener, con el aura de la verdad, la objetividad y la precisión” (boyd y Crawford, 2012: 663).

Sin embargo, grandes datos no significan mejores datos (boyd y Crawford, 2011). Es necesario entonces comprender por qué vale la pena enfrentar los desafíos de imaginación, metodología y manejos técnicos que implican los análisis de datos (Meneses-Rocha, 2018). Varios autores han reflexionado sobre los propósitos y las justificaciones epistemológicas y metodológicas para el uso de datos en la investigación social. Uno de los principales intereses sobre los datos radica en que, como se describió en el primer apartado, poseen una doble dimensión: a la vez que su materialidad es digital, compuesta por el registro de ceros y unos en un soporte magnético, su funcionalidad es cultural y social (Sued, 2021). En las plataformas sociales se producen datos y metadatos que expresan opiniones, gustos, tendencias y modos de vida. Los datos abiertos dan a conocer aspectos cuantificables de la gestión de gobierno, la ciudadanía y la ciencia. Los datos digitalizados actualizan expresiones culturales y los tornan accesibles por medio de soportes y herramientas digitales. Los datos contruidos por la sociedad civil intentan llenar vacíos sobre temas sociales relevantes. Como afirma Rogers (2019) acerca de los datos disponibles en la web, a través de ellos es posible estudiar cambios sociales y condiciones culturales (viñeta didáctica 3). Como afirma Marres (2017):

Hoy, sin embargo, lo digital toca la mayoría de los aspectos de la vida social. Ya no es especial y debe abordarse como parte de la mayoría, si no de todas, las áreas sustantivas de la sociología, desde la ciudadanía hasta la intimidad, desde las relaciones entre el Estado y la economía hasta el rol cambiante del trabajo en la sociedad, desde la experiencia del sujeto y la naturaleza, a la del género y la ciudad (Marres, 2017: 13 [traducción propia]).

Sin duda, estas intervenciones metodológicas requieren un razonamiento epistemológico acerca de los cambios que introducen los métodos computacionales a las ciencias sociales. Los datos, sobre todo los que se producen en las plataformas y redes sociales, dan oportunidad de estudiar fenómenos que se producen de forma contemporánea a la investigación. Característica útil para realizar investigación en tiempos y contextos extraordinarios.

Por ejemplo, los datos producidos en redes sociales permitieron acceder con gran detalle a las expresiones públicas, sentimientos y percepciones en pleno transcurso de la pandemia por Covid-19 (Cebal y Sued, 2021). Los autores recolectaron 231,375 tuits en español durante dos meses, a los que se aplicaron dos técnicas de análisis computacional del lenguaje: medición de frecuencia de palabras y análisis de sentimientos. Identificaron una narrativa de alarma a partir de la alta frecuencia de términos como casos, muertos y pandemia. Por el contrario, términos referidos a paliativos y medidas de salud, como cuarentena, salud, casa, médicos y medidas, tuvieron menor interés, tanto en frecuencia como en retuits. Vinculado a los estudios de comunicación y salud, este diagnóstico puede aprovecharse para insistir en la importancia de la presencia de líderes de opinión, instituciones de salud y autoridades en las redes sociales para difundir mensajes asociados con cuidados y prevención. Las técnicas digitales permitieron el acercamiento al fenómeno prácticamente en el mismo momento en que estaba ocurriendo.

Otros sociólogos se detienen en el carácter transaccional de los datos. Edwards *et al.* (2013) argumentan que lo realmente distintivo de la experiencia digital es que, mientras la sociología empírica debe construir instrumentos artificiales, encuestas, entrevistas, grupos de enfoque y observaciones, los datos digitales ocurren naturalmente y pueden estudiarse en un tiempo real o aproximadamente real.

Una perspectiva muy interesante y provechosa, desarrollada en México, sobre las relaciones entre datos e investigación social es la datificación crítica (Ábrego Molina y Flores Mérida, 2021). Los autores proponen reorientar los datos producidos en redes sociales para crear narrativas divergentes que visibilicen inequidades sociales y exclusiones. A pesar de que los datos generados en redes socio-digitales son reutilizados por gobiernos y empresas para fines de segmentación de públicos y vigilancia, pueden ser aprovechados por la investigación para visibilizar problemas sociales y contribuir a su instalación en las agendas mediáticas y gubernamentales.

Además, los medios digitales se han convertido en espacios clave para el activismo, en la medida que abrieron oportunidades de expresión, organización y participación en la esfera pública digital (véase el tercer capítulo de este libro). En los años recientes se ha comenzado a trabajar sobre el activismo de datos; es decir, formas de participar y actuar, a través de *software* y datos, para solucionar problemáticas prácticas, resistir y orientarse a la justicia de datos (Milan y Treré, 2019). Milan (2017) encuentra que, a pesar de que la actividad central de las plataformas sociales es la apropiación de los datos digitales para convertirlos en objetos de transacciones comerciales, las actividades de los usuarios en términos de publicaciones, métricas y distribución de información puede beneficiar a los activistas a producir agencia, construir identidades y visibilizar narrativas y luchas.

De las perspectivas críticas sobre datos, tal vez sea el feminismo de datos el que cuestiona al *big data* como ideología. El feminismo de datos se define como “una manera de pensar sobre los datos, sus usos y sus límites, apoyada en la experiencia, el compromiso a la acción y el pensamiento feminista interseccional” (D’Ignazio y Klein, 2020: 8). Para el feminismo de datos, éstos se producen, se consumen y se distribuyen en la sociedad sin equidad. De esta manera, dicha corriente busca reconocer sistemas de poder y estructuras de

dominación que reproducen inequidades embebidas en las prácticas de recolección, comunicación, análisis y presentación de datos (viñeta didáctica 4).

Estas posturas demuestran que los datos pueden ser aprovechados para la investigación social, pero sin caer en las justificaciones ideológicas del “dataísmo”: no es porque sean más válidos que otros métodos y técnicas ni por su cantidad ni por sus herramientas ni por su actualidad, es porque pueden ser orientados al conocimiento de los aspectos de la vida social que transcurren en el entorno digital y contribuyen a develar las problemáticas sociales expresadas en ellos. Por otra parte, los datos no son objetos libres de contexto ni de interpretación. El hecho de que dispongamos de datos no nos exenta de la importancia de tener buenas preguntas de investigación, un conocimiento sólido sobre el tema y del contexto en el que se producen, así como buenas interpretaciones vinculadas con el conocimiento preexistente acerca del tema estudiado para darles sentido y convertirlos en conocimiento.

Las perspectivas críticas sobre los datos nos alejan del “dataísmo”, pero no nos eximen de pensar cómo relacionar los datos con la sociedad en su interpretación. Aunque una base de datos de cientos de miles o de millones de registros es de un tamaño importante, nunca representará la visión de una sociedad entera. Las tendencias en las redes sociales dejan afuera a millones de personas que no producen contenidos en ellas. Pero eso no descalifica a los datos sociales como fuente para la investigación, sino que nos obliga a pensar cómo interpretarlos y qué vínculos construyen con la sociedad.

En su *Tratado de Semiótica General*, Umberto Eco (1995) decía que el mismo lenguaje que se usa para decir la verdad también se usa para mentir. De los datos podríamos decir lo mismo: buena parte de los datos masivos son reutilizados por grandes empresas en acciones que muchos especialistas consideran una invasión a nuestra privacidad. Sin embargo, usados con un criterio ético y crítico, esos mismos datos pueden decir mucho sobre las prácticas sociales y culturales. Sin embargo, como investigadores debemos diferenciar nuestras prácticas de las de las grandes empresas. Las prácticas éticas en el análisis de datos implican cuidar de la privacidad de los sujetos involucrados en su producción, en caso de haberlos (Franzke *et al.*, 2020), y comprometerse a usar datos para develar problemas sociales, pero no para vigilar ni para hacer juicios éticos o estéticos. Visibilizar realidades sociales,

A pesar de que las plataformas sociales están repletas de imágenes, la cultura visual no ha sido un objeto central para los estudios digitales, especialmente en lo que se refiere a experimentar y difundir metodologías relacionadas con el estudio de temáticas y estilos vinculados a plataformas (Highfield y Leaver, 2016). Aunque algunos temas han sido y siguen siendo estudiados en profundidad, por ejemplo, las *selfies* como dispositivo de construcción de identidad, los memes como expresiones colectivas de humor y protesta política, y los *hashtags* de Instagram para los estudios de la vida, la muerte y el duelo en línea, es poco lo que se sabe acerca de la temática y la estética de los contenidos por plataforma.

Por eso resulta interesante el artículo “Visualidad de archivo: construcción y análisis etnográfico del archivo visual en Instagram con las protestas #NoNosCuidanNosviolan y #NoMeCuidanMeViolan”; en él, Elisa Niño Vázquez (2022) se aproxima a la protesta feminista latinoamericana con datos recolectados de Instagram. El artículo presenta el testimonio del proceso de formación de su base de datos y de sus desafíos de procesamiento ante una gran cantidad de imágenes agrupadas en un *hashtag*, pero de materialidad diversa, formada por fotografías, carteles, dibujos y texto. El trabajo de la autora, doctorante del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales (PCPYS, UNAM), no sólo explora visualidades, sino que construye las propias. La experiencia de trabajar con datos masivos y presentarlos en visualizaciones transforma la investigación en una experiencia innovadora y estética, como Niño Vázquez demuestra en su trabajo.



identificar injusticias en la circulación de datos y comprender su rol en las transformaciones sociales resultan mejores propósitos para integrar el análisis de datos a la investigación social.

MÉTODOS COMPUTACIONALES

Desde hace más de una década, desde 2005 para ser precisos, han surgido aproximaciones teórico-metodológicas que abordan los datos como objetos de materialidad digital, pero con usos sociales y culturales. Los métodos digitales (Rogers, 2019), la analítica cultural (Manovich, 2020), la sociología digital (Marres, 2017), y las humanidades digitales (Svensson, 2012) son las principales corrientes que se ubican en la intersección entre los estudios de la cultura, los medios y las ciencias informáticas. Todas ellas utilizan intensivamente datos, técnicas y herramientas digitales para llevar a cabo la investigación social, y comparten su condición interdisciplinar entre la informática y las ciencias sociales y humanidades.

Para trabajar con datos es necesario incorporar un conjunto de procedimientos y lenguajes diferentes a los de las ciencias sociales tradicionales. El de los datos es un lenguaje nuevo al que, por cierto, le falta mucho desarrollo, y que además incorpora elementos procedentes de la informática y de las ciencias de la computación. No hace falta saber programar, pero sí ser un usuario avanzado; es decir, una persona que se lleve bien con los programas informáticos y que sea lo suficientemente inquieta y curiosa como para investigarlos y saber explotarlos de forma constante para profundizar en ellos.

Al comenzar a analizar los métodos computacionales, conviene distinguir entre métodos, técnicas y herramientas. Los métodos operan en un nivel de abstracción que incluye tanto planes de acción para la producción del conocimiento como supuestos epistemológicos sobre sus objetos de estudio y procedimientos técnicos. Las técnicas, en cambio, pertenecen a un nivel de mayor concreción, ya que permiten materializar los aspectos empíricos de las investigaciones. Consideraremos técnicas digitales a los modos de hacer que incluyen herramientas digitales o *software* para el estudio de objetos digitales (Sued, 2020a). Siguiendo a Rogers (2019), excluimos del conjunto de técnicas digitales a todos aquellos instrumentos no nativos del medio digital que

en ocasiones son exportados a ellos, como las encuestas digitales, las entrevistas a distancia o las etnografías en red, técnicas también útiles de las que se encuentran buenos ejemplos en este libro, pero que conllevan procedimientos diferentes.

Las herramientas son programas desarrollados por una persona o un conjunto de éstas; se encuentran disponibles de forma pública o privada, dependientes de su contexto de uso o aplicación. Además, las técnicas pueden ser más estables que las herramientas. Una herramienta puede desaparecer, pero otras pueden sustituirla. Generalmente, existe más de una herramienta para una técnica. La selección de la más adecuada deberá responder a un conjunto de parámetros entre los que se encuentran el ámbito de su desarrollo, el tipo de licenciamiento, la complejidad de su interfaz, entre otros (Sued, 2020a).

La variedad de fuentes, organización y materialidad de los datos requiere de varias herramientas para su recolección, procesamiento y presentación. Estas son justamente las tres etapas en las que se suele dividir el análisis de datos, lo que no difiere demasiado de otros métodos de investigación social. Existen incluso algunas herramientas que realizan los tres pasos.

Recolección

El proceso de recolección de datos se relaciona directamente con su fuente primaria. Si los datos son abiertos, como es el caso de las estadísticas oficiales, no habrá inconveniente en guardar la base de datos en la que se almacenan en nuestra computadora. En el caso de datos digitalizados o digitales, no estructurados o semiestructurados, por ejemplo, discursos políticos y notas periodísticas, podremos construir nuestra propia base de datos aplicando algunos procesos automáticos de estructuración que los hagan legibles a las herramientas digitales que los procesarán (*viñeta didáctica 5*).

La recolección de datos sociales se suele efectuar de tres modos: un científico de datos experimentado puede realizar consultas directas a la base de datos de las plataformas a través de sus API (Interfaz de Programación de Aplicaciones), la interfaz a través de la cual se puede acceder a sus bases de datos. Otra opción de entrada a los datos es a través revendedores autorizados por las plataformas. Pero la opción más interesante para la investigación

Párrafo aparte merece el tratamiento de los datos que provienen de las redes y plataformas sociales, ya que existen diferentes métodos de obtención según la plataforma, sus posibilidades y restricciones de acceso. Por ejemplo, plataformas como Facebook sólo permiten la recolección de datos de páginas públicas, pero no de perfiles individuales o de grupos. Twitter permite un acceso limitado en cuanto a la cantidad y al tiempo de publicación de sus tuits, que pueden ser hasta ocho días anteriores a la recolección, salvo excepciones de acceso a investigadores académicos experimentados y desarrolladores de aplicaciones. Instagram permite el acceso sólo a metadatos, limitado en cantidades, mediante proveedores autorizados a distribuir datos o revenderlos, al igual que TikTok. Lo mismo sucede con YouTube, aunque esta plataforma tiene menos restricciones para el acceso a metadatos históricos.



académica es la de los métodos de interfaz (Marres y Gerlitz, 2016), que reorientan herramientas digitales desarrolladas por diversos sectores, el *marketing* digital, la ciencia de datos y también la academia, para simplificar los procesos de recolección automática de datos. Los métodos de interfaz funcionan como cajas negras: introducimos cierta información de entrada, por ejemplo, una palabra clave de búsqueda, y a cambio podemos obtener una base de datos relativamente grande. Sin embargo, no sabemos cuáles son los criterios con los cuales se seleccionaron los datos que se nos entregan, porque el proceso está a cargo de algoritmos de los que desconocemos su funcionamiento en general. Por eso, el uso de métodos de interfaz implica que los investigadores deleguemos nuestra confianza en los desarrolladores de las herramientas. Afortunadamente, varias universidades han aportado directa o indirectamente desarrollos de herramientas para la recolección de datos. Algunos de estos desarrollos se han convertido en pequeños emprendimientos y otros permanecen en la esfera académica.

Procesamiento

Así como la recolección se relaciona con la fuente de procedencia de los datos, el procesamiento se vincula a su materialidad. No resulta equivalente procesar números, textos o imágenes, pero sí debemos considerar que gran parte de los datos, sobre todo los datos sociales, son objetos semióticamente complejos, formados tanto por textos como por imágenes, datos estadísticos y geolocalizaciones. Por lo tanto, es importante conocer diferentes técnicas para poder procesarlos según el tipo de datos de que se trate.

Las técnicas de procesamiento organizan los datos de tal forma que podamos extraer sentido de ellos. Dicha organización se orienta a identificar patrones, ciclos y regularidades susceptibles de interpretar. La ciencia de datos denomina analítica a las técnicas utilizadas para ese fin (Gandomi y Haider, 2015). Otros autores del mismo campo prefieren el término “minería de datos” (Han *et al.*, 2011). Las dos incluyen el análisis de cualquier tipo de bases de datos, por ejemplo, gubernamentales, comerciales, empresariales, académicas, entre otras. Aunque no han sido originadas en el campo, estas denominaciones son adoptadas por la investigación social.

La analítica textual, o minería de textos, procesa automáticamente grandes cantidades de texto (Moreno y Redondo, 2016). Para realizar este proceso se emplean programas y algoritmos que realizan diversas operaciones que implican la transformación de información desestructurada y cualitativa a información estructurada y cuantitativa. Aunque no es el único, el procesamiento más habitual de la analítica textual es el análisis de frecuencia de palabras, que realiza un recuento de palabras en un texto o un conjunto de ellos, y brinda una orientación general de los tópicos recurrentes a través de las palabras más usadas.

Otros procesamientos de la analítica textual son el análisis de sentimientos, que otorga a las palabras una valencia de acuerdo con diccionarios previamente construidos, y el análisis de redes, que estudia vínculos entre palabras (viñeta didáctica 6).

La analítica visual se refiere al estudio de imágenes a gran escala con técnicas digitales (Niederer y Chabot, 2015). Un gran número de investigaciones han aplicado estas técnicas al estudio de las imágenes que se publican diariamente por millones de personas en plataformas sociales. Como en el caso de la analítica textual, los algoritmos de la analítica visual identifican patrones cromáticos de forma y también de contenido, mediante técnicas avanzadas, en grandes conjuntos de imágenes. Este es un campo todavía poco explorado en el análisis de datos.

La minería de datos y los métodos digitales son técnicas que hacen uso intensivo de los métodos cuantitativos y de los recuentos de información, ya que los patrones y regularidades se construyen con medidas. En el caso de los datos sociales, los metadatos numéricos se usan para medir la circulación y la visibilidad de una publicación. Los algoritmos de recomendación de las plataformas vuelven más visibles las publicaciones que tienen más likes, que han sido compartidas más veces y que tienen más comentarios. La lógica de los datos es en gran medida cuantitativa, aunque debe combinarse con la interpretación, la contextualización y, muchas veces, con la mirada cualitativa, ya que a partir de la organización general de un conjunto grande de datos podemos acercar la mirada a algún subconjunto de interés y analizarlo con mayor detalle y criterios cualitativos.

Una herramienta de interfaz para visualizar datos textuales

A veces es posible resolver varias operaciones con una sola herramienta. Por ejemplo, Voyant Tools (Sinclair y Rockwell, 2023) es un entorno de análisis automatizado de textos que funciona sobre la web. Podemos realizar muchas operaciones con ella. Primero, vuelve muy simple la conversión de datos no estructurados en datos estructurados. La primera acción que realiza la herramienta es la de convertir cada palabra en un dato cuantificable. Así, es capaz de identificar las palabras más o menos frecuentes de un corpus textual grande, como una novela, un conjunto de miles de tuits o un corpus periodístico. Por ejemplo, en la figura 1 presentamos dos nubes de palabras con datos recolectados de Twitter acerca de la pandemia por Covid-19 durante sus primeros meses. La nube de la izquierda representa los discursos de los gobiernos orientados a promover medidas de cuidado, mientras que la de la derecha hace lo propio con los medios orientados a informar los casos de contagio y de fallecimientos, relegando, a su vez, las medidas de cuidado (Sued y Cebal, 2020).

La herramienta es útil para examinar los contextos lingüísticos de las palabras que seleccionemos e identificar relaciones con otros textos. Voyant Tools ofrece varias posibilidades de visualización: la más común es la nube de frecuencia de palabras, pero también es posible visualizar redes de relaciones o diagramas de jerarquía. Este software libre fue desarrollado por investigadores de la Universidad de Alberta, Canadá, y es completamente pública y gratuita, y se encuentra disponible en <http://www.voyant-tools.org>.



Palabras usadas por funcionarios de gobierno



Palabras usadas por medios de comunicación

Visualización e interpretación

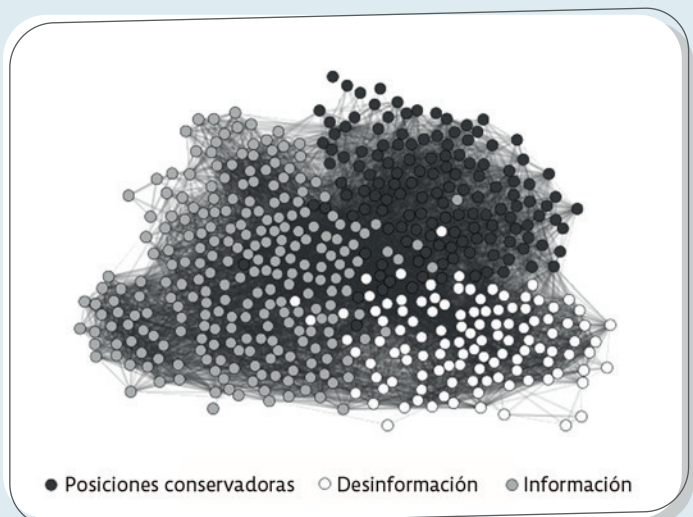
Es habitual que el resultado del procesamiento de datos sea un gráfico o una visualización. Para el analista de datos, gráficos y visualizaciones no son materiales secundarios o ilustrativos de su investigación. Por el contrario, operan en el orden de lo cognitivo, incluso apelando a estimular al cerebro del usuario mediante colores y formas para la identificación de elementos no evidentes y la producción de nuevas interpretaciones y conocimiento (Cairo, 2013). Si bien tienen puntos en común, gráficos y visualizaciones difieren entre sí. Mientras que los primeros constituyen representaciones gráficas de valores numéricos, las visualizaciones despliegan en el espacio gráfico diferentes objetos no estadísticos, como imágenes, textos y redes de relaciones (Manovich, 2011). Ambos son fundamentales en el análisis de datos porque son artefactos que nos permiten identificar patrones, regularidades y ciclos, y así poder interpretar los datos analizados. Además, son cada vez más usados para la diseminación de los resultados de investigación. Para las ciencias sociales, esta incorporación es innovadora porque logra comunicar estos hallazgos con un nuevo lenguaje, interesar a otros públicos no académicos en conocerlos y relacionarse con las formas contemporáneas de comunicación (Rose, 2016).

Existen muchos tipos de visualizaciones relacionadas, por un lado, con el tipo de dato representado y, por el otro, con su materialidad. Así, las nubes de palabras representan no sólo la frecuencia de una palabra según su tamaño, sino también su importancia relativa frente a otras, ya que las más frecuentes suelen ubicarse en el centro, y las menos, hacia la periferia. En los análisis de redes, los nodos más fuertes suelen verse más grandes y ocupar también el centro del espacio gráfico. Diferentes colores muestran agrupamientos entre elementos con características en común, como lo muestra la [figura 2](#) de la [viñeta 7](#). Los montajes fotográficos suelen ordenar conjuntos grandes de imágenes según sus atributos de color calculados mediante algoritmos. En conclusión, la disposición de los objetos en las visualizaciones es un elemento clave para su interpretación ([viñeta didáctica 7](#)).

Una vez realizada la identificación de regularidades, periodos, patrones y redes, surge la cuestión de si estos datos admiten una interpretación o si los

En nuestra investigación acerca de la desinformación en YouTube sobre las vacunas contra la Covid-19 (Sued, 2020b), usamos análisis de redes para identificar relaciones entre información y desinformación a través de las recomendaciones automáticas de la plataforma.

La figura 2 muestra tres clústeres o agrupaciones de videos: la primera contiene videos informativos; la segunda incluye a los desinformativos, los que cuestionan la validez de las vacunas e introducen diferentes teorías conspirativas sobre la Covid-19; y la tercera, que contienen videos con posiciones políticas conservadoras extremas. En medio de esos clústeres, hay unos pocos videos que contienen ambigüedades sobre la validez de las vacunas; funcionan como conectores entre los tres agrupamientos.



hallazgos que se logran luego del procesamiento son suficientes para poner punto final a la investigación. Existen posiciones más bien funcionalistas que se detienen en la identificación de patrones y regularidades, y otras que postulan inferencias e interpretaciones con base en los datos procesados e identificados. Es importante saber que los análisis de datos son exploraciones distantes: presentan información agregada como un gran conjunto del que emergen características generales. Sin embargo, también podemos cambiar la escala y acercarnos a conjuntos de datos más pequeños o específicos que permitan la profundización hacia análisis particulares, y combinar las exploraciones distantes con las miradas cercanas (Moretti, 2015). Para ello, es importante aprender a “ver” los resultados de gráficos y visualizaciones: el color recurrente, un agrupamiento más conectado en un análisis de red, un pico en un análisis estadístico, o la mención a una palabra frecuente pueden darnos orientaciones para profundizar en un conjunto de datos más pequeño con el que podremos realizar análisis específicos. Los datos no hablan por sí mismos, es necesario, como cualquier otro material de las ciencias sociales, ponerlos en diálogo con teorías, conocimientos preexistentes y quizás con datos recogidos mediante otro tipo de técnicas.

A MODO DE CIERRE

Este capítulo se propuso brindar una mirada introductoria a los métodos computacionales para el análisis de diferentes clases de datos. Dichos métodos ponen de relieve la naturaleza sociotécnica de la vida social y ofrecen posibilidades interesantes para investigar de un modo innovador a través de la introducción de nuevos materiales, procedimientos y temáticas a las ciencias sociales.

Cada tipo de dato, sean sociales, abiertos o digitalizados, presenta sus particularidades, pero todos introducen la posibilidad de formular nuevas preguntas a la investigación, sobre todo en el caso de los datos abiertos y sociales, que producen un giro hacia la comprensión de lo contemporáneo.

Por su alta disponibilidad, los datos son un insumo de bajo costo en términos tanto monetarios como de tiempo de recolección. Con las técnicas automatizadas podemos obtener grandes cantidades de datos en poco tiempo y

sin desplazarnos de nuestros lugares de trabajo. Como contrapartida, hemos de esforzarnos en conseguir buenos datos con procedimientos minuciosos de estructuración y limpieza de nuestras bases de datos.

Iniciamos este capítulo mencionando los tiempos y contextos extraordinarios de la pandemia de la Covid-19 y cómo los métodos centrados en datos nos proveyeron la oportunidad de estudiarlos prácticamente en tiempo real gracias a diversas trazas digitales, recolectadas, procesadas y visualizadas mediante métodos computacionales; los que nos permiten sistematizar y develar diferentes aspectos de la vida social contemporánea, una vida que se desarrolla entre diversas dinámicas complementarias y mediada en gran parte por las tecnologías digitales.

Por eso no resulta suficiente dominar las técnicas y herramientas. Resulta también importante concebir nuevas preguntas que puedan ser contestadas con ellas y posicionarse desde una perspectiva crítica para develar las relaciones de poder que se materializan en los datos. Las metodologías basadas en este tipo de datos nos permiten, asimismo, lograr evidencia empírica sólida y presentarla de manera visual y creativa. No debemos olvidar, sin embargo, que los datos materializan formas de vida y, en ese sentido, se requiere de una ética para tratarlos e interpretarlos. Es importante destacar que los datos no hablan por sí mismos, y que el hecho de recolectar y tratar grandes cantidades de datos sobre un tema no nos vuelve expertos en él. Como en cualquier otra metodología de investigación social, hace falta teorizar, contrastar y comparar para poder generar conocimiento con ellos.

La investigación con datos cuenta con aspectos atractivos y fascinantes. Uno de ellos es la emergencia de patrones visuales que confirman nuestras hipótesis o contestan nuestras preguntas. Más allá de las estéticas o los colores, ahí es donde se justifican todos nuestros esfuerzos por dominar estas nuevas técnicas, tan adecuadas a los tiempos extraordinarios que nos han tocado vivir.

REFERENCIAS

- Ábrego Molina, Víctor H., y Anthony Flores Mérida (2021). "Datificación crítica: Práctica y producción de conocimiento a contracorriente de la gubernamentalidad algorítmica. Dos ejemplos en el caso mexicano". *Administración Pública y Sociedad* (11): 211-231.
- Bornakke, Tobías, y Brian L. Due (2018). "Big-Thick Blending: A method for mixing analytical insights from big and thick data sources" [en línea]. *Big Data y Society* 5 (1): 1-16. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/2053951718765026>>.
- boyd, danah, y Kate Crawford (2011). "Six Provocations for Big Data" [en línea]. *SSRN Electronic Journal* 123 (1): 1-17. Disponible en <10.2139/ssrn.1926431>.
- boyd, danah, y Kate Crawford (2012). "Critical Questions for Big Data: Provocations for a Cultural, Technological, and Scholarly Phenomenon" [en línea]. *Information, Communication & Society* 15 (5): 662-679. Disponible en <<https://doi.org/10.1080/1369118X.2012.678878>>.
- Cairo, Alberto (2013). *The functional art: An introduction to information graphics and visualization*. Berkeley: New Riders.
- Cebral-Loureda, Manuel, y Gabriela E. Sued-Palmeiro (2021). "Los inicios de la pandemia de Covid19 en Twitter. Análisis computacional de la conversación pública en lengua española" [en línea]. *Cuadernos.info* (49): 1-25. Disponible en <<https://doi.org/10.7764/cdi.49.27467>>.
- D'Ignazio, Catherine, y Lauren F. Klein (2020). *Data feminism*. Massachusetts: mit Press.
- Data Cívica (2019). *Análisis y evaluación de registros oficiales de personas desaparecidas: Hacia el nuevo registro nacional* [en línea]. México: Data Cívica. Disponible en <https://registros-desaparecidos.datacivica.org/informe/FINAL_Ana%C3%AClisis_y_evaluacio%C3%ACn_de.pdf> (consulta: 5 de agosto de 2022).
- Davies, Tim; Stephen B. Walker, Mor Rubinstein, y Fernando Perini (2019). "Introduction." En *The State of Open Data. Histories and Horizons*, coordinado por Tim Davies, Stephen B. Walker, Mor Rubinstein y Fernando Perini, 1-11. Cape Town and Ottawa: African Minds and International Development Research Centre.
- Dijk, José van (2014). "Datafication, dataism and dataveillance: Big Data between scientific paradigm and ideology" [en línea]. *Surveillance & Society* 12 (2): 197-208. Disponible en <<https://doi.org/10.24908/ss.v12i2.4776>>.
- Durán, Guillermo (2019). *Guía: Datos Abiertos sobre Cambio Climático* [en línea]. San José de Costa Rica: Escuela de Datos e Iniciativa Latinoamericana por los Datos Abiertos. Disponible en <<https://datosabiertos.org/publicaciones/guia-datos-abiertos-sobre-cambio-climatico/>> (consulta: 5 de agosto de 2022).
- Eco, Umberto (1995). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.
- Edwards, Adam; William Housley, Matthew Williams, Luke Sloan y Malcom Williams (2013). "Digital social research, social media and the sociological imagination: Surrogacy, augmentation and re-orientation" [en línea]. *International Journal of Social Research Methodology* 16 (3): 245-260. Disponible en <<https://doi.org/10.1080/13645579.2013.774185>>.

- Franzke, Aline; Anja Bechmann, Michael Zimmer, Charles Ess (2020). *Internet Research: Ethical Guidelines 3.0*. Association of Internet Researchers [en línea]. Disponible en <<https://aoir.org/reports/ethics3.pdf>> (consulta: 5 de agosto de 2022).
- Gandomi, Amir, y Murtaza Haider (2015). "Beyond the hype: Big data concepts, methods, and analytics" [en línea]. *International Journal of Information Management* 35 (2): 137-144. Disponible en <<https://doi.org/10.1016/j.ijinfomgt.2014.10.007>>.
- Geertz, Clifford (1992). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa [1973].
- Han, Jiawei; Jian Pei y Micheline Kamber (2011). *Data Mining: Concepts and Techniques*. Waltham: Elsevier Science y Technology.
- Highfield, Tama, y Tim Leaver (2016). "Instagrammatics and digital methods: Studying visual social media, from selfies and gifs to memes and emoji" [en línea]. *Communication Research and Practice* 2 (1): 47-62. Disponible en <<https://doi.org/10.1080/22041451.2016.1155332>>.
- Internet Live Stats-Internet Usage y Social Media Statistics (s.f.) [página web]. Disponible en <<https://www.internetlivestats.com/>>.
- Kitchin, Robert (2014). *The Data Revolution: Big Data, Open Data, Data Infrastructures and Their Consequences*. London: Sage.
- Manovich, Lev (2011). "What is visualisation?" [en línea]. *Visual Studies* 26 (1): 36-49. Disponible en <<https://doi.org/10.1080/1472586X.2011.548488>>.
- Manovich, Lev (2012). "Trending: The promises and the challenges of big social data." En *Debates in the Digital Humanities*, coordinado por Matthew G. Gold, 460-475. Minnesota: Minnesota University Press.
- Manovich, Lev (2020). *Cultural Analytics*. Massachusetts: MIT Press.
- Marres, Noortdije (2017). *Digital Sociology: The Reinvention of Social Research*. Cambridge: Polity Press.
- Marres, Nortdije, y Caroline Gerlitz (2016). "Interface Methods: Renegotiating Relations between Digital Social Research, STS and Sociology" [en línea]. *The Sociological Review* 64 (1): 21-46. Disponible en <<https://doi.org/10.1111/1467-954X.12314>>.
- Meneses-Rocha, María Elena (2018). "Grandes datos, grandes desafíos para las ciencias sociales" [en línea]. *Revista Mexicana de Sociología* 80 (2): 415-444. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.22201/iis.01882503p.2018.2.57723>>.
- Milan, Stefania (2017). "Data activism as the new frontier of media activism." En *Media activism in the digital age*, coordinado por Victor. W. Pickard y Guobin Yang, 151-164. Oxon y New York: Routledge.
- Milan, Stefania, y Emiliano Treré (2019). "Big Data from the South(s): Beyond Data Universalism" [en línea]. *Television & New Media*, 20 (4): 319-335. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/1527476419837739>>.
- Moreno, Antonio, y Teófilo Redondo (2016). "Text Analytics: The convergence of Big Data and Artificial Intelligence" [en línea]. *International Journal of Interactive Multimedia and Artificial Intelligence* (Special Issue on Big Data and AI) (3): 57-64. Disponible en <<https://doi.org/10.9781/ijimai.2016.369>>.
- Moretti, Franco (2015). *Distant reading*. Londres: Verso.

- Niederer, Sabine, y Raymond T. Chabot (2015). "Deconstructing the cloud: Responses to Big Data phenomena from social sciences, humanities, and the arts" [en línea]. *Big Data and Society* 2 (2): 1-9. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/2053951715594635>>.
- Niño Vázquez, Elisa N. (2022). "Visualidad de archivo: Construcción y análisis etnográfico del archivo visual en Instagram con las protestas #NoNosCuidanNosviolan y #NoMeCuidanMeViolan" [en línea]. *Virtualis* 13 (24): 84-107. Disponible en <<https://doi.org/10.46530/virtualis.v13i24.394>>.
- Olshannikova, Ekaterina; Thomas Olsson, Jukka Huhtamäki, y Hannu Kärkkäinen (2017). "Conceptualizing Big Social Data". *Journal of Big Data* 4 (1): 1-19. Disponible en <<https://doi.org/10.1186/s40537-017-0063-x>>.
- YouTube Data Tools [software] (2015). Iniciativa de Métodos Digitales, Universidad de Ámsterdam. Disponible en <https://tools.digitalmethods.net/netvizz/youtube/mod_videos_list.php> (consulta: 18 de septiembre de 2022).
- Rogers, Richard (2019). *Doing Digital Methods*. London: Sage.
- Rose, Gillian (2016). *Visual methodologies: An introduction to researching with visual materials*. Londres: Sage.
- Salguero, María (2021). *Mapa de feminicidios en México* [en línea]. Disponible en <<https://feminicidiosmx.crowdmap.com/>> (consulta: 5 de agosto de 2022).
- Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (2022). "Estadística nacional de llamadas de emergencia al número único 9-1-1. Cifras con corte al 30 de junio de 2022" [en línea]. *Gobierno de México*. Disponible en <<https://www.gob.mx/911/articulos/estadistica-nacional-del-numero-de-atencion-de-llamadas-de-emergencia-9-1-1?idiom=es>> (consulta: 5 de agosto de 2022).
- Sinclair, Stéfan, y Geoffrey Rockwell (2023). *Voyant Tools* [software en línea]. Disponible en <<https://voyant-tools.org/>>.
- Sued, Gabriela E. (2020a). "Repertorio de técnicas digitales para la investigación con contenidos generados en redes sociodigitales" [en línea]. *PAAKAT: Revista de Tecnología y Sociedad* 10 (19): 1-22. Disponible en <<https://doi.org/10.32870/Pk.a10n19.498>>.
- Sued, Gabriela E. (2020b). "El algoritmo de YouTube y la desinformación sobre vacunas durante la pandemia de Covid-19" [en línea]. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación* 1 (145): 163-180. Disponible en <<https://doi.org/10.16921/chasqui.vli145.4335>>.
- Sued, Gabriela E. (2021). "Métodos digitales para estudiar la cultura y la vida digital: Fotografías mexicanas en Instagram". En *La imaginación metodológica. Coordinadas, rutas y apuestas para el estudio de la cultura digital*, coordinado por Dorismilda Flores Márquez y Rodrigo González Reyes, 59-90. México: Tintable.
- Sued, Gabriela E., y Manuel Cebral (2020). "Voces autorizadas en Twitter durante la pandemia de covid-19: Actores, léxico y sentimientos como marco interpretativo para usuarios ordinarios" [en línea]. *Revista de Comunicación y Salud* 10 (2). Disponible en <[https://doi.org/10.35669/rcys.2020.10\(2\).549-568](https://doi.org/10.35669/rcys.2020.10(2).549-568)>.
- Svensson, Patrick (2012). "The digital humanities as a humanities project" [en línea]. *Arts and Humanities in Higher Education* 11 (1-2): 42-60. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/1474022211427367>>.

SEGUNDA SECCIÓN

¿CÓMO PUEDO HACER INVESTIGACIÓN SOCIAL SI DEBO ENTRAR EN “OTRAS CASAS”?



5

Fulgor del pasado en el presente: pautas teóricas y metodológicas para acercarnos a la historia de los pueblos

Tatiana Pérez Ramírez

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo
“tal como verdaderamente fue”. Significa apoderarse de un recuerdo
tal como éste relumbra en un instante de peligro.
W. Benjamin

INTRODUCCIÓN

En 2014, en las fechas de la fiesta de Santiago Apóstol, realicé un recorrido por los pueblos de la Sierra Juárez, en Oaxaca. Mi objetivo era tener un acercamiento con la gente de Santiago Comaltepec, el lugar de nacimiento de mi abuela materna. El segundo objetivo era llegar a Quiotepec, un municipio que había visitado en 2013, a finales de diciembre, y donde había posibilidad de revisar el archivo para reconstruir la historia local. Sin embargo, nada de esto sucedió y, sin planearlo, llegué a Santa María Acamistli.

En las historias familiares, Acamistli es conocido porque mi tía Saraí fue maestra de la escuela primaria. Ella fue de las maestras rurales que trabajaron en el proyecto educativo de enseñar letras y arte a la población, pero como en muchos otros lugares del país, se involucró en las labores de salud, higiene y trabajos en las parcelas escolares. Cuando pensaba en ella, la imaginaba en un lugar solitario y alejado, habitando un cuartito de adobe con

una puerta de madera desvencijada. Según mis recuerdos, mi tía “sobrevivió” ahí, en los confines de la Sierra.

Tiempo después, visité Santa María acompañada de mi tío abuelo, Serapio López, maestro jubilado de Comaltepec. A primera vista, Acamistli era un poblado pequeño y sin relevancia, pero paulatinamente, al observar con detenimiento, comencé a ver sus singularidades. Tenía una iglesia pequeña, austera y relativamente “nueva”. En la parte trasera se observaba un gran edificio de construcción reciente, con una planta alta y varios salones, donde estaba instalada la agencia municipal. Regularmente, los edificios de las agencias son más bien modestos y muy pequeños. Incluso algunos son improvisados. Esto lo he visto en los pueblos de El Rincón, en recorridos pasados, o en otras agencias de la región.

Santa María daba la impresión de ser una localidad que se había desarrollado con velocidad en los últimos años. Revisé las campanas (grabadas con los años de 1749 y 1933), tomé algunas fotografías y, después de hablar un rato con algunos señores en la cancha de basquetbol, llegó el agente municipal. Pensé que no tendría caso entrevistarme con un agente porque estaba más interesada en ir a la cabecera municipal (un lugar importante), pero tomé la oportunidad que me estaban ofreciendo. El señor Leovigildo Hernández, máxima autoridad del lugar, nos recibió sin cordialidad pero con respeto. Él era un hombre joven, de unos cuarenta y cinco años; moreno, ojos oscuros pequeños, cabello negro abundante, baja estatura, fornido y poco expresivo. Con un lenguaje un poco contenido, el agente mandó a comprar unos refrescos y comenzó la charla.

Hasta este punto todo se desarrollaba como en otros viajes: me presenté y expliqué el motivo de mi investigación. Para esa fecha había visitado más de veinte localidades y sólo en tres había tenido una respuesta favorable. Acamistli se apuntó como el cuarto bueno. Leovigildo Hernández sacó un folder del archivero y me dijo que tenía unos papeles antiguos, que no sabía qué decían, pero se trataba de la construcción del templo. De forma abierta, este hombre me dejó fotografiar los papeles y me pidió una transcripción. Afirmó que no podían apoyarme con mi tema de investigación, pero quería que le ayudara con el asunto de la iglesia. Me invitaron a regresar con ese trabajo

para la asamblea comunitaria, que se realizaría en un mes, y así evaluar si me podían apoyar con la investigación que realizaba.

De esta forma comenzó mi historia con Santa María Acamistli. Aquello que parecía ingenuo y circunstancial se tornó mucho más complejo y complicado por diversos motivos. En un primer momento, el acercamiento a la comunidad me generó diversos cuestionamientos. ¿A qué se debía esa recepción? ¿Por qué me permitieron ver las carpetas? ¿El asunto de la construcción de la iglesia era tan relevante para la agencia? Después de un acercamiento mayor y de encontrar documentación histórica que daba cuenta de conflictos y enfrentamientos, desahugué mis interrogantes. Lo anterior dio origen a este escrito. La descripción de mi experiencia se expone en el apartado primero de este texto.

Mi paso por este lugar y la revisión de los documentos me condujo a pensar en la historia como una poderosa herramienta de sentido y significado para sus habitantes. Algo que, desde distintas perspectivas teóricas, se ha visto como ese nexo entre el presente y el pasado; me remitió a las discusiones teóricas entre pensadores clásicos como Michael Foucault, Walter Benjamin, Ann Stoler y otros más, sobre la memoria y el papel del archivo en esos espacios de resguardo del pasado. Por ello, en el segundo apartado presento esas discusiones generales que me permiten pensar sobre este episodio suscitado en un archivo local.

Salir de los espacios convencionales del resguardo de la memoria me hizo pensar en la importancia del trabajo de campo como un elemento válido y necesario para quienes nos dedicamos a la historia. Esto me ha conducido a volver los pasos, reconsiderar trayectorias y pensar cómo, desde esta disciplina, se pueden tomar prestadas algunas herramientas de la antropología, la sociología y la geografía para desarrollar nuestras investigaciones. De hecho, no sería descabellado pensar en el desarrollo de una metodología específica para estudiar la historia de los pueblos. Esto adquiere sentido al retomar las pautas interdisciplinarias de los Annales y la apuesta transdisciplinaria. De eso se ocupa el tercer apartado de este artículo, que es un primer ejercicio para reflexionar sobre esos temas.

Algo importante a destacar es que en el presente texto se muestra el momento en que la experiencia de investigación se vio inmersa en un momen-

to extraordinario debido al acercamiento con la población de la localidad de estudio. Si bien el proceso de contacto y acercamiento para trabajar con los archivos municipales se distingue por el factor de lo imprevisto, lo que aquí se narra es un contratiempo mayor al revisar la documentación junto con las personas integrantes del cabildo municipal. De forma inesperada, el traer al presente un acontecimiento de siglo y medio atrás generó un movimiento inusitado en las autoridades, quienes, de forma inesperada, respondieron alarmados. Esto me ha llevado a reflexionar sobre la estrategia metodológica y la importancia de saber cómo llevar a buen puerto este trabajo. Pero, además, esta experiencia me llevó a meditar sobre la ética de la investigación. Si, como se mencionaba, el trabajo histórico tiene que ver con seres humanos, la ética y la acción de quienes ejercemos este oficio implica compromiso y responsabilidad.

UNA HISTORIA VIVA:

EL CRUCE DEL PRESENTE Y DEL PASADO EN ACAMISTLI

Cuando inicié la revisión de las fotografías del archivo de Acamistli pude ver el expediente de la construcción del templo (1812-1844) y me encontré con algunas fojas que trataban otros asuntos. Una de ellas contenía las disposiciones del Virrey para enfrentar la crisis agrícola y la escasez de alimento en la Nueva España, en 1808. Más adelante hallé algunos documentos del siglo XIX. Comencé a leer y me sorprendió una carta (*viñeta didáctica 1*).

Ante mi emoción por el hallazgo, me dediqué a transcribir los documentos e ingenuamente elaboré un reporte con un resumen de todo lo encontrado para Leovigildo Hernández; aunque dudé por un momento y pensé en el impacto de esta información. Comenté este problema con mis familiares y me dijeron que esa carta generaría un “despertar de las rencillas”, ya que corrían rumores de la enemistad entre Acamistli y Huiziltepec.

Además de los comentarios que se divulgaban de boca en boca, este detalle también quedó en el registro de Rosendo Pérez, el maestro rural que escribió los libros monográficos de la Sierra Juárez en los años cincuenta del siglo XX. Don Rosendo apuntó que los habitantes de Acamistli “a pesar de la identidad de raza, lengua y costumbres con sus vecinos de Huiziltepec, no

“Carta del agente municipal al jefe político”

Fragmento del documento fechado el 18 de diciembre de 1863

Con fecha del 18 de diciembre de 1863, el agente municipal de Acamistli, Hilario Juárez, denuncia que el 9 de diciembre de ese año fue atacado el rancho San Juan por algunos pobladores de San Juan Huiziltepec. Dice que tienen el título y convenio de la posesión de ese lugar, donde se fijaron los linderos y mojoneras con el pueblo de San Mateo. El juez de primera instancia Rafael España celebró el convenio en donde los de Comaltepec no se opusieron y los de Huiziltepec no pudieron presentar ningún documento. Pero “el día nueve [sic] de que rije [sic] cuando los hijos estaban descuidados calleron [sic] ellos en cima [sic] rabiosamente armados de machetes,* quemando al mismo tiempo de escopetas y fuego de cámaras”. Dice que con maldiciones, gritos y chiflidos se acercaron [y] destrozaron dos tablones de caña “con estos torbellinos diabólicos, mas paresía [sic] un infierno entero que de esta vida pobre”. Volvieron al rancho a destrozár platanales en la tarde. En la noche fueron a amenazar a la gente afuera de sus casas. También cuenta que trató de evitar confrontaciones para que no hubiera heridos. Tomás

García intentó darle un machetazo y picaron la cara de una mujer con su machetazo. Fueron a meter fuego a la casa de un principal, el señor Desiderio Ruiz.

Quemaron casas. Menciona los nombres de las mujeres heridas “Ángela Hernández, que sebino [sic] en camilla, Paula López, picada de machete, Florentina Cuebas, que sebino en braso [sic], sin más alimento que dos tortillas en el serro [sic]”. Por tres noches amenazaron en quemar el pueblo. La gente estuvo en vigilia ante la amenaza. Al final, quemaron tres casas. Algunos pobladores se fueron a un rancho cercano. Se pregunta cómo es posible que el superior gobierno permita eso.

Dice que la soberbia de ellos permitieron [sic] tales atrevimientos. Da la lista de los nombres de los cabecillas del tumulto Juan García/José Antonio Mendoza con sus dos hijos/Gregorio López [sic] con su hermano/Anastasio Salinas/Sabino Santiago/Urino Santiago/Bacilio López [sic]/José Canseco/Gregorio Cuebas [sic]/José Cuebas/Gabriel Salinas/Santiago López [sic]/Tomás García. El agente municipal dice que éstos son los principales que han dado “guerra de despojo”. Habla de que también ya no están conformes de ir a la cabecera a oír misa. Les han negado los sacramentos como el bautismo y el casamiento. Pide se haga justicia.**

*Cuchillo grande con hoja ancha que usan los campesinos para trabajar en el campo.

**Archivo de la Agencia Municipal de Santa María Acamistli (AAMSTA),

Carpeta “Construcción del templo”. Documento 8. s/f.

puede decirse que vivan armónicamente (...) Les guardan un resentimiento que externan poco" (Pérez García, 1998: 324-326).

Estas reflexiones me plantearon un conflicto ético ante la gente que amablemente me había dado su confianza. No podía mentir ni omitir información. Pero ¿en qué medida un problema de 151 años a la distancia podría importar o afectar a la gente del cabildo? ¿Les molestaría algo que había ocurrido en 1863? Con esta interrogante, el 23 de agosto viajé para una segunda reunión, programada a las tres de la tarde, en la que expuse mi proyecto de investigación ante la asamblea. Llegué acompañada de mi madre, mi padre y tía Saraí. El pueblo se veía calmado, no había ruido ni gente por las calles.

En el salón más grande del primer piso, en el edificio de la agencia, estaban todos reunidos. Me asomé y minutos después salió un joven para pedirme que esperara. Me llamaron dos horas más tarde. No entré sola, me acompañó Saraí. El agente municipal se ubicaba en una mesa larga sobre el lugar más alto, a sus costados estaban los regidores. Me presentó en chinanteco. Me dieron la palabra, pero antes se levantó mi tía. Ella les contó de cuando era maestra de la escuela primaria. Con respeto y confianza les explicó mi proyecto y mis propósitos.

Tocó mi turno y me referí a aquello que quería hacer. Puse énfasis en la importancia de la historia de estas personas. En lo necesario que es poder contar a sus hijos y generaciones futuras el origen de su pueblo. Les hablé de que siempre se documenta la vida de los dirigentes, pero nunca de los pobladores. Hablé de los años que costó construir su templo y que me ponía a su disposición para recopilar este tipo de información. Entregué al agente el folder donde estaba el resumen de lo encontrado y la transcripción. Me observaban con extrañeza y desconfianza. No era para menos. ¿Qué hacían dos mujeres ahí, frente a ellos, en el momento y en el espacio de los asuntos importantes de su comunidad? ¿Qué hacía esa jovencita hablando de su historia? ¿Quién era? ¿Qué quería?

La discusión fue en chinanteco.¹ Las voces de algunos hombres se escuchaban al mismo tiempo hasta que Leovigildo Hernández dio la palabra en orden. Al final de cada intervención se oía nuevamente el bullicio y los gestos eran de desacuerdo. Mi tía pidió la palabra y volvió a intervenir. Puso énfasis en que éramos de San Pablo Macuiltianguis, vecinos de ellos, y que era importante conocer la historia de la población y dar luz a su “comunidad”. Nuevamente hablé, volví a exponer mis intereses y, a cambio, ofrecí dar clases de historia a los niños. Se abrió otra ronda de intervenciones y al parecer la situación estaba dividida. La participación del agente fue fundamental. Con mucha fuerza, Leovigildo Hernández habló y puso la balanza a mi favor. Me otorgaron el permiso por mayoría de votos.

El tercer viaje a Acamistli fue para entregar la tarea pedida por el agente y con la promesa de ver otros documentos. Esa sesión fue la más larga, estresante y tortuosa. Durante más de cinco horas estuve organizando y rotulando los folders frente a los miembros del cabildo. Al inicio pusieron dos carpetas en la mesa y me pidieron que leyera frente a ellos. Los documentos correspondían al periodo de la Independencia y habían llegado por medio de la cordillera, que tenía su sede en Teococuilco, otro pueblo con una larga historia.²

Después de haber revisado estos papeles, el señor Leovigildo me pidió que apuntara el resumen al inicio del folder para que supieran de qué se trataba, ya que en la portada sólo había un número. Entonces comencé a trabajar y más folders salieron de ese pequeño archivero. Supuse que en algunos pueblos tienen este tipo de acervo, guardado con celo y sumo cuidado, que por seguridad no se lo enseñaban a gente extraña. Me sentía maravillada de haber podido llegar hasta este grado de cercanía. Me estaban mostrando documentos del siglo XIX, donde se describía su territorio con detalles de los linderos y mojoneras con otros pueblos: Las Nieves, Yetla, Totomoxtle y Hui-

¹ Desde una apreciación común, es notable que el chinanteco tiene una fonética muy nasal. La explicación profesional nos dice que, de acuerdo con los estudios lingüísticos, el chinanteco forma parte de la familia chinantecana que pertenece al grupo otomangue. Una característica de estas lenguas es que son tonales y se hace un amplio contraste tonal nasal, ya sea en el ámbito consonántico, en el vocálico o ambos. El Instituto Lingüístico de Verano ha desarrollado importantes investigaciones referentes a la fonología, gramática, sintaxis y comunicación (Castillo, 2012: 1).

² El documento llegaba a ese lugar y se compartía hacia otros pueblos.

ziltpec. Lamentablemente no podía tomar fotografías. Estaba sentada en un escritorio frente al agente y rodeada por más hombres que esperaban mi lectura, pero que no se sentían cómodos. El ambiente no era propicio para sacar imágenes ni “llevarme nada”. Ya tenía la fortuna de poder estar ahí. Así que pedí permiso para tomar apuntes y me lo concedieron.

Llegamos a la carpeta “Construcción del templo”. Les comenté que además había otros papeles. Uno se refería al problema de escasez de alimentos en la Nueva España, en 1808. Luego, llegamos al texto de 1863. No entré en detalles, pero sí hablé del robo de platanos y maíz. No puse énfasis en el ataque ni en el tono desesperado de la denuncia que hacía Hilario Juárez, aunque sí dije que en ese rancho habían dispersado a la población y que a una mujer le dieron un machetazo en la cara. Nada más. Los rostros de sorpresa cambiaron y se volvieron de preocupación. De inmediato se acercaron más a mí y me preguntaron el nombre del rancho, quiénes habían sido los atacantes y quién era la mujer herida.

Mis respuestas fueron evasivas, dije que no sabía el nombre del rancho y que tampoco decía de dónde eran los atacantes ni el nombre de esa mujer. Pero el regidor Filiberto Ruiz señaló con el dedo y me dijo “lee los nombres que vienen ahí”. En efecto, había dado con la lista de nombres de los delincuentes que nombraba el agente. Los leí y, al terminar, el señor Filiberto dijo que esos apellidos eran del pueblo de Huiziltepec. Y afirmó, “seguro eran ellos”. Los demás asentaron. En ese momento, sólo dije que esos apellidos eran comunes no sólo en Huiziltepec. Pero las preguntas brotaban y parecía que aquello de 1863 había sido hace unas semanas. Estaban alarmados y buscaban en su memoria vestigio de algún recuerdo o de alguna leyenda. Parecía que era un caso judicial que todos querían resolver. La siguiente acción fue convocar a los viejos del pueblo. Leovigildo Hernández utilizó el altavoz y en chinanteco hizo un llamado (*viñeta didáctica 2*, sobre las notas en el diario de campo en torno a esta vivencia).

Transcurrió más de media hora y de repente, con paso lento y actitud preocupada, una mujer anciana, de blanca cabellera trenzada, entró a la oficina donde todos esperábamos. No pude preguntarle su nombre ni acercarme a ella a pesar de que estaba sentada a mi lado. Las dos estábamos muy nerviosas y no sabíamos qué hacer. Las miradas de los hombres que nos rodeaban

Me costaba trabajo creer lo que estaba presenciando. La autoridad de la agencia municipal se estaba movilizandopor un ataque ocurrido hace 151 años. Ni más ni menos. Si hubiera dado la transcripción completa tal vez hasta se armaba algún problema, pensé de inmediato. Comencé a sentir la adrenalina por el posible peligro. Por un lado, era un riesgo dar este tipo de información que podía originar (o seguir con) una querella entre pueblos. Podría haber violencia o un enfrentamiento. ¿Y si eso pasaba? ¿Estaría implicada? Imaginaba que tal vez, en cien años, alguna otra investigadora habría encontrado que la revuelta de Acamistli del 2014 comenzó por una joven que buscaba archivos y documentos antiguos. Habría sido la incitadora de un conflicto. ¡Pero si sólo quería hacer una tesis... sólo eso! ¿En qué me estaba metiendo? Más aún, yo misma podía estar en riesgo. Me podrían obligar a que leyera todo el documento o me podrían hacer algo por no decir todo lo que venía en el escrito. ¿Qué pasaría si los más ancianos del pueblo recordaban algo y hablaban del daño causado por los de Huiziltepec? Comencé a inquietarme y pedí permiso para ir al baño. En mi mente había un plan B: poner en aviso a mi acompañante para que, en cualquier momento, prendiera el auto y saliéramos en huida. Ese valiente plan se disipó cuando me asomé a ver a mi audaz compañero de viaje. El carro seguía estacionado en el mismo lugar, pero el conductor no se veía por ninguna parte. Seguramente él estaba dando vueltas por el pueblo, captando imágenes y generando más desconfianza. Tuve que renunciar al plan B y pedirle al universo que esa historia fuera tan desconocida que ningún recuerdo quedara.

Agosto de 2014

eran intimidantes. Curiosamente, esa mujer y yo estábamos relacionadas sin tener la menor idea de cómo habíamos llegado a esa situación.

Comenzó el interrogatorio del agente municipal y, de entrada, quedé excluida de la conversación porque era en chinanteco. La señora hablaba con inseguridad y temor. Al inicio decía algunas palabras, se quedaba callada, miraba alrededor y continuaba. Sus manos jugaban con la punta de sus largas trenzas a un ritmo breve. Poco a poco, la señora fue conversando con más confianza y sus expresiones se relajaron. Ella intentaba recordar y contestar a las preguntas de Leovigildo Hernández, mientras yo veía la escena sorprendida. A mi cabeza llegaban toda clase de ideas de sorpresa. Era lo inverosímil. Estaban interrogando a la más anciana del pueblo para saber si se acordaba o había escuchado de sus abuelos la historia del rancho atacado en 1863. Si por ahí había oído de la mujer con una herida de machete en la cara. Si tenía idea de quiénes habían sido.

Me sentía sumergida en otro mundo. Me imaginaba que estaba dentro de una película oriental sin subtítulos³ en donde era una observadora que captaba el cruce o desfase de tiempos históricos. En 2014, alrededor de cuatro hombres del cabildo de Acamistli estaban preguntando a una anciana sobre lo sucedido en 1863 en un rancho desconocido en los límites con Yetla. Pasaron alrededor de unos treinta minutos y finalmente comenzó el resumen del testimonio. Por más que se esforzó, la señora no pudo encontrar ninguna historia ni recuerdo sobre eso. No tenía idea. Se acordaba de otras cosas. Una de ellas era sobre la Revolución, cuando los de Temex se unieron a los carrancistas y combatieron a los de Comaltepec y llegaron hasta Macuiltianguis, mi pueblo. Ahí se detuvo la charla. Todos callaron y cambiaron de tema. La mujer salió de la escena con paso lento y con alivio.

Mi labor en la revisión de los documentos continuó, así salieron algunos otros fólderes. Después de un pequeño receso, le pregunté al agente si era posible tomar algunas fotografías. Me respondió que sólo a los documentos que me dijera. Logré hacer las fotografías de tres carpetas. No era mucho

³ Ver nota al pie anterior.

pero sí un logro. Tenía en la cabeza, con algunos apuntes a lápiz, datos y fechas de los demás escritos.

Sin pensar tanto, era evidente que el archivo municipal de Acamistli daba cuenta de una larga historia de litigios para establecer los límites de tierras con sus vecinos. Varios documentos del siglo XIX trataban este tema. Con el tiempo he pensado que la buena recepción en ese lugar no fue incidental. De entrada, a diferencia de otros pueblos, Leovigildo Hernández se distinguió por ser más joven e inteligente. Sus interrogantes eran muy lógicas y su interés por la historia era muy peculiar. En ciertos lapsos comentábamos aquello que encontraba. Las ubicaciones de linderos las confirmaba con ellos. Así salió el Cerro de los Ocotales, el cerro de Ocote y demás lugares bien conocidos por todos. Cuando comencé a revisar los convenios sobre las tierras con otros pueblos colindantes, el agente me preguntó si esos papeles valían; si con esa información podían reclamar las tierras que Huiziltepec les había quitado. Ahí estaba el asunto de fondo: los límites de sus tierras.

Por eso me había abierto la puerta de la agencia. Hablar del templo fue el pretexto para ver si yo podía apoyarlos a retomar ese asunto. Para su desconcierto, les comenté que como historiadora podía hablar del pasado, investigar más y cotejar con la documentación del archivo del estado. Sólo eso. Con poco ánimo, mis interlocutores se conformaron con la promesa de contar su historia. Pero antes de llegar al devenir histórico de Acamistli, conviene hacer un esfuerzo de interpretación de lo sucedido con ellos. Mi paso por este lugar, la escena de las búsquedas de respuesta por los ataques de 1863, me hicieron meditar sobre la importancia del resguardo de la memoria, el papel del archivo y las distintas formas de acceder a estos materiales mediante el trabajo de campo.

EL ARCHIVO Y LA MEMORIA

En su explicación del desarrollo de la epistemología histórica, Paul Ricoeur nos dice que hay tres fases de la operación historiográfica: la fase documental, la fase explicativa-comprensiva y la fase representativa. Advierte que estas fases no están organizadas cronológicamente, sino que son momentos metodológicos que están relacionados lógicamente (viñeta didáctica 3).

Las tres fases de la operación historiográfica de Paul Ricoeur

Fase documental

La memoria declarativa se exterioriza en forma de testimonio. Por lo tanto, el testimonio es un proceso epistemológico que surge de la memoria declarada, se convierte en documento y en archivo, y conforma una prueba documental. Existe un proceso de “archivación” en donde se organizan y depositan los documentos. El autor señala que el archivo es considerado no sólo un lugar físico, sino un lugar social.

El documento que duerme en los archivos no sólo es mudo, sino también huérfano. También hay testimonios no escritos como los vestigios, instrumentos, objetos, construcciones, etcétera.

Fase explicativa-comprensiva

Parte de la idea de que el documento constituye una prueba en tanto se necesita una explicación, y que el sentido de la prueba la dan las hipótesis y los objetivos de investigación. Los modelos explicativos de la historia que se refieren a la práctica humana se remiten al sentido del hecho social.

Fase representativa

Es la configuración literaria o escrituraria.

La representación del pasado según cómo se produjo. La historia es escritura, desde la primera hasta la tercera fase.

Se refiere a las formas narrativas y el momento retórico de la construcción del relato. Es importante distinguir la narratividad de la retórica y las diferencias entre relato histórico y relato de ficción.

En esta fase, se hace la formalización del discurso mediante la escritura para llegar a los lectores.

Para los fines de este capítulo, nos centramos en la primera fase donde Ricoeur (2004: 175-370) explica la relación entre el tiempo histórico, el espacio geográfico y la memoria. La memoria se expresa mediante el testimonio oral y éste se transforma en escritura; tal como se presenta en la **viñeta didáctica 4**. El documento resulta de la memoria hecha escritura y materializada. Los documentos, que bien pueden considerarse como las huellas del pasado en el presente, se juntan, se guardan y se conservan. El resultado de esto es la formación de archivo. Si bien Ricoeur habla de otros testimonios no escritos, por el momento nos interesa ver la conformación del archivo.

El punto anteriormente mencionado, en suma, es importante puesto que, desde el régimen epistemológico positivista, se consideraba al archivo como el lugar de resguardo, de organización y de clasificación documental de la información considerada como la forma válida, veraz y objetiva para conocer el pasado. A partir de ello, se presumía que el grado de autoridad y legitimidad profesional de los estudiosos de la historia tenía una fuente física inobjetable.

Desde esa perspectiva, la evidencia histórica escrita se asumía como una forma superior frente a otras narraciones que se alimentaban de testimonios orales, fotográficos o artísticos. Con relación a esto, Antoinette Burton afirmaba que se habían construido escalas de credibilidad que ponían a la investigación documental y las sociedades con registros escritos por encima de las civilizaciones cuya memoria se sostenía en la oralidad (Burton, 2005: 7). Jacques Derrida mencionaba que dentro de este régimen epistemológico había un “mal radical” concentrado en considerar al archivo como el origen de la “memoria de los tiempos perdidos”, cobijado por un manto de objetividad y racionalidad absolutos (Dube, 2011: 9-35).

Ante esto, desde la antropología y la historia (con un especial énfasis en los estudios poscoloniales) se han presentado voces que nos ayudan a vislumbrar los acervos históricos de otra forma. En los trabajos del historiador Ranajit Guha se mencionaba que la documentación conservada en el archivo no es una “fuente de significado real” en sí misma. Este autor señalaba que lo escrito en un documento no alude a una posición neutral. Por ello, es complicado presentar un documento “como una ‘evidencia’ ante la corte de la historia” porque no es posible verle como un testimonio imparcial (Guha, 1999: 159-208).

Otro elemento importante es el proceso cognitivo del sujeto que quiere conocer el pasado, como expone Ann Stoler. Es necesario ver la concepción de las fuentes de su conocimiento y qué tipo de convenciones validan dicho conocimiento (Stoler, 2002: 87-109). Los documentos que se resguardan en los repositorios institucionales se aprecian en la medida que son fuentes de información, pero además conviene ver que quienes investigan los “usan” y “consumen” como fuente esencial de credibilidad y de legitimación de su propio trabajo (Stoler, 2009).

En consideración a estos factores, se ha modificado la noción del documento y del archivo como fuentes neutras de información del pasado o como sitios inertes de almacenamiento y conservación. Se consideran ya como “artefactos culturales de producción de hechos” (Ginzburg, 2003: 96-125). La idea del archivo se ha transformado y no se observa simplemente como información objetiva; sino como la representación de una narrativa histórica cargada con un alto contenido político. Ahora se considera que la configuración de un archivo no es un proceso neutro ni “inocente”, ya que está mediado por las luchas de poder desde su formación hasta su interpretación (Burton, 2005: 6).

En ese sentido, la construcción del archivo constituye un elemento relevante en el diseño y el desarrollo de las *tecnologías del poder* que caracterizan la formación y el reforzamiento del Estado (Foucault, 1992: 87-104). El archivo se erige como un principio de regulación y organización de lo que puede ser dicho y recordado. Por ello, es importante ver los acervos históricos como el resultado de lo que es posible y aceptado enunciar (Foucault, 1970: 220-221). El resguardo y conservación de ciertos documentos depende de distintas condiciones e intenciones.

Ahora bien, si se consideran los planteamientos anteriormente expuestos, se advierte que la idea del archivo como fuente neutral de la memoria es una construcción que sirve más para erigir el “monumento del Estado y como sitio privilegiado que revela la etnografía del Estado”. Con el paso del tiempo, antropólogos e historiadores han cuestionado las condiciones y las circunstancias políticas y sociales que determinan la producción del documento. Ahora se esgrimen distintas preguntas: ¿cuándo se creó el documento?, ¿quién lo escribió?, ¿en qué circunstancias políticas y sociales?, ¿con qué

objetivo? Pero, si bien se procesa y lee el contenido, también se deben considerar los silencios y los vacíos. Es relevante lo que no se dice, pero lo que se excluye es un dato valioso (Stoler, 2002: 90 [traducción propia]).

Lo dicho nos conduce al terreno de las relaciones de poder, en especial de la imbricación profunda que existe entre el poder político del Estado y la conformación del archivo como repositorio que resguarda la memoria de la nación. Presentado el panorama analítico en donde el archivo se considera un artefacto cultural que tiene en su haber la idea del Estado, tal como se ha expuesto, es necesario preguntarse qué sucede cuando estos archivos no son resultado de la formación institucional o gubernamental en sus niveles más altos. De ahí surgen diversas interrogantes relacionadas con la confección de esos archivos municipales o los grupos documentales que se resguardan en los pueblos.

Llegado a este punto, si regresamos a la experiencia narrada en Santa María Acamistli: ¿cómo se le podría estudiar?, ¿cómo se podría revisar esta serie de documentos que se resguardan desde una agencia municipal? Si se consideran las relaciones de poder, de dominación y subordinación, bien se puede ubicar a Acamistli en la base del sistema regional de esta parte de la Chinantla Alta, ya que en términos de organización política es una agencia dentro del municipio de Huiziltepec que, a su vez, está sujeto administrativamente a su cabecera municipal. Baste señalar que el agente municipal de Acamistli es designado por la población, pero reconocido y ratificado por el presidente municipal de Huiziltepec.

Si lo vemos históricamente, la relación de esta localidad viene desde el periodo colonial, cuando se presume que el barrio de Acamistli comenzó a construir su templo gracias a las donaciones de tierras de pobladores de Huiziltepec. Hay evidencias de la relación conflictiva con su cabecera desde siglos atrás.⁴ Pero si bien no es el tema central del presente texto, es importante saberlo porque cuando acudimos a su archivo tenemos referencias de este pasado donde la población vivió la amenaza de pobladores de la cabecera.

⁴ Archivo General del Poder Ejecutivo de Oaxaca. Conflictos por límites de tierras (AGEO, C), leg. 63, exp. 19. s/f.

Adviértase que la construcción de la memoria y los fines de los documentos conservados tienen sus implicaciones en la constitución del pasado de Acamistli. Bien podría pensarse que es una pequeña narrativa que mantiene vigente en su memoria el sentido de agravio y la conformación de una identidad en oposición a la cabecera municipal. Algo que llamó poderosamente mi atención es ver la expresión de esa memoria colectiva. Los datos que se revisaban en esa tarde de agosto de 2014 hicieron eco en cada integrante del cabildo, y actuaron ante la situación de forma colectiva. Hubo un momento en que su respuesta fue unánime, sin necesidad de discutirlo aparte o consultar qué hacer. La reacción en conjunto fue buscar más información y preguntarles a las personas mayores del pueblo.

Aunque vale mencionar que este acto de recuperar la memoria puede verse en distintos sentidos. Por un lado, puede considerarse como aquello que Walter Benjamin denominó como “memoria involuntaria”. Una memoria que no puede evocarse a voluntad, que se compone por huellas, sensaciones y se encuentra en un tiempo perdido (Benjamin, 2003 [1939]: 338). La recepción de una estudiante de historia fue posible por el interés en los documentos de la construcción del templo, ya que esa información dota de continuidad histórica a la comunidad, pero el dato del ataque no era algo esperado. El pasaje de la agresión al rancho llegó en un instante como acto inesperado y generó la sensación de que había salido a luz ese pasado que estaba enterrado.

Conectado con esto, posiblemente dicha respuesta tuvo un sentido colectivo porque rememoraba a sus derrotados y la historia de derrotas frente a su cabecera municipal. Al conocer ese agravio del pasado, los pobladores de Acamistli recordaron a sus “muertos”, a los caídos en el anonimato, y se marcó la pauta para rearticular su historia. Esa “historia de los oprimidos”, que se presenta como un “*discontinuum*” (Benjamin, 2008 [1942]:80), abrió la puerta para denunciar a sus atacantes de ayer, de hoy y de siempre, que habitan en la cabecera. Se buscó alguna forma de redimir a sus caídos y juntar elementos contra los vencedores.

Es aquello que forma parte de “la tradición de los oprimidos”, que es tarea de la historia, según nos dice Adolfo Gilly (2006: 30, 47). Eso se relaciona con la visión utópica donde la historia sirve como un puente entre generaciones para quizá configurar un futuro distinto. Ésa es la dialéctica derrota-

esperanza de la cual nos habló Walter Benjamin en sus tesis de la historia y que ha sido explorada por Michael Löwy (2002). Sería inquietante reflexionar en qué medida esta acción ha servido para fortalecer los lazos comunitarios en la población y cómo esto puede influir para que los conflictos internos cesen ante una amenaza externa constante.

Ahora bien, la descripción presentada en el primer apartado también evoca al momento del acto ritual del quehacer histórico. La historiadora, acostumbrada a encontrar e interpelar a sus protagonistas del pasado mediante los documentos, se enfrentó con una situación inédita. Los acontecimientos de 1863 cobraron vida por unas horas y se hicieron presentes. Al nombrar una y otra vez a los hombres que invadieron el rancho de Acamistli, se les dio vida. Se les comenzó a buscar y traer al presente. Se comenzó a cavilar sobre sus motivaciones. Se buscó entre las historias más antiguas si había algún resquicio del recuerdo de una mujer herida.

Un evento enterrado por 151 años salió a flote cuando hice la transcripción y se comentó en voz alta ante el cabildo de la agencia. La resurrección de estos atacantes, los pobladores agredidos y las mujeres violentadas suscitó distintas emociones. Los miembros del cabildo hicieron clara su sorpresa, preocupación y rabia, para quedarse con un gran desconcierto al final. Las mujeres que estábamos en ese momento sentadas una al lado de la otra transitábamos de la sorpresa al miedo. El terror de ser interrogadas y de no tener más respuestas nos generó una especie de complicidad.

Por mi mente caían, en forma de cascadas, múltiples preguntas anteriormente enunciadas: ¿cuáles serían las repercusiones en el pueblo de confirmarse esa historia? ¿Se comentaría en la asamblea? ¿Se reavivaría el encono que sienten hacia su cabecera? ¿Le daría motivos al agente para tomar alguna acción o despertar algún litigio? ¿Qué le sucedería a la investigadora que dio a conocer este evento?

Eso nunca lo sabremos, pero quien esto escribe sintió conmoción al ver que esa gente muerta que tanto buscaba comenzó a habitar en esa sala del cabildo por unas horas. Parecía inaudito ver que lo ocurrido en el siglo diecinueve generara tal furor en el siglo veintiuno. Las frases clásicas de que la historia es una materia viva, dichas una y otra vez, cobraron un sentido real. En efecto, como lo mencionó Marc Bloch, la historia no es quehacer de anticua-

rios, sino es motivo de pasiones vividas en el tiempo presente (2007 [1949]: 71). En ese mismo sentido, Benjamin ponía énfasis en que la conciencia del pasado no es un cúmulo de antigüedades, sino experiencia viva del “tiempo del ahora” (2008 [1942]: 51).

Desde la experiencia ritual y emocional de este encuentro, saltaron a mi vista cuestiones de orden logístico y práctico. El ambiente de peligro y la sensación de alarma me convidaron a pensar en el riesgo de este trabajo. Es decir, la experiencia ritual también pudo convertirse en un problema de orden material y real ante la molestia de los pobladores de Acamistli. Esto me llevó a pensar sobre qué hacer o cómo gestionar u organizar un viaje con estas características. En mi formación como historiadora no tuve los elementos para salir al campo; no hice prácticas de campo ni conté con guías para trabajar en archivos municipales. Por ello, reflexioné sobre algunos pasos a seguir o cómo tomar prestadas herramientas metodológicas de otras ciencias, pero sin dejar de pensar en el oficio de la historia.

AVATARES METODOLÓGICOS

O DE CÓMO REPENSAR LA HISTORIA DE LOS PUEBLOS

Regularmente, el trabajo histórico confronta al historiador o historiadora frente al archivo. En el apartado anterior se expuso de forma básica y general la discusión de la conformación del archivo. Otro punto para considerar es el efecto que causa el archivo en quienes hacen investigación, sus dimensiones y sus espacios. La monumentalidad o sencillez del lugar donde está el archivo influye en quien se dedica a historiar. Como ya se dijo desde el inicio, en el caso reseñado, el acervo documental estaba en la agencia municipal, en la oficina del agente. No es un dato menor el impacto que genera el contexto del lugar con el acercamiento a la documentación, pero es oportuno mencionar que no es una actividad frecuente en nuestra disciplina revisar papeles antiguos en un lugar alejado. La actividad regular es ir al archivo establecido en la ciudad principal del estado federativo en cuestión o en los reservorios que hay en la Ciudad de México, en donde se solicita cumplir con ciertos protocolos de ingreso, además de que hay horarios fijos de entrada y salida.

Trabajar con archivos municipales implica trasladarse a la región de estudio, acercarse al municipio y preguntar si cuentan con esa información. El traslado implica viajar y salir de los espacios convencionales e inscribirse en contextos extraordinarios. Pero antes de seguir, es necesario exponer el motivo de mi recorrido por esos municipios. Esto nos lleva al primer paso del proceso de investigación: la elección del tema. En un inicio, cuando comencé a ver cuál podría ser el tema de mi tesis doctoral, me acerqué a los acervos en la ciudad de Oaxaca, puesto que mi interés era estudiar el periodo de la Revolución Mexicana en esa entidad. Sin dudar, quería hacer una investigación sobre mi región de origen: la Sierra Juárez. Pero en esos tiempos se desarrollaba el proyecto de un nuevo archivo. Esto generó el movimiento de los expedientes y fondos para su nueva catalogación. De esta forma, el Archivo General del Estado de Oaxaca se vio inmerso en cambios importantes. Se retiró toda la documentación del distrito de Ixtlán para el siglo xx, que era la fuente más importante para mí.

Frente a este contexto, consideré cambiar el tema de la tesis. Más de una voz académica autorizada me comentó que hiciera algo con información disponible para desarrollar en tiempo y forma mi trabajo. Esta anécdota cobra sentido e involucra una reflexión importante para la selección del tema en la investigación histórica. Lo apremiante es verificar que existan archivos y fuentes. Si hay información se tiene luz verde para seguir, pero en caso contrario la investigación se puede estancar. El dato empírico es necesario para la investigación. Se puede tener un marco teórico muy bien elaborado y se puede plantear un problema muy interesante, pero si no hay documentos no hay forma de corroborar lo que se plantea. Por ese motivo, estuve cerca de cambiar mi tema por otro más documentado. Para mi fortuna, se acercó a mí quien después fue mi tutor y me dijo lo evidente: una investigadora busca y no espera a que le lleven los documentos a la mesa. Así fue como decidí ir a los municipios, claro está que sin un entrenamiento mayor.

Con el paso de los años, he aprendido que quienes se interesan por la historia de los pueblos pueden hacer investigación a partir de distintos acervos y con la visita al lugar de estudio. Es posible encontrar información en el terreno, pero eso implica moverse y salirse de los circuitos tradicionales del gremio. Si a la persona que le interesa este tipo de historia —llámese historia

local o municipal o microhistoria— también le gusta la adrenalina, la aventura y caminar en la montaña, puede que las siguientes notas le interesen.

A continuación, comento algunos elementos que pueden ser útiles para los historiadores al momento de hacer trabajo de campo. Para ello, siguiendo las pautas teóricas de la Escuela de los Anales, me apoyo en ciertas pautas de la geografía y de otras ciencias. Al final, comentaré también partes de mi experiencia para hacer este contacto.

La geografía humana puede ser de apoyo en este caso. En su clásico trabajo, Carl Sauer menciona la importancia de la observación del medio ambiente, el paisaje, la composición de la escena, la observación de elementos nuevos y los que faltan con el objetivo de ver diferencias y similitudes en el espacio de estudio. Este geógrafo nos invita a ir al terreno de campo privilegiando la observación y la formulación de preguntas.

De ahí resulta su propuesta del “ojo morfológico”,⁵ que implica pensar en el reconocimiento y la comprensión de los elementos del medio físico. Es decir, se parte del análisis del presente, de lo visto y analizado, pero en comparación con los datos del pasado que no se pueden ver. Aquí es importante pensar en el análisis de campo que se finca en lo vivo del presente; pero requiere inferir por necesidad a un pasado que no puede ser visto. Este tipo de acotaciones sirven para quienes hacen trabajo histórico.

De igual forma, se pueden tomar ciertos elementos del método geográfico, ya que la inspección del terreno de los pueblos implica anotar y apuntar referencias tomando sus límites, ubicando la presencia de marcas o mojones. Para este caso, es necesario recurrir a los mapas para ubicarse mejor. Esto va de la mano de una descripción cartográfica: ver cualidades del medio ambiente, el trazado de las rutas, anotar el tiempo transcurrido de un punto a otro, etcétera (Sauer, 1969: 392-396).

Hay otros aspectos a considerar del aporte de la geografía para nuestros intereses. De acuerdo con Sauer, es indispensable ver la unión de los elementos físicos y culturales del paisaje. Tomar nota de cada elemento nos permite apuntar rasgos del presente y nos muestra huellas del pasado. Por ello, es

⁵ El término morfología se refiere al estudio de las formas de la tierra de hace cien años.

fundamental describir y registrar (Sauer, 1969: 325-330). Por ende, las anotaciones en un diario de campo son indispensables. Esto se puede mejorar con la captura de imágenes mediante cámaras digitales y algunas otras herramientas modernas para cartografiar el terreno.

Vista la parte inicial de la observación del paisaje, es importante mencionar la interacción con los habitantes del lugar. En mis recorridos de trabajo de campo por la Sierra Juárez consideré presentarme ante la autoridad municipal como punto de partida. Lo primero que hice fue entrevistarme con el presidente municipal, mostrarle las cartas de mi institución de procedencia y explicar el problema de investigación. Es un riesgo andar en el pueblo sin autorización, ya que se genera sospecha o inquietud ante la población (viñeta didáctica 4).

En el caso muy particular de este trabajo realizado en mi región de origen, en algunos momentos ayudó que me haya acercado previamente con personas conocidas a la gente del ayuntamiento. No obstante, también es importante mencionar que ser persona local no siempre jugó a mi favor, puesto que se me ubicó con reticencias por ser de un pueblo vecino, pero no amigo.

Siguiendo las pautas de Sauer, llevé mi diario de campo y registré los elementos que me parecieron más interesantes. Con cuidado y en algunos momentos con autorización pude hacer uso de la cámara digital. El contacto con la población fue cercano, pero no al grado de la experiencia antropológica de inmersión por largos periodos. Ciertos días, mis visitas fueron cortas. Socializaba con la población, pero el interés era seguir con la revisión del archivo. Se sabía que iba por los documentos. Incluso, hubo personas que se acercaron a mí para comentarme que tenían papeles antiguos particulares que me querían mostrar.

Si bien la experiencia de campo puede ser satisfactoria y altamente gratificante, también conlleva a experimentar riesgos como el descrito en las primeras hojas de este texto. No está de más decir que es necesario realizar el trabajo de campo en equipo. Es mejor ir con más de un acompañante para que en el momento de la interacción con las autoridades no se quede una persona sola. Además, se pueden utilizar sistemas de comunicación a distancia para informar cuando hay una división del grupo de trabajo. Considero importante no dejar de lado que al hacer investigación de campo se

El trabajo en los archivos municipales

El acercamiento con los presidentes municipales se dio de forma lenta.

Mi trato hacia los presidentes e integrantes del cabildo fue siempre con respeto, ajustándome a sus horarios y agradeciendo su disposición.

En algunos momentos las citas no prosperaron o se demoraron. La conversación dependía totalmente de la agenda del presidente. De ahí que, si el contacto era satisfactorio, pasaba a hablar con el cabildo para exponer mi asunto. Desde un inicio mencioné mi interés por el archivo municipal y la mayoría de las veces me decían que no tenían. Mi caso pasaba del cabildo a la consulta con el grupo de caracterizados (o notables, personas de prestigio en la comunidad) para ver qué era lo más conveniente. En ciertos lugares, estos caracterizados tenían el rol de cronistas locales. La venia de estas personas daba paso a otro nivel de discusión: la asamblea comunal. En este espacio expuse mis motivos, hablé ante los comuneros y solicité el acceso a los documentos. Algo interesante es que mi exposición iba acompañada de la responsabilidad de entregar mi trabajo al pueblo y de colaborar con la actividad que fuera necesaria. En algunos lugares adquirí compromisos y me mantuve en mayor comunicación. Claro está que este acuerdo inicial puede variar dependiendo de diferentes factores. Uno de ellos es el cambio de opinión de los grupos de notables o la queja de algún comunero. Otro factor es el cambio de autoridad que, para el caso de Oaxaca, donde se rigen por usos y costumbres, es cada año y medio. Por ello, el proceso de acercamiento y petición se tiene que renovar cuando cambia el ayuntamiento. El acercamiento se basa en una negociación constante.

hacen evidentes las diferencias de género. Ese punto implica pensar el trabajo de campo y desarrollar las investigaciones a partir de las asimetrías del trato hacia una mujer en el medio rural que recorre.

CONSIDERACIONES FINALES

El recuerdo de esa tarde de agosto de 2014 en Santa María Acamistli se mantiene vivo en mi mente. Aún pienso en los distintos escenarios que podría haber enfrentado. Creía que la lectura llana del documento implicaba creer la versión de un testimonio sin criticar las fuentes. Lo que, en palabras de Ricoeur, forma parte de la fase explicativa-comprensiva. Pero en ese momento, ante lo inesperado del evento, se leyó el texto, sin cuestionar la fuente. A la luz quedó la imagen de un alarmante ataque violento y alevoso de los pobladores de Huiziltepec contra la gente del rancho de Acamistli. Se tomaba al pie de la letra las palabras del agente municipal donde era evidente apreciar el sufrimiento, el sentimiento de injusticia, el dolor, la rabia y la debilidad de este hombre que cuenta cómo arremetieron contra su gente.

De forma automática, el cabildo municipal lo tomó por cierto y suscribió las quejas y peticiones de piedad ante la jefatura política del distrito de la carta fechada el 18 de diciembre de 1863. Los pobladores de Acamistli se adscribieron a la posición de Hilario Juárez y compartieron la molestia contra esos bandoleros de Huiziltepec que atacaron a su gente en su territorio.

No se puso en duda el origen del documento ni tampoco la veracidad del testimonio que en su carta enumeraba los nombres de los atacantes. ¿Qué tanto había de cierto en lo ocurrido? ¿Qué tanto se había “adornado trágicamente” la narración? ¿Cómo comprobar que se estaba denunciando a personas que participaron en el ataque? Por otra parte, ¿este fue un ataque aislado o fue parte de una serie de invasiones o tal vez una respuesta? No tenemos datos para saber el actuar de la gente de Acamistli. En la carta del agente se presentaban como los “débiles” y “desamparados”, pero ¿qué tan cierto era? Si se revisa la documentación de Huiziltepec, en periodos posteriores, se refieren a los de Acamistli como “rebeldes”. Entonces, ¿podría haber sido parte de un ir y venir de ataques? ¿Podemos creer en todo al agente municipal de Acamistli? ¿Podríamos culpar a los de Huiziltepec por una acción armada de un

grupo que quizá actuaba de forma aislada? ¿Estaba frente a un caso de abuso de la autoridad de la cabecera municipal frente su agencia?, ¿era un pueblo rebelde sin tierras que luchaba constantemente contra la cabecera o podría ser ambas cosas?

Las preguntas enumeradas dan cuenta del proceso que se debe seguir para hacer el cotejo de la información. El análisis histórico radica en eso: cuestionar e interrogar a la fuente y ver qué hay detrás de aquello que se presenta como evidencia o prueba de algo. Pero el contexto *sui generis* e inesperado al que me enfrenté no me permitió explicar o contar con los elementos para pensar en todos esos pasos o posibilidades. En mi cabeza no había duda: no me correspondía a mí tomar partido por un pueblo ni juzgar a otro, lo que convenía era analizar las relaciones entre éstos en perspectiva histórica y cotejar con otros materiales. Pero aquello no lo podía explicar a todo el cabildo ni muchos menos a toda la asamblea.

Desde mi lugar de enunciación, mi reacción inmediata fue de parálisis ante la situación, cuando entendí el riesgo en que me encontraba, intenté buscar, como única solución, alguna alternativa en caso de tener que salir de emergencia. En vista de que no tenía posibilidades de escapar, guardé la calma y me concentré en buscar respuestas que tranquilizaran a mis interlocutores. Finalmente, poco a poco los ánimos se calmaron. El cabildo se dio cuenta de que no podía saber más y dirigieron sus esfuerzos hacia la información que faltaba. Pasamos horas viendo más documentos.

A nivel personal y sensorial, me sentí en un lugar de vulnerabilidad. Me inundó el miedo y la incertidumbre. Llegué a pensar que no podría salir de ahí. Que quizá me podrían hacer algo. Que el enojo y el desconcierto podrían dirigirse contra mí. En ese sentido, reconsideré hacer trabajo de campo, cuestioné mi decisión de realizar la investigación apoyada por redes familiares y no por un equipo experto que me respaldara en esos momentos. Puse en duda el sentido de hacer esos recorridos. ¿Qué tan valioso puede ser encontrar información a costa de tu seguridad? Me lo pregunté una y otra vez. Pero al final del día, consideré la pertinencia de hacer este trabajo, pero en condiciones adecuadas y con todo el respaldo posible; es decir, realizar estas actividades de la manera más profesional. De ahí resulta este escrito, de pensar

en todos estos elementos y posibles escenarios, y poner énfasis en los riesgos del trabajo sin llegar al grado de victimización.

Lo apremiante entonces es pensar teórica y metodológicamente. Asumir que la historia viva se puede estudiar y requiere distintos tipos de esfuerzos. Salir de los linderos de una disciplina abona a la investigación para construir y tejer historias. No se abandona, por el contrario, se fortalece la idea de que la historia de los pueblos se hace caminando, con apoyo de otras disciplinas, con compromiso y responsabilidad.

Si, como se mencionaba, el objeto de estudio de la historia son los seres humanos en el tiempo, quienes hacemos este trabajo debemos tener en cuenta las implicaciones éticas al relacionarnos con la población. Esta experiencia me permitió reflexionar sobre cómo tratar los conflictos entre pueblos de forma directa; en qué medida se pueden mostrar los datos de un documento ante las personas interesadas de forma llana; si es posible dar más información o, por el contrario, si ocultar información que pueda reavivar conflictos sería una acción responsable; saber hasta qué punto es honesto moderar u omitir algunos detalles de la información que se presenta en los pueblos. Posiblemente las inquietudes y el abanico de posibilidades sean amplios, pero si algo se destaca es la importancia de dirigirse siempre con respeto y evitando, en la medida de lo posible, el estallido de la violencia. En caso de que las cosas salgan de control, intentar apaciguar y mediar.

Dicho esto, como acto ético y responsable, se han cambiado los nombres de los pueblos y de las personas involucradas; pero eso no altera la experiencia narrada de quien aquí escribe, cuando de forma inesperada e involuntariamente desenterró un pasaje desconocido de la historia de Santa María Acamistli.

REFERENCIAS

Archivos

Archivo de la Agencia Municipal de Santa María Acamistli (AAMSTA).
Archivo General del Poder Ejecutivo de Oaxaca. Conflictos por límites de tierras (AGEO, C)

Bibliografía

- Benjamin, Walter (2003). "On Some Motifs in Baudelaire". En *Walter Benjamin: Selected Writings Volume 4, 1938-1940*, editado por Howard Eiland y Michael W. Jennings, 313-355. Cambridge Mass: Harvard University Press [1939].
- Benjamin, Walter (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México/Editorial Ítaca [1942].
- Bloch, Marc (2007). *Apología para la historia o el oficio del historiador*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica [1949].
- Burton, Antoinette M. (2005). *Archive Stories: Facts, Fictions, and the Writing of History*. Durham: Duke University Press.
- Castillo Martínez, Rafael (2012). *Sistema tonal del chinanteco de San Juan Quiotepec, Oaxaca*. Tesis de maestría en Lingüística Indoamericana, Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Dube, Saurabh (2011). *Desencantamientos modernos y sus encantamientos: una introducción*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Foucault, Michel (1970). *La arqueología del saber*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1992). "Governmentality". En *Foucault Effect: Studies in Governmentality*, editado por Graham Burcell, Colin Gordon y Peter Miller. Chicago: University of Chicago Press.
- Gilly, Adolfo (2006). *Historia a contrapelo. Una constelación*. Ciudad de México: Era.
- Ginzburg, Carlo (2003). *Tentativas*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Facultad de Historia.
- Guha, Ranajit (1999). "La prosa de la contrainsurgencia". En *Pasados poscoloniales*, coordinado por Saurabh Dube, 159-208. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Löwy, Michael (2002). *Walter Benjamin: Aviso de incendio. Una lectura de las tesis "Sobre el concepto de historia"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pérez García, Rosendo (1998). *La Sierra Juárez*. Oaxaca: Instituto Oaxaqueño de las Culturas.
- Ricoeur, Paul (2004). *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Sauer, Carl Ortwin (1969). *Land and life, a selection from the writings of Carl Ortwin Sauer*. Berkeley: University of California.
- Stoler, Ann Laura (2002). "Colonial Archives and the Arts of Governance" [en línea]. *Archival Science* 2 (1): 87-109. Disponible en <10.1007/BF02435632>.
- Stoler, Ann Laura (2009). *Along the Archival Grain: Epistemic Anxieties and Colonial Common Sense*. Princeton: Princeton University Press.

6

Violencia etnográfica Sobre la visualidad de los jóvenes en barrios “peligrosos”¹

Henry Moncrieff Zabaleta

¿Qué tal me veo en tu cámara? [Me la arrebató] Siempre yo bien *chulo* [al verse en pantalla], no me veo tan *chaka*² en esa foto... Güey, antes me veías como “un malandro”, y era porque estabas de *mamón*, que si de la UNAM y esa madre... ¡Bájale de huevos! ¡Pensabas que te iba a robar! [Ríe]. (Salvador, 22 años, un mes antes de ser asesinado por “el narco”. Este texto honra su memoria y nuestro pacto etnográfico).

¿PODEMOS VER LA VIOLENCIA?

De pronto, quien analiza la violencia olvida que está afectado por la misma. Además, no sólo es un riesgo de daño físico o psicológico, sino que propiamente la observación de la violencia actúa en detrimento de las miradas y las subjetividades de quienes buscamos interpretarla. En este capítulo advierto

¹ Este capítulo desarrolla las implicaciones éticas y políticas en mi recorrido profesional como “etnógrafo con cámara”, a partir de algunos contextos de trabajo de campo “peligroso” e “inseguro” en ciudades de América Latina y Europa. Estas reflexiones también forman parte del apartado metodológico en mi tesis de doctorado en Sociología “*Soy barrio*”. *Jóvenes y sentidos de pertenencia en la periferia oriente de la Ciudad de México* (Moncrieff, 2021).

² Modismo. *Chaka* se usa en México para referir a un criminal. En el lenguaje cotidiano configura un conjunto de discursos que estigmatizan, descalifican y criminalizan las identidades, expresiones y prácticas de los jóvenes de sectores populares.

sobre aquellas vicisitudes y circunstancias morales que atraviesan este tipo de análisis, en especial, las implicaciones metodológicas de la etnografía en tiempos y espacios que pueden catalogarse *a simple vista* como “extraordinarios” y “peligrosos” para la observación participante. Por ello, discuto también cuánto tiene de “ordinario” la presencia del investigador³ en los barrios más marginados de la ciudad y cómo podría ser mirado por los que tradicionalmente se han llamado “informantes” (más apropiado sería “interlocutores”).

Consciente de los límites de empatía que emergen cuando se encuentran personas distintas, pero también desiguales, este capítulo advierte que dichas asimetrías y diferencias inciden en las representaciones narrativas y visuales de la violencia en no pocos trabajos etnográficos. Para discutir sobre esta distancia social y sus efectos en la etnografía de territorios y jóvenes que son visualizados como “violentos” o al menos “complicados por la violencia”, reconstruyo mi propia bitácora como investigador de juventudes que residen en las zonas marginadas de grandes ciudades de América Latina y Europa. Insisto en que toda moralización del análisis deriva en lo que llamaré “violencia etnográfica” y va alineado con las descripciones más estereotipadas de “la otredad” en estos espacios urbanos. En este sentido, propongo una ruta sincera para fomentar el pacto etnográfico que me permitió obtener una visualidad “desde dentro” del barrio y en consonancia con la perspectiva de los jóvenes que pude conocer.

Pero la “visión” de un investigador en campo no se reflexiona tan seguido, al menos no con la debida atención o dentro de un marco epistémico. Retomando antiguas discusiones de varios antropólogos en el libro *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival* (Nordstrom y Robben, 1996), en este capítulo someto al escrutinio ético buena parte de mi experiencia etnográfica y asomo apuntes personales para problematizar lo que llamaré aquí “etnografía de la violencia”. Estas preocupaciones discurren sobre mi visualidad como trabajador de campo con respecto a las vidas de mis “informantes”, sobre todo al vigilar esta vinculación y cómo las ideas más

³ En el texto utilizaré sólo el género masculino por economía de lenguaje y para reflexionar sobre mi condición de hombre en contextos inseguros para el trabajo de campo.

arraigadas se ponen en entredicho cuando la violencia emerge como realidad ineludible dentro de la comprensión etnográfica. Respectivamente, esto nos lleva a entender que no deben separarse las experiencias vividas de violencia, las epistemologías de la violencia y los modos “de ver” la violencia en el terreno de trabajo.

Desde mi perspectiva, el interés por *lo visual* es trascendental, ya que siempre me he posicionado en el trabajo de campo utilizando una cámara fotográfica. Antes de hacerme antropólogo, era fotoperiodista en Venezuela, mi país de origen. Más que ningún otro medio de conocimiento, desde hace diez años la fotografía me ha permitido “ver” mi propia mirada en contextos afectados por la marginación, la violencia y la inseguridad. Por lo regular, mi nuevo rol como etnógrafo visual en Caracas, Bogotá, Ciudad de México o París ha sido muy interpelado por los jóvenes que habitan y residen en sus periferias y barrios populares. No en vano, mi ubicación en una colonia de Iztapalapa, en el oriente de la poblada capital mexicana, no sólo reveló el extrañamiento como cualidad antropológica, sino toda la violencia que mi presencia ejercía en una geografía que yo mismo creí “violenta” y “peligrosa”. ¿Qué hacía aquí? Mi respuesta lógica e inmediata fue: hacer mi tesis de doctorado. Si bien provengo de otro país latinoamericano, mi afirmación escondía gran colonialismo, tan costoso en la antropología más tradicional y que ha sido foco de un debate muy actual entre quienes asumen la “peligrosidad” del trabajo de campo como límite personal y dimensión constitutiva del análisis. En específico, académicos europeos que han investigado, desde su posición de privilegio, varios contextos violentos enmarcados en conflictos políticos y sociales en el llamado “sur global” (Mac Ginty, Brett y Vogel, 2021). Ante estas asimetrías colonialistas y contradicciones éticas no puedo decir mucho. Las he vivido y reproducido en carne propia y puedo mencionar que he portado la violencia de la etnografía en “mis ojos” (*viñeta didáctica 1*).

El reconocimiento del investigador en campo suele ser omitido e inconscientemente invisibilizado. Muchas veces se hace sólo una mención superficial sobre la relación simpática con los “informantes” para desarrollar un trabajo etnográfico en escenarios de adversidad. Es pertinente reflexionar que dicha narrativa romántica en terreno es una construcción “exterior”. No se reflexiona sobre lo “extraordinario” en el lenguaje situado o en el propio

Entre mis experiencias más reveladoras en el terreno figura un día de diciembre de 2019, cuando varios jóvenes de la periferia de la Ciudad de México me increparon y supieron redirigir mis miradas sobre su barrio. Su pregunta es muy relevante y quisiera pensar que define gran parte de mi ejercicio etnográfico, en un nivel práctico y también epistemológico: ¿por qué estaba frente a ellos con una cámara y un grabador? ¿Qué sentido tiene hacer campo en un territorio difamado como “lo peor” y “más peligroso” de la ciudad, en una cartografía plagada de narrativas de inseguridad e imaginarios policiales, en una “zona roja” donde circulan drogas ilegales y donde ser víctima de un delito es algo cotidiano según el largo registro judicial y administrativo sobre robos, hurtos y otras denuncias?^{*}. En mi caso, los jóvenes que me apoyaron fueron francos al decirme que no pertenecía “allí”, que yo era extraño (blanco, extranjero, sin jerga), y sobre todo que “me faltaba barrio” para poder comprender sus vidas, inquietudes y realidades. Básicamente, yo no tenía la socialización necesaria para entender “la calle” y no tenía el mismo código que ellos. Me exigieron cambiar mi mirada y hacer una sociología más empática y con “otros ojos”. Éste fue el requerimiento para poder generar otro tipo de relación etnográfica.

^{*}Para mayor detalle sobre el barrio, sobre la incidencia delictiva concentrada en el territorio y los discursos de inseguridad que recaen en esta zona, puede consultarse mi tesis de doctorado (Moncrieff, 2021).



Fotografía 1

Paisaje de Iztapalapa. Archivo de trabajo de campo, en teléfono celular. Ciudad de México, 2018.

contexto que se estudia ni en qué medida el investigador “exotiza” y convierte en “peligroso” o “amistoso” lo que es ordinario y común. En la literatura más reciente sobre este tema, se subraya la importancia analítica de reconocer los propios privilegios de clase, género, raciales, entre otros, para entender los contextos de violencia y conflicto político (Mac Ginty, Brett y Vogel, 2021). Cuando los jóvenes me decían “te falta barrio” me reclamaban concretamente por mi ignorancia infundada. Por esa necesidad de verlos como si fueran la “otredad peligrosa” que yo debía objetivar de alguna manera y también mantener “amistosamente distante”.

De no ser sincera esta experiencia etnográfica o no encontrar sentido en mi propio cuerpo, tampoco podría comprender la experiencia de la otredad. Este enfoque *corporizado* hace posible una fenomenología del mundo percibido “desde lo interior”, es decir, a través de la historia del cuerpo (ver capítulo de Renato Galhardi en este libro). Por supuesto que los jóvenes con los que hablaba no querían que los mirara “desde arriba”. No querían ser un simple objeto de estudio; ante ellos, yo era un hombre extranjero de clase

media, un *fresa*⁴ que les exotizaba y convertía en un medio para doctorarse en sociología. En un ejercicio de foto-elicitación en una barbería del barrio, varios jóvenes me decían que mis fotografías eran “ilegibles” a nivel visual. Eran *nada*, no significaban. Desde su posición “interna” decían que mi fotografía tenía mirada “de turista” ([fotografía 1](#)); el paisaje de Iztapalapa que yo había hecho remarcaba mi visión “externa” o fuera de lugar.

Es común encontrar este tipo de fotografías tan descontextualizadas en trabajos etnográficos sobre la violencia. Sirven para el anexo y a veces sólo para alimentar la ilusión de “estar allí”, una postura ya señalada y criticada por Clifford Geertz en *El antropólogo como autor* (1989). Rechazar estas convenciones en el uso de la imagen en ciencias sociales es fructífero para el análisis o al menos muy útil, en la medida que se puede apreciar el punto de vista del investigador en campo ([viñeta didáctica 2](#)).

De por sí, esta cuestión identitaria que tenía como “investigador” ponía en juego la misma legitimidad de mi empatía con los jóvenes de la periferia. Muchos de quienes se suscriben a lo que llamaré “etnografía de la violencia” no examinan con la importancia debida sus vínculos, asimetrías, visiones y reconocimientos en relación con sus informantes. Más bien suelen utilizar categorías moralizadoras como víctimas y victimarios, que refuerzan la ilusión de haber “estado allí”, en el territorio lleno de violencia que imaginan y describen con linchamientos, escenarios sangrientos y hasta la muerte con detalle policiaco y morboso ([viñeta didáctica 3](#)). Con lenguaje académico intentan convencer de que “[de] haber estado nosotros allí, hubiéramos visto lo que ellos vieron, sentido lo que ellos sintieron, concluido lo que ellos concluyeron” (Geertz, 1989: 26).

Después de mi trabajo etnográfico en un barrio popular en el oriente de la Ciudad de México (2018-2022), no podría hacerme una imagen pornográfica sobre los jóvenes que apoyaron esta investigación. No sería prudente exhibirlos públicamente. Además, tampoco me había topado con las míticas “vidas violentas” y las biografías espectaculares de aquellos “pandilleros” de

⁴ Modismo: en México, el término *fresa* designa a una persona de clase económica media o alta, así como una actitud frívola proveniente del privilegio social.

2. Ventana etnográfica

Me decían “te falta barrio” porque también estaba distante o alejado, reclamando que yo estaba “en falta” para entender la calle y sus violencias. Se me abrió una ventana etnográfica. “Tener barrio” es representar y ser reconocido en el lugar donde se vive en la Ciudad de México. Este sentido de pertenencia para los jóvenes era un *performance* que adquiere el cuerpo y el territorio “peligroso” o “bravo”. Pertenecer al barrio es un *sentipensar* y “hacer(se) parte” de estos lugares urbanos. Se trata de alguien con la capacidad de manejar las relaciones, prácticas y códigos de la calle. Este capital callejero, a su vez, podría aprenderse, socializarse, portarse, comunicarse y transmitirse (Fraser, 2013).

3. Evitar la “pornografía de la violencia”

Esta es una preocupación en Philippe Bourgois y lo lleva a ser consciente de la violencia en estas narrativas etnográficas. Este autor, al no verse seducido por la “pornografía de la violencia”, advierte lo que puede ser humillante para sus propios informantes. Subraya de esta manera que, “a través de descripciones sobrecogedoras, fotografías desgarradoras y poética seductora, los etnógrafos se arriesgan a contribuir a una pornografía de la violencia que refuerza las percepciones negativas de los grupos subordinados” (Bourgois, 2005: 32).

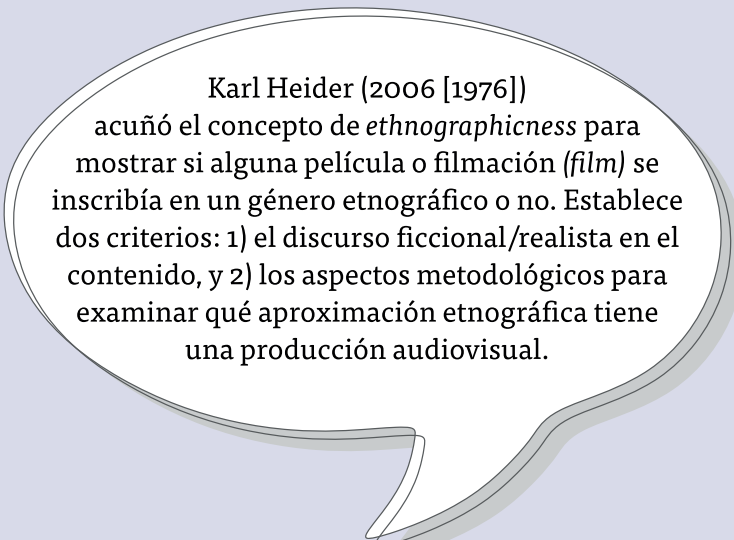
antaño, tampoco conocí a alguien que se viera a sí mismo como delincuente o sicario. Mi manera de escribir y “tener barrio” era comprometerme con una mirada interior de lo que significaba su vida para mis informantes. Esto es también analizar y describir la violencia que existe en nuestra imaginación exterior. ¿Se puede “ver” la violencia en los jóvenes que entrevisté? Sí, sin duda; únicamente desde una pornografía que humillaría a las personas que participan en la investigación. Lacerar vínculos y traicionar la mirada de los demás es el resultado narrativo de nuestro catálogo visual clasista y racista y de “cómo [les] vemos” a través de la desconfianza y el miedo.

Y YO, ¿TENGO BARRIO?

DILEMAS Y MIRADAS SOBRE LA VIOLENCIA

Con prosa excelente y extravagante, el etnógrafo describe el sufrimiento propio en su trabajo y las calamidades en el terreno. “Esto me ocurrió a mí”: la etnografía se convierte en una autoetnografía con robos e intentos de abuso en espacios peligrosos y muy solitarios. Es un dilema para quienes nos dedicamos a este oficio, cuando intentamos representar teóricamente la violencia no hay que olvidar que también estamos hablando del sufrimiento y el dolor de los demás. Si la etnografía es sobre las mujeres en una región controlada por el crimen en Ciudad Juárez o donde se siembra amapola en la sierra de Guerrero, ¿por qué se siguen priorizando las inseguridades vividas por el investigador?

Muchos ensayos en este género terminan siendo un relato de vicisitudes. ¿De qué nos hablan estas reiteradas reflexiones en tantos antropólogos, psicólogos, sociólogos, entre otros científicos sociales, cuando no filósofos y literatos? De hecho, pareciera que la preocupación recae en marcar una suerte de límite moral que afianza la propia clase, género, nacionalidad y racialización. La verdad es bastante simple, sus conclusiones gritan una construcción de la otredad violenta: “¡Ellos son así, nosotros no!”. Y quisiera llamar la atención sobre la violencia que implica tal visión o visualidad. Más aún, cuando la propia práctica etnográfica se socava con estos procesos clasificatorios. Tim Ingold (2014) arguye que dinamitamos los compromisos del trabajo de terreno con esta (auto)postura, a saber, la observación participante



Karl Heider (2006 [1976]) acuñó el concepto de *ethnographicness* para mostrar si alguna película o filmación (*film*) se inscribía en un género etnográfico o no. Establece dos criterios: 1) el discurso ficcional/realista en el contenido, y 2) los aspectos metodológicos para examinar qué aproximación etnográfica tiene una producción audiovisual.

que decimos tener y sucesivamente la calidad misma de nuestras investigaciones sobre la violencia, el delito y la criminalidad en las ciudades latinoamericanas (Rojido y Cano, 2018: 66).

Precisamente, cuando hablo de “etnografía de la violencia” me refiero a un género que pareciera escueto en su etnograficidad o su capacidad de ser etnográfico, su *ethnographicness* (viñeta didáctica 4). En sí misma, la etnograficidad no es una categoría cerrada, sino que está basada en el grado de información de todo objeto fotográfico, *film* o producción artística con posibilidades de revelar cualidades etnográficas propiamente dichas. En estos términos, pueden constituir etnografía tanto fotografías de Claude Lévi-Strauss como una película de Abbas Kiarostami o un *reel* de Instagram de unos jóvenes, uno de ellos en Rocinha y otro en Leblon (localidades de Río de Janeiro). Pero, aun así, en cada una de estas producciones hay diversos grados en cuanto a los discursos narrativos y aquellos controles metodológicos empleados. Si extrapolamos a Heider, la capacidad de narrar (no sólo visualmente) en este género, sea con elementos de ficción y no ficción, se asemeja

a una gráfica del orden social o una visualidad de la violencia. Cabe aquí la pregunta, ¿cuánta etnograficidad tienen nuestras etnografías para comprender las realidades contenciosas y violentas en los barrios marginados de América Latina?

Quizá una respuesta, entre tantas, pase por entender en qué medida los investigadores también reproducimos las imágenes hegemónicas de espacios “inseguros” para hacer nuestro trabajo de terreno. De acuerdo con esto, construimos “el campo” con nuestra mirada. Recuerdo que, cuando diseñaba la investigación con mi asesora de tesis, quería ir a una “zona peligrosa” para estudiar su violencia: sonaba bastante frívola mi postura. Una vez estando en el lugar con los más altos índices delictivos de la Ciudad de México, trabajaría con los “violentos” y “delincuentes”, los varones jóvenes. De tener éxito, explicaría todo lo relacionado con la marginación y vulnerabilidad extrema de la juventud en estos contextos urbanos. Podría comentar la socialización territorial de los llamados grupos “de pares”⁵ como cultivadores de la violencia o recurriría a la rúbrica del género para hacer un diagnóstico del machismo y cómo éste se perpetúa en expresiones e imaginarios de poder en los varones “peligrosos”.⁶ Este diseño de investigación es lineal e incluso podría tener un fuerte impacto visual. En el mejor de los casos, agregaría citas textuales de entrevistas, buenos apartados fotográficos y observaciones sistemáticas del terreno. Pero esta pornografía de la violencia cosificaría a mis informantes y también implicaría alinearme con la visualidad del poder: un ejercicio de esencialización (no de investigación). No quiere decir que no puedan verse algunos jóvenes en ciertas tramas delincuenciales, sino que existe un proceso categórico que encapsula sus identidades y que no tiene base empírica ni práctica: joven-varón-pobre-delincuente. La asociación en sí misma es peligrosa. Romperla es un deber ético y esto es lo que intenta-

⁵ En la tesis de doctorado prefiero hablar de “impares” para repensar las relaciones de poder entre los varones al interior de estos grupos, sus reglas de membresía y pertenencia.

⁶ La idea de “masculinidad peligrosa” fue duramente criticada por Lobo de la Tierra (2016) debido a su esencialismo y por opacar otras masculinidades en los barrios desfavorecidos. Así, este autor pone en entredicho la literatura etnográfica sobre los varones jóvenes en los enclaves de pobreza en Estados Unidos.

ban decirme los jóvenes con su invitación a “tener barrio”, un compromiso que tenía para mirarlos de otra manera, con “otros ojos”.

Desclasificar mi mirada pasaba por criticar la visibilidad hegemónica que existe en la misma manera de “ver” un problema social. Una etnografía con “otros ojos” buscaría mirar *hacia dentro*. Esto desestabiliza la visualidad del poder, donde se recrean los estigmas que criminalizan a la juventud. Y es que precisamente mi trabajo etnográfico acontecía en la colonia popular donde la jefa de gobierno de la Ciudad de México, Claudia Sheinbaum, inauguraría la operación de la Guardia Nacional en el año 2019, con el objetivo de “disminuir el índice delictivo al oriente de la capital (...) [ya que] esta colonia encabeza la incidencia delictiva en la Alcaldía Iztapalapa”.⁷ El impacto de este evento político y mediático terminó por consolidar al lugar como una “zona roja” en el imaginario urbano.

Este escenario me hizo cuestionar la visualidad de mi trabajo de campo y asimismo buscar resolver el dilema etnográfico del “yo-barrio”. Respecto a la visión del mundo y de las cosas, Foucault (1966: 144) descubría en “la nominación de lo visible” la aparente simplicidad de la mirada que cataloga y da por evidente el mundo a través de las palabras. Esto es lo que funda el vínculo casi inexorable entre la visualidad y el poder, como un punto de vista que carece en sí mismo de perspectivas independientes y autónomas. Mirzoeff (2011) se preocupa así por el *derecho a mirar*, y esto se convertiría en la principal preocupación ética en mis proyectos de etnografía visual. Buscar en ellos “la delincuencia de Iztapalapa” sin duda podría recrear los peores criminales de la ciudad, y mi visión también estaría alineándose con un panorama unilateral de la visualidad. Así, en mis trabajos de fotografía, los materiales visuales no son un “dato positivista” de la realidad, sino una experiencia cooperativa con mis informantes, constituyendo un compromiso para desafiar la autoridad de lo visible.

⁷ Gobierno de la Ciudad de México (2019). “Jefa de Gobierno recorre con Guardia Nacional colonia (...)”, 4 de julio [Nota de prensa] [en línea]. Disponible en <<https://www.jefaturadegobierno.cdmx.gob.mx/comunicacion/nota/jefa-de-gobierno-recorre-con-guardia-nacional-colonia-desarrollo-urbano-quetzalcoatl#:~:text=La%20Jefa%20de%20Gobierno%20de,las%20tareass%20de%20seguridad%20en.>> (consultado el 19 de mayo, 2021).

Abélès (2008) sugiere que el pacto etnográfico refiere a un arreglo que el etnógrafo y los etnografiados pueden hacer para imbricarse simbióticamente, de acuerdo con sus intereses particulares. Este ejercicio es político y permite una ética etnográfica donde se reconozcan las características y los intereses involucrados en el trabajo de campo.* A título personal, puedo decir que quería mirar dentro del barrio y ellos buscaban “ser vistos” con dignidad, es decir, buscábamos una visibilidad de “otra manera” y así romper con las miradas criminalizantes que recaen en sus cuerpos, vidas y maneras de ser.

*Esto alude a una “objetivación participante” de las relaciones que mantenemos con lo estudiado, como describe bien Bourdieu (2003). La sinceridad sobre estos intercambios humanos mantiene la ética en la investigación y permite discernir y explicitar sobre los vínculos con las personas que estudiamos.

“Tener barrio” era reivindicar otra realidad visual, ir más allá del límite previsto y visible en el problema social que estaba estudiando. Ya en el terreno y con el transcurso del tiempo, entendí que la expresión “me falta barrio” era la solicitud de un *pacto etnográfico* (viñeta didáctica 5). Así pude reflexionar con mayor claridad sobre la pregunta “y yo, ¿tengo barrio?”. No es que te conviertes “en el barrio”, que es el espacio en el que te mueves y sientes apego por tu construcción de género y clase social. Es la tenencia de un territorio en tu vida. Recupero así la discusión de Geertz (1983) para distinguir entre mis “experiencias próximas” (*emic*) y “experiencias distantes” (*etic*) con el barrio y sus jóvenes.

Así que no se trataba de transformarme en los otros para imitarlos y adquirir una máscara cínica, sino de realmente comprometerme en un trabajo etnográfico y visual a pesar de muchas contradicciones de clase y nacionalidad, donde lo importante era destacar la dignidad de sus posiciones sociales frente a aquellas imágenes estereotípicas que persisten en sus identidades y cuerpos. Mantenerme *inside* y *outside* del barrio me aportó elementos y pun-

tos de contraste para deslastrarme de las miradas pornoviolentas y poder elaborar una narrativa que trascendiera las clasificaciones más visuales del estigma. Pero ¿qué sucede cuando no es de esta manera? ¿Por qué seguimos persistiendo en mirar y describir los estereotipos de siempre?

EL MERCADO DE LA VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA

Me tomó al menos seis meses poder aproximarme con una cámara a quienes estudiaba. Esto puede ser importante o insignificante hasta cierto punto, pero realmente mantenía la cortesía con la *banda* (gente) de Iztapalapa que me acogió por dos años. Como he mostrado, efectivamente aquellas fotos clásicas “exteriores” o “de turista” también son necesarias para examinar qué hay en la “cámara oscura” de quien mira y la posición del investigador visual. Esta *posicionalidad* remite a una reflexión epistemológica sobre la autoimagen de quien investiga y se involucra local y personalmente en un trabajo de terreno, y cómo dicha imagen fluye, cambia y determina el proceso de investigación. Indica cómo el investigador se ve a sí mismo y cómo es visto y leído por los otros, lo que determina una mirada “interna” o “externa” del trabajo de campo; por ejemplo, figurar como alguien con poder o impotente, las sensaciones de (in)seguridad o hacerse parte de grupos en desventaja o reconocidos públicamente. En otras palabras, el investigador *afecta* y es *afectado* por su investigación (Mwambari, 2019).

¿Cuánto miedo había en mi mirada extranjera y, del mismo modo, en las imágenes que hago? La visualización del espacio “peligroso” es asunto de posición/sensación. Un robo en un barrio no funciona de manera tan espectacular como se nos quiere hacer creer. La violencia en su nivel más callejero (la de un robo o un hurto) irrumpe muy inesperadamente y nos invita a comprender a “las víctimas” y a “los victimarios” con los binarismos morales y más exagerados del investigador. Pero también es posible analizarlo. Para quien se asume “barrio”, se trata de la administración de ilegalidades y violencias en el cuerpo, tal como destaca Jovani Rivera (2021) en el caso de Tepito, a partir de una narrativa *insider* (como víctima) o dentro del crimen de poca monta en este conocido “barrio bravo” de la Ciudad de México.

¿Es posible fotografiar un robo? Pienso que no, no hay registro y pacto etnográfico que lo permita; “tan sólo te ponen un dedo y te roban; como si cargaran pistola” alcanzó a decirme un muchacho de aproximadamente 17 años en el Centro de Bogotá. Un buen ademán: estaba apuntándome en el coxis con la mano, era el año 2017. En Caracas, unos meses después, por primera vez me robaron y sólo escuché “¡pasa todo, *convive*, no te me pongas *pakistaneana* (en guerra)!”, me espetaron entre tres jóvenes; yo estaba saliendo de un cerro en Petare, una zona de la capital venezolana que es considerada la *favela* más grande de Latinoamérica. Allí, a la fuerza, me quitaron el teléfono y una cámara antiquísima, y salieron corriendo. Producto de mi rabia, salieron de mi boca unos cuantos insultos, bastante clasistas para calificarlos de algún modo. Muchas veces dije la frase célebre “¡esos malandros de mierda!”. Yo estaba posicionándome “desde afuera” como hombre de clase media en la Venezuela socialista, una víctima más del hampa común o de las fuertes contradicciones de una “juventud delincuente” con aspiración capitalista; un análisis muy marxista. Pero esta posición exterior sólo me hacía pensar otra cosa: ¿por qué llevaba una cámara fotográfica al cerro? El tema, sin duda, puede tener asimetrías y privilegios escondidos como referencias y discursos históricos. Esto me sucedía con una cámara importada en un cerro de la capital en Venezuela, la nación sacudida por la muerte del comandante Chávez, la devaluación de su moneda, el extremismo político y un declive real de su sistema alimentario y de salud.

Ahora, América Latina es considerada la región más violenta del mundo de acuerdo con sus elevadas tasas de homicidios y la violación reiterada de derechos humanos por parte de las fuerzas de orden público (Cano, Silva Forné, y Pérez Correa, 2022). Pero en medio de tal situación crítica prolifera un mercado abierto de experiencias de violencia, con muchos “expertos”, actores privados por doquier, políticas “preventivas” (o represivas) y servicios de asesoría o consultoría en materia de seguridad nacional y policía solicitados por el Estado. No es muy extraño que un varón joven de un barrio desfavorecido (la principal víctima letal y victimario según estadísticas) en Ciudad de México, São Paulo, Caracas o Bogotá pueda darse el atrevimiento de cobrar por hablar treinta minutos con él. Por ejemplo, aquel día del robo estaba haciendo un registro fotográfico en un concierto de rap poco intere-

sante, quizás por ser auspiciado por Amnistía Internacional con la misión de prevenir “la violencia en los barrios”, donde un *chamo* de 19 años se me presentó para que lo entrevistara. Decía que él era “malandro” y que Venezuela es “el país más peligroso del mundo”. Llama la atención esta frase tan lapidaria en un joven de Petare, la cual justo reproducía la misma narrativa de diferentes ONG y *think tanks* que “calculan” la letalidad de la violencia en el marco de un país mermado en derechos civiles y herido por una crisis social de todos niveles. Pero me advertía: “mi pana, son 25 dólares”. La violencia se vende y vende también (ver viñeta didáctica 6).

No fue tan distinto en la Ciudad de México en 2019, cuando me enteré que el diario español *El País*, hace años, había tildado de “infierno” al territorio donde hacía mi trabajo de campo.⁸ Me preguntaron mis informantes si había leído ese famoso artículo y si quería que les entrevistara con el papel del “ratero” o “drogadicto”. La consciencia de una visibilidad negativa adherida a sus cuerpos, prácticas y espacios, sobre todo al saberse demonizados y criminalizados, habla de un *mercado de la violencia* donde participan tanto el etnógrafo como “los etnografiados” intercambiando y tejiendo relaciones.

Es global esta postura en la juventud de barrios marginados. Cuando entrevisté a un grupo de rap musulmán en París me citaron paradójicamente en La Défense, el distrito financiero (fotografía 2). El motivo era que yo no podía ver tanta violencia en su barrio, no estaba preparado o calificado para verlo con mis ojos. Ellos se aseguraron de que mi postura no fuera la de un investigador extractivista, no querían darme información. Fue un golpe de suerte que, ya en el lugar, aprovecharan para rapear en arábigo el *hit* musical que preparaban para una disquera y contarme de sus “vidas violentas” o quizás sus fantasías sobre las mismas.

No los demerito en absoluto. Sí, la violencia está en sus vidas y les causa terrible dolor, pero me interesan también sus representaciones y las maneras en que son vividas a través de una lógica capitalista. De hecho, la producción audiovisual en los barrios pobres se sumerge en este mercado sin censura

⁸ Martínez Ahrens, Jan (2015). “Un parque en el infierno” [en línea]. *El País* de España, 25 de febrero. Disponible en <https://elpais.com/internacional/2015/02/25/actualidad/1424888483_890488.html> (consultado el 25 enero de 2022).

El término “violencia” es polisémico, moralmente controversial, con dificultades teóricas y a la vez performativo de lo subjetivo y lo identitario (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004). Este mercado de la violencia se ha transformado en una suerte de cultura global de la “marginalidad” (en varios idiomas), donde muchos jóvenes latinoamericanos y también de otras partes del mundo se han logrado identificar y activar conscientemente un estilo de vestir, vivir, hablar y pensar la vida a través de “la violencia”.

Uh, la *marginalité* no entiende de *nacionalité*
We be the marginal class (Turururu)
Chaquetas, riñoneras, chándal y chancletas
Mi vida baja la llevo con humildad
En el país con más altos índices de maldad
Tengo un aspecto marginal, *garçon*
La sociedad me confunde con el hampón
Word, word, word (for real)
Internacional (*La Internationale connexion*)

Lou Fresco, Buds Penseur y N-Wise Allah (2019).
Marginal [canción].

Anteriormente reseñado por Caldeira en el año 2010 cuando analiza la cultura del hiphop en la periferia de São Paulo, lugar donde la palabra “gueto” es una apropiación de la realidad racista y la segregación urbana de Estados Unidos y que en el contexto latinoamericano se utiliza para reivindicar la violencia y la peligrosidad de los barrios como forma de vida legítima entre los jóvenes que escuchan rap.



Fotografía 2

Raperos árabes en La Défense. Henry Moncrieff Zabaleta.
Archivo de trabajo de campo, compacta Fuji. París, 2013.

alguna; claro ejemplo es @malandrophotos en Instagram, la cuenta de un usuario de esta red social que hace apología de la “cultura malandra” y tiene el lema “Esto es Caracas y plomo es plomo [bala]”. Lo mismo pasa en la cuenta del semanario cultural mexicano @playlist.maganize, donde se muestran fotografías antiguas de Federico Gama sobre jóvenes *cholos* de la periferia urbana (ninguno de ellos portando armas) y el texto que las acompaña es el siguiente: “En esta zona aledaña a la Ciudad de México, la violencia [violencia] es una forma de vida, los jóvenes lucen *4rm4s* [armas] a muy temprana edad, se visten con ropas holgadas, pintan murales y *tags* o placazos [pintas] en las bardas.” Dicha narrativa descontextualiza por completo las formas de agrupación juvenil en las zonas marginadas, así como las violencias estructurales, como la pobreza y la criminalización, y deshumaniza el sufrimiento y el duelo que la violencia letal causa en un nivel más cotidiano. Artistas, investigadores, tuiteros, periodistas, financistas y políticos hacen parte de este mercado que produce una manera moralizada de ver *lo violento* como una cultura en sí misma, comunicable como lenguaje y expresión social. Juega un papel central en el debate cotidiano como un problema de interés ciudadano que constituye narrativas y visualidades públicas.

De vuelta en la Ciudad de México, me subí al Cablebús de la periferia oriente en compañía de tres investigadores. En el trayecto, varios jóvenes nos hablaban de la violencia que había “allá abajo”. Uno de ellos era universitario y fue quien insistió en que yo debía guardar mi cámara, porque nos vigilaban y nos iban a matar al llegar. Este estudiante nos dejó su número como un auténtico “experto” en la zona. Una pareja al lado se abrazaba y mostraba mucho hastío por nuestra trillada conversación (fotografía 3). Probablemente, los pasajeros del teleférico eran más conscientes de la situación. Para ellos, que iban tan enamorados, era bastante claro que el barrio donde viven no podía reducirse como lugar de criaturas monstruosas y narcotraficantes que roban, venden vicios [drogas] y matan sin sentido. Al momento del descenso, otra pasajera, una líder comunitaria de cuarenta años fue asertiva al decir que ese tipo de descripciones virulentas, tan enfáticas en lo negativo, hablan más bien de un joven que odia el lugar donde vive y no del barrio en que dice vivir. ¿Es un experto? Sí, lo es; un experto en la reproducción de la



Fotografía 3

Pareja en el Cablebús de la periferia oriente.

Archivo de trabajo de campo. Ciudad de México, 2022.

pornoviolencia que quieren ver los investigadores. Sin duda, esta conversación se debía a nuestra presencia “turística” en el teleférico.

Al bajarnos del Cablebús, en una colonia de Iztapalapa, nos saltó a la vista una “densa” realidad. *Denso*, sin comillas —así se dice entre sus habitantes—, describe el entramado complejo que tienen las relaciones comunitarias y cotidianas. Refleja la pesadez que sentíamos en el ambiente de este lugar difamado en medios. El estereotipo termina de endilgar miedos en la misma subjetividad, se percibe y respira en las calles. Esta sensación depende de “cuánto barrio” decimos tener en el cuerpo o del capital simbólico incorporado en gestos y lenguajes. A medida que “se porta” consigo el barrio, menos miedo se debe sentir por habitar un cuerpo bien socializado y reconocido por los demás y tener dominio de la espacialidad callejera. Tal sensación es densamente masculina, tiene género. Por eso las mujeres en el barrio podrían decir: “¡Cámara! Para salir, *chambear* [trabajar], para lo que sea aquí; una debe ser como un *cabrón* [macho]... Comportarse como uno”, sostenía una lideresa

en el tianguis. En mi caso, me convertí en motivo de burlas por ser *parrillero* [acompañante] en motos o siempre estar en compañía de algún chavo “que me protegía”. Esto me hacía tener “menos barrio” o parecer un hombre “débil” (quizás muy femenino para sus ojos). Así, esta cultura de rudeza construye maneras de ver y verse en la comunidad cercana; es la política visual del *chakaleo* [malandreo]. La del chacal (casi siempre un varón joven) que mira e intimida a sus víctimas. Quienes encarnan este personaje social se aseguran un control territorial y se reservan para ellos una movilidad respetable en las calles. Esto es narrado con mucha indignación por un joven en la zona:

¡Esos chakales! Ésos no saben nada del barrio, sólo son bobos y que les ven la cara a los periodistas o gente que viene para acá, como tú, preguntando cosas. Les dicen que el barrio está muy peligroso y no sé qué... Todo el tiempo pensando qué consiguen y se pasan de listos. Son de los pendejos que te agarran de repente y te dicen que asaltan, pero que le des “un cinco” o lo que tengas para que no te pase nada. Andan *chakaleando* a mi carnalito cada vez que va a la tienda, pero los putos no me aguantan ni la mirada. Y son sólo eso, sólo son tres “pinches drogós putos” y que se hacen los malotes. No son narcos. (...) Así del diario aquí en la colonia. Que ya le habían hecho saber a mi carnal que ya sabían dónde vivía y la mamá, pero a mí me la pelan (...). (Brayan, 21 años. Entrevista personal en una colonia popular en la periferia de Ciudad de México, 2022).

De no ser consciente de esta realidad sensible y visible en los espacios comunitarios, estaría confundiendo mis propios miedos con las “narrativas del crimen” de las que habla Caldeira (2007) en el contexto brasileño. No sería muy extraño que varios periodistas, funcionarios públicos y académicos hayan construido “la gran historia del narcotráfico en Iztapalapa” o “de las peligrosas pandillas”, al encontrarse con algunos jóvenes en la calle. Estas narrativas se instalan en lugares estigmatizados, circulan con facilidad en el barrio a través de bromas, conversaciones y rumores cotidianos, dando cuerpo al mercado de la violencia y sus efectos en la producción descontextualizada de un discurso de inseguridad. Mi trabajo de campo fue sobre la pertenencia de los jóvenes en el espacio público barrial y no podría hablar de lo que sucede en la intimidad de un hogar. Pero la violencia callejera más común,

como peleas, robos y acosos (muchas veces de carácter sexual), sí tiene como víctimas preferidas a los más “débiles” dentro de esta cultura de rudeza, básicamente mujeres, niños, ancianos y otros varones; es decir, todos los cuerpos que no poseen el código masculinizante de “tener barrio”.

En esta descripción de la violencia callejera aún aparece desdibujado el sufrimiento de los jóvenes entrampados en los circuitos de drogas ilegales que son controlados por el crimen organizado o aquellos sometidos a una vigilancia policial férrea, opresiva o abusiva en sus espacios cotidianos de socialización. En este contexto, varones y mujeres jóvenes en la calle son particularmente visibles (o notorios) en sus comunidades, las cuales les convierten en sus “enemigos internos” (Rodríguez Alzueta, 2016). Muchas veces se les señala sólo a partir de clasificaciones que reafirman su abyección social, por medio de moralidades que les encapsulan en la caricatura de un vago, una promiscua, una reguetonera, un sicario, un ladrón, un drogadicto o un *dealer*. La estigmatización además exagera y se muestra indolente con las crueles formas de morir a manos de la delincuencia armada y del grueso impacto de las drogas en su salud integral, su sentimiento de desamparo y la ambigüedad de la legalidad en estos territorios (Epele, 2010). Así, el mundo subjetivo de estos jóvenes es performativo de tal realidad simbólica y se encuentra asimismo “sujetado” por estas imaginaciones estereotípicas que alimentan la pornografía de la pobreza y la violencia, del mismo modo que con sus vidas, cuerpos e identidades se construyen figuras fetiche en *mass media* e Internet (*chaka, pibe chorro, flaite*) que moralizan la desigualdad socioeconómica y la injusticia social a partir de una cosmovisión neoliberal (Bayón y Moncrieff, 2022).

Ante el grabador y la cámara de un extraño, no será infundado que un joven en la periferia de la Ciudad de México tenga muy arraigado que es un *chaka*. Ya que es casi la única visualidad que la sociedad le ofrece. El mayor peligro en la “etnografía de la violencia” es reproducir esta visión propia del mercado y dismantelar su “etnograficidad” en el proceso. Esto sucede con frecuencia cuando quien investiga se presenta como otra víctima más del contexto etnografiado y olvida la misma situación de privilegio que le permite dar un sentido político al trabajo de campo. Por lo regular, el envilecimiento de territorios desconocidos y de vidas ajenas en una etnografía no es

otra cosa que ocultar la imposición y la violencia simbólica del mismo contacto etnográfico.

CONCLUYENDO: ÉTICA DEL DOLOR Y VIOLENCIA ETNOGRÁFICA

Desnaturalizar dichas cuestiones tan arraigadas en el estudio etnográfico de la violencia es un compromiso por construir nuevas visualidades de historias que nos son siempre ajenas y que deben tratarse con respeto y dignidad. El dolor en la etnografía rompe con el lenguaje y la comprensión asertiva. Por supuesto, en situaciones de sufrimiento subjetivo y violencia, era lógico que a mis informantes no les importara mi investigación. Me sentían separado de ellos, de sus conflictos y realidades. La simpatía no era suficiente. En algunos casos tendían a retraerse por completo porque yo no podía entender este sufrimiento. Sara Ahmed (2004: 30) ha propuesto desde el feminismo que, en la política emocional, “la ética de responder al dolor implica estar abierto a ser afectado por lo que uno no puede saber o sentir”; ello implica permitir que el dolor movilice la indignación del etnógrafo, pero de ninguna forma sería excusa para fetichizar las heridas del otro, sea para mercantilizarlas en un espectáculo sensacionalista o para apropiarse de un dolor que no es propio. Asimismo, la autocrítica a este género etnográfico no debe caer en una crítica que generalice todo como una representación y lleve a obviar y omitir la materialidad concreta de las violencias. Existe una brecha enorme que impide la comunicación, aun así me puedo sentir tocado por una vida que no me pertenece. Por eso habría que distinguir entre los sufrimientos del etnógrafo y de los etnografiados para revelar qué hay detrás del contacto entre visiones asimétricas sobre la vida, para repensar empatías más éticas en el trabajo de campo y cuestionar qué pasa con la autoridad de quien ve y escribe sobre vidas ajenas.

El punto de vista etnográfico se ve cuestionado cuando se estudian realidades sociales tan heridas por la violencia. En términos éticos, es algo confuso y borroso en sí mismo. Muchas veces me he sentido innecesariamente expuesto con el fin de obtener una grabación o registro fotográfico, hasta el punto de comprometer mi seguridad personal y la de los demás. Esto no es

ético con el dolor que causa la violencia en las subjetividades y los cuerpos. No en vano existe tanta desconfianza, trauma y duelo en este acercamiento y contacto tan personal con el trabajo de terreno. El compromiso con los informantes en estas situaciones exige una censura mayor, no sólo del nombre real de las personas, sino también de “sus” lugares de concurrencia y aquellas prácticas que pueden parecer “ilegales” a simple vista. Me atrevería a decir que también es necesaria una censura de sus sentimientos más profundos. Es lo que se esperaría de una narrativa ética de la violencia en la etnografía. Pero queda una pregunta sin contestar: ¿cuánta violencia tiene nuestra mirada de la violencia?

Me decían en el barrio que toda esta discusión es indiferente. ¿A quién le importa la etnografía de la violencia? Salvador (de 22 años, citado en el epígrafe del texto), un joven que fue asesinado por disputar una plaza o punto de droga, señaló:

(...) aquí no importa nada, nada de lo que vayas a escribir me importa... Todo vale madres; valió madres, todo es droga y *namás*. Siempre te van a hacer el feo aquí, así vendas o consumas, robes o vayas a la Iglesia con tu jefa [madre]. Puedes poner mi nombre y lo que quieras en tu libro... ¡Vale madres! (Salvador, 22 años. Entrevista personal en el oriente de la Ciudad de México, 2019).

Esta voz rabiosa de los jóvenes de sectores populares es pocas veces comprendida o escuchada con la debida atención. A Salvador le costó la vida, y aún no se esclarece su muerte ni se ha hecho justicia. Se comenta en el barrio que fue “el narco”, en abstracto, y no lo pude reflexionar en mi etnografía. Lo único que sé es que una ráfaga de balas terminó con él en una esquina y sólo quedó una cruz con su nombre. Salvador estaba consciente de ser desvalorizado, cuestión que venía acompañada de la “mala imagen” que tenía en su comunidad. Era percibido y asociado con la complicada red de tráfico de drogas en el barrio: un *dealer* [traficante] o alguien que vende “vicios”.

Podría hacer una pornografía de su muerte, pero prefiero indagar más en el pacto que acordamos para trabajar como etnógrafo y etnografiado. Debía abandonar mi identidad de *mamón* [creído] universitario para ganarme su confianza y honestidad, y aprender de su forma de ver y vivir la vida. Este pac-

to consistía en evitar representarlo como un “narcomenudista” o un “malandro”, yo me había comprometido en no estigmatizar la figura del *chaka* en mis textos de etnografía visual. A través de esta solidaridad y respeto en mi escritura, entendería que “tener barrio” implicaba para él una política de autenticidad cultural, donde se validan los significados de la violencia desde el punto de vista de los jóvenes y con ello contestan la desigualdad desde posiciones subordinadas. Para ellos funciona realmente mirar “desde abajo”. Esta contravisualidad busca resignificar la humillación pública constante y permite a los jóvenes tener dignidad en sus discursos. Después de la muerte de Salvador, uno de sus amigos me decía con altivez: “lo mataron, sí; quizás por *chaka*. Vendía vicio, güey; pero no nos van a quitar ni eso los *culeros* [malos], esos que lo mataron. Somos del barrio, nacimos aquí, tienes que ver cosas distintas del barrio, ya Salvador fue.”

Esta lucha contra la visualidad hegemónica en la etnografía, por sí misma, cuestiona el papel del etnógrafo como persona externa ante sus informantes involucrados en un escenario social que es presionado y marcado por la violencia. Cuando leemos entre líneas a Philippe Bourgois, en muchos pasajes del clásico *In Search of Respect. Selling crack in El Barrio* (1996), se percibe a un etnógrafo conmovido e implicado con sus interlocutores. No es él quien padece el sufrimiento, sino que trata de hacer legible la experiencia social de los jóvenes de origen puertorriqueño que venden *crack* en Harlem (Nueva York). En sus memorias de trabajo de campo en Marruecos, Paul Rabinow (1992) mencionaba que el verdadero riesgo en su etnografía era volverse “un marroquí” y perder su propia diferencia en el análisis. Este autor aclara que la experiencia etnográfica tiene siempre un carácter “intersubjetivo” o “intercultural”. Que Salvador se convirtiera en mi amigo no garantizaba una mejor “etnograficidad”, sino el tejido narrativo que él y yo hacíamos, respetando nuestras diferencias. Salvador me concedió “otros ojos” y sacar mi narración del mercado de la violencia. Más allá de la superficie del estigma, el miedo y la sensación de repudio que genera; ser *chaka* es un discurso de clase popular para hacer de la violencia y la criminalidad un emblema identitario.

Al chile [sin rodeos] que acá han venido a preguntarnos, haciéndonos menos, tipo *chakas*... Unos periodistas, *dos-dos* [más o menos], los que hacen reportajes y uno

sólo les cuenta lo que quieren: de balaceras, pandillas, de la loquera. Les sacamos una *feria* [dinero] haciéndonos los malos” (Salvador, 22 años. Entrevista personal en el oriente de la Ciudad de México, 2019).

La sobrevivencia refuerza la producción de estas performatividades que se venden al mejor postor; es un mercado de *lo auténtico* (de los más violentos, rateros, malos y sanguinarios), por eso necesita personajes, lenguajes y cuerpos que sostengan todo este imaginario de “vidas violentas” o subjetividades reducidas a la unidimensionalidad de sus violencias.

Ser del barrio es una identidad atravesada por la autenticidad moral que adquiere la violencia en la vida. Es paradójico, pero el estigma sólo adquiere valor dentro del contexto mencionado, se hace visible y puede venderse. Pensar de antemano que estamos en frente de “personas violentas” es parte de esa visualidad comercial que se alimenta de discursos de desprecio e invalidación del otro, como sucede con el clasismo, el racismo, el sexismo, entre otros. Para estos trabajos etnográficos es fundamental desromantizar la ideología del *rapport* (ser amable, modos de preguntar, tono de voz, patrones de lenguaje visual, gestual, kinestésico, etcétera), una suerte de simpatía forzada (*viñeta didáctica 7*). Este tipo de acercamiento obnubila los procesos impuestos mediante los cuales los informantes son interpelados y los modos en que el investigador podría tomar licencias inapropiadas, así como el hecho de sentirse autorizado para hacer un interrogatorio (Bourdieu y Balazs, 2007: 545). La etnografía, en los contextos complicados como los que he descrito, no es conducente de relaciones idealizadas, simpáticas o positivas con nuestros interlocutores. En una suerte de romanticismo, se prefieren invertir líneas en la emocionalidad del investigador consternado y rebasado por eventos traumáticos, remarcando la proeza de posicionarse en un lugar “tan peligroso” y “tan arriesgado”. Pero esta autorreferencialidad atenta contra la misma práctica etnográfica. El relato de la víctima o del simpático con “los delincuentes” no ayuda ni conviene para ser más asertivo sobre la representación de “los otros”, a quienes volvemos “otredad por su violencia”.

Como autor de origen israelí, Nitzan Shoshan (2015) describía su desagrado hacia los jóvenes neonazis en Berlín, pero a veces hay que analizar más allá de la empatía. Yo mismo, en algunas situaciones, sentía repulsión cuando

Lamentablemente, algunos colegas se aferran al supuesto *rapport* “para quedar bien” y reproducir las narrativas de una sociedad ávida por el morbo de sus violencias. Ello sería el verdadero peligro o vicio de estos trabajos etnográficos. De modo que sería sustancial no confundir la violencia en la etnografía (la que se ve y buscamos narrar) con la violencia de la etnografía (como imponemos una visión que narramos). Llamaría *violencia etnográfica* al conjunto de imágenes, creencias e imposiciones del supuesto *rapport* que se convierten en formas de ver, estar, apreciar y analizar basadas en el trabajo de campo. Esta violencia define a una etnografía sin pactos e interés real por la mirada de los “informantes”, sólo funciona a través de la *des-comprensión* y la “exterioridad” del observador, sobredimensionando las visualidades que banalizan un contexto de opresión social y evidente sufrimiento personal. Este tipo de trabajos legitiman las estructuras que originan la violencia, ya que sólo describen pornografías y retóricas del bien y del mal, como sucedáneos explicativos de una realidad que sólo padecen los demás y donde el etnógrafo no participa honestamente.

me describían los detalles de la vida “traficante”, algunas veces abandonaba y huía de esas relaciones. Al examinar con lupa mis entrevistas, yo mismo podía precisar que me decían *güero* (blanco) para mantenerme distante u ocultarme algo que yo no merecía saber. Quizás por temor a juicios y reproches, estas situaciones tan caldeadas no se manifiestan. Sólo se romantizan y se hacen reflexiones espurias sobre cómo “me aceptaron” y “me invitaron” a convivir con ellos. Contradictoriamente, no se relaciona el trabajo de campo con el poder, el conflicto y la misma violencia que habita en la sociedad. No se menciona que la palabra *güero* es parte de un vocabulario que sostiene la violencia racializada y la historia colonial de México (Navarrete, 2017). O a veces no se apunta al tono de piel, sino a la clase social. “Eres *fresa*”, me llegaron a decir en Iztapalapa, lo cual tiene un efecto de entrelazamiento de las relaciones de poder que pasan por la clase y la raza.⁹ Cuando menos, parecer extranjero, hablar de mi nacionalidad (venezolano) o ser foráneo son cuestiones que también forman parte de otras taxonomías de dominación social. Dejar todo esto a un lado es también esconder los límites y alcances de una etnografía y cómo se hace una investigación de campo.

Por todos estos motivos, realmente la violencia en los estudios de la violencia es el uso de registros audiovisuales “crudos”, vocabularios estéticos y relatos muy grandilocuentes que sólo aplanan la etnograficidad y empobrecen cualquier práctica de la ética. Tal como sostiene Salvador Maldonado (2013), quien nos comparte su experiencia etnográfica con el crimen organizado en Michoacán (México). La violencia está redefiniendo acercamientos cada vez más difíciles al terreno y las mismas formas en que producimos conocimiento; esto repercute en que deberíamos reconocer nuestros límites personales y en nuestras propias miradas, sobre todo porque nosotros como investigadores encaramos ciertos riesgos, pero también en los modos que escogemos para representar la realidad de la violencia y las subjetividades afectadas que intentamos narrar o dar expresión etnográfica (incluida la de quien investiga).

⁹ Trejo y Altamirano (2016) sostienen que el “color de piel” y la consecuente racialización de las clases sociales forman parte de una estratificación social de raíz colonial, siendo la raza una categoría importante para entender la desigualdad persistente en el México contemporáneo.

El temor de hacer trabajo de campo en América Latina es real y manifiesto. Pero, aun así, sigue habiendo autores responsables con el oficio, quienes no tratan de impresionarnos con una narrativa pornográfica, sino que nos llevan a tomar consciencia de algunos retos y desafíos éticos y metodológicos para hacer una investigación de campo en medio de estos escenarios difíciles de vivir y experimentar.¹⁰ Por otro lado, existen exhortaciones y presiones institucionales en la academia que involucran el replanteamiento de muchos de los objetivos de investigación por otros menos “riesgosos”, o su definitivo abandono por ser improcedentes. Hay restricciones para hacer trabajo etnográfico en comunidades o con personas tachadas de “violentas”, “peligrosas” o “criminales”. El financiamiento público a la investigación suele ser sacrificado por el señalamiento de “estudiar violencia”. Un tema delicado y de interés político, donde el Estado no quiere vincularse, ya que posiblemente es el principal responsable de las estructuras que persisten y que a la vez quieren omitirse de la conversación ciudadana.

No es ficticia toda la angustia que sentimos quienes hacemos este tipo de trabajo, más aún cuando puede conllevar censuras y represalias políticas y económicas. Por supuesto, ello también nos invita a romper con este silenciamiento inducido e implica mayor transparencia al exponer los hallazgos de la investigación. Para contrarrestar todo este ambiente turbio y sensacionalista en la etnografía de la violencia es necesario repensar, en un nivel colectivo y dentro de un debate académico abierto, de qué manera podemos construir metodologías y formas de análisis que sean pertinentes y cuidadosas con la seguridad, los límites morales y la reflexividad de quienes investigamos. En

¹⁰ Hoy por hoy, en América Latina hay toda una literatura sobre los desafíos metodológicos y éticos para hacer investigación en contextos de violencia. Podría consultarse el artículo de Ascensio (2018) para entender la importancia de un protocolo de entrada y salida de campo en estas situaciones. Por su parte, Rojido y Cano (2018) han sostenido las dificultades concretas para el estudio de la violencia, sea en investigaciones cualitativas o cuantitativas. Para saber lo que sucede *inside* o “en el campo”, la interesante reflexión etnográfica en Caracas que hacen Mena y Sánchez (2021) en un ambiente donde hay una crisis de derechos humanos por el accionar policial. Para una perspectiva de género y desde la extranjería, el artículo de Belcic y Pauni (2021) como dos argentinas en Río de Janeiro. De la dificultad de hacer trabajo de campo en estas condiciones, puede consultarse el diario de campo de Rivera (2018) en un barrio de la Ciudad de México.

mi experiencia, esto implicaría disponer de rutas, redes y diseños móviles, flexibles y contingentes ante las adversidades del campo, sobre todo, saber cuándo salir, entrar, participar, distanciarse, replantearse e investigar “de cerca” o “de lejos”. Este *modus* etnográfico busca visibilizar todo lo ordinario en la violencia, en su dimensión cotidiana e invisible como orden social. Hacer etnografía es desmontar el funcionamiento de ese orden, trascender la visibilidad de “lo extraordinario” que sólo invita a una visión moralizada de los barrios marginados e invita a las trampas narcisistas de la violencia etnográfica.

REFERENCIAS

- Abélès, Marc (2008). “El campo y el subcampo”. En *De la etnografía a la antropología reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas*, Christian Ghasarian, et al., 43-52. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Ahmed, Sara (2004). *The Cultural Politics of Emotion*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Ascensio, Christian (2018). “Pactando con el diablo: Problemas metodológicos y éticos de la investigación en contextos violentos” [en línea]. *Acta Sociológica* (75): 87-111. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2018.75.64811>>.
- Bayón, María Cristina, y Henry Moncrieff (2022). “Estigmas, performatividad y resistencias. Deconstruyendo las figuras demonizadas de jóvenes de sectores populares en América Latina” [en línea]. *OBETS. Revista de Ciencias Sociales* 17 (12): 63-80. Disponible en <<https://doi.org/10.14198/OBETS2022.17.1.04>>.
- Belcic, Sofía, y Maitén Pauni (2021). “‘Hay cosas que pasan allá que no te puedo contar’. Reflexiones metodológicas a partir de dos investigaciones en Río de Janeiro” [en línea]. *RUNA, archivo para las ciencias del hombre* 42 (1): 121-138. Disponible en <<https://doi.org/10.34096/runa.v42i1.8476>>.
- Bourdieu, Pierre (2003). “L’objectivation participante”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 150: 43-58.
- Bourdieu, Pierre, y Gabrielle Balazs (2007). “El interrogatorio”. En *La miseria del mundo*, editado por Pierre Bourdieu, 545-555. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourgois, Phillipe (1996). *In Search of Respect. Selling crack in El Barrio*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Bourgois, Phillipe (2005). “Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador”. En *Jóvenes sin tregua. Cultura y política de la violencia*, editado por Francisco Ferrándiz y Carles Feixa, 11-34. Barcelona: Anthropos.
- Caldeira, Teresa Pires (2007). *Ciudad de Muros*. Barcelona: Gedisa.

- Caldeira, Teresa Pires (2010). *Espacio, segregación y arte urbano en el Brasil*. Buenos Aires: Katz/Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- Cano, Ignacio; Carlos Silva Forné, y Catalina Pérez Correa (editores) (2022). *Monitor of Use of Lethal Force in Latin America and the Caribbean. A Comparative Study of Brazil, Chile, Colombia, El Salvador, Jamaica, Mexico, Trinidad and Tobago and Venezuela*. Monitor Fuerza Letal/Open Society Foundations (s. l.).
- Epele, María (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, Michele (1966). *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. París: Gallimard.
- Fraser, Alistair (2013). "Street habitus: Gangs, territorialism and social change in Glasgow" [en línea]. *Journal of Youth Studies* 16 (8): 970-985. Disponible en <<https://doi.org/10.1080/13676261.2013.793791>>.
- Geertz, Clifford (1983). *Local knowledge: Further essays in interpretive anthropology*. Nueva York: Basic Books.
- Geertz, Clifford (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- Heider, Karl (2006). *Ethnographic Film*. Austin: University of Texas Press [1976].
- Ingold, Tim (2014). "That's enough about ethnography!" [en línea]. *HAU: Journal of Ethnographic Theory* 4 (1): 383-395. Disponible en <<https://doi.org/10.14318/hau4.1.021>>.
- Lobo de la Tierra, Albert (2016). "Essentializing Manhood in 'the Street': Perilous Masculinity and Popular Criminological Ethnographies" [en línea]. *Feminist Criminology* 11 (4): 375-397. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/1557085116662313>>.
- Mac Ginty, Roger; Roddy Brett, y Birte Vogel (2021). *The Companion to Peace and Conflict Fieldwork*. Cham: Palgrave Macmillan.
- Maldonado, Salvador (2013). "Desafíos etnográficos en el estudio de la violencia. Experiencias de una investigación". *Avá* (22): 123-144.
- Mena, Daniel y Francisco Sánchez (2021). "'Tienen que entrevistarlos ahorita porque lo van a matar'. Violencia policial e investigación cualitativa (Reflexiones desde el campo urbano en Caracas)" [en línea]. *RUNA, archivo para las ciencias del hombre* 42 (1): 139-157. Disponible en <<https://doi.org/10.34096/runa.v42i1.8390>>.
- Mirzoeff, Nicholas (2011). *The Right to Look: A Counterhistory of Visuality*. Durham: Duke University Press.
- Moncrieff, Henry (2021). "Soy barrio". *Jóvenes y sentidos de pertenencia en la periferia oriente de la Ciudad de México*. Tesis de doctorado en Sociología. Ciudad de México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mwambari, David (2019). "Local Positionality in the Production of Knowledge in Northern Uganda" [en línea]. *International Journal of Qualitative Methods* 18. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/1609406919864845>>.
- Navarrete, Federico (2017). *Alfabeto del racismo mexicano*. Barcelona: Malpaso.
- Nordstrom, Carolyn, y Antonius Robben (1996). *Fieldwork under fire: Contemporary studies of violence and survival*. Berkeley: University of California Press.

- Rabinow, Paul (1992). *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*. Madrid: Júcar.
- Rivera, Jovani (2018). *En una esquina de Tepito. Diario de campo* [Documento de trabajo del Seminario sobre Violencia y Paz]. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Rivera, Jovani (2021). "Crimen y costumbre en el barrio de Tepito: Notas sobre una sustracción miserable" [en línea]. *Cadernos de Campo (São Paulo-1991)* 30 (2). Disponible en <<https://doi.org/10.11606/issn.2316-9133.v30i2pe187938>>.
- Rodríguez Alzueta, Esteban (2016). "El blanco es el negro: La construcción del olfato social". En *Hacer Bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*, editado por Esteban Rodríguez Alzueta, 21-44. La Plata: Laboratorio de Estudios Sociales y Culturales/Universidad Nacional de Quilmes/Malasia.
- Rojido, Emiliano, e Ignacio Cano (2018). "Los desafíos metodológicos de investigar violencia: Una mirada desde América Latina" [en línea]. *Acta Sociológica* (75): 61-85. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2018.75.64815>>.
- Scheper-Hughes, Nancy, y Phillipe Bourgois (2004). *Violence in War and Peace. An Anthology*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Shoshan, Nitzan (2015). "Más allá de la empatía: La escritura etnográfica de lo desagradable". *Nueva antropología* 28 (83): 147-162.
- Trejo, Guillermo, y Melina Altamirano (2016). "The Mexican Color Hierarchy: How Race and Skin Tone Still Define Life Chances 200 Years after Independence". En *The Double Bind: The Politics of Racial and Class Inequalities in the Americas*, Juliet Hooker y Alvin Tillery Jr., 3-16. Washington D. C.: American Political Science Association.



Estudiando la fenomenología de la experiencia migratoria

Reflexiones desde el trabajo de campo con hombres mexicanos deportados en Tijuana

Renato de Almeida Arão Galhardi

INTRODUCCIÓN

¿Qué significa *experimentar* la migración? ¿Cómo se articulan, sitúan y se negocian las experiencias de la migración en y *desde el cuerpo* en las interacciones sociales diarias de la vida cotidiana? Una forma de responder a estas preguntas es buscar comprender las experiencias de la deportación. La deportación, como un punto del excedente de una historia migratoria, representa —por su naturaleza— la vivencia de un proceso migratorio interrumpido (Caldwell, 2019). El cuerpo, como construcción social, es un territorio político —una expresión de las “geografías de género de poder” (Mahler y Pessar, 2010)— donde emanan y se establecen relaciones biopolíticas de poder (*biopoder*), que se extienden y se expresan sobre jerarquías de prácticas heteronormativas —como técnicas de biopoder— sustentado por políticas patriarcales que estructuran las formas de ser, ocupar e interactuar en los espacios sociales (Foucault, 1998 [1977]; Esteban, 2013). Como señalan Katarzyna Krzywicka y María Elena Martín, el cuerpo como territorio político es el escenario “sobre el cual se atraviesan discursos sustentados en una lógica heteronormada, androcéntrica y cissexista, que denota la existencia de

un estereotipo construido para cada género dentro del binario hombre-mujer cis” (Krzywicka y Martin, 2019: 17).

Por lo tanto, las formas de experimentar la migración, desde esta perspectiva, están indisolublemente vinculadas con las formas de experimentar el género. La experiencia, como señalan las discusiones sobre las epistemologías feministas, es categóricamente diferente dependiendo de *qué cuerpo* lo vive (Boehm, 2012). Pensar consecuentemente en la fenomenología de la deportación, como punto incisivo de la reflexividad de la experiencia de la migración, es pensar “el cuerpo” desde la interseccionalidad.¹ En esta relación, no basta solamente considerar el cuerpo como un territorio de la experiencia, sino que es importante, también, implementar una postura reflexiva sobre la posicionalidad que el investigador establece frente a “otros cuerpos”. ¿Qué significa, por lo tanto, situarse como un hombre, alto, de piel clara, con acento extranjero —como son algunas de mis características—, entre otras expresiones de los diversos capitales que atraviesa la apariencia y la presentación, frente a los cuerpos de migrantes mexicanos deportados hospedados en albergues temporales, en una ciudad que está asentada frente al “sueño americano”?

Buscar comprender cómo se experimenta la migración es lo que me llevó a Tijuana, una de las ciudades fronterizas mexicanas más icónicas. No es solamente una de las ciudades más importantes del flujo migratorio entre México y Estados Unidos, sino que se perfila históricamente como la entidad que recibe la mayor cantidad de mexicanos deportados de Estados Unidos, en proporción a otros destinos del país. No obstante, ¿quiénes son estos deportados? Según las estadísticas de la Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de Personas (UPMRIP), en el transcurso de los seis primeros meses de 2022 el 89% de todos los mexicanos deportados fueron hombres adultos (con 18 o más años). De éstos, menos de 3% son originarios de Baja California, una característica histórica del perfil del deportado.²

¹ Ver Galhardi (2021).

² Ver *Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de Personas de la Secretaría de Gobernación de México (UPMRIP)* (2022). *Boletín mensual de estadísticas migratorias 2022* [en línea]. Subsecretaría de Derechos Humanos, Población y Migración. Secretaría de Gobernación. Disponible en

Muchos de estos hombres deportados y llevados a Tijuana son mexicanos que han vivido gran parte de sus vidas en Estados Unidos, por lo que la mayoría de ellos dejan ahí familias enteras (Boehm, 2012; Caldwell, 2019). Desplazados hacia Tijuana, estos hombres se encuentran frecuentemente a solas, enfrentándose con la cruda realidad de que ahora se encuentran “de este lado de la frontera” (Albicker y Velasco, 2016; Pinillos Quintero y Velasco Ortiz, 2021). Algunos de los deportados más privilegiados cuentan con un capital económico y social que les permite irse a otras partes de México, agilizados por redes transnacionales que posibilitan el tránsito sobre caminos “conocidos” de “ida y vuelta” (Soberanes, 2022). Pero ¿quiénes son aquellos deportados que deciden no irse de Tijuana? ¿Dónde se quedan y qué hacen? ¿Cómo viven sus experiencias de migración? Estas preguntas son, *grosso modo*, las inquietudes que guían y estructuran mi investigación de doctorado sobre la fenomenología de la experiencia migratoria de mexicanos hospedados en albergues temporales exclusivos para hombres migrantes en Tijuana, que —en parte— discutiré aquí.

Algunas cosas quedan claras con respecto a esta población de hombres deportados:

1. Muchos de ellos terminan haciendo sus vidas en las calles de Tijuana, entre el vicio y la drogadicción;
2. otros se hospedan en albergues temporales para migrantes exclusivos para hombres, buscando formas de solventar su situación para “salir adelante”;
3. una parte importante termina vagando entre albergues, buscando apenas “sobrevivir” bajo una incertidumbre totalizante del futuro y el presente; y, por último,
4. queda claro que buscar rehacerse desde una vida fragmentada por una frontera tan visible, presente y penetrante, estructura y condiciona las formas de ser y estar en esta zona fronteriza de México.

<http://portales.segob.gob.mx/work/models/PoliticaMigratoria/CEM/Estadisticas/Boletines_Estadisticos/2022/Boletin_2022.pdf>.

Estar en la franja de un Estado-nación, como en esta zona fronteriza, “a los pies de un Imperio”, es dialogar con expectativas, esperanzas, sentimientos y afectos de una vida interrumpida y atravesada por lo que Karel Kosík (1976) ha llamado la “realidad real” de una “totalidad concreta”. Vivir bajo estas expectativas y circunstancias impuestas por la administración de la gestión de la membresía y movilidad que representa el aparato del “muro fronterizo” es consecuencia de la producción sistemática de la “frontera biopolítica generalizada”, concepto acuñado por Nick Vaughan-Williams para referirse al “archipiélago global de zonas de indistinción”, donde el poder soberano produce y se nutre de la “vida desnuda” de aquellos que retiene —son detenidos— la burocracia de la(s) frontera(s). Así, la zona fronteriza se caracteriza por la (des)nutrición de una frontera “infundida a través de los cuerpos y difundidas por toda la sociedad y la vida cotidiana” (Vaughan-Williams, 2009: 733 [traducción propia]). La frontera entre México y Estados Unidos es, como señaló Gloria Anzaldúa, una “herida abierta *where the Third World grates against the first and bleeds*” (1987: 3).³ Vivir como un deportado en Tijuana es vivir permanentemente la deportación; es *sentir* la experiencia migratoria. La experiencia de la migración, desde la deportación, es emocionalmente somática.⁴

En búsqueda de conocer quiénes son estos mexicanos deportados, que se hospedan en albergues temporales exclusivos para hombres migrantes —conocer sus vidas y sus situadas composiciones e interpretaciones de sus experiencias de migración y post-deportación—, empecé un trabajo de campo dividido en dos momentos:

1. Con la finalidad de introducirme en las formas de ser y estar en Tijuana, realicé un primer acercamiento durante 112 días, entre agosto y diciembre de 2021.
2. Para perseguir pistas no concluidas en la primera fase del trabajo de campo, hice una segunda vuelta de 45 días, entre febrero y abril de 2022.

³ Cursivas originales. Cita recuperada en su forma original para resaltar la hibridez del lenguaje como parte de la cultura e identidad chicana, demostrativo del simbolismo de la profunda vinculación y entrelazamiento cultural entre México y Estados Unidos.

⁴ Como ejemplo de estudios ilustrativos, ver Fernández-Niño *et al.* (2014).

Estos episodios de trabajo de campo me permitieron observar, vivir y sentir dos momentos de realidades distintas y únicas: una primera inserción bajo las políticas del confinamiento, del resguardo de las actividades “no esenciales” articulado desde los ajustes de las políticas de confinamiento por el virus SARS-CoV-2, y una segunda vuelta bajo una apertura y regreso a “actividades normales” con la presencia de una interacción “no esencial” en la vía pública. Un dato sorprendente de hacer investigación en estos tiempos extraordinarios es que la “figura del migrante”, como lo trabaja Thomas Nail (2015), se mantiene como *una figura ordinaria de lo extraordinario*. ¿Desde quién —*qué cuerpo*— estamos concibiendo lo extraordinario cuando la excepción es la regla para esta población?

Como detallaré más adelante, recorrer un terreno desconocido, extraño y difícil como es el territorio —*el cuerpo*— de Tijuana, en estos momentos “extraordinarios” —sin redes de trabajo, ni redes sociales— resultó ser difícil, pero a la vez muy esclarecedora. Se volvió un dato muy importante estar en ese lugar durante una parte del confinamiento, de exclusión y de exclusividad, pudiendo paulatinamente observar y estar en dos realidades fusionadas: una realidad “extraordinaria” unida —*sobrepuesta*— a una realidad “ordinaria”.

Antes de abordar estas diferencias, similitudes y las diversas técnicas y estrategias que implementé para solventar los obstáculos que fueron presentados, es importante plantear los principales fundamentos que estructuran mi posición epistemológica que, a su vez, define mi aparato metodológico. Empiezo con el problema de la objetividad y el conocimiento situado, para entonces abordar la implicación de considerar un enfoque *corporeizado*, desde las discusiones feministas e interseccionales, para seguir con la fenomenología feminista y sus aportaciones. Buscaré ser breve en estos momentos para dar espacio, y aliento, al trabajo de campo propiamente. En su todo, estas partes establecen el marco —general— del aparato metodológico que llevé a Tijuana y que ahora detallo aquí.

VER, SENTIR Y MIRAR: EL PROBLEMA DE LA OBJETIVIDAD Y LOS CONOCIMIENTOS SITUADOS

Para las poblaciones migrantes, incluyendo la deportada, el contexto de la pandemia por Covid-19 puso de relieve su presencia y evidenció su *condición*. Antes perdida en el mar social de un intercambio dinámico de las esferas sociales que transitan por el espacio de la frontera de México —por y en Tijuana—, ahora esta población es “todo lo que queda” en el escenario social, es “todo lo que se ve”. Trabajar bajo estas condiciones, esta “nueva realidad” interpuso nuevas consideraciones sobre las formas de insertarse en las vidas de esta población. Aquí surgen diversas preguntas: ¿qué hacer con la mascarilla que lleva uno para protegerse (y a los demás) del SARS-CoV-2 cuando se interactúa con una población desprovista de esta protección?; ¿cómo nos presentamos en una interacción?; y ¿cómo cuidamos las relaciones de poder entre el “observador” y el “observado”? Además, ¿cómo diluimos la desconfianza que existe entre “los cuerpos”?; es decir, entre el cuerpo del investigador y el cuerpo del investigado, entre “yo” y el “otro”; ¿cómo retirarse de una interacción después de un largo intercambio íntimo?; ¿cómo lidiar con las sensaciones de regresar a un “refugio” privilegiado?; ¿cómo mirar, estar y escuchar activamente los dolores, los traumas, los enojos y las súplicas en las historias de migración?

Indagar las formas de vivir desde la post-deportación es buscar entrar en un cuerpo afectivo donde se dialoga con la experiencia vivida de la migración. Esto es, consecuentemente, dialogar con la fenomenología *corporeizada*.

La experiencia es, por definición, una expresión fenomenológica porque se ubica en lo que Maurice Merleau-Ponty llama el “mundo de la percepción”, es decir, “aquel que nos revela nuestros sentidos y la vida que hacemos” (2002 [1948]): 9). Percibir y experimentar son parte del mismo fenómeno, porque “para que percibamos las cosas, es necesario que las vivamos” (Merleau-Ponty, 1993 [1945]: 339). La experiencia, por lo tanto, es parte de sentir el “mundo percibido” y sentir es *pensar el cuerpo* como terreno hermenéutico de significado y significancia. Como menciona Astrida Neimanis, “podemos entender la corporeidad como concepto porque nuestros cuerpos —acuosos, carno-

sos y de otro tipo— son un recurso clave para entenderlo” (2017: 44 [traducción propia]).

Podemos, desde ya, observar una de las problemáticas de trabajar la experiencia como objeto de análisis y observación. La experiencia, como esencial y natural de lo fenomenológico, escapa de su encapsulamiento en una definición clara porque es una noción itinerante de la percepción subjetivada, somática y mnemónica. La experiencia aborda una vivencia situada, subjetiva e individualizada, atravesada por la historia de un cuerpo. Por lo tanto, la experiencia se ubica en lo inferido, desde un cuerpo situado; por lo cual, articular la experiencia —como una expresión fenomenológica— es buscar describir una situada sensibilidad y percepción; es buscar describir *una sensación desde un cuerpo situado en el mundo*.

Metodológicamente, configurar la experiencia como una variable analíticamente válida presenta un reto para las ciencias sociales. En el análisis migratorio, esta dificultad es solventada, en muchos casos, implementando un análisis estadístico desde fuentes “objetivas” como censos y encuestas regionales o nacionales. Este enfoque usualmente describe un fenómeno “desde arriba”, que carece de una corporeización de la figura del migrante. El migrante, en muchos casos, se ve diluido a través de categorías de trabajo que se superponen al cuerpo del migrante. En muchos casos, estas técnicas son implementadas por una convención “normalizada” acerca de “cómo analizar la migración”⁵ —impulsadas por cuestiones de tiempo, presupuesto y acceso a datos—. No obstante, los discursos que mantienen una “distancia segura” con el cuerpo del migrante son posturas que suelen padecer de una reflexividad incorporada por el propio distanciamiento de “los cuerpos” del investigador con el dato. El “dato”, si no es examinado desde su configuración histórica, tiende a llevar las expresiones de lo que Michael Shapiro llama la “geografía moral”: “un conjunto de afirmaciones éticas silenciosas que reorganizan los discursos eticopolíticos explícitos” (1997: 16 [traducción propia]). Sin reflexividad, los “datos” son sujetos a categorías pre-reflexivas que con-

⁵ La predominancia del enfoque económico a lo largo del siglo xx, como modelo para trabajar el análisis migratorio, es un ejemplo ilustrativo de la “normalización” de los modelos y técnicas —adscritas a intereses de observación— acerca de cómo describir y analizar la migración.

llevan discursos embutidos en su constitución, que no son cuestionados ni tratados, simplemente perpetúan lógicas implícitas de categorización. Pero, como sostiene Donna Haraway, “todo conocimiento es un nodo condensado en un campo de poder agonístico” (1988: 577); por lo tanto, revisar las formas de construir categorías que revisten datos, es fundamental. Aquí está la pregunta que nos mantiene vigilantes: ¿qué estamos diciendo y desde dónde lo estamos diciendo? En este sentido, ver otro “cuerpo en movimiento” (Varela, 1994) —como son los cuerpos itinerantes de las expresiones de la migración— requiere de un doble enfoque hermenéutico que reconozca la posicionalidad de la interpretación como parte indivisible de la observación de lo observado. Como expone Merleau-Ponty (1993 [1945]):

El mundo y el cuerpo ontológicos que encontramos en la mismísima médula del sujeto no son el mundo en idea o el cuerpo en idea, es el mismo mundo contraído en punto de presa global, es el mismo cuerpo como cuerpo-cognoscente (Merleau-Ponty, 1993 [1945]): 416).

Reconocerse como un cuerpo que interpreta desde los valores de su mirada sobre un objeto, es parte de lo que Donna Haraway (1988) ha llamado “conocimiento situado”. Demostrando el peso del papel heteronormativo y masculino en las labores científicas, Haraway aboga por una desvinculación “objetiva” de la ciencia para recuperar la agencia feminista y su papel en la construcción de conocimientos desde la mirada del cuerpo. El cuerpo, por lo tanto, nuevamente es el medio que configura los matices importantes de las representaciones de “ver” y “observar” (Haraway, 1988). El cuerpo es un mundo, como nos dice Maurice Merleau-Ponty (1986 [1964]); y estar en el mundo, nos recuerda Andréa Barbosa, es una experiencia “sensorial, emocional y reflexiva” (2010: 299 [traducción propia]). La objetividad, entonces, siempre se interpreta desde posturas, posiciones, contexto y *cuerpos* que son configuraciones historizadas, que requieren, como argumenta Donna Haraway, una mirada corporeizada; una “objetividad feminista”, lo cual implica articular “conocimientos situados” (1988: 581).

Sin embargo, la transición de lo teórico a lo metodológico y a la praxis no es un camino lineal, ni una receta o maceta prefabricada; son pautas que re-

quieren dialogar con las preguntas de investigación, buscando construirse con base en las particularidades del problema, del campo y —en especial— de la mirada. En mi caso, trabajar con cuerpos subalternos me llevó a construir metodologías “desde abajo”. Posicionarme como un investigador —hombre, varón, cisgénero, de piel clara, de una clase social privilegiada, entre tantos otros capitales socioculturales— me obliga a establecer un compromiso ético con las discusiones y críticas de las ciencias sociales, a implementar una objetividad posicionada que recupera el conocimiento situado desde mi cuerpo-mundo frente a “otros” cuerpos-mundos. Por lo tanto, he buscado escuchar y mirar desde la fenomenología feminista, la cual prima la diferencia sexuada de la experiencia, anclada desde y a través de las situadas e históricas composiciones del cuerpo (Stawarska, 2018). Escucho a Beata Stawarska, quien nos recuerda que: “La fenomenología feminista conserva el énfasis fenomenológico en la subjetividad, pero lo entiende de acuerdo con la visión feminista de que lo personal no es un territorio privado claramente delimitado del ámbito público, sino que siempre es ya político” (2018: 25 [traducción propia]).

A través de estas premisas sobre las posiciones particulares de los cuerpos —de sus cuerpos— en y con esta zona fronteriza —sus ideaciones del pasado, presente y futuro, sus atributos afectivos, sus aseveraciones morales sobre sus vidas, sus experiencias, entre otros aspectos que estructuran las formas de pensarse en una (auto)narrativa de una vida vivida y las vidas posibles— es como construyo la dinámica del “objeto-sujeto” de esta investigación.

BUSCANDO LA FENOMENOLOGÍA DE LA MIGRACIÓN EN TIJUANA

Llegué a Tijuana en la segunda semana de agosto de 2021, en pleno contexto de la Covid-19, sin redes o conocidos, sintiéndome a solas y, de alguna forma, “desnudo” en un lugar “diferente”. Esta sería la primera salida, *en serio*, a un entorno público y social desde que comenzó el confinamiento a principios de marzo de 2020. Entrar de nuevo en los espacios sociales, después de tanto tiempo, requiere de cierto ajuste, y esta singularidad se vio magnificada por el hecho de que entraba a espacios “extraños” en un “lugar extraño”.

Llegué después de dieciocho meses de trabajar las esferas teóricas que hicieron posible la estructuración de las categorías epistémicas que dan sen-

tido y razón a las preguntas que tengo, de las cuales señale algunos de sus fundamentos en el apartado anterior. Fueron dieciocho meses imaginando este espacio; desde notas periodísticas, relatos etnográficos, estudios e investigaciones, libros y documentales, todos fomentando una noción y visión de Tijuana, nunca desprovista de su dificultad —geográfica, política, social y económica—, sumada a imágenes contrastantes de una ciudad despreocupada y un bastión para el turismo estadounidense; sobrepuesto a las imágenes de un cuerpo social migrante atrapado en la espera de un posible cruce, en un campo de violencia —tanto simbólica como física— permanente. Este “río” llamado Tijuana suele tener dos contraflujos que, en su conjunto, compone la flora y fauna de este espacio: un flujo relativo al turismo estadounidense y otro respecto a la migración y el deseo de “cruzar”. Sin embargo, la pandemia hizo que la corriente turística se detuviera, dejando principalmente que la corriente migratoria se apoderara del río de esta cuenca social, haciendo que el migrante, aquí y ahora, se volviera “todo lo que se ve”.

El diario de campo: la sobrevivencia etnográfica

Al instalarme en una habitación estudiantil en una casa oscura, seca y fría, abro mi diario de campo. Como parte de “sentir” la corporeización de la experiencia migratoria, escribo relatos extensos, sinceros, *auténticos* de mis percepciones y sensaciones de estar, entrar, salir y transitar por los diversos espacios de este cuerpo llamado Tijuana.⁶ Esta herramienta —una extensión necesaria para asegurar la calidad de la investigación etnográfica— es un elemento no solamente importante para el registro de las sensibilidades de la observación, sino también para la constante práctica de mejorar la habilidad de narrar, de ser “un buen escritor”, como relata Eduardo Restrepo (2016: 23). No obstante, el diario de campo no se limita a simplemente mejorar las prácticas de narrar las observaciones, sino que también funciona como un mecanismo de “sanación”; es decir, como un es-

⁶ Es posible encontrar fragmentos de mi diario de campo publicados en mi blog, disponible en <<https://renatogalhardi.wixsite.com/migrancia/blog>>.

pacio para compartir las emociones, de trabajar realidades difíciles y crudas, donde uno puede “depositar” los dolores, las rabias, las frustraciones y las emociones, posibilitando, de esta forma, aliviar un poco el “peso” de “estar en el campo”. El diario de campo también permite procesar las dudas y las estrategias de proceder y contar con los trabajos de campo, además de procesar posturas reflexivas como el sentimiento de culpa en la relación observador-participante. Por ejemplo, noto que cuando me despido de un colaborador después de una entrevista y regreso a “mi mundo”, queda una sensación latente de culpa que invade todo mi pensamiento y cuerpo. Siento culpa de tener el privilegio de salir de las historias que escucho y poder refugiarme en “otra realidad”, donde este dolor es “de otro”. No obstante, dejarse sentir es importante porque permite construir posturas sensibles y reflexivas sobre las observaciones (Solomon, 2004). ¿Cómo afecta la emocionalidad en nuestra percepción? ¿Cómo escribimos desde esta sensibilidad? Y ¿qué escribimos con estas emociones? Lo que percibimos desde nuestro cuerpo es válido, y recupera la esencia de percibir y estar en el mundo. Ver es un acto emocional. El análisis es atravesado por la somática afectiva de la memoria y percepción.⁷ Escribir con el *corazón* es parte de narrar con pasión, y escribir con pasión es contar “mejores historias”.⁸

Cuando reconocemos nuestras emociones, podemos acercarnos más a una experiencia con empatía, y esto, a su vez, nos permite acercarnos más a nuestra observación, al cuerpo observado, y decir algo “que importa”. Dejarse ver con las emociones se vuelve una práctica de justicia; *una práctica moral* porque permite compartir la experiencia de otros con otros, permite hacer comunidad. Escribir a través de un *sentir-pensar* es *reconocer el cuerpo en el mundo y nuestro cuerpo en las historias del mundo*.

Ser reflexivo en el diario de campo permite estar en constante comunicación con el territorio político del cuerpo del “campo” —el espacio de ac-

⁷ Elaboré este punto en Galhardi, Renato (en proceso de publicación). “De-migrantizing Migrancy: Approaching Migration and (In)mobility Analysis through Rhizomatic thinking, Feminist Epistemes and the Embodied Experience of Migration”.

⁸ Adicionalmente, presenté esta discusión en el artículo Galhardi, Renato (en proceso de publicación). “At the heart of migrancy: The politics of emotions of Mexican male migration experience”.

tuación y observación—. Por ejemplo, en la **viñeta didáctica 1**, registro una interacción que sucedió en menos de cuatro semanas posteriores a mi llegada a Tijuana. Cuando escribo, busco tener presente la siguiente pregunta: ¿qué?, ¿cómo?, y ¿desde dónde estoy viendo? Mediante estas preguntas, busco reflexionar sobre mi posición dentro de la composición de lo observado. Esto ha implicado sentir la mirada; sentir el campo.

Escribir y redescubrir la experiencia mediante la escritura es una forma de hacer política. Recordando el grito feminista de que “lo personal es político”, la escritura es un acto político (Hanisch, 1969). Recordar las emociones en la narración permite dialogar auténticamente con el mundo (Postl, 2017). Otra forma de escribir es caminar. La caminata es un acto de registro que permite la psicosomática apertura del terreno de actuación. Para mí, la caminata es una forma de conocer y de aproximarse; es un discurso y un relato. Es, también, una forma de nivelar la desigualdad simbólica que represento frente a mi objeto de estudio, al sujeto subalterno que es el deportado. Caminar es la base de todo migrante.

Sentir el caminar y caminar como escritura

Mis preguntas de investigación me llevan al centro de Tijuana, donde voy encontrando que ahí es donde se concentra buena parte de los albergues para migrantes. Busco un listado de albergues, la mayoría ubicados en la zona norte o en la zona del Río de Tijuana, y empiezo a escribirles correos para solicitar una entrevista y permiso de visita.⁹ El terreno turbulento de opiniones y actitudes acerca de migrantes ha hecho que las organizaciones de ayuda y apoyo desconfíen de “cualquiera” que se acerca. Hablando con ellos, busco satisfacer por lo menos tres inquietudes latentes que pueden tener: ¿quién soy?, ¿qué quiero? y ¿para qué lo quiero? Consigo una cita para realizar una entrevista a finales de mes, es decir, dos semanas y media después de en-

⁹ Para una lista de (algunos de) los albergues para migrantes, en Tijuana, ver <<https://tijuana-migrante.com/>>.

Extracto del diario de campo

9 de septiembre de 2021

Saliendo, se me acerca nuevamente el hombre, quien me empezó a contar sus historias. Me dice que vive en las calles; que vivía con un familiar, pero ahí le golpeaban. Mientras habla, un hombre de la banqueta voltea y le grita “¡Cállate, pinche viejo loco!”. El tapatío voltea y le grita “Déjame en paz, estoy aquí hablando”. “¡Chinga a tu puta madre!”, le responde el otro. Se enfurece. Va hacia un árbol y agarra una piedra. “Déjame en paz. ¿Quieres ver cómo se hace en Guadalajara? ¡Soy de Guadalajara!”, grita. El otro hombre se levanta y se aleja. El tapatío sigue gritándole. Ahora deja la piedra y va al árbol donde agarra un pedazo de vidrio. El intercambio ha atrapado la atención de todos allá. Se acerca un funcionario del desayunador. “Es que se calienta muy rápido”, me dice como explicación. El otro hombre se ha incorporado con los demás en la fila para entrar al desayunador. Se ha acercado un guardia de seguridad de la gasolinera. El tapatío sigue diciendo que no está haciendo nada, que sólo está aquí hablando. “Son todos drogadictos”, grita. Mientras regresa a donde estoy, el guardia de seguridad le da una patada en la panza. El hombre se dobla. Grita de dolor. Se levanta y está enfurecido. Yo miro todo sin saber cómo suavizar la situación.*

* Para leer una descripción más extensa, ver:
<<https://renatogalhardi.wixsite.com/migrancia/post/d%C3%ADa-28-trabajo-de-campo-en-tijuana-en-el-cruce-de-desencuentros-el-desayunador-padre-chava>>.

viar casi medio centenar de correos durante mi primera semana en Tijuana. Mientras, camino.

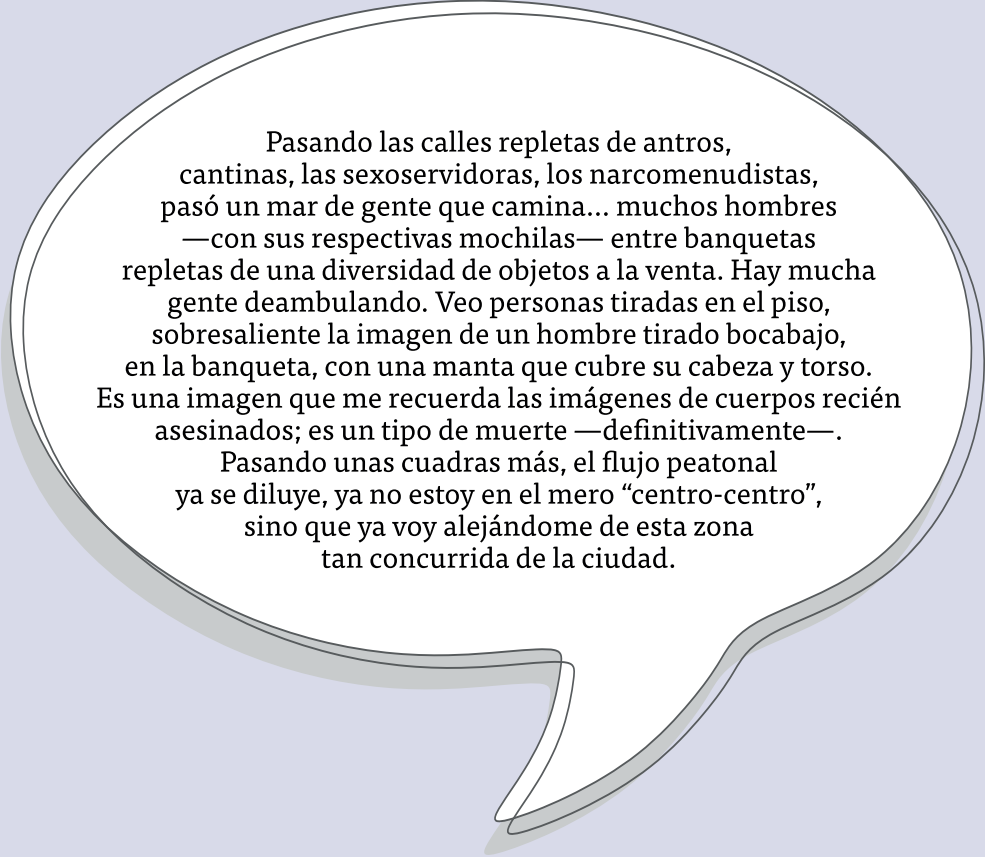
Para Michel de Certeau (2000 [1996]: xxxix), contar las historias de las “prácticas comunes” de las vidas cotidianas implica adoptar y ejercer “una manera de andar”, antes de poder conocer “las maneras de hacer”. Dedico mi tiempo a caminar por Tijuana, deambulando por las calles, por los cerros, las avenidas, las banquetas, los caminos; caminando hasta cansarme. Caminar la esfera socio-topográfica de Tijuana es caminar en soledad, en comunión con su propia observación. Aquí el diario de campo resulta útil, también funge como compañía.

Las calles del centro de Tijuana están visiblemente ocupadas por hombres. Desde luego, al llegar encuentras una multitud de hombres que ocupan las banquetas. Están sentados, usualmente rodeados de objetos y ropas diversas —algunas de sus pertenencias a la vista—, y frecuentemente hay algunas cosas expuestas como indicativo de que están a la venta. Otros se encuentran tirados sobre las banquetas, borrachos, dopados, drogados, cansados. Las calles, como los rostros, tienen una apariencia desgastada, como se ilustra en la **viñeta didáctica 2**.

Caminar es una praxis y una forma de escritura. Empieza como una lectura y culmina como escritura. Uno escribe cuando conoce el camino, cuando siente el andar. Caminar “el camino” permite aproximarse a la *realidad*. Caminar-como-escritura es una inquisición; es preguntarse incesantemente quién eres, qué quieres y para qué lo quieres. Resulta importante buscar una preparación adecuada para lidiar con estas emociones —muchas veces omitidas en la preparación del trabajo de campo—. El diario de campo es una de las estrategias para depositar las emociones. El otro es reconocer la necesidad del autocuidado, de manejar la culpa de forma sana y desvincular el mito del “Antropólogo Heroico” (Salamone, 2012). Otra práctica es voltear la acción hacia la comunidad y buscar apoyar, colaborar y participar en eventos, acciones y programas que tiene un impacto directo en la población y comunidad que miras y que te encuentras. En mi caso, fue muy fructífero colaborar con proyectos como “Comida Calientita”, programa de alimentación a albergues

Fragmento del diario de campo

24 de marzo de 2022



Pasando las calles repletas de antros, cantinas, las sexoservidoras, los narcomenudistas, pasó un mar de gente que camina... muchos hombres —con sus respectivas mochilas— entre banquetas repletas de una diversidad de objetos a la venta. Hay mucha gente deambulando. Veo personas tiradas en el piso, sobresaliente la imagen de un hombre tirado bocabajo, en la banqueta, con una manta que cubre su cabeza y torso. Es una imagen que me recuerda las imágenes de cuerpos recién asesinados; es un tipo de muerte —definitivamente—.

Pasando unas cuadras más, el flujo peatonal ya se diluye, ya no estoy en el mero “centro-centro”, sino que ya voy alejándome de esta zona tan concurrida de la ciudad.

de migrantes dirigido por Doña Esther Morales,¹⁰ una deportada oaxaqueña que se estableció en Tijuana; como también colaborar con el proyecto “Humanizando la Deportación”, de la Universidad de California, Davis.¹¹ Devolver la atención a la comunidad con el cuerpo y el trabajo “justifica” estar en este espacio, además de permitir posicionarse dentro de un círculo comunitario y social que puede disipar la soledad que rodea —como en mi caso— el trabajo de campo.¹²

Así, el trabajo de campo se vuelve un acto comunitario y hacer trabajo de campo implica formas de caminar. Caminar permite construir las bases para que el acto se devele, y permite la conformación de una “comunidad”; es decir, estar “en lo común”. Caminar como forma de mirar implica, también, una forma de ser y representar. La presentación, por lo tanto, se vuelve un factor importante en la búsqueda de acercarse y fomentar una relación donde se permite escuchar las historias —íntimas— de la experiencia vivida de la deportación.

La presentación cotidiana

Llegar “desnudo” a un espacio como Tijuana para realizar observaciones sobre las experiencias y condiciones de ser migrante tiene ventajas y desventajas. Una de las desventajas más evidentes es que las redes y caminos necesarios se tienen que construir desde cero; por un lado, esta labor requiere *tiempo* para conocer cuáles caminos llevan a las fuentes que se buscan y cómo; por otro lado, requiere de *habilidad* para preguntar, entablar una conversación, lograr una entrada, acercarse a extraños, a personas en condiciones vulnerables, como también a aquellos en cargos institucionales. Aquí, saber manejar tanto la presentación como la forma de situarse frente al flujo y composición social es fundamental y se desvela mediante intentos. En esta relación, se logran caminos, entradas y fuentes con el intento incesan-

¹⁰ Ver *Síntesis*, 20 de junio de 2022.

¹¹ Ver sitio web <<http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/>>.

¹² Pueden leer parte de esta experiencia en mi blog: <<https://renatogalhardi.wixsite.com/migrancia/post/parte-2-d%C3%ADa-36-total-142-del-migrante-al-migrante-las-redes-de-apoyo>>.

te. Cada escenario requiere de un modo adecuado y adaptado a su contexto y forma, por lo cual, hay que descartar la receta y guiarse por una estructura. La estructura aquí está regida por cuestiones de tiempo y de habilidad. Una persona aprende con cada puerta cerrada, con cada intento fallido, y es importante verlos como ejercicio para desvincular la idea de que el fracaso es algo particular e íntimo. El fracaso no es personal, sino una expresión de la inadecuación de los métodos. Afinar las técnicas con base en una reflexión sobre lo sucedido y volver a intentar. Hacer trabajo de campo, en contextos extraordinarios, requiere de una resiliencia que fundamenta la naturaleza de la epistemología, de la vocación de conocer. Adicionalmente, se requiere *de suerte*, de simplemente estar en “el lugar correcto” en “el momento correcto”, y poder reconocer e interceptar las oportunidades. Estar atento al “ritmo” social es importante. “Sentir” el campo, sus movimientos, dinámicas y formas permite afinar las sensibilidades de “estar en el lugar correcto”.

En mi caso, utilicé esta relación tripartita posicionándome en los espacios con el mayor grado de posibilidad de interacción de migrantes para, entonces, tener las mejores posibilidades de encontrar aperturas para platicar, entrevistar y observar. Pero ¿cómo lidiar con el clima social de “mantener distancia” y “quedarse en casa” impuesto por el SARS-CoV-2? ¿Dónde y cómo articulo mi propia seguridad frente a la necesidad del trabajo de campo? Después de resguardarme por semanas atrás de una mascarilla, tomé la difícil decisión de dejar la mascarilla como un gesto de confianza con quien me acercaba y hablaba. En esta situación, hacerse ver es fundamental, ya que la vida de estos hombres migrantes hospedados en albergues está repleto de desconfianza. Mostrar “la cara” en estas situaciones se vuelve fundamental y es parte de lo que señala Ervin Goffman sobre el “trabajo de la cara”. Según él, “una persona tiende a experimentar una reacción emocional inmediata ante la cara que le permite el contacto con los otros” (1970 [1967]: 13), por lo cual “trabajar la cara” para demostrar un genuino interés con escucha activa y empatía es vital en la búsqueda de lograr una interacción fructífera para la investigación. Otra forma de mitigar la desconfianza es “hacerse visible”, en el sentido de ser conocido por los demás.

Habiendo fracasado en diversas ocasiones al hablar con migrantes, busqué “hacerme visible” y “hacerme conocido”, por lo cual improvisé un “gafe-

te” con mi credencial universitario que empecé a llevar colgado sobre mí —a plena vista— cuando me acercaba a migrantes. Tanto mi presentación —clara y visible— y mi identidad —plasmada en una credencial “a plena vista”— resultó muy eficiente en disipar la desconfianza que había encontrado constantemente en mis intentos de acercarme con migrantes. Así, pude identificar tres elementos necesarios al acercarse con la población migrante en Tijuana:

1. *Un discurso explicativo e introductorio claro, auténtico y compasivo:* llevar un breve texto con un discurso introductorio que permita introducir y expresar las intenciones de una interacción y entrevistas. Es esencial señalar el nombre, la procedencia y las intenciones. Resulta fundamental comunicar de forma sincera y auténtica la intencionalidad y petición de colaboración. Ser empático y demostrar con el cuerpo el compromiso de contar su historia como forma de hacer justicia a su vida. Por último, se pide la oportunidad de una entrevista.
2. *Una dádiva como un incentivo y demostración de amistades.* En mi caso, ofrecerles una manzana mientras me presentaba permitía romper el hielo. También me resultó útil regalar cigarros, invitarles un café o un pan dulce.
3. *Una identificación visible:* portar una identificación de manera visible que permita, de lejos, construir una validez de ti como un “otro” en este espacio. Identificarse fácilmente tiene el doble efecto de “hacerte conocido” y de “legitimar” tu presencia en su espacio. En zonas conflictivas, como es el territorio fronterizo de Tijuana, el gafete también logra legitimar la “estancia” en una vía pública vigilada y atravesada por la sospecha, como lo describo en la [viñeta 3](#).

Fragmento del diario de campo

26 de marzo de 2022

Estoy sobre una de las avenidas principales del “centro-centro” de Tijuana, y mientras voy pasando el Instituto Municipal de Arte y Cultura, escucho “Oye, güero”. Volteo para ver quién está diciendo esto, ya que la voz me pareció direccionada hacia mi entorno. Me sorprende que haya un policía acercándose y diciendo “Ven aquí, güero”.

Siento que me pongo caliente, se calienta el cuerpo, se me sube la temperatura, siento que me corre adrenalina por el cuerpo. Sé muy bien qué está pasando aquí; lo he visto muchas veces, pero ahora me toca a mí. Me acerco y le pregunto qué pasa. Me mira y me dice: “Primero, tranquilízate; tranquilo, tranquilo”, me dice.

Esto tiene el efecto opuesto. Se me sube todas las ganas de discutir, de enfrentar, pero siento —como deben sentir todos los migrantes— esta impotencia de estar “solo frente al mundo”, de saber que uno no está “en su lugar” sino en “otro lugar” y, por lo tanto, no conviene buscar cambiar las relaciones de poder de esta forma. Qué odio me da este intercambio. “¿A dónde vas?”, me pregunta. “Voy a [Albergue X]. Tengo cita allá”, le respondo. “¿Ah sí? ¿Dónde está tu gafete?”, me pregunta en seguida.

Me pregunta por mi gafete; este elemento que se ha vuelto imprescindible en mis caminatas por Tijuana. Sin embargo, sé lo que él está buscando. No es mi gafete de estudiante, sino el gafete que se entrega a algunos de los migrantes que se hospedan en ciertos albergues, de forma que les permite “estar en la calle”, estar “a la vista” y transitar “libremente” por Tijuana. Es, en todo sentido, la validación del “permiso” de poder estar en la vía pública —no tan pública—. Es una forma de la privatización de lo público y es, también, la autorización de la aplicación de una violencia social; del abuso policial, de la intromisión del Estado sobre el cuerpo, sobre el Ser.



Continuación

Le entrego el gafete. Lo mira, lo voltea, lo mira de nuevo. “¿Qué es esto?”, me dice. “Es mi gafete. Soy estudiante de doctorado en la Ciudad de México”, le replico. Se ve confundido. “¿Estudiante? ¿Estudiante? No pareces un estudiante”, me dice. Sonrío. “Pues, soy un estudiante de la Universidad Iberoamericana, en la Ciudad de México”, le digo, sintiendo un poco de alivio con la percepción del cambio de relaciones de poder. Veo que puedo revertir esta relación y esto me devuelve mi agencia y una sensación de “poder” en el sentido de que “puedo estar aquí”.

“Es que no pareces estudiante. ¿Qué estás estudiando?”, me pregunta incrédulo. Cada vez que dice *estudiante* lo dice de forma diferente, como si fuera una palabra que no encaja en este discurso, como si fuera algo que lo tiene que definir con pronunciar cada sílaba de la palabra: es-tu-dian-te.

“Sí, soy estudiante. Estoy estudiando la fenomenología de la migración. Vengo a hacer mi trabajo de campo investigativo que trata sobre...”, y ahí decido abrumarlo con un vocabulario quizás más complejo del que esté acostumbrado a escuchar (...). “Es que pareces a un motero”, me dice ahora, como si tuviera la necesidad de justificar su aproximación, su interrogación. “¿Un motero?”, le digo. “Sí, tienes toda la apariencia de un motero. Estos que llevan marihuana por la frontera”,* me responde.

*Pueden leer el relato completo en mi blog:
<<https://renatogalhardi.wixsite.com/migrancia/post/d%C3%ADa-38-total-144-trabajo-de-campo-en-tijuana-la-som%C3%A1tica-relaci%C3%B3n-del-hostigamiento>>.

REFLEXIONES FINALES

En este proceso de caminar, observar, estar “en la diferencia”, me he visto en la necesidad de deconstruir mis preconceptos, prejuicios y expectativas de lo que sería “encontrar migrantes”. Haciendo caso a las advertencias de Nicholas de Genova (2002) sobre la necesidad de desnaturalizar los conceptos inscritos sobre los sujetos en movilidad, en conjunto con las reflexiones de Sara Ahmed sobre el fetichismo del extraño, he buscado *desencializar* el concepto de migrante; es decir, salirme de las categorías preestablecidas que se adscriben al migrante y construir su imagen y constitución con base en las relaciones que envuelve su estancia en el mundo, su cotidianidad y proceso relacional a través de sentir su vida, su contexto y sus historias. Para esto, me he visto en la necesidad de improvisar y construir “sobre la marcha” y “sobre la realidad”, como parte de un conocimiento ambulante de los caminos encontrados y la caminata como escritura.

Encontrar las formas de abordar estas historias “extraordinarias” es dejarse sentir y buscar registrar “el cuerpo” en la observación. Esto implica abordar, implementar y articular una reflexividad ambulante que discute, considera y cuestiona activamente la observación, el caminar y la escritura. Escribir no es solamente la práctica de registrar el “dato”, sino que también es una forma de rearticular el cuerpo: ¿dónde y cómo estamos? El diario de campo, como recinto de la escritura del campo, del cuerpo y del caminar nos permite hacer comunión con nuestros cuerpos y afectos, nos permite mitigar las dificultades y emociones, nos permite sentir y realizar, nos permite crear y documentar. Encontrarnos en la escritura del trabajo de campo permite seguir profundizando las formas en que nuestros cuerpos se entrelazan en la constitución de un fenómeno social, donde el “ordinario” se entremezcla con lo “extraordinario”. Buen camino.

REFERENCIAS

- Albicker, Sandra Luz, y Laura Velasco (2016). "Deportación y estigma en la frontera México-Estados Unidos: Atrapados en Tijuana" [en línea]. *Norteamérica* 11 (1): 99-129. Disponible en <<https://doi.org/10.20999/nam.2016.a004>>
- Anzaldúa, Gloria (1987). *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Barbosa, Andréa (2010). "Meaning and Sense in Images and Texts" [en línea]. *Visual Anthropology* 23 (4): 299-310. Disponible en <<https://doi.org/10.1080/08949468.2010.484995>>.
- Boehm, Deborah A. (2012). *Intimate Migrations: Gender, Family, and Illegality among Transnational Mexicans*. Nueva York y Londres: New York University Press.
- Caldwell, Beth C. (2019). *Deported Americans: Life after Deportation to Mexico* [en línea]. Durham: Duke University Press. Disponible en <<https://doi.org/10.1515/9781478004523>>.
- Certeau, Michel de (2000). *La invención de lo cotidiano: artes de hacer* (Vol. 1). Ciudad de México: Universidad Iberoamericana [1996].
- Esteban, Mari Luz (2013). *Antropología del cuerpo: género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Segunda Edición. Barcelona: Bellaterra.
- Fernández-Niño, Julián Alfredo; Carlos Jacobo Ramírez-Valdés; Diego Cerecero-García, e Ietza Bojórquez Chapela (2014). "Deported Mexican Migrants: Health Status and Access to Care" [en línea]. *Revista de Saúde Pública* 48 (3): 478-85. Disponible en <<https://doi.org/10.1590/S0034-8910.2014048005150>>.
- Foucault, Michel (1998). *Historia de la Sexualidad I: La Voluntad de Saber*. Madrid: Siglo XXI [1977].
- Galhardi, Renato de Almeida Arão (2021). "Reframing Migrancy Through Intersectional Analysis: Conceptualizing the Embodiment of Migration Experience from The Mexican-United States Migration Field Framework". *The Migration Conference 2021 Selected Papers*. Londres: Transnational Press London.
- Genova, Nicholas de (2002). "Migrant 'Illegality' and Deportability in Everyday Life" [en línea]. *Annual Review of Anthropology*, 31: 419-447. Disponible en <<http://www.jstor.org/stable/4132887>>.
- Goffman, Erving (1970). *Ritual de la Interacción*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo [1967].
- Hanisch, Carol (1969). "The Personal is Political" [en línea]. Disponible en <<https://www.carolhanisch.org/CHwritings/PIP.html>> (consulta: 14 de julio de 2022).
- Haraway, Donna (1988). "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective" [en línea]. *Feminist Studies* 14 (3): 575-99. Disponible en <<https://doi.org/10.2307/3178066>>.
- Kosík, Karel (1976). *Dialectics of the Concrete: A Study on Problems of Man and World*. Dordrecht: D. Reidel.

- Krzywicka, Katarzyna, y María Elena Martín (2019). "América Latina: Género Y Política" [en línea]. *Anuario Latinoamericano-Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales* 8: 13-17. Disponible en <<https://doi.org/10.17951/al.2019.8.13-17>>.
- Mahler, Sarah J., y Patricia R. Pessar (2010). "Gendered Geographies of Power: Analyzing Gender Across Transnational Spaces" [en línea]. *Identities: Global Studies in Culture and Power* 7 (4): 441-459. Disponible en <<https://doi.org/10.1080/1070289X.2001.9962675>>.
- Merleau-Ponty, Maurice (1986). *El Ojo y el Espíritu*. Barcelona: Paidós [1964].
- Merleau-Ponty, Maurice (1993). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta-Agostini [1945].
- Merleau-Ponty, Maurice (2002). *El mundo de la percepción. Siete conferencias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica [1948].
- Nail, Thomas (2015). *The Figure of the Migrant* [en línea]. Stanford: Stanford University Press. Disponible en <<https://doi.org/10.1515/9780804796682>>.
- Neimanis, Astrida (2017). *Bodies of Water: Posthuman Feminist Phenomenology* [en línea]. London: Bloomsbury Academic. Disponible en <<https://doi.org/10.5040/9781474275415>>.
- Pinillos Quintero, Gabriela Irina, y Laura Velasco Ortiz (2021). "Recuperar la ciudadanía post-deportación en la frontera México-Estados Unidos" [en línea]. *Frontera Norte* 33: 1-25. Disponible en <<https://doi.org/10.33679/rfn.v1i1.2107>>.
- Postl, Gertrude (2017). "Language, Writing, and Gender Differences". En *The Routledge Companion to Feminist Philosophy*, editado por Ann Garry, Serene J. Khader y Alison Stone, 292-302. Nueva York y Londres: Routledge.
- Restrepo, Eduardo (2016). *Etnografía: Alcances, Técnicas y Éticas*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos-Fondo Editorial-Facultad de Ciencias Sociales.
- Salamone, Frank A. (2012). *The Heroic Anthropologist Rides Again: The Depiction of the Anthropologist in Popular Culture*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.
- Shapiro, Michael J. (1997). *Violent Cartographies: Mapping Cultures of War*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Síntesis (2022). "'Comida Calientita', el proyecto que alimenta a migrantes en Tijuana" [en línea], 20 de junio. Disponible en <<https://sintesis.tv.com.mx/comida-calientita-el-proyecto-que-alimenta-a-migrantes-en-tijuana/>>.
- Soberanes, Rodrigo (2022). "Tijuana: El limbo de migrantes expulsados de EU por el Título 42" [en línea]. *Aristegui Noticias*, 25 mayo. Disponible en <<https://aristeginoticias.com/2505/mexico/tijuana-el-limbo-de-migrantes-expulsados-de-eu-por-el-titulo-42/>>.
- Solomon, Robert C. (2004). *In Defense of Sentimentality*. Nueva York: Oxford University Press.
- Stawarska, Beata (2018). "Subject and Structure in Feminist Phenomenology: Re-reading Beauvoir with Butler". En *Rethinking Feminist Phenomenology: Theoretical and Applied*

Perspectives, editado por Sara Cohen Shabot y Christinia Landry, 13-32. Londres: Rowman & Littlefield International.

Varela, Charles R. (1994). "Harré and Merleau-Ponty: Beyond the Absent Moving Body in Embodied Social Theory" [en línea]. *Journal for the Theory of Social Behaviour* 24 (2): 167-85. Disponible en <<https://doi.org/10.1111/j.1468-5914.1994.tb00251.x>>.

Vaughan-Williams, Nick (2009). "The Generalised Bio-Political Border? Re-Conceptualising the Limits of Sovereign Power" [en línea]. *Review of International Studies* 35 (4): 729-749. Disponible en <<https://doi.org/10.1017/s0260210509990155>>.

Epílogo

¿Habitar la vivienda-deshabitar la metrópoli?¹

Angela Giglia Ciotta

In Memoriam

Como punto de partida general, había una pregunta de las coordinadoras del curso que decía: ¿cuáles son las desigualdades previas que marcan capacidades diferenciadas, y cuáles han sido las consecuencias de la pandemia en la profundización de estas y otras desigualdades?

Si lo pensamos en relación con el tema del habitar y de la vivienda en la metrópoli donde vivimos, hay una desigualdad histórica que se ha hecho más marcada en los últimos años y que corre el riesgo de profundizarse todavía más con la pandemia. Está entre lo que se llama la ciudad central, que es una ciudad donde existe una gran heterogeneidad de servicios y de funciones urbanas —digamos que es el tipo de ciudad donde nos es más fácil vivir y tener una experiencia agradable de la metrópoli—versus las periferias metropolitanas en sus distintas connotaciones, desde las periferias de autoconstrucción —que son mayoritarias en nuestra ciudad y en el país— hasta la problemática de la vivienda de interés social, que ha dado forma a los conjuntos urbanos en los últimos doce años, *grosso modo*, o un poco más —

¹ Se trata de la transcripción de su participación en el curso “Acercamientos desde las ciencias sociales a las desigualdades pre y post pandemia”, coordinado por Marcela Amaro y Marcela Mene-ses desde el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México en noviembre de 2020.

creo que empezaron en el año 2000 con Vicente Fox—, y que evidentemente son espacios con grandes carencias de conectividad, de infraestructura y de servicios. Cada vez se acentúa más la interdependencia y la polarización entre estas dos partes diferentes de la metrópoli: la parte central y la parte de las periferias.

Y hay otra desigualdad que igualmente es una desigualdad histórica entre lo que se puede definir como tener una vivienda “adecuada” —lo cual también lo pongo entre comillas porque es algo que se puede discutir: ¿adecuada para quién o con respecto a qué?— y lo que llamamos la vivienda de autoproducción, que en muchos casos se queda incompleta o mal diseñada, y que, sin embargo, en nuestra ciudad es la vivienda cuantitativamente mayoritaria y, en algunos casos —como bien sabemos— puede evolucionar hacia colonias y barrios, que relativamente son bastante habitables en relación con ciertas condiciones geomorfológicas, pero que evidentemente tardan veinte, treinta, cuarenta años para convertirse en una ciudad habitable.

Nos han hecho al menos cinco preguntas específicas que trataré de contestar poco a poco. Las primeras son: ¿Qué tipo de desigualdades previas a la Covid-19 se han profundizado con la pandemia? Otra muy interesante, sobre la cual espero proponer algo, es ¿cómo podemos aproximarnos desde las ciencias sociales al análisis de dichas desigualdades?

Manuel Gil Antón² mencionaba en su participación que “hay viviendas muy distintas”. Por supuesto, no solamente hay viviendas muy distintas, sino que, relacionado con esto, la metrópoli es una especie de mosaico de modos de habitar que están asociados a distintos órdenes urbanos, a distintos tipos de hábitat que denominamos órdenes urbanos porque poseen también un modo de funcionar y un tipo de reglas y arreglos diferentes. Y luego hay una noción de habitar —que he adoptado desde hace un buen tiempo— que va más allá de un simple “tener un techo” o de “tener una dirección donde hacer referencia”; en cambio, tiende a definir el habitar como la producción y reproducción de un cierto orden socio espacial. Es decir, para habitar un lugar necesito entender como está ordenado y poner mi parte en ese orden, mo-

² Se refiere a la participación en el curso de otro investigador (nota de las compiladoras).

dificándolo eventualmente o acotando dentro de ese espacio el lugar que yo puedo llegar a ocupar en él.

Sería largo explicar esto en todas sus implicaciones, pero podemos decir a grandes rasgos que, en ese sentido, es muy distinto habitar en esa parte central de la ciudad, en una vivienda terminada, que habitar en la parte periférica, en una vivienda que no está totalmente terminada. Entonces, la metrópoli es ese conjunto desigual de modos de habitar y de órdenes urbanos. Los ejemplos podrían ser, como les decía, la colonia Roma y el conjunto Cuatro Vientos —cerca de Ixtapaluca— o Polanco y Chimalhuacán. Es decir, hay una polarización cada vez más fuerte entre las condiciones que se nos ofrecen como habitantes y como ciudadanos de las metrópolis en estos distintos tipos de espacios. También tenemos distintas facetas de lo que es la vivienda: por una parte, la vivienda la concebimos como un protector del exterior, algo que nos da abrigo y que nos provee de un ámbito privado, por lo que debe haber ciertas condiciones físicas de habitabilidad —luz, aire, superficie, servicios, etcétera—, condiciones que se definen incluso a partir de una cierta normativa urbanística, pero que no son absolutas, sino que tienden a cambiar históricamente y que, en todo caso, marcan cierto estándar. Por otra parte, la vivienda también es, desde el punto de vista de la experiencia del habitante, un lugar articulador de la experiencia metropolitana; es decir, es ese punto a partir del cual yo me organizo con respecto al resto de la metrópoli, y entonces hace una gran diferencia vivir en Polanco o en Cuatro Vientos; hay una gran diferencia si salgo de mi casa y me encuentro en un parque o en un café internet, o bien si salgo de mi casa y me encuentro con un terreno de terracería y tengo que caminar para llegar al primer pesero para dirigirme a un lugar donde haya algún tipo de servicio urbano. Entonces, debemos tener en cuenta esas dos dimensiones: la vivienda como techo y la vivienda como centro de la experiencia, donde la relación entre la vivienda y lo que hay alrededor, en términos de conexión con el resto de la ciudad, en términos de dotación de servicios alrededor de la vivienda, se vuelve fundamental.

Si vinculamos el habitar con ordenar un espacio, diríamos que hay personas, por ejemplo —para decirlo de una manera un poco extrema—, que se ven obligadas a “residir sin habitar”; es decir, cuando toda mi jornada trans-

curre como vendedora en un centro comercial en Coyoacán, pero vivo a tres horas de distancia, llego a mi casa —esa vivienda donde tengo mi dirección, donde resido—, pero no tengo el tiempo para habitar ese lugar, para hacerlo mío, para vivirlo cotidianamente. Y al revés, hay una situación que podemos llamar “habitar sin residir”, y eso sucede en toda esa parte de ciudad central donde, aun si no resido ahí, sí frecuento los bares, conozco los espacios, disfruto del espacio público, conozco las taquerías, etcétera; es decir, hago mi propio orden, dibujo mi propio mapa del espacio sin ser un residente del espacio; eso es típicamente lo que sucede en la ciudad central.

Para responder a las primeras dos preguntas sobre el impacto de la Covid-19, yo creo que el impacto general de la pandemia con respecto al habitar ha sido un retiro desigual en el espacio de la vivienda y, entonces, una privación desigual en el acceso a la metrópoli y a los servicios urbanos. Es decir, para algunos, el retiro ha sido relativamente confortable, por decirlo de manera sencilla; pero para otros, el retiro no solamente no ha sido confortable, sino que no ha sido posible, ya que se trata de un tipo de residente de la metrópoli que no puede quedarse privado de lo que el resto de la metrópoli le ofrece en términos de trabajo, de oportunidades, de supervivencia. Y evidentemente también se han profundizado las desigualdades que derivan de las condiciones de habitabilidad de la vivienda en el sentido de calidad de vivienda adecuada, y se han profundizado enormemente las desigualdades que derivan de la ubicación de la vivienda en relación con el acceso a los servicios. Entonces, algunos han descubierto que el “Quédate en casa” es, casi casi, un motivo de confort que los libera del agobio de salir al espacio metropolitano; mientras que otros, en cambio, han vivido el encierro como una condena o como algo absolutamente impracticable e imposible porque se han visto obligados a salir.

Una pregunta que me gustó mucho fue ¿cómo podemos aproximarnos desde las ciencias sociales al análisis de dichas desigualdades? Después de unos meses de pandemia hice un pequeño sondeo entre mis amigos de Facebook preguntándoles, así sencillamente, qué habían cambiado dentro de su casa; es decir qué operaciones de transformación del espacio interior habían hecho para hacer de su casa un espacio habitado las 24 horas del día, donde el ejercicio del habitar se multiplica, se amplifica. Creo que estamos en un momento casi único de las ciencias sociales para estudiar este tema del habi-

tar en los espacios domésticos, porque todos nos hemos visto obligados a ser reflexivos acerca de nuestras prácticas domésticas y acerca de las condiciones físicas que nos ofrece nuestra casa. Este pequeño sondeo, que me gustaría convertir en una investigación más sistemática, también me ha revelado la medida en que el habitar se trata de domesticar el espacio a través de prácticas recurrentes, de ciertas rutinas. No es para nada cierto que es un asunto de mujeres, es decir, no es que las mujeres tengan una primacía o mayor capacidad para entender el espacio doméstico. He recogido testimonios de hombres que son igual de puntuales y penetrantes sobre la necesidad de darle una nueva organización a su departamento, en su espacio doméstico, frente a una situación que los obliga a estar ahí. Entonces, es un ejercicio interesante para redefinir la habitabilidad desde la perspectiva de los usuarios, porque no todos necesitamos las mismas condiciones de habitabilidad. En ese sentido, podemos decir que la habitabilidad es una especie de función de la relación de cada grupo o cada sujeto con su espacio, pero que dibujar parámetros generales de habitabilidad es una operación que tiene sus riesgos.

¿Qué salió de este pequeño sondeo que realicé con mis amigos de Facebook, que muy amablemente me han contado su experiencia? Que la gente se ha volcado en distintos tipos de casas, incluso hay testimonios de casas que son de autoproducción, que son casas que tienen un pedazo de terreno para cultivo; la gente se ha volcado a operaciones de limpieza profunda, a la eliminación de cosas inútiles; al uso de espacios abandonados o subutilizados. Esto es muy interesante porque cuando ocupamos una parte del día fuera de nuestras casas no tenemos tiempo de hacer estas operaciones que están profundamente vinculadas al habitar; la limpieza, el ordenamiento, el dar mantenimiento al espacio es un asunto profundamente vinculado al ejercicio del habitar. Mucha gente ha reorganizado las funciones de los espacios interiores y muchos han creado lugares liminales o compuertas entre el afuera y el adentro por el tema evidentemente sanitario; entonces, muchas personas dicen “hemos hecho un rincón junto a la puerta donde dejamos los zapatos, donde dejamos la ropa que nos ponemos cuando tenemos que salir, donde tenemos el desinfectante”, etcétera. Y algo muy importante: muchas personas se han dado cuenta de lo que Edward Hall decía —en su libro importantísimo de los años setenta, donde el autor inicia los estudios sobre

la proxémica— sobre la importancia de los espacios semifijos. Creo que todos nos hemos dado cuenta con esta pandemia de lo útil que es tener espacios donde hay cosas que pueden moverse y, según cómo las movemos, las podemos utilizar de una manera diferente; y también de los espacios semiabiertos, porque afortunadamente estamos en una ciudad donde el clima nos permite abrir la ventana, estar afuera, etcétera.

Y esto es algo que tal vez nuestras autoridades no han pensado lo suficiente, porque decir “Quédate en casa” implica un cierre de puertas, un cierre de ventanas, pero, en cambio, los espacios cerrados son los espacios donde uno puede contagiarse más. Si estás en una vivienda hacinada es evidente que puedes contaminarte mucho más fácilmente que si estás en una vivienda con amplio jardín, con alberca, etcétera. Entonces, la cuestión no es estar en un espacio encerrado, sino en un espacio que permita, de alguna manera, cierto tipo de intercambio entre el afuera y el adentro.

A propósito, escogí dos testimonios de hombres. Uno de ellos es el de un amigo que dice:

En casa intercambiamos la entrada posterior como la principal. Tenemos todo un espacio para desinfectar los zapatos, dejarlos a un lado, al igual que la ropa para salir a la calle y la mascarilla. Armamos un lavamanos, que está provisto de agua y jabón. Pusimos un área para sentarnos y ponernos los zapatos de “casa” cómodamente. Estamos armando un huerto pequeño y renovamos la biblioteca de la casa. La alacena creció y sigue creciendo; está llena de mermeladas y conservas caseras (hombre, Ecuador).

Esto nos lleva al segundo testimonio, que lo titulé “En busca de la vivienda ‘autosuficiente’”, porque va un poco en ese sentido. Este amigo dice:

Hicimos una limpieza general y adaptamos un espacio para videoconferencias; movimos los muebles y libreros. Al ser un departamento pequeño, facilitamos que nuestra hija pueda estar en los distintos sitios de la casa con experiencias más o menos distintas. Liberamos una pared para poder proyectar videos y películas, hicimos un espacio para sembrar algunas cosas y, sobre todo, liberamos la cocina y, en especial, el horno, el espacio más estratégico en estos días (hombre, México).

Aquí uno vislumbra una especie de hogar autárquico donde, puesto que tienes Internet y funciona, tratas de convertirlo en una suerte de totalidad donde alcanza a caber todo, una diversidad de cosas y, digamos, la ilusión de casi no necesitar nada que provenga del exterior cuando, al ponerse a cultivar, crece la alacena, se hacen conservas, etcétera.

Evidentemente esta es la experiencia de quienes han podido hacerlo. Esta reflexión de las personas sobre su habitar me confirma algo sobre lo cual he tratado de reflexionar hace tiempo, y es que el habitar es un proceso progresivo, se hace en el día a día mediante la repetición de rutinas y mediante una lógica de ensayo y error. En ese sentido, mientras más habitamos un espacio, más nos acoplamos a él y más logramos que el espacio se acople a nuestras necesidades; es una operación de retroalimentación continua y circular.

Hay un amigo que dice: “He encontrado que algunos sitios de la casa son mejores para ciertas cosas” (hombre, 65 años, México). Esta es una persona que ha vivido treinta años en el mismo departamento, pero en el momento que se encuentra ahí las 24 horas surge una experiencia y una reflexividad que lleva a descubrimientos, a auténticos descubrimientos acerca de las posibilidades que ofrece ese departamento en el que ha estado viviendo durante décadas. Otro testimonio dice:

A veces la rutina te hace pasar por alto los pequeños y grandes detalles de la cotidianeidad. En mi pequeño jardín es un privilegio, y más ahora que casi no hay ruido vehicular, escuchar el trinar de las aves por las mañanas y las tardes. Decidí tomar mi taza de café acompañado de tan maravillosa sinfonía (hombre, 40 años, México).

Aquí tenemos la importancia de los espacios semi abiertos o de los espacios exteriores, y tenemos también la oportunidad de hacer una reflexión sobre el hecho de que no necesariamente existen únicamente diferencias de clase. No es solamente la casa en las Lomas con jardín y alberca la que te puede permitir enfrentar la pandemia de la mejor manera, sino también una casa mucho más modesta, en un barrio no tan bien servido, en términos de funciones urbanas, pero con ciertas características de porosidad y de alternancia posible entre los espacios cerrados y los espacios abiertos.

La última pregunta decía: ¿cuáles considera que serán las principales consecuencias de la pandemia en términos de profundización de las desigualdades? Por supuesto que creo que eso ya ha sido un descubrimiento que se ha subrayado desde muchos lugares, se acentúan los riesgos de contagio, pero también se acentúa el aislamiento para quienes están ubicados en las periferias y quienes están obligados a salir de la vivienda; y, en cambio, mejora la vida cotidiana y se aminoran los riesgos de contagio para quienes pueden quedarse en casa teniendo las condiciones para ello, es decir, una vivienda adecuada y relaciones familiares sin riesgo de abuso o violencia. En la definición de vivienda adecuada deberíamos poner la conectividad a Internet para todos, en todo el territorio; no sé cómo todavía no lo han pensado, como decía la publicidad de Telcel —“Todo México es territorio Telcel”—, pues ojalá todo México tuviera la misma conectividad a internet.

Finalmente, para pasar a las propuestas —y espero que se vea la relación de lo que he dicho hasta ahora con lo que propongo— sobre cómo paliar todas estas dificultades a las que la pandemia nos ha llevado, yo creo que lo mínimo que se necesita —porque evidentemente no se van a poder reformar y mejorar las viviendas con todas las carencias que se tienen— es mejorar los espacios públicos vecinales justamente para permitir esa salida afuera. Imagínense que haya un gran número de pequeñas plazas o de pequeños parques que se pueden hacer incluso a partir de predios baldíos, a partir de cruces que están desaprovechados; espacios donde haya unas bancas, una pequeña techumbre, conectividad a Internet y que la gente pueda salir de sus casas —los niños, las vecinas— y utilizar esos espacios acondicionados de manera modesta pero eficiente. Creo que hubiera sido un enorme aliviane, y en parte eso responde a la lógica del espacio público en las colonias populares, donde la calle —que es lo que vemos—, por más que no tenga pavimento, que no tenga banquetas, es un desfogue natural de las viviendas; forzosamente se usa porque algunas cosas no se pueden hacer en las casas porque no existen las condiciones; entonces, la calle es el espacio para jugar fútbol, para guardar escombros, para reunirse con las vecinas, para hacer fiestas, para hacer reuniones.

¿Por qué no pensar en la valorización del uso público del espacio? Acondicionar el espacio a nivel del vecindario para que todos tengamos en las cerca-

nías de nuestras casas un parquecito digno al cual, evidentemente —y esa es la cosa más difícil en nuestro país—, se le dé la limpieza y el mantenimiento ordinario común y corriente; es decir, un parquecito al cual no se deje caer en el abandono, sino que haya un cuidado permanente de ese espacio. Creo que si se hiciera algo así...

En algunas ciudades donde hay una sensibilidad urbanística demasiado fuerte, como por ejemplo en Quito, Ecuador, están haciendo ya una especie de catálogo de todos los vecindarios que existen: dónde están, dónde empieza, dónde termina, qué infraestructura tiene, justamente pensando en potenciar las funciones y las posibilidades que ofrecen esos vecindarios. O también el famoso ejemplo de la propuesta de la alcaldesa de París, que dice que una buena solución para paliar la pandemia es pensar en una ciudad de los 15 minutos; es decir, a 15 minutos saliendo de tu casa, a pie o en bicicleta, tienes todos los servicios necesarios y todas las funciones urbanas que te hacen falta, desde tu trabajo, tu escuela, tu cine, tu gimnasio, etcétera, todo a 15 minutos. Esto evidentemente transformaría la existencia de la mayoría de la población en nuestra ciudad, y creo que por más que parezca utópico, en realidad no es para nada imposible.

Me gustaría terminar diciendo que algo de esta administración que he notado con cierta satisfacción es que, por ejemplo, está habiendo una reforma de muchos cruces viales que antes estaban completamente abandonados, que antes eran totalmente imposibles de cruzar y que ahora, por lo menos en las dos delegaciones que más conozco —Coyoacán e Iztapalapa—, veo que está habiendo una atención a la remodelación de estos espacios que a veces son fundamentales para vivir la ciudad, para ir de un lado a otro, y que se está haciendo —me parece— de una manera muy homogénea en todo el territorio.

Creo que habría que potenciar más los espacios públicos vecinales en las zonas donde más se necesitan, en esas colonias populares donde hay una carencia de espacios públicos acondicionados como tales y, sin embargo, se usa muchísimo el espacio público de la calle, que es el único espacio público que se tiene. Y aquí también tenemos una gran desigualdad que se ha acentuado con la pandemia: los espacios públicos son más utilizados en las periferias de autoconstrucción, y hay enormes espacios públicos muy bien acondicionados, camellones arbolados —por ejemplo, en las Lomas—, ace-

ras amplias, etcétera, que son como parte del adorno del estatus de ese tipo de colonias, pero no son usados, es decir, no son habitados por los vecinos de esos espacios; en cambio, los espacios públicos maltrechos y a veces fuertemente carentes son intensamente habitados por quienes viven ahí. Creo que, si planteamos el problema del reequilibrio en la dotación de espacios públicos buscando cierta —relativa— autosuficiencia de los vecindarios, podríamos incidir un poco en estas tremendas desigualdades socio espaciales y habitacionales que la pandemia ha evidenciado y agudizado.



Angela Giglia, agosto de 2019.

Fotografía: Mónica Pioquinto. Cortesía del Laboratorio de Antropología Visual de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

Sobre las autoras y los autores

Renato de Almeida Arão Galhardi es sociólogo por la Universidad Estatal de San Francisco, California (SFSU), maestro en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México (FLACSO), especialista en migración internacional por el Colegio de la Frontera Norte (COLEF) y actualmente candidato a doctor en Ciencias Sociales y Políticas por la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México (UIA). Sus líneas principales de investigación son: la fenomenología de la migración; la migración entre México y Estados Unidos; la deportación; la migración indocumentada; estudios de fronteras; masculinidades; y epistemologías y metodologías feministas. Renato nació en Brasilia, Brasil, y reside en la Ciudad de México desde 2008, donde vive con su pareja y su gato, Balzac.

Marcela Amaro Rosales es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Economía y Gestión de la Innovación. Integrante del Comité de Vinculación Universitaria y de Transferencia de la UNAM. Es Coordinadora del Seminario de Estudios Interdisciplinarios sobre Ciencia, Tecnología e Innovación en el IIS-UNAM. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, nivel I.

Karina Bárcenas Barajas es doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) Occidente. Se desempeña como investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, ni-

vel I. Sus líneas de investigación son: religión, diversidad sexual y cultura política; identidades, género y movimientos sociales; construcción social del género y la sexualidad.

Ángela Giglia Ciotta (†), doctora en Antropología Social y Etnología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) en París. Mención “Très honorable, avec les felicitations du juri”. Profesora-investigadora nivel C del Departamento de Antropología en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa. Coautora, junto con Emilio Duahu, del libro *Las reglas del desorden*, obra fundamental de la sociología urbana en México.

Marcela Meneses Reyes es socióloga. Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Profesora del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la misma Universidad. Sus líneas de investigación son: jóvenes, violencia y espacio público; acción colectiva, movimientos sociales y estudiantiles; conflictos urbanos. Integrante permanente del Programa Universitario de Estudios en Educación Superior de la UNAM. Nivel I del Sistema Nacional de Investigadores. Autora del libro *¿Cuotas no! El movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM*, publicado en 2019.

Henry Moncrieff Zabaleta es doctor en Ciencias Políticas y Sociales, con orientación en Sociología por la UNAM, antropólogo social y fotógrafo documental. En 2020 fue ganador del *Rachel Tanur Memorial Prize for Visual Sociology* que otorga el Social Science Research Council. Sus líneas de investigación combinan la sociología visual, la pertenencia social, la estigmatización territorial, jóvenes de sectores populares y los estudios de masculinidad. En la actualidad, realiza una estancia posdoctoral en el Instituto de Geografía de la UNAM.

Laura Beatriz Montes de Oca Barrera es investigadora titular de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIS-UNAM). Licenciada en Etnología, maestra en Sociología Política y doctora en Ciencias Sociales. Sus investigaciones versan sobre temas de gobernanza, participación y toma de decisión e inciden-

cia pública y cambio social. Docente en el posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores en México. Tiene diversas publicaciones en revistas arbitradas, revistas de divulgación y capítulos de libro.

Rosario Palacios es especialista en temas urbanos y participación ciudadana. Actualmente es investigadora asociada y docente en la Unidad de Estudios Aplicados de la Escuela de Antropología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es doctora en Sociología por London School of Economics and Political Science, máster en Science in Urban Planning por Columbia University New York y socióloga y periodista por la Pontificia Universidad Católica de Chile. En el ámbito académico, sus intereses de investigación y docencia incluyen el espacio público, la participación ciudadana, las políticas públicas y los métodos cualitativos de investigación social.

Felipe Palma es Ph. D. en Sociología Visual por la Goldsmiths, University of London, en Reino Unido. Académico adjunto de la Escuela de Antropología de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) y coordinador del Laboratorio de Antropología y Arqueología Visual (LAAV-UC) de la misma universidad. Sus áreas de interés se encuentran en la innovación metodológica interdisciplinaria a partir del trabajo de campo etnográfico, integrando recursos y métodos provenientes de las artes, el diseño y/o la geografía con el estudio de la vida social.

Tatiana Pérez Ramírez es doctora y maestra en Historia por El Colegio de México. Maestra en Estudios Latinoamericanos y Licenciada en Ciencia Política por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Profesora-Investigadora adscrita al Seminario Académico de Historia Contemporánea de El Colegio Mexiquense. Candidata al SNI y perfil deseable para profesores de tiempo completo, PRODEP. Sus intereses principales de investigación son: la historia de la organización socio política indígena en México en los siglos XIX-XX, y el gobierno local y movilización armada en Oaxaca y Centro de México, siglos XIX-XX.

Sofía del Pozo Sierralta es antropóloga titulada por la Universidad Católica de Chile. Investigadora del Laboratorio de Antropología y Arqueología Visual de la Universidad Católica de Chile (LAAV UC) desde 2021. Su interés se dirige principalmente a la producción de proyectos y al uso de los lenguajes mediales como soportes para exponer problemáticas sociales al público general e incentivar a la reflexión crítica y a pensar los quehaceres sociales desde otras perspectivas.

Sofía Rodríguez Cecchi es antropóloga por la Universidad Católica de Chile y fotógrafa. Realizadora audiovisual e investigadora en el Laboratorio de Antropología y Arqueología Visual de la UC desde 2021 y asistente de investigación en el Centro de Estudios Interculturales e Indígenas. Sus áreas de mayor interés se encuentran en los cruces interdisciplinarios entre la antropología y etnografía con las artes visuales, la prosa y la poesía, con el fin de generar proyectos ligados a la investigación-creación.

Gabriela Elisa Sued es doctora en Estudios Humanísticos por el Instituto Tecnológico de Monterrey. Es investigadora postdoctoral por el periodo septiembre 2021-agosto 2023 en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Es profesora del Posgrado de Ciencias Políticas y Sociales en la misma universidad. Forma parte del Sistema Nacional de Investigadores. Sus temas de docencia e investigación son: la cultura digital, los estudios críticos de *big data*, los métodos de investigación digital, las metodologías de investigación cualitativas, los usos sociales de las tecnologías de información y comunicación, las relaciones entre género, ciencia e innovación tecnológica.